

Arthas

La ascención del rey exánime

Christie Golden

Arthas. La ascensión del Rey Exánime

Su maldad es legendaria. Es el señor de la plaga de los no-muertos, el poseedor de la hojarruna Agonía de escarcha y el enemigo del pueblo de Azeroth. El Rey Exánime es una entidad de poder incalculable y maldad sin paragón; su gélida alma ha sido consumida totalmente por sus planes de destruir todo lo que está vivo en… World of Warcraft.

Pero esto no siempre fue así. Mucho antes de que su alma se fundiera con la del orco chamán Ner'zhul, el Rey Exánime era Arthas Menethil, príncipe de Lordaeron y fiel paladín de la Mano de Plata.

Cuando una plaga de no-muertos amenazó todo cuanto amaba, Arthas se embarcó en una misión de trágicas consecuencias en busca de una hojarruna lo bastante poderosa como para salvar su patria. Sin embargo, poseer esa espada que tanto ansiaba conllevaba pagar un alto precio: que su nuevo dueño iniciara un aterrador descenso a los infiernos. De ese modo, los senderos de la fortuna acabarían levando a Arthas a través de los páramos árticos del norte hasta el trono helado, donde tendría que afrontar, por fin el más tenebroso de los destinos.

Christie Golden

Arthas
La Ascensión del Rey Exánime

Corrección y edición:

Traduciendo A Blizzard



PRÓLOGO
EL SUEÑO

El viento aullaba como un niño gritando de dolor.

A pesar de que su hirsuto pelaje les protegía de la tormenta, los colmipalas de aquel rebaño se acurrucaron unos muy cerca de otros para procurarse calor. Formaron un círculo en cuyo centro temblaban y balaban las crías. Las cabezas, coronadas por un gran cuerno, se inclinaban hacia la tierra cubierta de nieve; y todos tenían los ojos cerrados para protegerse de aquella inclemente nevada. Su propio aliento les congelaba el hocico mientras resistían en pie como podían.

… Entre tanto, en sus guaridas, los lobos y los osos aguardaban a que pasara la tormenta; los unos disfrutaban de la compañía de su manada, y los otros se resignaban a su soledad. No importaba cuánto les azuzara el hambre, nada los sacaría de allí hasta que aquel viento penetrante hubiera cesado de ulular y la cegadora nieve hubiera dejado de caer.

* * *

El viento, que rugía desde el océano hasta llegar a la aldea de Kamagua, azotaba las pieles extendidas sobre unos armazones hechos con las espinas de grandes criaturas marinas. Cuando la tormenta amainara, los tuskarr, quienes habían establecido su hogar en aquel lugar innumerables años atrás, sabían que tendrían que reparar o reemplazar sus redes y trampas. Sus moradas, a pesar de ser muy sólidas, siempre sufrían daños cuando esta tormenta se desataba. Todos ellos se habían reunido en el interior del gran refugio excavado a gran profundidad para protegerse de la tormenta, y habían cerrado la cubierta de pieles sin dejar ningún resquicio y habían encendido unas cuantas lámparas humeantes…

El anciano Atuik aguardaba en silencio y estoicamente el final de la tormenta, ya que había visto muchas como aquellas en los últimos siete años y había vivido mucho. La largura y color amarillento de sus colmillos, así como las arrugas de su piel marrón eran prueba de ello. No obstante, esas tormentas eran más que un simple fenómeno natural, puesto que tenían un origen sobrenatural.

Atuik observó a los más jóvenes, que no temblaban de frío, ya que eran tuskarrs y eso era imposible, sino de miedo.

—Está soñando —murmuró uno de ellos, que tenía los bigotes erizados y al que le brillaban los ojos.

—Silencio —replicó Atuik de un modo mucho más brusco de lo que era un principio pretendía. El niño se sobresaltó y se quedó callado; una vez más el único sonido que se escuchó fue el gemido de la nieve y el viento.

* * *

Aquel rugido profundo se elevó como el humo, y aunque no era un mensaje articulado en palabras, estaba repleto de significado. En realidad, se trataba de un cántico en el que participaban varias voces. El sonido de los tambores, matracas y del hueso al frotar contra el hueso conformaban un acompañamiento intenso para aquella llamada sin palabras. Un círculo de postes y pieles evitaba que aquel viento iracundo azotara la aldea taunka; asimismo, sus cabañas de techos curvados, que formaban un arco sobre aquel espacio interior tan amplio desafiando las inclemencias de aquella tierra, eran muy resistentes.

Por encima de los sonidos de aquel ritual antiguo de gran trascendencia, el aullido del viento todavía se podía escuchar. El taunka que danzaba, un chamán llamado Kamiku, se equivocó en un paso y su pezuña impactó contra el suelo de una forma un tanto extraña. Pero recuperó el equilibrio y continuó bailando. Debía concentrarse. Todo era cuestión de concentración. Era así como uno doblegaba los elementos para que le obedecieran; era así como su pueblo había sobrevivido en una tierra hostil e inmisericorde.

El sudor empapaba y oscurecía su pelaje mientras danzaba. Tenía los enormes ojos castaños cerrados para poder concentrarse mejor y las pezuñas volvieron a retomar aquel enérgico ritmo. Movió bruscamente la cabeza, de modo que los cuernos cortos hendieron el aire, y agitó nervioso la cola. Otros taunkas bailaban junto a él. Su calor corporal y el que les proporcionaba aquel fuego, que ardía con fuerza a pesar de que los copos de nieve y el viento entraban por la abertura del techo por donde salía el humo, lograban que la acogedora cabaña mantuviera una buena temperatura.

Todos sabían qué ocurría allá fuera. No podían controlar ese viento y esa nieve, como solían hacer en otras ocasiones con fenómenos similares. No, porque eran cosa de *él*. Pero sí podían danzar, comer y reír desafiando a esa violenta tormenta. Eran taunkas; lo resistirían.

* * *

En el exterior el mundo era de color azul y blanco y bramaba furioso, pero dentro de la Gran Sala hacía una buena temperatura y todo se hallaba en calma. Allí había una chimenea lo bastante alta para que un hombre pudiera estar de pie dentro de ella, repleta de gruesos leños que crepitaban al arder; ese era el único ruido que se escuchaba en la sala. Sobre la recargada repisa de la chimenea decorada con imágenes talladas de criaturas fantásticas se hallaba expuesto un cuerno gigante de colmipala. Unas cabezas de dragones esculpidas hacían las veces de soportes para las antorchas, cuyas llamas brillaban intensamente. Unas vigas fuertes y enormes sostenían el peso de un salón de banquetes que podría haber albergado a muchos invitados, donde el color cálido y anaranjado del fuego ahuyentaba las sombras que corrían a esconderse en las esquinas. El suelo de fría piedra adquiría un carácter más agradable y acogedor gracias a las gruesas pieles de osos, colmipala y otras criaturas que lo alfombraban.

Una mesa larga, muy pesada y de madera tallada ocupaba casi todo el espacio de la habitación. Podrían haberse alojado unos cuarenta invitados con suma facilidad. Aunque solo tres seres se hallaban sentados a la mesa en aquel momento: un hombre, un orco y un muchacho.

No obstante, nada de esto era real, por supuesto. El hombre que se sentaba en el lugar de honor de la mesa, en una silla de madera tallada que recordaba a un trono sin serlo, un poco más elevada que las otras, lo sabía. Sabía que estaba soñando; que llevaba soñando mucho, mucho tiempo. La sala, los trofeos de colmipalas, el fuego, la mesa, e incluso el orco y el muchacho, no existían, solo formaban parte de su sueño.

El orco, que se encontraba a su izquierda, era muy viejo, pero seguía siendo fuerte. El parpadeo del fuego anaranjado y las luces de las antorchas hacían que la espantosa calavera que llevaba pintada en su rostro de mandíbula prominente apareciera y desapareciera. Tiempo atrás había sido un chamán dotado de grandes poderes, e incluso ahora, cuando solo era un producto de la imaginación de aquel hombre, resultaba intimidante.

Sin embargo, el muchacho no intimidaba. En su día pudo haber sido un niño muy guapo, de ojos grandes y verdemar, de rasgos hermosos y pelo dorado. Pero ya no lo era.

Aquel muchacho se encontraba enfermo.

Estaba muy delgado, tan escuálido que daba la impresión de que sus huesos le fueran a atravesar la piel de un momento a otro. Su mirada, que en una época había sido muy luminosa, se mostraba apagada y hundida, y una fina membrana le cubría los ojos. Las pústulas plagaban su piel, y al estallar rezumaban un fluido verdoso. Daba la sensación de que le costaba respirar y su pecho se estremecía cada vez que jadeaba en cortos intervalos. El hombre pensó que prácticamente era capaz de ver los fatigosos latidos del corazón de aquel niño; un corazón que debería haberse detenido hace mucho, pero que no cejaba en su empeño.

—Sigue aquí —afirmó el orco, señalando con el dedo en dirección al muchacho.

—No durará —replicó el hombre.

El muchacho tosió como si así quisiera confirmar aquellas palabras. La sangre y los mocos salpicaron la mesa que se hallaba frente a él. Acto seguido se limpió aquel rostro tan pálido con la manga de su delgado brazo de un modo sumamente grosero. A continuación inspiró aire para poder hablar con voz vacilante; resultaba obvio que aquel esfuerzo estaba poniendo a prueba sus límites.

—Aún no le has… ganado. Y te lo… demostraré.

—Eres tan necio como testarudo —gruñó el orco—. Esa batalla se ganó hace mucho.

El hombre se aferró con fuerza a los brazos de la silla mientras los escuchaba. Aquel era un sueño recurrente que había tenido a lo largo de los últimos años, y, tras tanta reiteración, le parecía ya más aburrido que entretenido.

—Ya me he cansado de tanta lucha, acabemos con esto de una vez por todas —replicó el hombre.

El orco miró con malicia al muchacho, y su cara de calavera sonrió espantosamente. El muchacho volvió a toser, pero no se amedrentó ante el orco. Se enderezó con lentitud y dignidad, y su mirada lechosa se desplazó del orco al hombre a gran velocidad.

—Sí —replicó el orco—, esto es inútil. Pronto llegará el momento de despertar. De despertar y adentrarse una vez más en ese mundo.

Y a continuación se giró en dirección hacia el hombre, con un brillo especial en su mirada.

—De volver a recorrer el sendero que has escogido —añadió.

La calavera pareció desprenderse sola de su cara, para planear sobre su rostro como si fuera una entidad distinta, y en ese mismo instante la habitación cambió por completo. Los soportes tallados que un instante antes eran unos meros dragones de madera se estremecieron y cobraron vida; las antorchas que portaban en la boca centellaron y proyectaron unas grotescas sombras que no dejaban de moverse al agitar sus cabezas. El

viento ululaba con fuerza en el exterior y la puerta de la sala se abrió de par en par de un golpe. La nieve rodeó a aquellos tres seres. El hombre extendió los brazos y dejó que aquel gélido viento le envolviera como una capa. El orco se rio, y la calavera que flotaba sobre su rostro lanzó sus propias frenéticas carcajadas de júbilo.

—Deja que te muestre que tu destino está ligado al mío, y que solo sabrás lo que es el poder de verdad si lo eliminas a él.

Las violentas ráfagas de soplo glacial habían derribado a aquel muchacho frágil y delgado de la silla en la que se hallaba sentado. Pero se incorporó con gran esfuerzo, temblando y dando pequeñas bocanadas de aire mientras intentaba volver a subirse a la silla. Entonces, lanzó una mirada al hombre repleta de esperanza, miedo y extraña determinación.

—No todo está perdido —susurró, y, de algún modo, a pesar del orco y de la risa de la calavera, a pesar del aullido del viento, el hombre lo escuchó.

PRIMERA PARTE

ELEGIDO PARA LA GLORIA



CAPÍTULO UNO

—Sostenle la cabeza, sí, así. Bien hecho, muchacho.

La yegua, cuyo pelaje era normalmente blanco y ahora gris por culpa del sudor, puso los ojos en blanco y relinchó. Y en ese momento el príncipe Arthas Menethil, el hijo único del rey Terenas Menethil II, que algún día gobernaría el reino de Lordaeron, agarró con fuerza la brida y murmuró algo en voz baja.

Entonces, la yegua sacudió la cabeza violentamente, de forma que poco faltó para llevarse por delante a aquel niño de nueve años.

—¡Caray, Crin Brillante! —exclamó Arthas—. Tranquila, muchacha. No pasará nada. No tienes nada de qué preocuparte.

Jorum Balnir soltó un gruñido a modo de carcajada.

—Dudo mucho que pensaras eso mismo si algo del tamaño de un potro estuviera saliendo de *tus* entrañas, muchacho.

Su hijo Jarim, que estaba de cuclillas junto a su padre y el príncipe, se echó a reír al igual que Arthas, quien se desternillaba de risa a pesar de que le había caído en la pierna la espumosa saliva caliente de una Crin Brillante que no dejaba de mover la cabeza.

—Un empujón más, chica —le dijo Balnir para animarla, mientras se acercaba lentamente a la parte del cuerpo de la yegua donde el potro, encerrado en una reluciente membrana que recordaba a una mortaja, se hallaba a medio camino de su viaje de llegada al mundo.

Se suponía que Arthas no debería estar ahí. Pero cuando no tenía clases, a menudo se escabullía hasta la hacienda Balnir para admirar los caballos que este criaba, una actividad que le había proporcionado reconocimiento y fama, y jugar con su amigo Jarim. Ambos jóvenes eran muy conscientes de que el hijo de un criador de caballos, incluso uno cuyos animales solían ser comprados como monturas por la casa real, no era la compañía más «adecuada» para un príncipe. A ninguno de ellos le importaba demasiado, y, de momento, ningún adulto había intentado poner fin a aquella amistad. Ese día lo había pasado en la hacienda construyendo fortalezas, lanzando bolas de nieve y jugando a

guardias y bandidos con Jarim, hasta que Jorum los había llamado para que fueran a presenciar el milagro del nacimiento.

Ante lo que estaba presenciando, Arthas concluyó que «el milagro del nacimiento» era, en realidad, algo bastante desagradable. Nunca imaginó que fuera a haber tantos… «fluidos nauseabundos». Entonces, Crin Brillante gruñó y suspiró de nuevo; sus patas permanecían estiradas e inmóviles. A continuación se escuchó un chapoteo y su bebé llegó al mundo.

Su pesada cabeza cayó a plomo sobre el regazo de Arthas, y acto seguido, cerró los ojos por un instante. Sus ijadas subieron y bajaron a medida que tomaba aire. El muchacho sonrió, acarició aquel cuello húmedo y robusto, aquella crin hirsuta, y dirigió la mirada hacia el lugar donde Jarim y su padre estaban atendiendo al potro. Hacía frío en los establos en esa época del año, lo que provocaba que un humillo emanara débilmente del cálido cuerpo empapado de sudor de la yegua. Padre e hijo se valieron de una toalla y paja seca para quitarle al potrillo los restos de aquel inquietante manto que recordaba a una mortaja; entonces Arthas sintió cómo en su rostro se esbozaba una sonrisa.

El potro empapado y gris, que no era más que un conjunto de patas enredadas y ojos grandes, echó una mirada a su alrededor, parpadeando ante la tenue luz de farol. Aquellos enormes ojos castaños se posaron en Arthas. *Eres muy hermoso*, pensó el príncipe, mientras contenía la respiración por un instante al darse cuenta de que el tan cacareado «milagro de la vida» era realmente bastante milagroso.

Crin Brillante intentó ponerse de pie. Arthas se incorporó y se arrimó a las paredes de madera del establo para que aquel enorme animal pudiera girarse sin aplastarlo. La madre y el recién nacido se olisquearon mutuamente, y acto seguido, Crin Brillante gruñó y se dispuso a limpiar a su hijo con su larga lengua.

—Oye, muchacho, tienes un aspecto horrible —le señaló Jorum.

Arthas bajó la mirada para comprobarlo, y le dio un vuelco el corazón. Vio que estaba cubierto de paja y baba de yegua, se encogió de hombros y dijo:

—Quizá debería meterme dentro de un banco de nieve cuando regrese a palacio —sugirió con una sonrisa burlona.

Aunque, poniéndose un poco más serio. Añadió a continuación:

—No te preocupes. Tengo nueve años. Ya no soy un bebé. Puedo ir adónde me…

Los pollos chillaron repentinamente y se escuchó la voz atronadora de un hombre, y entonces a Arthas se le vino el mundo encima. Se cuadró, intento por todos los medios sacudirse la paja de encima por última vez de manera infructuosa y abandonó el establo.

—Sir Uther —dijo con un tono de voz que parecía indicar «Yo soy el príncipe y será mejor que no lo olvides»—, esta gente me ha tratado con amabilidad. Te ruego que no pisotees a sus aves de corral.

Ni sus macizos de boca de dragón, pensó, mientras lanzaba una mirada fugaz a unos montones de tierra levantada cubiertos de nieve donde unas hermosas flores, de las que Vara Balnir se sentía tremendamente orgullosa, germinarían en unos cuantos meses. En ese instante escuchó unos ruidos que le indicaron que Jorum y Jarim acababan de salir del establo, pero no miró hacia atrás sino que siguió contemplando a aquel caballero que iba montado a lomos de un corcel y vestido con una… ¿armadura?

—¿Por qué llevas armadura? —exclamó Arthas—. ¿Qué ha pasado?

—Te lo explicaré por el camino —replicó Uther con un tono de voz lúgubre—. Luego enviaré a alguien a recoger tu caballo, príncipe Arthas. Firme cabalgará más rápido que el tuyo aunque tenga que transportarnos a ambos.

El hombre de la armadura se agachó, y una mano grande se cerró alrededor del brazo de Arthas para levantarlo por el aire como si no pesara nada y colocarlo a lomos del caballo delante del él. Vara, que había salido de la casa en cuanto había escuchado que un caballo se aproximaba al galope, aún se estaba limpiando las manos con un trapo, y tenía un poco de harina en la nariz. Tenía los ojos azules tan abiertos que parecía que se le iban a salir de las órbitas, y lanzó una mirada de preocupación a su marido. Uther la saludó inclinando levemente la cabeza.

—Ya hablaremos de esto más tarde —indicó Uther—. Señora.

A continuación se tocó la frente con una mano cubierta por una cota de malla a modo de saludo cortés, y espoleó a su caballo Firme, que también portaba armadura al igual que su jinete, para que el animal echará a andar.

El brazo de Uther apretaba la cintura de Arthas como si se tratara de un cinturón de acero. El miedo que sentía el muchacho se acrecentó, pero logró dominarlo mientras intentaba desembarazarse del abrazo de Uther.

—Sé cabalgar —se quejó, de modo que su petulancia disimuló la inquietud que le embargaba—. Cuéntame que ocurre.

—Un jinete procedente de Costasur ha traído malas noticias. Hace unos días, cientos de pequeñas embarcaciones repletas de refugiados de la ciudad de Ventormenta arribaron en nuestra costa —afirmó Uther sin aflojar su abrazo.

Arthas dejó de resistirse y estiró el cuello dispuesto a escuchar con suma atención, mientras aquellos ojos bien abiertos de color verdemar se clavaban en el sombrío rostro de Uther, quien en ese momento le espetó:

—La ciudad de Ventormenta ha caído.

—¿Qué? ¿La ciudad de Ventormenta? ¿Ante quién? ¿Qué…?

—Eso lo sabremos en breve. Los supervivientes, incluido el príncipe Varian, están siendo guiados hasta aquí por el que fue en su día el Campeón de Ventormenta, Lord Anduin Lothar. Él, el príncipe Varian y los demás llegarán a Ciudad Capital en unos días.

Lothar nos ha advertido de que nos trae unas noticias alarmantes; lo cual resulta obvio ya que algo ha destruido Ventormenta. Por eso me han encomendado la misión de encontrarte y llevarte de vuelta al palacio, príncipe. En este momento no puedes perder el tiempo jugando con el vulgo.

Arthas se giró estupefacto y miró hacia el frente de nuevo, aferrándose con fuerza a la crin de Firme. ¡La ciudad de Ventormenta! Nunca había estado ahí, pero había oído hablar mucho de esa ciudad. Se trataba de un lugar imponente, de enormes murallas de piedra y hermosos edificios. La habían construido para que fuera muy robusta, para soportar las embestidas de los intensos vientos de los que había tomado su nombre. Parecía inconcebible que hubiera caído… Pero ¿quién o qué podría ser tan poderoso como para tomar una ciudad como esa?

—¿Cuánta gente traen consigo? —preguntó el príncipe, mientras regresaban a la capital, con un tono de voz bastante más alto y agudo de lo que le hubiera gustado para poder ser escuchado por encima del estruendo que provocaban los cascos del caballo.

—No se sabe. Pero sabemos con seguridad que no serán pocos… El emisario nos informó de que todos los que han sobrevivido vienen hacia aquí.

¿Sobrevivido a qué?, se preguntó Arthas.

—¿Y el príncipe Varian…? —inquirió.

Había oído hablar de Varian durante toda su vida, por supuesto. Además, conocía los nombres de todos los reyes, reinas, príncipes y princesas vecinos. De repente se percató de un detalle que había pasado por alto y abrió los ojos como platos. Uther había mencionado a Varian, pero no al padre del príncipe, el rey Llane.

—Pronto se convertirá en el rey Varian. El rey Llane cayó en Ventormenta.

Esa tragedia individual impactó a Arthas mucho más que el hecho de que miles de personas se hubieran quedado repentinamente sin hogar. La familia de Arthas, compuesta por él; su hermana, Calia; su madre, la reina Lianne; y, por supuesto, el rey Terenas, estaba muy unida. Además, había sido testigo de cómo algunos monarcas trataban a sus familias, y era consciente de que la suya era un caso excepcional. Pero ¿qué tragedia había comparable a perder tu ciudad, la vida que conocías y a tu padre al mismo tiempo?

—Pobre Varian… —aseveró, mientras unas lágrimas de compasión asomaban en sus ojos.

Uther le dio unas palmaditas en la espalda, un tanto incómodo por la situación.

—Sí —replicó—. Es un día aciago para ese muchacho.

Arthas se estremeció de repente, y no por culpa del frío que hacía aquel soleado día invernal. Aquella hermosa tarde, con el cielo azul y el paisaje cubierto de nieve que se curvaba suavemente, se había tornado de improviso para él en una tarde tenebrosa.

* * *

Unos días después, Arthas se encontraba junto a las murallas del castillo haciendo compañía a Falric, uno de los guardias, a quien acababa de llevar una taza de té caliente. Tal visita, al igual que las que solía realizar a la familia Balnir y a las criadas, los ayudantes de cámara, los herreros y, en general, a todo siervo que se hallara en el recinto del palacio real, no era un hecho inusual. Terenas aceptaba con resignación esa costumbre de su hijo, y Arthas sabía que nunca castigaban a nadie por hablar con él, e incluso a veces se preguntaba si su padre aprobaba en el fondo que él actuara así.

Falric le sonrió agradecido y agachó la cabeza en señal de genuino respeto; a continuación se quitó los guanteletes para poder así calentarse las frías manos con la taza caliente. Amenazaba con nevar y el cielo tenía un color gris pálido, pero hasta entonces no había hecho un mal día. Arthas se apoyó en el muro y apoyó la barbilla sobre sus brazos cruzados. Contempló las onduladas colinas blancas de Tirisfal y recorrió con la mirada el camino que llevaba a través del Bosque de Argénteos hasta Costasur. El camino por el que Anduin Lothar, el mago Khadgar y el príncipe Varian estarían viajando.

—¿Se sabe algo de ellos?

—No, alteza —contestó Falric, mientras daba un sorbo a aquel brebaje caliente—. Podrían llegar hoy, mañana o pasado mañana. Sé que te mueres de impaciencia por verlos, pero probablemente tendrás que esperar bastante, señor.

Arthas esbozó una sonrisa burlona con los ojos entornados y risueños.

—Mejor esperar que estar en clase —afirmó.

—Bueno, señor, sabrás mejor que yo lo que tienes que hacer —replicó Falric con diplomacia, reprimiendo el impulso de devolverle la sonrisa.

Mientras el guarda apuraba el té, Arthas lanzó un suspiro y se giró para observar el camino tal y como había hecho un buen número de veces antes. Al principio, aquella espera había resultado emocionante, pero ahora se estaba volviendo aburrida. Quería volver a la hacienda Balnir para saber cómo se encontraba el potro de Crin Brillante, y se preguntó si sería muy difícil escabullirse del palacio durante unas cuantas horas sin que nadie lo echara en falta. Falric tenía razón. Lothar y Varian podrían tardar aún unos cuantos días en…

Arthas parpadeó. Lentamente, levantó la barbilla y entornó los ojos.

—¡Ya vienen! —gritó, mientras señalaba hacia el horizonte.

Falric se despreocupó totalmente de su té y fue a su lado casi al instante.

Entonces, el guardia asintió con la cabeza.

—¡Tienes una vista muy aguda, príncipe Arthas! ¡Marwyn! —exclamó. Y otro soldado que se hallaba cerca se puso firme de inmediato—. Ve a informar al rey de que Lothar y Varian vienen hacia aquí. Deberían llegar en una hora.

—Sí, capitán —contestó el joven que saludaba en señal de respeto.

—¡Ya se lo digo yo! ¡Ya voy yo! —gritó alborozado Arthas, quien ya estaba corriendo raudo y veloz mientras hablaba.

Marwyn dudó y buscó con la mirada a su oficial superior, pero Arthas estaba decidido a llegar antes que él para dar la noticia. Bajó las escaleras corriendo, se resbaló por culpa del hielo y tuvo que avanzar a saltos el resto del camino. Después atravesó corriendo el patio y se detuvo, tras deslizarse un poco, cuando se aproximaba a la sala del trono al recordar a duras penas que tenía que mantener las formas. Era el día en que Terenas se reunía con los representantes del pueblo para escuchar sus preocupaciones y hacer lo que estuviera en su mano por ayudarles.

Arthas echó hacia atrás la capucha de su capa roja de paño rúnico hermosamente bordada. Inspiró aire con fuerza y luego lo dejó escapar por los labios en forma de una tenue neblina; después se aproximó a una pareja de guardias a quienes saludó con una leve inclinación de la cabeza, y estos, tras responder con un saludo muy enérgico, se dieron la vuelta para empujar las puertas y abrirlas de par en par.

En la sala del trono reinaba una temperatura mucho más cálida que en el patio exterior, a pesar de que se trataba de una cámara bastante grande hecha de mármol y piedra que poseía un techo muy alto con forma de cúpula. Incluso en días nublados como aquel, la ventana octagonal situada en la cúspide de la cúpula permitía que la luz natural entrara a raudales. En las paredes había antorchas encendidas que caldeaban la habitación y la teñían de un color anaranjado. Un intrincado diseño de patrones circulares rodeaba el sello de Lordaeron que ornamentaba el suelo; el cual, en esos momentos, se hallaba oculto bajo los pies de la gente allí congregada y que aguardaba respetuosamente su turno para dirigirse a su señor.

El hombre sentando en aquel trono enjoyado situado sobre un estrado escalonado era el rey Terenas II. Su pelo rubio había cedido paso al gris solo en las sienes y su rostro presentaba alguna que otra arruga no muy profunda; arrugas provocadas por la risa más que por fruncir el ceño y que dejaban su marca tanto en el alma como en el rostro. Iba ataviado con una túnica primorosamente confeccionada de tonalidades azules y púrpuras, con bordados de oro relucientes que reflejaban la luz de las antorchas y hacían relucir su corona. Terenas se inclinó un poco hacia delante, absorto en lo que le decía el hombre que se encontraba frente a él, un noble de baja alcurnia cuyo nombre Arthas no pudo recordar en aquel momento. Sus ojos, de un color azul verdoso y penetrantes, se hallaban anclados en aquel individuo.

Como era consciente de que estaba a punto de anunciar la llegada de alguien muy importante, Arthas simplemente permaneció en pie contemplando a su padre durante unos instantes. Él, al igual que Varian, era hijo de un rey, era príncipe por derecho de nacimiento. Pero Varian ya no tenía padre. Con solo pensar en la posibilidad de llegar a ver algún día ese trono vacío, de llegar a escuchar el antiguo himno de la coronación cantado en su honor, Arthas sintió cómo se le formaba un nudo en la garganta.

Por la Luz, que ese día no llegue hasta dentro de mucho, mucho tiempo, imploró Arthas mentalmente.

Quizá Terenas percibió la intensidad de la mirada de su hijo y por eso se giró en dirección a la puerta. Sus ojos se entornaron por un instante al sonreír y, a continuación, volvió a prestar atención al peticionario.

Entonces, Arthas se aclaró la garganta y dio un paso al frente.

—Perdona la interrupción, padre. Pero… ¡Ya vienen! ¡Los he visto! Deberían llegar aquí en una hora.

El rostro de Terenas se tensó ligeramente. Sabía a *quién* se refería. Asintió con un leve gesto y dijo:

—Gracias, hijo mío.

Los allí reunidos se miraron unos a otros; la mayoría de ellos también sabía a *quién* se refería y se disgregaron como si la audiencia hubiera llegado a su fin. Entonces, Terenas alzó una mano.

—No se marchen. De momento no llueve y el camino está despejado. Así que llegarán cuando tengan que hacerlo y no antes. Hasta entonces, prosigamos con lo nuestro —indicó, sonriendo un tanto pesaroso—. Tengo la sensación de que en cuanto estén aquí, audiencias como esta tendrán que ser pospuestas. Así que cuantos más asuntos solucionemos antes de su llegada mejor.

Arthas contempló a su padre con orgullo. Por eso precisamente el pueblo quería tanto a Terenas; y por eso el rey solía mirar para otro lado cuando su hijo se «aventuraba» a relacionarse con el vulgo. Terenas se preocupaba mucho por sus súbditos y había inculcado ese sentimiento a su hijo.

—¿Quieres que salga a recibirlos montado a caballo, padre?

Terenas examinó a su hijo durante un instante y a continuación le indicó que no con un leve gesto de su cabeza.

—No. Creo que será mejor que no estés presente cuando los recibamos.

Arthas se sintió como si le hubieran dado un golpe. ¿Cómo no iba a estar presente? ¡Pero si tenía ya nueve años! Algo muy malo le había ocurrido a un aliado valioso y un muchacho no mucho mayor que él había perdido a su padre por culpa de aquel desastre. La

ira lo invadió repentinamente. ¿Por qué su padre insistía en protegerlo tanto? ¿Por qué no le permitía asistir a las reuniones importantes?

Se mordió la lengua para reprimir la contestación que habría brotado de sus labios de haber estado a solas con Terenas. Además, sabía que discutir con su padre en esos momentos, delante de toda aquella gente, no iba a servir de nada. Aunque tuviera toda la razón al respecto. Así que tomó aire y tras hacer una reverencia, se marchó.

Una hora después Arthas Menethil se hallaba en uno de los muchos palcos que daban a la sala del trono. Sonrió para sí; aún era lo bastante pequeño para esconderse bajo los asientos si alguien entraba ahí a curiosear o echar un vistazo rápido. Se agitó inquieto un poco por culpa de los nervios y pensó que en un par de años ya no sería capaz de hacer algo así.

Pero en un par de años mi padre acabará entendiendo que merezco estar presente en tales eventos y ya no tendré que esconderme, reflexionó.

Aquel pensamiento le agradó. A continuación hizo un ovillo con su capa para usarla de almohada mientras esperaba. La sala estaba caldeada gracias a los braseros, las antorchas y el calor que desprendía la gran cantidad de gente que se apiñaba en aquel pequeño espacio. El calor y el murmullo de las conversaciones lo arrullaron y casi se quedó dormido.

—Majestad.

Aquella voz potente, atronadora y fuerte hizo que Arthas se despertara.

—Soy Anduin Lothar, caballero de la ciudad de Ventormenta.

¡Ya habían llegado! Lord Anduin Lothar, quien en su día fue el Campeón de Ventormenta… Arthas salió de debajo del asiento y se puso en pie con sumo cuidado, cerciorándose en todo momento de que la cortina azul que cubría el palco ocultase su presencia mientras miraba a través de ella qué ocurría.

Lothar tiene el aspecto típico de un guerrero, pensó Arthas al contemplar a aquel hombre. Era alto, de constitución fuerte e iba ataviado con una armadura pesada que portaba con gran facilidad, lo cual indicaba que estaba muy acostumbrado a soportar su peso. Aunque sobre el labio superior lucía un hirsuto mostacho y una barba corta, en el resto de la cara estaba prácticamente calvo, y el poco pelo que le quedaba lo llevaba recogido en una pequeña coleta. Junto a él se hallaba un anciano ataviado con una túnica violeta.

Arthas posó su mirada sobre el muchacho que solo podía ser el príncipe Varian Wrynn. Era alto y esbelto pero de hombros anchos, lo cual indicaba que aquella constitución delgada se acabaría llenando de músculos algún día, y se le notaba pálido y exhausto. Arthas se estremeció mientras observaba a aquel joven, solo unos años mayor que él, que parecía tan perdido, solo y asustado. Cuando el rey se dirigió a él, Varian

pareció recobrar la compostura y contestó con suma educación. Terenas tenía mucha experiencia a la hora de hacer que la gente se sintiera a gusto en su presencia. El monarca fue despachando poco a poco a la gente y, cuando solo quedaban en la sala unos cuantos cortesanos y guardias, se levantó del trono para saludar a los visitantes.

—Por favor, siéntense —les indicó, y en vez de sentarse en aquel glorioso trono como le correspondía por derecho, decidió quedarse en el escalón superior del estrado.

Entonces colocó a Varian junto a él a modo de gesto paternal y Arthas sonrió.

El joven príncipe de Lordaeron escuchó a escondidas con suma atención aquellas voces que ascendían hasta el lugar donde se hallaba y que parecían pronunciar palabras inventadas. Aun así, mientras observaba al poderoso guerrero de Ventormenta y estudiaba el semblante lánguido y lívido del futuro rey de ese reino tan magnífico, Arthas se percató al tiempo que un escalofrío le recorría la espalda de que nada de aquello era una fantasía, sino que todo era terroríficamente real, lo cual resultaba muy aterrador.

Los allí reunidos hablaron de unas criaturas llamadas «orcos» que de algún modo habían invadido Azeroth. Eran enormes, verdes y tenían colmillos en vez de dientes y una gran sed de sangre; además, habían formado una «horda» que avanzaba como una marea imparable.

—Podrían cubrir toda la tierra de costa a costa —aseveró en tono serio Lothar.

Esos monstruos eran los responsables del ataque a la ciudad de Ventormenta y de haber convertido a sus ciudadanos en refugiados. *O en cadáveres*, pensó Arthas. El debate se caldeó cuando alguno de los cortesanos afirmó que no creía nada de lo que estaba contando Lothar. Y si bien este perdió los estribos, Terenas logró calmas los ánimos y dio por zanjada la discusión.

—Convocaré una reunión con los monarcas vecinos —anunció—. Estos terribles hechos nos afectan a todos. Majestad, te ofrezco mi hogar y protección por todo el tiempo que estimes necesario.

Arthas sonrió. Varian se iba a quedar en palacio. Le agradaba la idea de que hubiera otro niño noble en el castillo con quien jugar. A pesar de que congeniaba con su hermana Calia, esta tenía el inconveniente de que era chica y dos años mayor que él. Y aunque también le tenía mucho cariño a Jarim, sabía que las oportunidades de que pudieran jugar se iban a ver limitadas debido a las circunstancias. Como Varian, sin embargo, era príncipe por derecho de nacimiento al igual que Arthas, los dos podrían entrenar, cabalgar, explorar y hacer juntos muchas cosas más.

—Nos estás insinuando que nos preparemos para la guerra —dedujo su padre mientras su voz se abría paso entre las meditaciones de su hijo con una eficacia tremenda, provocando así que Arthas cayera presa del desánimo otra vez.

—Sí —replicó Lothar—. Para una guerra de la que dependerá la supervivencia de nuestra especie.

Arthas tragó saliva como pudo y, acto seguido, abandonó el palco tan silenciosamente como había entrado en él.

* * *

Tal y como Arthas esperaba, poco tiempo después llevaron al príncipe Varian a los aposentos de invitados. El propio Terenas acompaño al muchacho, apoyando en todo momento con delicadeza una mano sobre el hombro del joven. No obstante, si se sintió sorprendido al ver a su hijo esperándolos en los cuartos de invitados, no lo demostró.

—Arthas, este es el príncipe Varian Wrynn, futuro rey de la ciudad de Ventormenta.

Arthas hizo una reverencia a su igual.

—Alteza —le dijo a modo de saludo formal—, te doy la bienvenida a Lordaeron. Ojalá hubiéramos podido conocernos en mejores circunstancias.

Varian le devolvió la reverencia cortésmente.

—Como ya le indiqué al rey Terenas, te estoy realmente agradecido por habernos prestado tu apoyo y ofrecido tu amistad en estos tiempos tan difíciles.

Hablaba con un tono de voz forzado, tenso y cansado. Arthas recogió la ropa que Varian se había quitado: la capa, la túnica y los pantalones; unas prendas excelentemente bordadas y confeccionadas a partir de paños rúnicos y tejido mágico. Daba la impresión de que Varian había llevado puesta esa ropa casi toda su vida de lo sucia que estaba. Y si bien era innegable que se había lavado la cara, aún le quedaban restos de suciedad en las sienes y bajo las uñas.

—Te enviaré en breve algunos sirvientes con algo de comida y toallas, agua caliente y un barreño para que puedas refrescarte, príncipe Varian —le señaló Terenas.

El rey continuaba refiriéndose a él por su título nobiliario. Era una costumbre que acabaría cayendo en desuso con el paso del tiempo, pero Arthas entendía por qué el rey incidía tanto en repetir la palabra «príncipe» en ese momento. Ahora más que nunca, cuando lo acababa de perder absolutamente todo salvo la vida, Varian necesitaba saber que aún le respetaban, que aún reconocían que seguía perteneciendo a una casa real. Entonces Varian frunció los labios y asintió.

—Gracias —acertó a decir.

—Arthas, lo dejo en tus manos —le indicó Terenas a su hijo mientras daba una paternal palmadita en el hombro a Varian antes de cerrar la puerta y marcharse.

Los dos muchachos se quedaron mirándose de hito a hito el uno al otro. Arthas tenía la mente totalmente en blanco.

Aquel silencio incómodo se prolongó demasiado. Al final, Arthas no pudo aguantar más esa quietud y dijo:

—Lamento lo de tu padre.

Varian esbozo una mueca de dolor y se dio la vuelta; a continuación se acercó a los enormes ventanales desde los que se podía contemplar el lago Lordamere. La nieve que había amenazado con caer toda la mañana por fin lo hacía y tocaba el suelo con suavidad cubriendo la tierra como un silencioso manto. Había tenido muy mala suerte, ya que en un día claro uno podía llegar a divisar el castillo de Fenris.

—Gracias —replicó Varian.

—Estoy seguro de que murió luchando noblemente hasta el último aliento.

—Fue asesinado —le aclaró Varian con suma franqueza en un tono de voz carente de toda emoción.

Arthas se giró estupefacto, vio el perfil de Varian iluminado por la fría luz de aquel día invernal y tuvo la impresión de que las facciones del muchacho permanecían serenas de un modo antinatural. Solo sus ojos castaños, inyectados en sangre y repletos de dolor, parecían albergar algo de vida.

—Una amiga de confianza consiguió convencerlo de que hablara con ella a solas. Y esa mujer aprovechó la oportunidad para matarlo. Lo apuñaló justo en el corazón.

Arthas se quedó mirándole atentamente. La muerte en una batalla gloriosa ya era difícil de aceptar, pero aquello…

De manera impulsiva agarró al príncipe del brazo y le dijo:

—Ayer vi nacer a un potrillo.

Parecía una estupidez, pero como fue lo primero que se le vino a la cabeza siguió hablando del tema con suma seriedad.

—Cuando el tiempo mejore te llevaré a verlo. Es la cosa más increíble del mundo.

Varian se volvió hacia él y lo observó fijamente durante largo rato. Una amplia gama de emociones surcó su rostro: indignación, incredulidad, gratitud, ansiedad, comprensión. De pronto, sus ojos castaños se llenaron de lágrimas y Varian apartó la mirada; cruzó los brazos y se hizo un ovillo, mientras sus hombros temblaban al ritmo de los sollozos que procuraba acallar como podía. Pero ya no era capaz de reprimir más sus sentimientos. A través de aquellos sonidos discordantes y atroces lamentaba la muerte de un padre, un reino y una forma de vida por los que probablemente no había podido llorar hasta ese preciso instante. Entonces Arthas le agarró el brazo y percibió que aquello que sostenía entre los dedos estaba rígido como una piedra.

—Odio el invierno —confesó entre sollozos Varian.

Y la inmensidad del dolor que expresaban esas tres sencillas palabras, aparentemente incongruentes, impacto a Arthas, quien, incapaz de ser testigo de tanto dolor ni de hacer nada por aliviarlo, le soltó el brazo, se dio vuelta y se dirigió hacia la ventana.

Fuera, la nieve seguía cayendo.



CAPÍTULO DOS

Arthas se sentía frustrado.

Pensaba que en cuanto se corriera la voz sobre los crímenes de los orcos, por fin comenzaría su adiestramiento en serio; quizá junto a Varian, su nuevo amigo del alma. Pero ocurrió justo lo contrario. La guerra contra la Horda tuvo como consecuencia que todo aquel que fuera capaz de empuñar una espada se uniera al ejército, hasta el más humilde maestro herrero. Varian se apiadó de su joven homólogo e hizo lo que pudo por animar a su desconsolado amigo durante un tiempo hasta que al fin, un día, tras lanzar un suspiro y mirarlo con cierta lástima, le dijo:

—Arthas, no te lo tomes a mal, pero…

—Pero soy terrible.

Varian hizo un mohín. Ambos se hallaban en la armería, donde combatían ataviados con yelmos, petos de cuero y espadas de entrenamiento de madera.

Varian se acercó al estante, donde dejó colgada la espada, y se quitó el yelmo mientras realizaba esta observación:

—Me sorprende que seas tan rápido y atlético.

Arthas se enfurruñó. Conocía a Varian lo bastante bien para saber que el príncipe intentaba quitarle hierro al asunto. Hizo lo mismo que su amigo: colgó su espada y se quitó el equipo de protección, pero con una actitud bastante hosca.

—En Ventormenta empezábamos a entrenar cuando éramos bastante niños. A tu edad, yo ya tenía mi propia armadura diseñada específicamente para mí.

—No eches más sal en la herida —rezongó Arthas.

—Perdona —replicó Varian mientras le sonreía, a lo que Arthas respondió esbozando una pequeña sonrisa de mala gana.

A pesar de que su primer encuentro había resultado un tanto violento en el plano emocional y había estado teñido de tristeza, Arthas había descubierto que Varian tenía una voluntad de hierro y una visión bastante optimista de la vida en general.

—Me pregunto por qué tu padre no hizo lo mismo contigo.

Arthas sabía la respuesta.

—Porque intenta protegerme.

Varian adoptó una actitud más seria cuando colgaba su peto de cuero y añadió:

—Mi padre también intentaba protegerme, pero no sirvió de nada. La realidad de la vida acaba imponiéndose a nuestros deseos.

Entonces se giró, miró a Arthas y le advirtió de lo siguiente:

—Me adiestraron para luchar, no para *enseñar* a luchar. Podría lastimarte.

Arthas se ruborizó. A Varian no se le había ocurrido siquiera sugerir que Arthas podría lastimarlo a *él*. El príncipe de Ventormenta se dio cuenta de que acababa de meter la pata con su comentario y decidió darle una palmadita en el hombro mientras hacía este comentario:

—Mira, cuando acabe la guerra y podamos volver a tener un adiestrador adecuado, iré contigo a hablar con el rey Terenas. Estoy seguro de que entonces, en menos que canta un gallo, me estarás dando una buena paliza.

* * *

La guerra eventualmente acabó y la Alianza resultó victoriosa. El líder de la Horda, el otrora poderoso Orgrim Doomhammer, había sido llevado hasta Ciudad Capital encadenado. Ver cómo aquel poderoso orco era humillado al ser exhibido por las calles de Lordaeron había causado una honda impresión tanto en Arthas como en Varian. El teniente Turalyon, el joven paladín que había derrotado a Doomhammer después de que el orco hubiera asesinado al noble Anduin Lothar, se había mostrado muy compasivo con la bestia al perdonarle la vida. Terenas, que en el fondo era un hombre muy piadoso, respetó esa decisión y prohibió que se atacara a aquella criatura. Si bien es cierto que hubo muchas protestas y quejas en un principio, en cuanto vieron que el orco que los había aterrorizado durante tanto tiempo desfilaba indefenso por la ciudad mientras era objeto de burla y escarnio, estas se acallaron y la moral del pueblo subió como la espuma. En cualquier caso, Orgrim Doomhammer nunca sufriría ningún daño mientras se hallara bajo la protección del monarca.

Aquella fue la única vez que Arthas vio a Varian dominado por el odio, aunque sabía que no podía reprochárselo. Si los orcos hubieran asesinado a Terenas y a Uther, daba por sentado que también querría escupir a esas horrendas cosas verdes.

—Deberían matarlo —gruñó Varian con los ojos encendidos de rabia mientras miraba desde los parapetos cómo Doomhammer se dirigía al palacio—. Y ojalá pudiera ser yo quien lo asesinara.

—Lo llevan a Entrañas —señaló Arthas.

No se sabe muy bien cómo acabaron apodando así al conjunto formado por las antiguas criptas, mazmorras, alcantarillas y laberínticas callejuelas reales que se encontraban en las profundidades de la tierra, justo debajo del palacio. Entrañas era tenebrosa, fría, húmeda y mugrienta; allí solo habitaban los prisioneros o los muertos, aunque los más pobres de aquellas tierras siempre se las arreglaban para encontrar la manera de entrar allí. Si uno carecía de un hogar, era mejor vivir en Entrañas que quedarse a la intemperie y morir congelado, e incluso Arthas sabía que si uno necesitaba algo… que no fuera del todo legal, tenía que ir allí para conseguirlo. De vez en cuando los guardias bajaban y realizaban una redada en un desesperado pero vano intento de limpiar aquel lugar.

—Nadie sale jamás de Entrañas —le dijo Arthas a su amigo para reconfortarlo—. Morirá en prisión.

—Me alegro —admitió Varian—. Turalyon debería haberlo matado cuando tuvo la oportunidad.

Esas palabras que acababa de pronunciar Varian resultaron ser proféticas. Aunque parecía que las burlas y el odio acumulado contra él habían hecho mella en el gran líder orco, eso distaba mucho de ser cierto. Arthas se enteró un día, mientras escuchaba a escondidas, de que los guardias ya no lo vigilaban tan estrechamente. La aparente desmoralización del prisionero les había llevado a confiarse en exceso. Nadie sabe a ciencia cierta cómo orquestó Orgrim Doomhammer su fuga, porque nadie sobrevivió para contarlo: les rompió el cuello a todos los guardias que encontró a su paso. Pero, en un alarde por dejar claro que no discriminaba a nadie por su estatus social, Doomhammer dejó un reguero de cadáveres de guardias, indigentes y criminales que partía de una celda abierta de par en par y recorría toda Entrañas hasta llegar a la única ruta de escape: las hediondas alcantarillas. Doomhammer volvió a ser capturado poco después y esta vez lo encerraron en un campo de internamiento. Cuando también se escapó de allí, la Alianza entera contuvo la respiración a la espera de un nuevo ataque por su parte. Pero no se produjo. O bien Doomhammer había muerto al fin, o bien habían logrado aplastar su espíritu combativo definitivamente.

Habían pasado ya dos años desde todo aquello y ahora se rumoreaba que el Portal Oscuro, a través del cual la Horda había entrado en Azeroth la primera vez y que la Alianza había clausurado al final de la Segunda Guerra, iba a ser reabierto o ya lo habían abierto; Arthas no estaba seguro de ello, ya que nadie se tomaba la molestia de contarle nada a pesar de que algún día sería rey.

Hacía un día muy hermoso, soleado, claro y caluroso, y le apetecía salir de Ciudad Capital para pasear a lomos de su nuevo corcel, al que había llamado Invencible. Se trataba del mismo potro que había visto nacer dos años antes durante aquel desapacible día

invernal. Decidió que quizá daría ese paseo más tarde. Por ahora, prefería pasar por la armería, donde Varian y él habían entrenado tantas veces y donde el príncipe de Ventormenta lo había humillado otras tantas. Arthas sabía que si bien su amigo nunca pretendía con ello desairarlo, no podía evitar que eso le molestara.

Ya habían pasado dos años.

Arthas se acercó al estante de espadas de entrenamiento de madera y se hizo con una de ellas. Al cumplir once años había dado lo que su institutriz había denominado «el estirón». O, al menos, esa era la palabra que ella había utilizado la última vez que se habían visto antes de decirle: «Ahora ya eres todo un hombrecito y no necesitas una institutriz». Pues sí, la espadita con la que había entrenado a los nueve años era una espada para niños. Ahora era, efectivamente, todo un hombrecito que medía más de uno setenta y que con toda probabilidad crecería aún más a juzgar por la altura de los miembros de su linaje, si es que eso servía como referencia. Alzó la espada, repartió mandobles a diestro y siniestro y, de repente esbozó una sonrisa.

Se abalanzó sobre una de aquellas armaduras antiguas, aferrando con firmeza la espada.

—¡Eh! —gritó mientras deseaba que aquello fuera uno de esos repugnantes monstruos verdes que habían sido un incordio para su padre durante tanto tiempo. Entonces se enderezó cuan largo era y elevó la punta de su espada hasta alcanzar la garganta de la armadura.

—¿Pretendías pasar por aquí, vil orco? ¡Te encuentras en tierras de la Alianza! Por esta vez seré misericordioso contigo. ¡Márchate de aquí y no vuelvas jamás!

Ah, pero los orcos no conocían el significado de la palabra «rendición» ni del vocablo «honor». Y como eran unas meras bestias, se negó a arrodillarse ante él.

—¿Cómo? ¿No piensas marcharte? Muy bien, te he dado una oportunidad y la has desperdiciado. Ahora, ¡lucha!

Y arremetió como le había visto hacer a Varian. Pero no contra la armadura directamente, porque aquel cachivache era muy antiguo y valioso, sino contra el espacio vacío de al lado. Ataque, bloqueo, finta, defensa con la espada de todo el cuerpo, giro y…

Profirió un grito ahogado ya que la espada pareció cobrar vida propia y salió despedida volando. El arma culminó su vuelo estrellándose con estruendo contra el suelo de mármol y deslizándose con un chirrido mientras daba vueltas sobre sí misma antes de detenerse lentamente.

—¡Maldita sea! —juró.

Entonces miró en dirección a la puerta y se topó de bruces con el rostro de Muradin Bronzebeard.

Muradin era el embajador enano de Lordaeron, el hermano del rey Magni Bronzebeard y uno de los personajes más populares de la corte por el jovial y directo humor con el que se lo tomaba todo, desde una buena cerveza o unos exquisitos pastelillos hasta los asuntos de Estado. También tenía reputación de ser un excelente guerrero, astuto y fiero en la batalla.

Acababa de presenciar cómo al futuro rey de Lordaeron se le había escapado una espada de las manos mientras fingía que luchaba con orcos. Arthas se percató de que estaba sudando como un cerdo y tenía las mejillas coloradas, así que intentó recuperar el aliento.

—Esto… Embajador… Solo estaba…

El enano carraspeó y miró a otro lado.

—Busco a tu padre, muchacho. ¿Puedes llevarme ante él? Este lugar infernal tiene demasiados recovecos.

Arthas le señaló una escalera que se encontraba a su izquierda sin mediar palabra. Después observó cómo el enano se marchaba mientras reinaba un silencio incómodo.

Arthas jamás se había sentido tan abochornado en toda su vida. Unas lágrimas se asomaron a sus ojos por culpa de la vergüenza que sentía, pero parpadeó con fuerza para evitar que se le derramaran. Y abandonó aquella habitación raudo y veloz sin siquiera molestarse en recoger la espada de madera.

Diez minutos después ya se sentía libre, tras abandonar a lomos de un corcel los establos y cabalgar en dirección al Este, hacia las colinas de los Claros de Tirisfal. Llevaba dos caballos consigo: un simpático castrado de color gris moteado bastante mayor llamado Corazón Veraz, sobre el que iba montado, y el potro de dos años cuyo nombre era Invencible, que llevaba sujeto con unas riendas de entrenamiento.

Desde el mismo momento en que se cruzaron sus miradas, pocos instantes después del nacimiento del potrillo, Arthas sintió que había un vínculo especial entre ellos. El príncipe supo, desde entonces, que ese caballo sería su corcel, su amigo, el equino de gran corazón que formaría parte de él al igual, o incluso en mayor grado, que su armadura o sus armas. Los caballos de buena raza como aquel podían vivir veinte años o más si se les cuidaba bien; esa sería la montura que llevaría Arthas sobre sus lomos con elegancia en las ceremonias y fielmente en los paseos diarios. No era un caballo de guerra. Ese tipo de equinos se criaba aparte y era utilizado para determinados propósitos en determinados momentos. Dispondría de uno para tales menesteres cuando tuviera que combatir. De todos modos, Invencible formaría parte de su vida aunque no lo utilizara en combate; de hecho, ya formaba parte de ella.

El pelaje, la crin y la cola del semental, que al nacer eran de color gris, habían pasado a ser de un blanco muy similar a la nieve que había cubierto el suelo aquel mismo

día. Ese color no era frecuente ni siquiera entre los caballos criados por Balnir, cuyos pelajes «blancos» eran, en general, de color gris claro. Arthas se había planteado ponerle algún nombre como Nevada o Luz Estelar; pero al final cumplió con la ley no escrita que suelen observar los caballeros de Lordaeron, que consiste en bautizar a sus caballos con un rasgo de la personalidad. Por eso la montura de Uther se llamaba Firme, y la de Terenas, Valeroso.

La suya era Invencible.

Arthas ardía en deseos de montar a lomos de Invencible, pero el cuidador de caballos le había advertido de que al tener solo dos años, aún le quedaba al menos uno para poder hacerlo, «Con dos años aún todavía es un bebé», le avisó. «Está creciendo; sus huesos se están formando. Sea paciente, alteza. Esperar un año no es mucho si uno tiene en cuenta que ese caballo estará a su servicio durante más de dos décadas».

Pero para el príncipe un año si era mucho tiempo de espera. Demasiado. Arthas miró hacia atrás para contemplar el caballo, impacientándose cada vez más ante el medio galope que, por lo visto, era el máximo ritmo que con gran denuedo Corazón Veraz era capaz de alcanzar. En contraste con aquel viejo castrado, el potro de dos años cabalgaba casi como si flotara, sin apenas realizar ningún esfuerzo. Sus orejas estaban erguidas, y sus fosas nasales se ensanchaban al oler los intensos aromas del claro. Los ojos le brillaban y parecía estar diciendo: «Vamos, Arthas… Nací para esto».

Sin duda alguna, por cabalgar con él una vez no iba a pasar nada. Solo pensaba dar un corto paseo a medio galope y luego volverían a los establos como si nada hubiera ocurrido.

Obligó a Corazón Veraz a reducir la marcha hasta un mero trote de paseo y ató sus riendas a la rama baja de un árbol. Invencible relinchó cuando Arthas se acercó a él. El príncipe sonrió ante la suavidad aterciopelada de aquel hocico que acariciaba con la palma de la mano mientras le dada de comer un trozo de manzana. Invencible ya estaba acostumbrado a portar una silla de montar; conseguir que el caballo se habituara a llevar algo en la espalda era un paso más que formaba parte de un proceso muy lento capaz de agotar la paciencia de cualquiera. Pero transportar una silla vacía era muy distinto a tener que cargar con un ser humano vivo. Aun así esperaba que todo fuera bien, ya que había pasado mucho tiempo con el animal. Arthas rezó una plegaria corta y, rápidamente, antes de que Invencible pudiera apartarse, se subió a lomos del caballo.

Invencible se encabritó y relinchó con furia. Arthas se agarró a la hirsuta crin con las manos y se aferró como una lapa a sus ijadas con toda la fuerza que albergaba en aquellas largas piernas. El caballo brincó y corcoveó, pero Arthas resistió. No obstante, soltó un grito cuando Invencible trató de quitárselo de encima al pasar a gran velocidad bajo la rama de un árbol. Pero Arthas no lo soltó.

Poco después Invencible estaba galopando.

O más bien, «volando». O, al menos, eso le pareció a aquel joven príncipe un tanto mareado, que al agacharse sobre el cuello del caballo esbozó una amplia sonrisa. Nunca antes había cabalgado a lomos de un animal tan rápido; el corazón le latía desbocado, embargado por la emoción. Ni siquiera intentó controlar a Invencible; lo único que podía hacer era aguantar. Aquello era algo glorioso, salvaje y hermoso, tal y como lo había soñado. Serían…

Antes de que pudiera ser consciente de lo que había pasado. Arthas se encontró volando por los aires hasta que se estrelló con fuerza contra el suelo. Durante un momento que le pareció eterno fue incapaz de respirar por culpa del impacto. Luego, se puso en pie lentamente. Le dolía todo el cuerpo, pero no se había roto nada.

Sin embargo, Invencible era una mota que desparecía con gran celeridad en la lejanía. Arthas lanzó un juramento con suma violencia, mientras daba una patada a un montículo y alzaba los puños. Esta vez no se iría de rositas.

* * *

Sir Uther *el Iluminado* lo estaba esperando. Arthas desmontó con mala cara de Corazón Veraz y le entregó las riendas a un sirviente que le comentó:

—Invencible ha vuelto solo hace poco. Tenía un corte muy feo en la pata, pero estoy seguro de que le alegrará saber que el cuidador de caballos afirma que se recuperará.

Arthas barajó la posibilidad de mentir, de contarle a Uther que algo los había asustado e Invencible había salido corriendo. Sin embargo, resultaba obvio, por las manchas de hierba que le salpicaban la ropa, que se había caído y Uther jamás creería que, por mucho susto que se hubieran llevado, el príncipe no hubiera sido capaz de mantenerse a lomos del buenazo de Corazón Veraz.

—Sabes que no deberías montarlo aún —le regaño Uther sin miramientos.

Arthas suspiró.

—Lo sé.

—Arthas, ¿acaso no lo entiendes? Si lo presionas demasiado a esta edad, se…

—Lo entiendo perfectamente, ¿vale? Sé que podría lisiarlo. Solo ha sido esta vez. No volverá a pasar.

—Más te vale.

—Sí, señor —replico Arthas hoscamente.

—Te has saltado las clases… una vez más.

Arthas permaneció callado y no se atrevió a alzar la vista para mirar a Uther. Estaba enfadado, avergonzado y dolorido; solo quería darse un buen baño caliente y tomar

un té de brezospina para calmar el dolor. Además, la rodilla derecha se le estaba hinchando.

—Al menos llegas a tiempo para las oraciones de esta tarde —le indicó Uther mientras lo observaba de arriba abajo—. Pero será mejor que te asees un poco.

Lo cierto era que Arthas estaba empapado de sudor y se dio cuenta de que también apestaba a caballo. Aunque consideraba que era un buen olor; un aroma honesto.

—Date prisa. Estaremos en la capilla —le conminó Uther a Arthas.

Arthas ni siquiera estaba seguro de en qué se centrarían las oraciones de aquel día, y se sintió un poco mal por eso precisamente. La Luz era muy importante tanto para su padre como para Uther y era consciente de que querían que él fuera tan devoto como ellos. Si bien no podía refutar la evidencia de que la Luz era sin duda algo real, ya que había visto con sus propios ojos cómo los sacerdotes y la nueva orden de paladines obraba verdaderos milagros en cuestiones de curación y protección, nunca se sintió dispuesto a sentarse a meditar durante horas como hacía Uther, o a referirse a la Luz con un tono reverencial como hacía su padre. Para él era algo que simplemente… estaba ahí.

Una hora después, tras haberse aseado y cambiado de sus ropas de montar por un atuendo sencillo aunque elegante, Arthas se acercó presuroso a la pequeña capilla familiar que se hallaba en el ala real.

No era una sala muy grande, pero sí muy hermosa. Se trataba de una versión reducida de la capilla tradicional que uno podía encontrar en cualquier ciudad humana, aunque quizá un poquito más espléndida y fastuosa en los detalles. Por ejemplo: el cáliz estaba forjado en oro y tenía incrustaciones de gemas; y la mesa sobre la que yacía era una antigüedad muy valiosa. Incluso los bancos estaban almohadillados para proporcionar más comodidad a los fieles, mientras que el vulgo se tenía que conformar normalmente con sentarse sobre la madera desnuda.

Entró sin hacer ruido, se percató de inmediato de que era el último e hizo un mohín de disgusto al recordar que varios personajes importantes estaban visitando a su padre. De este modo, además de los fieles habituales como su familia, Uther y Muradin, también asistía a la ceremonia el rey Trollbane, aunque daba la impresión de estar aún menos contento que Arthas. Pero había… alguien más. Una muchacha esbelta y bien formada, de melena larga y rubia, de la que el príncipe solo podía ver la espalda. Arthas la examinó con curiosidad detenidamente, se distrajo y tropezó con uno de los bancos.

Fue como si hubiera roto un plato. La reina Lianne, que seguía siendo toda una belleza a sus cincuenta años, se giró al escuchar ese estrépito y sonrió con afecto a su hijo. El vestido que lucía era perfecto y llevaba el pelo recogido en una cofia dorada de la que no se escapaba ni un mechón rebelde. Calia, que contaba ya catorce años y tenía un aspecto tan desgarbado como el de Invencible nada más nacer, le lanzó una mirada de

reprobación con el ceño fruncido. Resultaba obvio que, o bien ya se había corrido la voz sobre las fechorías de Arthas, o bien simplemente estaba enfadada con él porque había llegado tarde. Terenas lo saludó con una leve inclinación de la cabeza y acto seguido volvió a posar la vista sobre el obispo que oficiaba la ceremonia. Arthas se sintió avergonzado por culpa de la desaprobación muda que transmitía aquella mirada. Trollbane no le prestó ninguna atención y Muradin tampoco se giró.

Arthas se sentó encorvado en uno de los bancos de atrás que estaba apoyado sobre el muro del fondo. Entonces el obispo habló y alzó los brazos, mientras una tenue luminosidad blanca bordeaba su silueta. Arthas ansiaba que la muchacha se diera la vuelta para poder atisbar fugazmente su rostro. ¿Quién era? Resultaba obvio que debía de tratarse de la hija de algún noble o de alguien de alto rango; de no ser así, no la habrían invitado a participar en aquella ceremonia religiosa íntima y familiar. Caviló acerca de quién podría ser, ya que estaba más interesado de averiguar la identidad de aquella moza que en el servicio religioso.

—… y su alteza real, Arthas Menethil —dijo con un cierto tono cantarín el obispo.

Al escuchar esas palabras, Arthas abandonó sus cavilaciones y prestó atención; no sabía si se había perdido algo importante.

—Que la bendición de la Luz recaiga sobre él en todo pensamiento, toda palabra y todo acto, para que pueda germinar y florecer bajo ella y servirla como su paladín —prosiguió recitando el oficiante.

Arthas percibió cómo una corriente de calma fluía a través de él mientras recibía la bendición. El agarrotamiento y los dolores que sentía se desvanecieron dejándolo como nuevo y con una gran sensación de paz. El obispo se giró en dirección a la reina y la princesa y añadió:

—Que la Luz brille sobre su majestad, Lianne Menethil, para que…

Arthas sonrió y esperó a que el obispo acabara con las bendiciones individuales, ya que entonces pronunciaría el nombre de la muchacha. Entretanto, Arthas se apoyó contra la pared de la parte de atrás de la capilla.

—Y humildemente pedimos que la bendición de la Luz recaiga sobre Lady Jaina Proudmoore. Que su sabiduría y su poder de curación la bendigan, para que…

¡Ajá! La chica misteriosa ya no era ningún misterio. Jaina Proudmoore, hija del almirante Daelin Proudmoore, el héroe de guerra y monarca de Kul Tiras, era un año más joven que él. Pero lo que más le intrigaba era por qué estaba ahí y…

—… y que sus estudios en Dalaran den su fruto. Pedimos que se convierta en una representante de la Luz y que en su papel de maga sirva a su pueblo con honradez y sabiduría.

Aquello tenía cierto sentido. Iba de camino a Dalaran, la hermosa ciudad ubicada no muy lejos de Ciudad Capital. Pero conociendo las rígidas reglas de etiqueta y hospitalidad que imperaban en los círculos reales y nobles, se quedaría en palacio unos cuantos días más antes de proseguir su viaje.

Lo cual podría ser muy divertido, pensó.

Al final del servicio, Arthas, que era quien se hallaba más cerca de la puerta, fue el primero en abandonar la capilla. Muradin y Trollbane salieron a continuación; ambos parecían sentirse aliviados de que la ceremonia hubiera concluido. Terenas, Uther, Lianne, Calia y Jaina fueron los siguientes en salir.

Tanto su hermana como la hija de Proudmoore eran rubias y esbeltas. Pero ahí acababan los parecidos. Calia era de constitución delicada y su rostro de piel pálida y suave parecía sacado de un retrato antiguo. Jaina, por su parte, poseía unos ojos brillantes y una sonrisa arrebatadora; además, por la forma de moverse cabía deducir que estaba acostumbrada a montar a caballo y a viajar a pie. Era obvio que pasaba gran parte de su tiempo al aire libre ya que su rostro estaba bronceado y tenía algunas pecas en la nariz.

Arthas concluyó que se trataba de una muchacha a la que no le importaría recibir un bolazo de nieve en la cara o ir a nadar un día de mucho calor. Alguien con quien, al contrario que su hermana, podría jugar.

—Arthas… me gustaría hablar contigo —oyó decir a alguien de voz áspera.

Arthas se giró y comprobó que el embajador enano se dirigía a él.

—Por supuesto, señor —replicó Arthas compungido.

Lo único que quería hacer ahora era hablar con su nueva amiga, porque aunque aún no habían sido presentados, Arthas estaba seguro de que se iban a llevar muy bien. Además, probablemente Muradin querría regañarlo por el bochornoso espectáculo de la armería. Al menos, el enano fue lo bastante discreto como para alejarse discretamente del resto de la gente.

Se giró para encararse con el príncipe; tenía los pulgares rechonchos metidos en el cinturón y el ceño fruncido por la intensa concentración con la que estaba pensando:

—Muchacho —le dijo—, iré directo al grano. Tu técnica de lucha es horrenda.

Una vez más, Arthas se ruborizó.

—Lo sé —contestó—, pero mi padre…

—Sí, tu padre tiene muchas cosas en la cabeza. No deberías criticarlo.

Entonces, ¿qué quería que dijera?

—Bueno, es que no se me da muy bien eso de tener que enseñarme *a mí mismo* a luchar. Ya viste lo que sucede cuando lo intento.

—Ya. Pero yo puedo enseñarte si quieres.

—¿T… tú me enseñarás?

Arthas, al principio, se mostró incrédulo; luego, encantado. Los enanos eran famosos por su destreza en combate, entre otras muchas cosas. Arthas se preguntaba si Muradin también le instruiría en el arte de beber cerveza, otra «singular» destreza por la que los enanos también eran bien conocidos, pero al final decidió que era mejor no preguntárselo.

—Sí, eso es lo que he dicho, ¿no? He hablado con tu padre y le parece bien. Ya lo hemos demorado demasiado. Pero dejemos una cosa clara: no me valen excusas y voy a obligarte a trabajar muy duro. Y como en algún momento me diga a mí mismo: «Muradin, estás perdiendo el tiempo», dejaré de ser tu maestro. ¿Estás de acuerdo, muchacho?

Arthas reprimió una risita, que hubiera estado totalmente fuera de lugar, al darse cuenta de que alguien que era mucho más bajito que él le estaba llamando «muchacho».

—Sí, señor —replicó el príncipe fervorosamente.

Muradin asintió con la cabeza y alargó el brazo para ofrecerle una mano grande y callosa. Arthas le dio la suya. Sonrió y dirigió la mirada hacia su padre, que estaba inmerso en una conversación con Uther. Ambos se giraron al unísono para observarlo y entornaron los ojos especulando sobre qué estaría pasando; entonces Arthas suspiró en su fuero interno. Conocía esa mirada. Ya podía ir despidiéndose de jugar con Jaina; probablemente ya no tendría tiempo siquiera de volver a verla antes de que se marchara.

Se dio la vuelta para observar cómo Calia se llevaba a Jaina, a la que había puesto el brazo sobre el hombro a modo de gesto cariñoso. Justo antes de que se atravesara la puerta, la hija del almirante Proudmoore giró su cabeza rubia, cruzó su mirada con la de Arthas y sonrió.



CAPÍTULO TRES

—Estoy muy orgulloso de ti, Arthas —afirmó su padre—. Por asumir una responsabilidad como esta.

Durante la semana que Jaina Proudmoore llevaba como invitada de honor de la familia real Menethil, la palabra que más veces había escuchado era esa: «responsabilidad». No solo había iniciado ya su entrenamiento con Muradin, y el dolor muscular y los moratones solían ir acompañados de la ocasional colleja cuando Arthas no prestaba suficiente atención en opinión de Muradin; sino que tal y como Arthas se temía, Uther y Terenas habían decidido que había llegado el momento de que la formación del príncipe se completara en otras áreas. Arthas se levantaba antes del alba, tomaba un desayuno rápido consistente básicamente en pan con queso e iba a cabalgar con Muradin. Tras el paseo en caballo, les tocaba dar una buena caminata, y siempre era el jovenzuelo de doce años quien acababa destrozado y agotado. Arthas se preguntaba si los enanos tenían tanta afinidad con las piedras que incluso la misma tierra les facilitaba las cosas cuando caminaban por ella. Ya de vuelta en casa, se bañaba y a continuación recibía clases de historia, matemáticas y caligrafía. Tras almorzar a mediodía, pasaba toda la tarde en la capilla con Uther, rezando, meditando y debatiendo acerca de la razón de ser de los paladines y la rigurosa disciplina que deben observar. Luego, llegaba el turno de la cena y después Arthas iba dando tumbos hasta la cama para dormir el sueño desprovisto de sueños propio de los que están exhaustos.

Solo vio a Jaina en contadas ocasiones durante las cenas y al parecer ella y su hermana se habían convertido en uña y carne. Finalmente Arthas decidió que ya bastaba y, poniendo en práctica las lecciones de historia y política que le habían obligado a aprender, se acercó a su padre y a Uther para ofrecerse a acompañar a su invitada Lady Jaina Proudmoore, a la misma Dalaran.

Como es evidente, omitió decirles que quería hacerlo únicamente para librarse de sus agobiantes obligaciones por unos días. Terenas se sintió muy satisfecho ya que la voluntad de su hijo de asumir responsabilidades era signo de madurez. Jaina mostró una

sonrisa arrebatadora ante aquella propuesta y Arthas consiguió lo que quería. Todo el mundo quedó contento.

De ese modo, a principios del verano, cuando las flores alcanzaban su esplendor, los bosques volvían a estar repletos de animales que uno podía cazar y el sol surcaba por encima de ellos en un firmamento de color azul brillante, el príncipe Arthas Menethil se encontró acompañando a una joven damisela rubia de sonrisa cautivadora en su viaje a la prodigiosa ciudad de los magos.

Habían partido con cierto retraso, pero a Arthas no le importó, sino que le sirvió para tomar nota de que Jaina Proudmoore no era precisamente muy puntual. No tenían prisa. No obstante, no viajaban solos, por supuesto. El protocolo exigía que la dama de compañía y un par de guardias los acompañasen. Aun así sus sirvientes siempre iban unos metros por detrás para permitir cierta intimidad a los jóvenes nobles. Cabalgaron un buen rato y a continuación pararon para disfrutar de una comida campestre. Mientras degustaban el pan, el queso y el vino aguado, uno de los hombres de Arthas se acercó al príncipe.

—Señor, con tu permiso, vamos a hacer los preparativos para pasar la noche en Molino Ámbar. Por la mañana realizaremos el resto del trayecto hasta llegar a Dalaran. Deberíamos llegar ahí al caer la noche.

Arthas negó con la cabeza.

—No, proseguiremos el viaje. Podremos pasar la noche en la zona de Trabalomas. Así Lady Jaina podrá llegar a Dalaran mañana a mediodía.

Entonces giró la cabeza y sonrió a Jaina.

Ella le devolvió la sonrisa, aunque Arthas alcanzó a atisbar cierta decepción en su mirada.

—¿Estás seguro, señor? Teníamos previsto dormir bajo techo aprovechando la hospitalidad de los lugareños. No queríamos que la dama tuviera que dormir al raso.

—No te preocupes, Kayvan —intervino Jaina—. No soy una frágil figurita de porcelana.

La sonrisa de Arthas se ensanchó.

Esperaba que Jaina se sintiera precisamente así, como una figurita de porcelana, en unas horas.

* * *

Mientras los sirvientes preparaban el lugar donde iban a pernoctar, Arthas y Jaina fueron a explorar los alrededores. Subieron a una colina desde la cual pudieron admirar unas vistas sin parangón. Al oeste divisaron el pequeño pueblo granjero de Molino Ámbar e incluso las agujas distantes del castillo del barón Filargenta. Al este casi se distinguía la

propia Dalaran y con más claridad el campo de internamiento que se hallaba al sur de la ciudad. Desde el final de la Segunda Guerra, los orcos habían sido enviados a ese tipo de campos. Tal y como Terenas le había explicado a Arthas, los campos eran una solución mucho más misericordiosa que simplemente masacrarlos en cuanto se toparan con ellos. Asimismo, los orcos parecían estar sufriendo una extraña enfermedad. La mayoría de las veces que los humanos se tropezaban con ellos o los cazaban, luchaban con muy poco ánimo y entraban en los campos de internamiento sin oponer resistencia. Aquel campo no era el único que existía.

Degustaron una cena un tanto rústica consistente en conejo asado y cuando oscureció se retiraron a descansar. En cuanto estuvo seguro de que todo el mundo se había dormido, Arthas, que dormía con los pantalones puestos, se colocó una túnica y rápidamente se calzó las botas. En el último momento se le ocurrió que podría llevarse una de sus dagas por si acaso; así que se la encajó en el cinturón y se acercó con sigilo a Jaina.

—Jaina —susurró—, despierta.

La muchacha se despertó en silencio y sin sufrir sobresalto alguno; sus ojos brillaban bajo la luz de la luna. Arthas se acuclilló y se acercó el índice a los labios, indicándole así que no hiciese ruido mientras se incorporaba. Entonces ella dijo en voz baja:

—¿Arthas? ¿Qué ocurre?

Él sonrió.

—¿Te apetece un poco de aventura?

Jaina ladeó la cabeza.

—¿Qué clase de aventura?

—Tú confía en mí.

Jaina lo miró fijamente por un instante y asintió con la cabeza.

—Vale.

Jaina, como la mayoría de ellos, se había acostado con casi toda la ropa puesta, de modo que solo tuvo que calzarse las botas y echarse la capa para ponerse en marcha. Se levantó, intentó peinarse la melena rubia con los dedos, aunque lo hizo con muy poca convicción; asintió con la cabeza.

Jaina seguía al príncipe mientras subían la misma cresta que habían explorado ese mismo día unas horas antes. El ascenso era mucho más dificultoso de noche, pero la brillante luna les proporcionaba luz suficiente y no resbalaron.

—Ese es nuestro destino —señaló Arthas.

Jaina tragó saliva.

—¿El campo de internamiento?

—¿Alguna vez has visto uno de cerca?

—No, y no quiero verlo.

El príncipe frunció el ceño porque se sentía decepcionado.

—Vamos, Jaina, es nuestra única oportunidad de poder echar un buen vistazo a un orco. ¿Acaso no te pica la curiosidad?

Bajo la luz de la luna resultaba muy difícil deducir qué pensaba por la expresión de su rostro, ya que sus ojos eran dos pozos oscuros envueltos en sombras.

—A mí… Mataron a Derek. A mi hermano mayor.

—Uno de ellos también asesinó al padre de Varian. Han matado a mucha gente, por eso están encerrados en esos campos. Es el mejor lugar para ellos. A muchos les disgusta que mi padre eleve los impuestos para pagar el mantenimiento de esos sitios, pero… Bueno, ven y juzga por ti misma. Perdí la oportunidad de poder echar un buen vistazo a Dommhammer cuando se hallaba en Entrañas, y no quiero volver a dejar pasar la oportunidad de ver un orco.

Jaina permaneció en silencio hasta que, por fin, suspiró.

—Vale, volvamos —dijo Arthas resignado.

—No —replicó la princesa para su sorpresa—. Vayamos.

—De acuerdo —susurró Arthas—. Cuando estuvimos ahí arriba de día, me fijé en cómo estaban distribuidas las patrullas de centinelas. No parece que por la noche difiera mucho la cosa, salvo por el hecho de que tal vez salgan a patrullar con menos frecuencia. Ya que los orcos han perdido gran parte de su espíritu de lucha, supongo que los guardias considerarán que no hay muchas posibilidades de que se produzca una fuga.

Entonces esbozó una sonrisa para reconfortarla.

—Lo cual nos viene muy bien —prosiguió—. Aparte de las patrullas, siempre hay alguien en ambas atalayas. Esos son los guardias con los que debemos tener más cuidado, pero, con suerte, estarán más atentos a cualquier incidente que se produzca en la parte frontal del campo que en la trasera, ya que esta última da a la pared totalmente vertical de una montaña. Si dejamos que ese tipo finalice su ronda, deberíamos tener tiempo de sobra para acercarnos a esa pared de ahí a echar un buen vistazo.

Aguardaron a que aquel guardia, que parecía muy aburrido, pasara junto a ellos; luego esperaron unos instantes más.

—Súbete la capucha —le ordenó Arthas.

Era necesario que se pusieran la capucha porque ambos tenían el pelo rubio, lo que facilitaba que los guardias pudieran divisarlos. Jaina parecía nerviosa pero también emocionada, y le obedeció. Por fortuna, ambos llevaban capas de color oscuro.

—¿Lista? —inquirió, y ella asintió con la cabeza—. Muy bien. ¡Adelante!

Bajaron el resto del camino deslizándose con rapidez y sin hacer ruido. Arthas le indicó a Jaina que parara un instante hasta que el guardia de la atalaya mirara a otra

dirección, entonces, con un gesto, le señaló que avanzara. Corrieron cerciorándose en todo momento de que la capucha se mantuviera en su sitio y poco después se apoyaban en el muro del campo.

Los campos no eran una maravilla en cuestión de diseño, pero sí eran muy eficientes. Estaban hechos de madera y eran poco más que unos troncos unidos unos con otros, afilados en la parte superior y clavados muy profundamente en la tierra. Había muchos resquicios en ese «muro» por los que unos muchachos curiosos podían ver lo que había dentro.

Al principio les costó ver algo, hasta que atisbaron varias siluetas enormes. Entonces Arthas giró la cabeza para poder ver mejor. Eran orcos, de eso no cabía duda. Algunos de ellos estaban tumbados en el suelo, hechos un ovillo y cubiertos por mantas. Otros deambulaban de aquí para allá, prácticamente sin rumbo, como animales enjaulados, aunque ahí dentro no se percibía el casi palpable anhelo de libertad propio de toda bestia enjaulada. Un poco más allá se podía ver lo que parecía ser una familia: un macho, una hembra y un cachorro. La hembra, que era menos corpulenta que el macho, sostenía algo muy pequeño cerca del pecho; Arthas se percató de que se trataba de un bebé.

—Oh —susurró Jaina detrás de él—. Parecen tan… tristes.

Arthas resopló, y entonces recordó que debían permanecer en silencio.

Rápidamente alzó la vista para observar al guardia de la torre, pero este no había oído nada.

—¿Tristes? Jaina, esas bestias destruyeron la ciudad de Ventormenta. Querían extinguir a la raza humana. Asesinaron a tu hermano, por amor de la Luz. No pierdas el tiempo apiadándote de ellos.

—Aun así… Nunca me imaginé que tuvieran hijos —comentó Jaina—. ¿Ves a la que tiene un bebé en los brazos?

—Pues claro que tienen críos, hasta las ratas tienen crías —les espetó Arthas.

Estaba enfadado, aunque quizá debería haber esperado esa reacción de una niña de once años.

—Parecen bastantes inofensivos. ¿Estás seguro de que deberían estar aquí? —Tras decir esto, giró su rostro, que era un óvalo blanco bajo la luz de la luna, en dirección a Arthas con la intención de conocer su opinión—. Retenerlos aquí resulta muy caro. Quizá deberían ser liberados.

—Jaina —replicó Arthas, quien seguía hablando en voz baja—, son asesinos. Aunque ahora parezcan estar aletargados, ¿quién sabe qué podría pasar si son liberados?

Jaina soltó un leve suspiro en medio de la oscuridad y no respondió. Arthas hizo un gesto de contrariedad. Ya había visto bastante y el guardia que patrullaba la zona volvería a pasar por ahí enseguida.

—¿Lista para volver?

Jaina asintió, se alejó del muro y corrió junto a él para volver a la colina. Arthas miró hacia atrás y vio que el guardia de la atalaya se giraba. Se abalanzó sobre Jaina, la agarró de la cintura y la empujó al suelo, cayendo con todo su peso sobre ella.

—¡No te muevas! —le advirtió—. ¡Ese guardia está mirando justo en esta dirección!

A pesar de la brusca caída que acababa de experimentar, Jaina fue lo bastante lista para quedarse inmóvil de inmediato. Con cuidado, manteniendo su rostro oculto entre las sombras tanto como era posible, Arthas volvió la cabeza para mirar al guardia. No consiguió verle la cara a esa distancia, pero por su lenguaje corporal cabía deducir que estaba muy aburrido y cansado. Tras un instante que pareció ser eterno y durante el cual Arthas escuchó el latido de su corazón atronando en sus oídos, el guardia se giró para mirar en la dirección contraria.

—Siento lo de antes —se disculpó Arthas mientras ayudaba a Jaina a ponerse de pie—. ¿Estás bien?

—Sí —contestó Jaina, sonriéndole.

Unos instantes después regresaron al campamento y se fueron a dormir donde les correspondía a cada uno. Arthas alzó la vista para contemplar las estrellas, totalmente satisfecho.

Había sido un buen día.

* * *

A la mañana siguiente llegaron a Dalaran. Arthas nunca había estado en aquella ciudad, aunque había oído hablar mucho de ella, claro está. Los magos eran un grupo cerrado y misterioso; y a pesar de ser bastante poderosos, no solían inmiscuirse en los asuntos del resto del mundo salvo cuando se requería su ayuda. Arthas se acordó de cuando el mago Khadgar acompaño a Anduin Lothar y al príncipe, ahora rey, Varian Wrynn a hablar con Terenas, para advertirles de la amenaza orca. Su presencia había dotado de credibilidad a las afirmaciones de Anduin sobre la verdadera gravedad de la amenaza, ya que quienes lo escuchaban sabían que los magos de Kirin Tor no se implicaban jamás en cuestiones políticas salvo en casos de serio peligro.

Tampoco tenían por costumbre seguir el protocolo que regía las relaciones políticas y diplomáticas, por eso no ofrecían su hospitalidad a la realeza. Únicamente permitieron entrar en la ciudad a Arthas y su séquito porque Jaina iba a estudiar allí. Dalaran era muy hermosa, más gloriosa incluso que Ciudad Capital. Parecía casi imposible que una ciudad pudiera estar tan pulcra y limpia, pero así era; estaba impoluta como toda ciudad que se

precie de hundir sus raíces en la magia. Había varias torres magníficas que parecían llegar hasta el cielo y cuyas bases eran de piedra blanca y sus cúspides de color violeta con círculos de oro. Muchas poseían piedras radiantes que flotaban a su alrededor. Otras tenían vidrieras que captaban la luz del sol. Los jardines estaban en flor, y de aquellas fantásticas flores silvestres emanaba un aroma tan embriagador que Arthas casi se mareó. O quizá era la constante vibración de la magia en el ambiente lo que le provocaba esa sensación.

Se sintió muy vulgar y sucio cuando se adentraron a caballo en aquella ciudad, y prácticamente deseó que no hubieran dormido al raso la noche anterior. Si hubiesen pernoctado en Molino Ámbar, al menos habría tenido la posibilidad de bañarse. Aunque entonces, Jaina y él no habrían tenido la oportunidad de escaparse a espiar el campo de internamiento.

Observó a su compañera de viaje. Sus ojos azules estaban abiertos como platos deslumbrados y emocionados, y tenía los labios ligeramente entreabiertos. Jaina se giró en dirección a Arthas y sus labios se curvaron para esbozar una sonrisa.

—Qué suerte tengo de poder estudiar aquí, ¿eh?

—Sí —replicó el príncipe sonriendo por ella.

Jaina actuaba como alguien al que acabaran de dar agua después de haber pasado una semana en el desierto, pero él se sentía… desplazado. Estaba claro que Arthas no tenía la misma afinidad con la magia que ella.

—Según dicen, los forasteros no suelen ser bien recibidos aquí —explicó Jaina—. Creo que es una pena, ya que me encantaría volver a verte.

La muchacha se ruborizó, y por un instante Arthas se olvidó del aire amenazante que desprendía la ciudad y estuvo totalmente de acuerdo en que le encantaría volver a ver a Lady Jaina Proudmoore.

Encantadísimo, de veras.

* * *

—Una vez más, ¡gnoma canija! Te voy a arrancar esas trenzas, es… ¡Uuuf!

El escudo impactó de lleno en el rostro protegido por un yelmo de aquel enano burlón, quien tropezó hacia atrás un par de pasos. Arthas atacó con su espada, riéndose bajo su yelmo. Entonces, de repente, se vio surcando el aire y acabó estrellándose de espaldas contra el suelo. Su campo de visión estaba ocupado totalmente por una cara provista de una larga barba que se abalanzaba sobre él; apenas le dio tiempo a levantar la espada para detener el ataque. Soltó un gruñido, dobló las piernas sobre el pecho, acto seguido las extendió por completo y alcanzó a Muradin en la barriga. Esta vez fue el enano quien salió despedido hacia atrás. Arthas bajó las piernas con suma celeridad y se puso en

pie de un ágil salto, entonces cargó contra su instructor, que aún se hallaba en el suelo. El príncipe propinó al enano un golpe tras otro hasta que Muradin pronunció unas palabras que, para ser sincero, Arthas nunca creyó que fuera a escuchar:

—¡Me rindo!

Arthas tuvo que hacer un gran acopio de voluntad para detener el golpe: al haber inclinado ya el cuerpo hacia adelante y tener que tirar hacia atrás tan de repente, perdió el equilibrio y tropezó. Muradin permaneció tumbado donde estaba, mientras su pecho bajaba y subía rítmicamente.

Entonces el miedo se adueñó de Arthas.

—¿Muradin? ¡Muradin!

Una campechana risita ahogada se escapó de entre aquella barba hirsuta de color bronce.

—¡Bien hecho, muchacho! ¡Muy bien! —exclamó el enano.

Cuando trató de incorporarse, se encontró con la mano extendida de Arthas, dispuesto a ayudarlo a ponerse en pie. Muradin le dio la mano extremadamente contento.

—Así que, después de todo, prestaste atención cuando te enseñé mi truco especial.

Arthas sonrió de alivio tras el susto y de alegría por el halago. Algunas de las cosas que Muradin la había enseñado las repetiría, puliría y mejoraría a lo largo de su entrenamiento como paladín. Pero otras… Bueno, no creía que Uther *el Iluminado* conociera esa táctica que consistía en propinar un buen puntapié en el estómago, o el útil truco en el que una botella rota de vino demostraba ser realmente eficaz. Había técnicas de luchas y «técnicas de lucha», y Muradin Bronzebeard parecía dispuesto a que Arthas Menethil llegara a dominar todos los aspectos del combate.

Arthas tenía ya catorce años y había estado entrenando con Muradin varias veces por semana, salvo cuando el enano se ausentaba por razón de sus actividades diplomáticas. Al principio, todo había ido como ambas partes esperaban: mal. Arthas acabó las primeras lecciones magullado, ensangrentado y cojeando. Por cabezonería, había rehusado que le curaran las heridas e insistía en que el dolor era parte del proceso de aprendizaje. Muradin aprobaba su actitud, y se lo demostró presionando aún más a Arthas. El príncipe nunca se quejó, ni siquiera cuando más deseaba hacerlo, ni cuando Muradin se mofaba de él o seguía atacándolo a pesar de que Arthas estaba demasiado exhausto para poder sostener el escudo.

Gracias a su testaruda negativa a quejarse o a abandonar las clases, recibió una doble recompensa: aprendió y lo hizo muy bien, y se ganó el respeto de Muradin Bronzebeard.

—Ah, sí. Claro que presté atención, señor —contestó Arthas sonriendo entre dientes.

—Buen muchacho, buen muchacho —repitió Muradin mientras le daba una palmadita en el hombro—. Y ahora, largo. Hoy ya te has llevado una buena paliza; te has ganado un merecido descanso.

Le brillaban los ojos al hablar y Arthas asintió con la cabeza como si así indicara que estaba de acuerdo con él. Hoy era Muradin el que se había llevado una buena paliza. De hecho, parecía tan contento por lo que acababa de suceder como el propio Arthas. El príncipe sintió de improviso que lo invadía una gran sensación de afecto hacia el enano. Aunque Muradin era un instructor muy estricto, Arthas le había ido cogiendo mucho cariño.

Se dirigió hacia sus aposentos silbando, pero entonces, unos gritos repentinos lo dejaron clavado en su sitio.

—¡No, padre! ¡No lo haré!

—Calia, esta conversación debió acabar hace rato. No tienes nada que opinar al respecto.

—¡Papá, no, por favor!

Arthas se aproximó un poco más a los aposentos de Calia. Como la puerta estaba entreabierta, prestó atención un tanto preocupado. Terenas se lo consentía todo a Calia. ¿Qué demonios le estaba pidiendo que hiciera para que ella le suplicara de esa forma y utilizara el apelativo cariñoso que tanto Arthas como su hermana habían dejado de emplear a medida que se acercaban a la edad adulta?

Calia lloraba desconsolada. Arthas no lo pudo soportar más y abrió la puerta.

—Lo siento, no he podido evitar oírlos. ¿Qué ocurre?

Últimamente, daba la impresión de que Terenas se comportaba de un modo bastante extraño, y ahora además parecía haberse enfadado con su hija de dieciséis años.

—Esto no es asunto tuyo, Arthas —rugió Terenas—. Le he ordenado a Calia que cumpla mis deseos. Y me obedecerá.

Calia se derrumbó sobre la cama sollozando. Arthas, preso de la estupefacción, desplazó la mirada de su padre a su hermana, Terenas murmuró algo y salió de allí hecho un basilisco. Arthas volvió a posar su mirada sobre Calia y, acto seguido, siguió los pasos de su padre.

—Padre, por favor, dime qué sucede.

—No me interrogues. Calia está obligada a obedecer a su padre, no hay más que hablar.

Terenas cruzó una puerta que daba a la sala de recepciones. Arthas se encontró ahí con Lord Daval Prestor, un joven noble al que Terenas parecía tener en muy alta estima, y una pareja de magos de Dalaran que estaban de visita, a quienes no conocía.

—Vuelve con tu hermana, Arthas, e intenta calmarla. Estaré contigo en cuanto pueda, te lo prometo.

Tras echar un último vistazo a aquellos tres visitantes, Arthas asintió con un leve gesto de la cabeza y volvió al cuarto de Calia. Si bien su hermana mayor no se había movido de allí, sus lloros habían amainado ligeramente. Sin saber qué hacer o decir, Arthas se sentó en la cama a su lado; se sentía sobrepasado por la situación.

Calia se incorporó con la cara cubierta de lágrimas.

—Lamento que ha-hayas tenido que ver esto, Arthas, pero qui-quizá sea mejor así.

—¿Qué quiere nuestro padre que hagas?

—Quiere que me case en contra de mi voluntad.

Arthas parpadeó sorprendido.

—Calia, solo tienes dieciséis años, ni siquiera eres lo bastante mayor para poder casarte.

Su hermana cogió un pañuelo y se lo acercó a los hinchados ojos.

—Eso mismo le argumenté yo. Pero nuestro padre me replicó que eso no es un problema; que íbamos a formalizar los esponsales y me casaría el día de mi cumpleaños con Lord Prestor.

Los ojos verdemar de Arthas se abrieron como platos cuando ató cabos. Por eso estaba ahí ese caballero…

—Bueno —acertó a decir bastante apurado—, está muy bien relacionado y… supongo que es guapo. Todo el mundo dice que lo es. Al menos, no es un viejo.

—No lo entiendes, Arthas. Me da igual lo bien relacionado que esté o lo guapo o amable que sea. Lo que realmente importa es que no tengo nada que decir al respecto. Soy… soy como tu caballo. Una cosa, no una persona. Una cosa que mi padre regalará como crea conveniente… para sellar un pacto político.

—No… no amas a Prestor.

—¿Que si lo amo? —replicó con sus ojos azules inyectados en sangre y entornados por la ira—. ¡Pero si apenas lo conozco! Si ni siquiera se ha molestado jamás en… Oh, pero ¿qué más da? Ya sé que es una práctica muy normal entre la realeza y la nobleza. Que solo somos peones. Pero jamás me imaginé que nuestro padre…

Ni tampoco Arthas. Lo cierto era que nunca había pensado demasiado en la posibilidad de que él o su hermana se casaran algún día. Estaba mucho más interesado en entrenar con Muradin y cabalgar a lomos de Invencible. Pero Calia tenía razón. Era algo bastante común entre la nobleza concertar matrimonios para mantener o mejorar su posición social y política.

Nunca se imaginó que su padre acabaría vendiendo a su hija como… como una yegua de cría.

—Calia, lo siento muchísimo —le dijo muy serio—. ¿No tienes ningún otro pretendiente? Quizá podrías convencer a nuestro padre de que hay un pretendiente más idóneo para ti…, uno que también te contente a ti.

Calia negó con la cabeza amargamente.

—Sería inútil. Ya lo has oído. No me lo ha pedido, ni me ha sugerido que Lord Prestor sería un buen marido…, sino que me lo ha ordenado.

Su hermana lo miró suplicante.

—Arthas, cuando seas rey, prométeme… prométeme que no les harás esto a tus hijos.

¿Hijos? Arthas aún no estaba en absoluto preparado para pensar en tener hijos. Ni siquiera había una… Bueno, la había, pero no había pensado en ella en…

—A ti… a ti, papá no te podrá ordenar que te cases con quien él quiera como a mí… Asegúrate de que te importa esa muchacha y… y de que a ella le importas. O de que, al menos, le pregunten con quién quiere compartir su vida y su le-lecho.

Volvió a echarse a llorar; Arthas estaba demasiado conmocionado por la revelación que acababa de oír. Solo contaba catorce años, pero en cuatro cortos años tendría ya edad para casarse. De repente recordó algunos fragmentos de conversaciones que había escuchado aquí y allá sobre el futuro de la dinastía Menethil. Su esposa sería madre de reyes. No solo debería escogerla con cuidado, sino que también, tal y como Calia le había pedido, con el corazón. Era obvio que sus padres se tenían mucho cariño. Eso se reflejaba en sus sonrisas y gestos, a pesar de los muchos años que llevaban casados. Arthas quería eso mismo. Quería una compañera, una amiga, una…

Frunció el ceño. ¿Y si no podía encontrar a alguien así?

—Lo siento, Calia, pero quizá seas más afortunada de lo que crees. Quizá sea peor tener la libertad de elegir y saber que no has sido capaz de conseguir lo que deseabas.

—Preferiría pasar por algo así a ser… un mero trozo de carne, sin duda alguna.

—Cada uno tiene sus obligaciones, supongo —señaló Arthas en voz baja de modo sombrío—. Te casarás con quienquiera que padre escoja, y yo me casaré con quien deba hacerlo según dicten los intereses del reino.

El príncipe se levantó abruptamente.

—Lo siento, Calia —añadió.

—Arthas… ¿Adónde vas?

No respondió, sino que atravesó el palacio corriendo en dirección a los establos y, sin esperar a un sirviente, ensilló a Invencible él solo. Arthas sabía que huir era una solución temporal, pero tenía catorce años, y una solución temporal seguía siendo una solución para él.

Se inclinó sobre la grupa de Invencible, que era una excelsa combinación de músculo y elegancia y cuya crin blanca le fustigaba la cara al galopar. Arthas esbozó una amplia sonrisa. Únicamente alcanzaba la felicidad absoluta cuando cabalgaba de esa manera y los dos, montura y jinete, se fundían en un todo glorioso. Su paciencia había sido puesta a prueba hasta extremos inusitados al tener que esperar tanto tiempo para poder montar aquel animal que había visto venir al mundo. Pero había merecido la pena. Formaban un equipo perfecto.

Invencible no quería nada de él, ni le pedía nada; solo parecía desear que le dejaran escapar de los confines de los establos del mismo modo que Arthas anhelaba escapar de los deberes de la realeza. Y eso era lo que estaban haciendo juntos: escapar.

Se acercaron al lugar donde tanto le gustaba saltar a Arthas. Al este de Ciudad Capital y cerca de la hacienda Balnir había un grupito de colinas.

Invencible aceleró y sus atronadoras pezuñas castigaron la tierra, mientras ascendía hacia el precipicio casi tan rápido como si estuvieran en un terreno llano. Giró una y otra vez por estrechos senderos, esparciendo piedras con sus pezuñas, mientras su corazón y el de Arthas latían desbocados embargados por la emoción. A continuación Arthas guío al caballo hacia la izquierda, hacia un terraplén; se trataba de un atajo que llevaba a las propiedades de Balnir. Invencible no dudó, como no había dudado ni siquiera la primera vez que Arthas le había pedido que saltara. Tomó impulso y saltó hacia adelante y por un instante glorioso, capaz de helarle el corazón a cualquiera, montura y jinete volaron. Acto seguido aterrizaron sanos y salvos en aquella hierba suave y mullida, y reanudaron la marcha.

Invencible.



CAPÍTULO CUATRO

—Como puede ver, alteza —le indicó el teniente general Aedelas Blackmoore—, hemos dado un buen uso al dinero de los impuestos. Hemos tomado toda clase de precauciones para hacer más seguras estas instalaciones. De hecho, hay tanta seguridad que somos capaces incluso de celebrar combates de gladiadores.

—Eso tengo entendido —contestó Arthas mientras caminaba acompañado del comandante de los campos de internamiento en una ronda de inspección.

Durnholde no era un campo de internamiento propiamente dicho sino el centro neurálgico de todos los demás. Era enorme, y transmitía una cierta sensación de que allí, de vez en cuando, se celebraba alguna fiesta. Era un día frío pero claro de otoño, y la brisa hacía que las banderas blanquiazules que ondeaban sobre el castillo chasquearan enérgicamente. Mientras paseaban por las murallas, el viento agitaba la larga melena negra como las plumas de un cuervo de Blackmoore y tiraba con fuerza de la capa de Arthas.

—Lo comprobará con sus propios ojos —prometió Blackmoore esbozando una sonrisa halagadora a su príncipe.

Realizar esa inspección sorpresa había sido idea de Arthas. Terenas había felicitado a Arthas por su iniciativa y compasión. «Es lo correcto, padre», había aseverado Arthas; y lo había dicho convencido, aunque la razón que le había impulsado a hacer aquella sugerencia era satisfacer su curiosidad: quería ver la mascota orco del teniente general. Y añadió: «Deberíamos cerciorarnos de que el dinero recaudado acaba realmente en las arcas de los campos y no en el bolsillo de Blackmoore. Y, de paso, podríamos averiguar si cuida como es debido a los participantes en los combates de gladiadores; además, así nos aseguramos de que no sigue los pasos de su padre».

El padre de Blackmoore, el general Aedelyn Blackmoore, había sido un traidor infame que fue juzgado y condenado por vender secretos de Estado. A pesar de que sus crímenes habían tenido lugar hace mucho tiempo, cuando su hijo solo era un niño, aquella mancha en la reputación familiar había perseguido a Aedelas a lo largo de toda su carrera militar. Únicamente gracias a su récord de victorias en el campo de batalla y a la ferocidad

con que luchaba contra los orcos en particular, había logrado ascender en el escalafón el actual Blackmoore. Aun así Arthas pudo detectar que el aliento de aquel hombre olía a licor, incluso a una hora tan temprana. Sospechaba que esa información no sorprendería a Terenas pero, de todos modos, no se olvidaría de contárselo a su padre.

Arthas miró hacia abajo, fingiendo cierto interés por observar el gran número de guardias que permanecían tremendamente firmes en sus puestos. Se preguntó si se mostrarían tan firmes cuando su futuro rey no los estuviera observando.

—Ardo en deseos de ver el combate de hoy —admitió Arthas—. ¿Tendré la oportunidad de ver a tu Thrall en acción? He oído hablar mucho de él.

Blackmoore sonrió y su perilla recortada con elegancia se separó para revelar la presencia de unos dientes blancos.

—No estaba previsto que peleara hoy, pero por ti, alteza, lo emparejaré con los rivales de más alto nivel que hay disponibles.

Dos horas después contemplaron el recorrido y Arthas compartió una comida deliciosa con Blackmoore y un joven llamado Lord Karramyn Langston, a quien Blackmoore presentó como su «protegido». A Arthas no le cayó bien Langston desde el principio, por puro instinto, en cuanto se dio cuenta de que sus manos eran suaves y su comportamiento lánguido. Blackmoore, al menos, había luchado por obtener aquel rango en el campo de batalla, mientras que a aquel muchacho, a quien Arthas llamaba así a pesar de que Langston era mayor que él que solo tenía diecisiete años, se lo habían puesto todo en bandeja.

Bueno, a mí también, pensó, aunque también sabía qué clase de sacrificios se esperaba de un rey. Langston transmitía la sensación de que nunca se había privado de nada en la vida. Tampoco lo hizo en aquel instante, ya que se sirvió los mejores trozos de carne, los dulces más espléndido y regó todo aquello con más de una copa de vino. Blackmoore, al contrario, comió con moderación, aunque ingirió bastante más alcohol que Langston.

La antipatía que sentía por esos dos hombres se intensificó cuando entró una sirvienta y Blackmoore la trató como si fuera de su propiedad, tocándola con descaro. Aquella muchacha de pelo rubio y vestida de forma sencilla, cuyo rostro no necesitaba de artificio alguno para ser hermoso, sonrió como si disfrutara con ello, pero Arthas alcanzó a ver un fugaz destello de tristeza en sus ojos azules.

—Se llama Taretha Foxton —comentó Blackmoore y acarició el brazo de la muchacha mientras esta recogía los platos—. Es la hija de mi criado personal, Tammis, a quien seguro verás más tarde.

Arthas le mostró a aquella muchacha su sonrisa más encantadora. Le recordaba un poco a Jaina; por el pelo aclarado por el sol, por la piel bronceada. La sirvienta le devolvió

la sonrisa fugazmente y luego apartó la mirada con recato mientras recogía los platos. Antes de retirarse hizo una rápida reverencia.

—Dentro de poco tendrás una como esa, zagal —afirmó Blackmoore riendo.

A Arthas le llevó un instante entender lo que el militar estaba insinuando, pero cuando lo hizo, parpadeó sorprendido. Aquellos dos hombres rieron aún más fuerte y Blackmoore alzó su copa para hacer un brindis.

—Por las rubias —brindó con un tono de voz meloso.

Arthas miró hacia atrás, a Taretha, que ya se marchaba; pensó en Jaina y a continuación se obligó a levantar su copa.

Una hora después, Arthas se había olvidado completamente de Taretha Foxton y de la indignación que había sentido por cómo la habían tratado. Tenía la voz ronca de gritar y las manos doloridas de tanto aplaudir; se lo estaba pasando como nunca.

Al principio se había sentido un poco incómodo con todo aquello. Los primeros combatientes que habían salido a la arena no eran más que simples bestias que se enfrentaron entre sí, que lucharon a muerte por ninguna otra razón que el mero disfrute de los espectadores.

—¿Cómo son tratadas las bestias antes de hacerlas luchar? —había preguntado Arthas. Le gustaban los animales y le incomodaba verlos utilizados de esa manera.

Langston había abierto la boca para empezar a hablar, pero Blackmoore lo había hecho callar con un gesto rápido. El teniente general había sonreído mientras se reclinaba en el diván y cogía un racimo de uvas.

—Evidentemente, queremos que estén en plenitud de facultades para el combate —le explicó—. Así que una vez capturados, se les trata muy bien. Como puedes ver, los combates se suceden con mucha rapidez. Si un animal sobrevive y no es capaz de volver a luchar, lo matamos enseguida, por piedad.

Arthas esperaba que aquel hombre no le estuviera mintiendo. Sintió la desagradable sensación de que Blackmoore lo engañaba, pero decidió ignorarla.

Aquella impresión se desvaneció del todo en cuanto la lucha enfrentó a hombres contra bestias. Mientras contemplaba el espectáculo fascinado, Blackmoore le comentó:

—A los hombres les pagan bien. De hecho, llegan a ser relativamente populares.

Pero lo de «relativamente» popular no se aplicaba al orco, ya que era muy famoso. Circunstancia que Arthas conocía y aprobaba. Era justo lo que estaba esperando: tener la oportunidad de ver en acción a la mascota orca de Blackmoore, una bestia que el militar había adoptado y entrenado como gladiador desde que era un bebé.

Y no se llevó ninguna decepción. Por lo visto, todo lo que había sucedido hasta entonces era solo el precalentamiento para ir animando al gentío. Cuando las puertas se abrieron con un chirrido y una imponente silueta verde dio un paso adelante, todo el

mundo se puso en pie gritando. Sin saber cómo ni por qué, Arthas era uno de los que chillaban.

Thrall era enorme, y dada la impresión de ser mucho más grande aún porque, obviamente, estaba más sano y era más espabilado que los demás especímenes que Arthas había visto en los campos de retención. Portaba una diminuta armadura pero no llevaba yelmo y su piel verde se tensaba hasta el límite sobre sus poderosos músculos. Además, no andaba tan encorvado como los otros orcos. Los vítores eran ensordecedores. Thrall recorrió en círculo la arena, levantando los puños mientras alzaba el rostro para recibir una lluvia de pétalos de rosa que se reservaban para los grandes eventos.

—Yo le enseñé a hacer eso —aseguró Blackmoore con orgullo—. Es extraño, la verdad. La plebe lo vitorea a pesar de que lo que realmente desea es que esta vez caiga derrotado.

—¿Alguna vez ha perdido una pelea?

—Jamás, alteza. Ni lo hará. Aun así la gente seguirá soñando con su derrota y el dinero seguirá fluyendo.

Arthas posó su mirada sobre Blackmoore y le advirtió:

—Mientras las arcas reales sigan recibiendo un porcentaje adecuado de sus ganancias podrá seguir celebrando estos combates, teniente general.

Volvió a observar al orco mientras este concluía su ronda de presentación.

—¿Está…? Está totalmente bajo control, ¿verdad?

—Por supuesto —replicó Blackmoore de inmediato—. Fue criado por humanos y le enseñamos a temernos y a respetarnos.

Entonces Thrall se giró hacia el palco de Arthas, Blackmoore y Langston como si hubiera oído el comentario, aunque eso no era posible a causa de los gritos atronadores de la muchedumbre. A continuación se golpeó el pecho a modo de saludo e hizo una profunda reverencia.

—¿Lo ves? Tengo a ese monstruo domesticado —aseveró Blackmoore con voz melosa.

Entonces el teniente general se levantó y agitó una banderita en el aire, y al otro lado de la arena un hombre pelirrojo de constitución muy robusta agitó otra.

Y Thrall se giró en dirección a la puerta mientras aferraba con fuerza la gigantesca hacha de batalla que iba a ser su arma en aquel combate.

Los guardias elevaron la puerta y, antes de que se hubiera abierto del todo, un oso del tamaño de Invencible salió por allí disparado. Tenía el pelo del cuello erizado por la tensión y arremetió directamente contra Thrall como si lo hubiera disparado con un cañón; su gruñido se escuchó por encima del rugido de la multitud.

Thrall no se movió ni un palmo de su sitio hasta el último instante. Entonces se apartó y manejó aquella hacha enorme como si no pesara nada. De un solo golpe abrió una gran herida en la ijada del oso y el animal bramó enloquecido por el dolor, retorciéndose y esparciendo sangre por doquier. Una vez más, el orco no se movió de su sitio, sino que apoyó todo el peso de su cuerpo en la parte superior de la planta de sus pies desnudos hasta que decidió entrar en acción con una velocidad que no era propia de su tamaño. Se encontró con el oso de frente, se burló de él con voz gutural y en perfecto común; volvió a golpear con el hacha, que trazó un arco de arriba abajo. La cabeza del oso prácticamente quedó seccionada del cuello, pero el animal siguió corriendo unos instantes hasta que se derrumbó y solo quedó un montón de carne que se estremecía.

Thrall echó la cabeza hacia atrás y profirió un grito de victoria. La multitud enloqueció. Arthas se quedó mirándolo de hito a hito.

El orco no tenía ningún rasguño y, por lo que Arthas podía ver, ni siquiera estaba cansado.

—Esto no es más que el aperitivo —señaló Blackmoore, que sonrió ante la reacción de Arthas—. A continuación será atacado por tres humanos y tendrá una dificultad añadida: no podrá matarlos, solo derrotarlos. Se trata más de un combate de estrategia más que de fuerza bruta; pero he de confesar que siempre que le veo decapitar a un oso de un solo golpe me siento muy orgulloso de él.

Los tres gladiadores humanos, unos hombres grandes y muy musculosos, entraron en la arena y saludaron a su oponente y al público. Arthas observó cómo Thrall los examinaba y se preguntó si haber enseñado a su mascota orca a ser un luchador tan bueno había sido una decisión inteligente por parte de Blackmoore. Si Thrall escapaba alguna vez, podría enseñar a otros orcos esas técnicas de lucha.

Era factible que algo así sucediera a pesar de que la seguridad se hubiera incrementado. Al fin y al cabo, si Orgrim Dommhammer había podido escapar de Entrañas, un lugar que se hallaba debajo de un palacio, Thrall también podía escapar de Durnholde.

* * *

Aquella visita oficial duró cinco jornadas. Uno de esos días, cuando ya era de noche, Taretha Foxton se presentó en los aposentos privados del príncipe. Arthas estaba desconcertado porque sus sirvientes no hubieran respondido a la débil llamada en la puerta y se sintió aún más estupefacto cuando vio a aquella hermosa muchacha rubia delante de él sosteniendo una bandeja repleta de manjares. Tenía la mirada clavada en el suelo, pero como su vestido era bastante «revelador», Arthas se quedó sin habla.

Taretha hizo una reverencia.

—Mi señor Blackmoore me envía para tentarte con estos manjares —le anunció.

El rubor se extendió por sus mejillas. Y la confusión se apoderó de Arthas.

—Esto… Dile a tu señor que le agradezco el detalle, pero que no tengo hambre. Además, no sé qué ha hecho con mis criados.

—Los han invitado a cenar junto a los demás sirvientes —le explicó sin levantar la mirada del suelo.

—Ya veo, bueno, el teniente general es muy amable; estoy seguro de que mis sirvientes apreciarán el gesto.

Pero Taretha no se movió de su sitio.

—¿Tienes que decirme algo más, Taretha?

El rubor de sus mejillas se intensificó y alzó la mirada. Sus ojos transmitían calma y resignación.

—Mi señor Blackmoore me envía para tentarle con estos manjares —repitió—. Manjares de los que puede disfrutar.

Entonces lo entendió. Lo entendió y se abochornó, y se sintió contrariado y encolerizado. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para recobrar la compostura. De hecho, la incómoda situación en que se hallaba no era culpa de esa muchacha, puesto que era ella la vejada y humillada.

—Taretha —manifestó—, tomaré esta comida muy agradecido, pero no me hace falta nada más.

—Alteza, me temo que mi señor insistirá.

—Dile que me siento más que satisfecho.

—Señor, no lo entiendes. Si regreso ahora, me…

Arthas bajó la vista hasta las manos que sostenían la bandeja y la melena que las cubría. Dio un paso adelante, apartó su pelo y frunció el ceño al ver las tenues marcas de un color marrón azulado en las muñecas y la garganta.

—Ya veo —admitió—. Pasa entonces.

En cuanto la muchacha entró, Arthas cerró la puerta y se giró hacia ella.

—Quédate aquí el tiempo que creas necesario; luego, vuelve con él. Entretanto daré buena cuenta de estos manjares, aunque dudo mucho que pueda yo solo con todo.

Arthas le hizo un gesto para que se sentara mientras él tomaba asiento en la silla que se hallaba frente a ella y cogía sonriendo un pastelillo sin más dilación.

Taretha parpadeó sorprendida. Le llevó un instante entender lo que le estaba diciendo, pero en cuanto lo comprendió, un gesto cauto de alivio y gratitud se esbozó en su rostro mientras servía el vino. Después de un rato, la muchacha empezó a responder a las preguntas del príncipe con algo más que una breve retahíla de palabras corteses. Las

siguientes horas las pasaron hablando hasta que estuvieron de acuerdo en que había llegado el momento de que volviera con su amo. La sirvienta, mientras recogía la bandeja, se giró hacia él para decirle:

—Alteza, me agrada muchísimo saber que el hombre que será nuestro próximo rey es alguien tan bondadoso. La dama que elijas para ser tu reina será una mujer muy afortunada.

Arthas sonrió y en cuanto la muchacha abandonó la habitación, cerró la puerta para, a continuación, apoyarse un instante en ella.

La dama que elijas para ser tu reina, repitió mentalmente. Entonces recordó la conversación que había tenido con Calia al respecto. Por fortuna para su hermana, Prestor despertó ciertas sospechas en Terenas y, aunque no se materializaron en nada concreto, bastaron para que el rey se lo pensara mejor.

Arthas casi había alcanzado la mayoría de edad; ahora era un año mayor que Calia cuando su padre casi había acabado prometiéndola en matrimonio con Prestor. Pensó que tendría que empezar a plantearse que, tarde o temprano, debería elegir una reina.

Al día siguiente se iba de aquel lugar; ganas no le faltaban de marcharse.

* * *

El frío invernal reinaba en el ambiente. Los últimos días gloriosos del otoño ya se habían ido y los árboles, que en su día estaban dominados por tonalidades doradas, rojas y anaranjadas, ahora eran esqueletos desnudos contra un cielo gris. En unos meses, Arthas cumpliría diecinueve años y sería admitido en la Orden de la Mano de Plata, para lo que se había estado preparando desde hacía tiempo. Su adiestramiento con Muradin había terminado meses atrás y había empezado a entrenar con Uther. Era diferente, pero parecido al mismo tiempo. Muradin le había enseñado a prestar atención y a tener la firme voluntad de ganar la batalla fuera como fuera. Por contra, los paladines tenían un concepto mucho más ritualista de la batalla y se centraban más en la actitud con la que uno batallaba que en las técnicas concretas del manejo de la espada. Arthas pensaba que ambos métodos eran válidos, aunque se preguntaba si alguna vez tendría la oportunidad de utilizar lo que había aprendido en una batalla de verdad.

Normalmente, en esos momentos del día debería estar rezando, pero su padre había partido a hacer una visita por cuestiones diplomáticas a Stromgarde y Uther había ido con él. Lo que implicaba que Arthas tenía unas cuantas tardes libres por delante hasta que volvieran, y no estaba dispuesto a desperdiciarlas a pesar de que el tiempo distaba mucho de ser perfecto. Arthas cabalgó con comodidad sobre Invencible, gracias a la familiaridad que ya existía entre ellos, aunque las zancadas del animal no eran tan fluidas por culpa de

los pocos centímetros de nieve que cubrían el suelo. Asimismo podía ver su aliento y el de Invencible convertido en humo blanco cada vez que el caballo giraba la cabeza y resoplaba.

Volvía a nevar, y en esta ocasión no se trataba de blandos copos de nieve que cayeran perezosamente, sino de pequeños cristales duros que hacían daño. Arthas frunció el ceño y siguió cabalgando. Un poco más adelante daría la vuelta, se dijo a sí mismo. Quizá incluso parara en la hacienda Balnir. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado allí; además, a Jorum y Jarim seguro que les gustaría conocer a ese caballo magnífico en que se había convertido su potrillo desgarbado.

En cuanto se le ocurrió esa idea, no pudo refrenar el impulso de llevarla a cabo. Arthas obligó a cambiar de rumbo a Invencible presionándole ligeramente un costado con la pierna izquierda. El caballo giró en completa sintonía con los deseos de su amo. Como la nevada era cada vez más intensa y los copos de nieve eran ahora unas agujitas que se clavaban allí donde su piel permanecía a la intemperie, Arthas se cubrió la cabeza con la capa para tener así un poco más de protección. Invencible sacudió la cabeza un tanto nervioso, como cuando los insectos lo agobiaban en verano. Aun así galopó por el sendero, con el cuello estirado hacia adelante, disfrutando de aquel esfuerzo tanto como Arthas.

Pronto llegarían al lugar del salto, y poco después antes de regresar a palacio, el corcel recibiría un establo acogedor y su jinete una taza de té calentito. A Arthas se le estaba entumeciendo el rostro por culpa del frío y, a pesar de llevar unos buenos guantes de cuero, las manos no se encontraban mucho mejor. Aunque tenía las manos heladas, apretó con fuerza las riendas obligando así a sus dedos a doblarse, y se preparó para el salto de Invencible; pero entonces se recordó a sí mismo que no iba a saltar sino a volar, iban a volar sobre aquel lugar como…

… Pero no volaron. En el último instante, Arthas tuvo la espantosa sensación de que las pezuñas traseras de Invencible resbalaban sobre la piedra helada; acto seguido, el caballo perdió el equilibrio y relinchó mientras sus patas intentaban hallar frenéticamente un asidero seguro en el aire. De pronto Arthas sintió que le dolía la garganta y se dio cuenta de que estaba gritando al ver cómo una piedra de forma irregular, y no la hierba mullida cubierta de nieve, se aproximaba a ellos a una velocidad letal. Tiró con fuerza de las riendas, como si así pudiera hacer algo, como si cualquier cosas pudiera servir para algo…

El ruido atravesó la neblina de su estupor. Parpadeó y recuperó la consciencia gracias al chillido estremecedor de una bestia agónica que le estaba desquiciando. Al principio intentó acercarse a la fuente de aquellos gritos horrendos, pero fue incapaz de moverse ya que su cuerpo sufría espasmos involuntarios. Al final logró incorporarse hasta quedar sentado. El dolor le recorría todo el cuerpo de arriba abajo, por lo que añadió sus

propios gritos ahogados de agonía a aquella espeluznante cacofonía; en ese momento se dio cuenta de que probablemente se había roto una costilla, o quizá más.

La nieve caía con más fuerza que antes. Apenas era capaz de ver lo que había a un metro de él. Chilló de dolor y estiró el cuello para intentar divisar…

… a Invencible. Un movimiento llamó la atención de Arthas y entonces divisó un charco escarlata cada vez más amplio que fundía la nieve y desprendía humo por contraste con el frío.

—No —susurró Arthas, y se puso en pie como pudo.

El mundo pareció desaparecer de los bordes de su campo de visión y estuvo a punto de volver a perder el conocimiento, pero gracias a su inquebrantable voluntad logró resistir. Luchando contra el dolor, el viento azotador y la nieve que amenazaban con derribarlo, se abrió paso poco a poco hasta el animal asustado.

Invencible revolvía la nieve ensangrentada con sus dos poderosas patas traseras ilesas y sus dos patas delanteras destrozadas. Arthas sintió que se le revolvía el estómago al ver el estado en que se encontraban las extremidades de su caballo, que antes habían sido tan largas rectas, inmaculadas y potentes y ahora adoptaban posturas muy extrañas cuando Invencible intentaba levantarse, fracasando una y otra vez. Entonces, la nieve y el manantial de lágrimas calientes que le recorrían las mejillas difuminaron compasivamente ese dantesco conjunto.

Avanzó a duras penas en dirección a su caballo, sollozando, y se arrodilló junto al enloquecido animal para intentar… ¿qué? No se trataba de un mero arañazo. Si ese fuera el caso bastaría con ponerle una venda enseguida y llevarlo luego a un cálido establo donde podría disfrutar de un buen puñado de salvado. Arthas se acercó a la cabeza del animal, ya que quería tocarlo y calmarlo de algún modo, pero la agonía estaba volviendo loco a Invencible. Y Arthas no dejó de gritar.

Socorro. Los sacerdotes y sir Uther… quizá puedan curarlo, pensó.

Un dolor mucho mayor que el que sentía físicamente se adueñó del joven. El obispo se había marchado con su padre a Stromgarde, al igual que Uther. Quizá pudiera dar con otro sacerdote en alguna aldea, pero Arthas no sabía en dónde buscar, y con aquella tormenta…

Se alejó del animal, se tapó los oídos y cerró los ojos llorando de tal modo que todo su cuerpo se estremeció. Por culpa de la tormenta, jamás podría encontrar a un sanador antes de que Invencible muriera por las heridas o por la congelación. Arthas ni siquiera estaba seguro de si sería capaz de dar con la hacienda Balnir a pesar de que no podía hallarse muy lejos. El mundo era un manto blanco por todas partes salvo donde yacía el caballo moribundo, que había confiado tanto en él como para haberse atrevido a saltar un terraplén helado y que ahora revolvía con sus patas un humeante charco carmesí.

Arthas sabía lo que debía hacer, pero no podía hacerlo.

No fue consciente de cuánto tiempo permaneció sentado allí, llorando, intentando no ver ni escuchar a su adorado caballo agonizante, hasta que por fin, los estertores de Invencible se espaciaron. El animal yacía en la nieve, con las ijadas subiendo y bajando exageradamente porque le costaba respirar, y los ojos en blanco por culpa del sufrimiento.

Arthas no podía sentir ni las extremidades ni el rostro, pero, de algún modo, se las arregló para acercarse a aquella bestia. Cada bocanada de aire era una tortura para él y dio la bienvenida al dolor. Todo esto era culpa suya. Suya. Entonces colocó la enorme cabeza del caballo en su regazo y por un momento breve y misericordioso ya no estaba en la nieve con un animal herido sino en un establo con una yegua de cría a punto de parir. Durante ese instante, todo estaba comenzando y no llegando a este final estremecedor, nauseabundo y evitable.

Sus lágrimas cayeron sobre la amplia mejilla del caballo. Invencible tembló, con los ojos castaños muy abiertos teñidos de un dolor ahora silencioso. Arthas se quitó los guantes y acarició con la mano el hocico de un rosa grisáceo, sintiendo el calor del aliento de Invencible en ella. Entonces, poco a poco, fue levantando aquella cabeza de su regazo, se puso en pie y con la mano que había entrado en calor buscó a tientas su espada. Sus pies se hundieron en el charco rojo de nieve derretida mientras permanecía erguido junto al animal caído.

—Lo siento —se disculpó—. Lo siento mucho.

Invencible lo observaba con calma, confiado, como si, en cierta forma, supiera qué iba a ocurrir y creyera que era necesario. Aquello era más de lo que Arthas era capaz de soportar, y por un instante las lágrimas le nublaron la vista y parpadeó para quitárselas de encima.

Arthas alzó la espada y descargó una estocada.

Al menos, eso lo había hecho bien; atravesó el enorme corazón de Invencible de un solo golpe a pesar de sentir los brazos congelados. Sintió cómo la espada rasgaba la piel y la carne, rozaba el hueso y se clavaba en la tierra que se hallaba bajo el caballo, Invencible se arqueó una sola vez, después se estremeció y a continuación permaneció inmóvil.

Jorum y Jarim encontraron al príncipe un poco más tarde, cuando la nevada amainó. Estaba hecho un ovillo y pegado al cadáver cada vez más frío de aquel animal que hasta hace muy poco tiempo había sido espléndido, rebosante de vida y energía. Cuando el mayor de aquellos dos hombres se agachó para levantarlo, Arthas gritó de dolor.

—Lo siento, muchacho —le dijo Jorum con un tono de voz casi insoportablemente amable—. Siento haberte hecho daño y siento lo del accidente.

—Sí —respondió Arthas con un hilo de voz—, el accidente. Se resbaló…

—Con este tiempo no me extraña. La tormenta nos sorprendió a todos. Tienes suerte de seguir vivo. Vamos… Te llevaremos a nuestra casa y enviaremos a alguien al palacio para que avise de lo que ha pasado.

Mientras se incorporaba con la ayuda de los fuertes brazos del granjero, Arthas le hizo un ruego:

—Entiérralo… aquí. Para que pueda venir a visitarlo.

Balnir intercambió una mirada con su hijo y asintió.

—Sí, claro. Era un corcel muy noble.

Arthas estiró el cuello para contemplar el cuerpo del caballo al que había llamado Invencible. No pensaba sacar a nadie del error de que aquello había sido un accidente, porque era incapaz de contarle a nadie lo que había hecho.

En ese mismo momento, ahí mismo, juró que si algún día alguien necesitaba protección, él se la brindaría; si había que hacer algún sacrificio por el bienestar de otros, lo haría.

Cueste lo que cueste, pensó.



CAPÍTULO CINCO

El verano se hallaba en su máximo esplendor y el sol caía inmisericorde sobre su alteza real el príncipe Arthas Menethil mientras cabalgaba por las calles de Ventormenta. Estaba de muy mal humor, a pesar de que supuestamente había esperado la llegada de este día toda su vida. Su armadura de cuerpo entero relucía bajo los rayos del sol y Arthas pensaba que se cocería hasta morir antes de llegar a la catedral. Cabalgar sobre una nueva montura solo conseguía recordarle que aquel caballo, a pesar de ser fuerte, estar bien adiestrado y ser de buen pedigrí, no era Invencible. Su caballo había muerto hacía apenas unos meses y Arthas lo añoraba amargamente. De improviso se percató de que se había quedado en blanco respecto a lo que se suponía que tenía que hacer en cuanto la ceremonia comenzase.

Junto a él cabalgaba su padre, que parecía ajeno al enfado de su hijo.

—Este día ha tardado mucho en llegar, hijo mío —aseveró Terenas mientras se giraba para sonreír a Arthas.

A pesar de que el yelmo le molestaba mucho, Arthas se alegraba de llevarlo, ya que ocultaba su rostro y no estaba seguro de si en esos momentos sería capaz de fingir una sonrisa convincente.

—Así es, padre —replicó el príncipe, manteniendo en todo momento un tono de voz calmado.

Aquella era una de las mayores celebraciones que Ventormenta había visto jamás. Además de Terenas, muchos otros reyes, nobles y personajes famosos habían acudido al evento, conformando una suerte de desfile a caballo que recorría las calles empedradas con losas blancas de la gigantesca Catedral de la Luz; una catedral que había quedado seriamente dañada en la Primera Guerra, pero que tras su restauración era aún más espléndida que antes.

Varian, el amigo de la infancia de Arthas y rey de Ventormenta, se había casado y ya tenía un hijo. Había abierto las puertas de palacio a todos los monarcas que acudían al evento así como a sus séquitos. Para Arthas, haber estado con Varian la noche anterior,

bebiendo aguamiel y charlando, había sido el punto álgido de aquel viaje hasta el momento. Había podido comprobar cómo el joven traumatizado y herido de hace una década se había transformado en un rey seguro de sí mismo, apuesto y equilibrado. En algún momento de la madrugada, entre la medianoche y el alba, habían ido a la armería, se habían hecho con unas espadas de entrenamiento de madera y habían combatido durante un buen rato mientras reían y recordaban viejas anécdotas con su destreza algo mermada por el alcohol que habían consumido. Varian había sido entrenado para el combate desde muy niño y siempre había sido bastante bueno, pero ahora era mejor. Pero Arthas también había mejorado mucho y fue un digno contrincante.

Sin embargo ahora todo se reducía a cumplir con las formalidades debidas embutido en una armadura que estaba ardiendo mientras le reconcomía la sensación de que no se merecía el honor que le iban a conceder.

En un momento raro de debilidad, Arthas le había expresado a Uther lo que sentía. Aquel intimidante paladín, que desde que Arthas podía recordar había sido la encarnación misma de la firmeza inquebrantable de la Luz, había sorprendido al príncipe con su respuesta:

—Muchacho, nadie se siente preparado. Nadie cree que se lo merece. ¿Y sabes por qué? Porque nadie se lo merece. La Luz es pura y simple gracia divina. Somos indignos de ella por naturaleza, solo porque somos humanos y todos los seres humanos, incluidos los elfos, los enanos y las demás razas, somos imperfectos. Pero la Luz nos ama de todos modos. Nos ama porque en ocasiones, rara vez, podemos alcanzar la grandeza. Nos ama por lo que podemos hacer para ayudar a los demás. Nos ama porque podemos contribuir a transmitir su mensaje si luchamos día a día por ser dignos de ella, a pesar de que sabemos que jamás podremos llegar a serlo realmente.

Dio una palmadita a Arthas en el hombro, esbozó una sonrisa sencilla, algo poco habitual en él, y añadió:

—Así que cuando estés ante ese altar como yo lo estuve en su día y pienses que no te lo mereces o que jamás serás digno de la Luz, debes ser consciente de que estarás sintiendo lo mismo que todo paladín ha sentido en ese momento.

Eso reconfortó un poco a Arthas.

Tras rememorar su charla con Uther, cuadró los hombros, echó la visera del yelmo hacia atrás y saludo sonriendo al gentío que lo vitoreaba alegremente aquel caluroso día de verano. Le lanzaron pétalos de rosa y desde algún lugar atronaron las trompetas. Habían llegado a la entrada de la catedral. Arthas desmontó y un sirviente se llevó su montura. A continuación, otro sirviente se le acercó para llevarse el yelmo que se había quitado. Tenía la melena rubia empapada de sudor y se pasó una mano enguantada por ella rápidamente.

Arthas no había estado jamás en Ventormenta y le sorprendió la conjunción de serenidad y poder que irradiaba la catedral. Lentamente, subió por las escaleras alfombradas, y agradeció el frescor del pétreo interior del templo. La fragancia del incienso le calmó ya que se resultaba familiar; era el mismo que solían utilizar en la pequeña capilla de la familia.

Allí ya no había un gentío bullicioso, solo hileras silenciosas y respetuosas compuestas por personajes prominentes y clérigos. Arthas reconoció varios rostros: Genn Greymane, Thoras Trollbane, el almirante Daelin Proudmoore…

De repente, Arthas parpadeó sorprendido y sus labios se curvaron para esbozar una sonrisa. ¡Jaina! Ciertamente había cambiado mucho durante todos los años que habían pasado desde la última vez que la había visto. Si bien no era una belleza impresionante, era bastante guapa; y la viveza e inteligencia que tanto le habían atraído de niño aún la hacían brillar y destacar como la luz de un faro en la noche. Su mirada se cruzó con la de Arthas y le devolvió una leve sonrisa al mismo tiempo que inclinaba la cabeza en señal de respeto.

De inmediato, la atención de Arthas se centró en el altar al que se aproximaba y sintió que la inquietud que sentía se calmaba un poco. Esperaba tener la oportunidad de hablar con ella después de que se hubieran cumplido todas las formalidades.

El arzobispo Alonsus Faol lo aguardaba en el altar. Le recordaba más al Gran Padre Invierno que ninguno de los demás gobernantes que había conocido hasta la fecha. Era bajito y corpulento, llevaba una barba larga blanca como la nieve, tenía una mirada muy viva e incluso en medio de esa solemne ceremonia, Faol irradiaba amabilidad y ternura. El arzobispo esperó a que Arthas se acercara para arrodillarse ante él respetuosamente antes de abrir un libro enorme y comenzar a hablar.

—Nos reunimos bajo la protección de la Luz para nombrar caballero a nuestro hermano. Mediante su gracia, renacerá. Mediante su poder, instruirá a las masas. Mediante su fuerza, combatirá a la sombra. Y mediante su sabiduría, guiará a sus hermanos a la recompensa eterna del paraíso.

Arthas se fijó en que a su izquierda se encontraba un grupo de varios hombres, y alguna mujer, vestidos con túnicas blancas holgadas, los cuales permanecían inmóviles y expectantes. Algunos sostenían pebeteros cuyas llamas se mecían casi hipnóticamente. Otros portaban unas velas enormes. Y el último llevaba en sus manos una estola azul bordada. A Arthas le habían presentado a la mayoría de ellos con anterioridad, pero era incapaz de recordar sus nombres. Eso no era muy habitual en él, ya que realmente se interesaba por la gente que trabajaba para él y le servía. Siempre solía hacer un esfuerzo por acordarse de sus nombres.

El arzobispo Faol pidió a los clérigos que bendijeran a Arthas, y estos obedecieron. El que llevaba la estola azul se acercó al príncipe para colocársela alrededor del cuello y le ungió la frente con un óleo sagrado.

—Que por la gracia de la Luz puedas sanar a tus hermanos —le bendijo el clérigo.

Faol se giró hacia los hombres situados a la derecha de Arthas.

—Caballeros de la Mano de Plata, bendigan a este hombre si consideran que es digno de ello.

Al contrario de lo que sucedía con el primer grupo, Arthas conocía a todos estos caballeros que permanecían en posición de firmes, ataviados con unas armaduras pesadas y relucientes. Eran los paladines originales de la Mano de Plata y era la primera vez que se reunían desde la fundación de la orden muchos años atrás. Allí estaba Uther, por supuesto; y también Vadín, el actual gobernador de Vega de Amparo, que seguía siendo tan poderoso y elegante como siempre a pesar de estar envejeciendo; Saidan Dathrohan y sus impresionantes casi dos metros de altura, y el piadoso e hirsuto Gavinrad. No obstante, había una ausencia notable entre su filas: Turalyon, la mano derecha de Anduin Lothar en la Segunda Guerra, que había formado parte de la compañía que había desaparecido para siempre tras atravesar el Portal Oscuro cuando Arthas tenía doce años.

Gavinrad dio un paso al frente sosteniendo en las manos un enorme martillo que daba la impresión de ser muy pesado. La cabeza tenía runas grabadas y el robusto mango estaba envuelto en cuero azul. Colocó el martillo delante de Arthas y, a continuación, volvió con sus hermanos. Fue el propio Uther *el Iluminado*, el mentor de Arthas en la orden, el siguiente en acercarse a él. Llevaba en las manos un par de hombreras metálicas ceremoniales. Si bien Uther era el hombre que mejor controlaba sus emociones de todos los que Arthas había conocido hasta la fecha, mientras colocaba las hombreas en los amplios hombros de Arthas, este pudo comprobar que le brillaban los ojos por culpa de las lágrimas que intentaba contener. Entonces, Uther habló con una voz potente pero temblorosa de emoción.

—Que tus enemigos perezcan por la fuerza de la Luz.

Su mano reposó un instante en el hombro de Arthas y acto seguido se retiró.

El arzobispo Faol sonrió al príncipe amablemente. Arthas le miró a los ojos con tranquilidad, pues ya no se sentía inquieto. Al fin recordaba todo lo que debía hacer en la ceremonia.

—Ponte de pie y ocupa tu lugar entre tus iguales —le ordenó Faol.

Y Arthas le obedeció.

—Arthas Menethil, ¿juras defender el honor y el código de la Orden de la Mano de Plata?

Arthas parpadeó sorprendido ante la falta de mención de su título nobiliario. *Por supuesto*, razonó, *me nombra caballero como hombre, no como príncipe*.

—Lo juro.

—¿Juras que caminarás bajo la gracia de la Luz y extenderás su sabiduría entre tus hermanos?

—Lo juro.

—¿Juras que derrotarás al mal allá dónde se encuentre y protegerás a los inocentes con tu vida?

—Sí, eh… por mi sangre y honor, lo juro.

Había faltado poco para que se equivocara.

Faol le guiñó un ojo de inmediato para restarle importancia a su titubeo y, acto seguido, se dio la vuelta para dirigirse tanto a los clérigos como a los paladines.

—Hermanos y hermanas, que se han congregado aquí para ser testigos de este acto, alcen las manos y dejen que la Luz ilumine a este hombre.

Todos los clérigos y paladines levantaron la mano derecha, bañadas todas por una luz tenue y dorada. Señalaron a Arthas y dirigieron el fulgor hacia él. Arthas abrió muchísimo los ojos maravillado y aguardó a que aquel glorioso resplandor lo envolviera.

Pero no sucedió nada.

Aquel momento pareció eternizarse.

El sudor empezó a cubrir la frente de Arthas. ¿Qué ocurría? ¿Por qué la Luz no lo rodeaba para bendecirlo?

Entonces los rayos del sol, que entraban a raudales por las ventanas del techo, se acercaron poco a poco al príncipe que seguía de pie ante el altar, solo, ataviado con su brillante armadura; por fin, Arthas suspiró aliviado. Supuso que se trataba del momento del que Uther le había hablado en aquella conversación. Como no se sentía digno de recibir la Luz, una sensación que según Uther era muy común entre los paladines, aquel instante se le había hecho eterno. En ese momento recordó las palabras que Uther le había dicho: «Nadie se siente preparado… La Luz es pura y simple gracia divina… pero nos ama de todos modos».

Ahora la Luz lo iluminaba, fluía dentro de él y a través de él; y se vio obligado a cerrar los ojos para protegerse de aquella luminosidad casi cegadora. Al principio sintió calor y luego creyó que se abrasaba, por lo que no pudo evitar esbozar una leve mueca de dolor. Se sentía… examinado muy a fondo, como si lo vaciaran, lo limpiaran y lo volvieran a llenar. A continuación sintió cómo la Luz se expandía en su interior y después menguaba hasta un nivel tolerable. Parpadeó e hizo ademán de recoger el martillo, el símbolo de la orden. Pero cuando su mano ya se cerraba sobre el mango, se detuvo y alzó la mirada hacia el arzobispo Faol, cuya benigna sonrisa se ensanchó mientras le decía:

—Levántate, Arthas Menethil, paladín y defensor de Lordaeron. Bienvenido a la Orden de la Mano de Plata.

Arthas no pudo evitar sonreír abiertamente al agarrar aquel enorme martillo. Era tan colosal que, por un breve instante, pensó que quizá no sería capaz de alzarlo, pero por fin lo logró y lo celebró con un grito de alegría. Entonces se percató de que la Luz era la causante de que el martillo pareciera más ligero en sus manos. Inmediatamente, la catedral se llenó de los aplausos y vítores que surgieron en respuesta a aquel grito exultante. Los nuevos hermanos y hermanas de Arthas lo abrazaron, y en cuanto su padre, Varian y los demás invadieron el altar, la formalidad que había presidido hasta entonces el acto se vino abajo. Se oyeron muchas carcajadas cuando el rey de Ventormenta intentó darle una palmadita en el hombro y se lastimó la mano al golpear el duro metal de las hombreras ceremoniales. Entonces, sin saber muy bien cómo, Arthas se dio la vuelta y su mirada se topó con el sonriente rostro de ojos azules de Lady Jaina Proudmoore.

Una distancia de apenas unos centímetros los separaba, ya que el gentío, que se había arremolinado en torno al nuevo miembro de la Orden de la Mano de Plata, les empujaba y acercaba. Además, Arthas no estaba dispuesto a desperdiciar quizá la única oportunidad que se le iba a presentar de hablar con ella. Casi de inmediato rodeó con el brazo izquierdo la cintura esbelta de la dama y la atrajo hacia sí, Jaina se sobresaltó, pero Arthas no tuvo la impresión de que se hubiera disgustado. Jaina le devolvió el abrazo y rio contra su pecho un instante, tras el cual se apartó sonriendo aún.

Durante unos instantes, la algarabía de la celebración de aquella calurosa tarde de verano se desvaneció y lo único que Arthas veía era esa muchacha sonriente y bronceada por el sol. ¿Sería correcto besarla? ¿*Debería* besarla? Lo cierto era que deseaba hacerlo. Pero mientras se decidía, Jaina se liberó de su abrazo y se alejó unos cuantos pasos. Al momento, la muchacha de pelo rubio se vio reemplazada por otra que tenía el mismo color de pelo. Calia se rio y abrazó a su hermano.

—¡Estamos tan orgullosos de ti, Arthas! —exclamó.

El príncipe sonrió y le devolvió el abrazo; estaba contento por la felicitación de su hermana y a la vez pesaroso por no haberse atrevido a besar a la hija del almirante.

—Serás un magnifico paladín, estoy segura —añadió la princesa.

—Bien hecho, hijo mío —se congratuló Terenas—. Hoy soy un padre muy orgulloso.

Arthas entornó los ojos. ¿Hoy? ¿Qué quería decir con eso? ¿Acaso su padre no estaba orgulloso de él el resto de los días? De repente se enfureció sin estar muy seguro de por qué o con quién. Quizá estaba encolerizado con la Luz por retrasar su aprobación; o con Jaina por apartarse de él justo en el momento en el que podía haberla besado; o con Terenas, por hacer aquel comentario.

Esbozó una sonrisa por puro compromiso y se abrió paso entre la multitud a empellones. Ya había aguantado bastante a toda esa gente. Muy pocos de los invitados le conocían de verdad y, lo que era aún peor, ninguno le comprendía.

Arthas tenía diecinueve años. A esa misma edad, Varian ya hacía un año que era rey. Consideraba que a su edad debería poder hacer lo que se le antojase; además, ahora contaba con la bendición de la Mano de Plata para guiarlo. No le apetecía quedarse de brazos cruzados en el palacio de Lordaeron, ni soportar aburridas visitas de Estado. Deseaba hacer algo… divertido. Algo que su poder, su posición y sus habilidades le permitieran realizar.

Y sabía exactamente qué quería que fuera ese algo.

SEGUNDA PARTE

LA DAMA DE LA LUZ



INTERLUDIO

Era la clase de día que Jaina Proudmoore odiaba: plomizo, tormentoso y muy gélido. A pesar de que en Theramore siempre hacía frío por culpa de la brisa del mar, incluso en los meses más calurosos del verano, aquel viento frío y la lluvia constante que azotaban la ciudad se sentían hasta en los huesos. El océano se revolvía descontento y el cielo que se alzaba sobre él se mostraba grisáceo y amenazador. Además, el día no parecía que fuera a levantar. A lo lejos, los campos de entrenamiento estaban embarrados, los viajeros buscaban cobijo en las posadas y el doctor VanHowzen tendría que examinar con detenimiento a los pacientes a su cargo para poder detectar cualquier síntoma de enfermedad que aquel repentino frío y la humedad pudieran provocar. Los guardias de Jaina permanecían firmes bajo la lluvia torrencial sin emitir queja alguna. Indudablemente, se sentían los hombres más desgraciados del mundo en aquellos momentos. Jaina ordenó a uno de sus criados que les llevara el té, que acababa de preparar para ella y su tutora, a los leales guardias que cumplían con su deber allá abajo sin pestañear. Ella podría esperar a que prepararan más.

Entonces, un trueno bramó y se divisó en el firmamento el destello de un relámpago. Jaina, que se había recogido en aquella torre donde se hallaba rodeada de los libros y papeles que tanto amaba, se estremeció y se arropó aún más con su capa; a continuación se giró hacia alguien que, sin duda alguna, se sentía mucho más incómoda que ella.

Magna Aegwynn, la antigua Guardiana de Tirisfal, madre del gran Magus Medivh, y que en su día había sido la mujer más poderosa del mundo; estaba sentada en una silla junto al fuego, bebiendo a sorbos una taza de té. Sus nudosas manos se aferraban a la taza, en busca de su calor; y su larga melena suelta, blanca como la nieve recién caída, descansaba sobre sus hombros. Alzó la vista en cuanto Jaina se acercó y observó mientras la joven se sentaba en la silla que se encontraba frente a ella. Nada podía ocultarse a aquellos ojos verde esmeralda, profundos y sabios que no pasaban por alto ningún detalle.

—Estás pensando en él.

Jaina frunció el ceño y contempló el fuego con detenimiento, buscando una distracción en esas llamas danzantes.

—No sabía que entre tus habilidades como Guardiana estuviera incluida la capacidad de leer mentes.

—¿Leer mentes? Es tu semblante y tu porte lo que puedo leer como un libro, niña. Esa arruga en tu frente aparece cuando es él quien ocupa tus pensamientos. Además, siempre te ocurre lo mismo cuando cambia el tiempo.

Jaina se estremeció.

—¿De veras soy tan transparente?

Las marcadas facciones de Aegwynn se relajaron mientras daba unas palmaditas a Jaina en la mano.

—Bueno, llevo mil años perfeccionando el arte de la observación. De modo que se me da mucho mejor deducir lo que piensa la gente que a la mayoría.

Jaina soltó un suspiro.

—Es cierto. Cuando hace tanto frío pienso en él. Pienso en lo que pasó. En si hubiera podido hacer algo.

Ahora fue Aegwynn quien suspiró.

—Creo que en mil años nunca me he enamorado realmente, ya que mi atención ha estado centrada en muchas otras preocupaciones. Pero si esto te sirve de consuelo, he de reconocer que… también he pensado en él.

Jaina parpadeó sorprendida y un tanto incómoda ante ese comentario.

—¿Has estado pensando en Arthas?

La antigua Guardiana clavó su penetrante mirada en ella.

—No, en el Rey Exánime. Recuerda que ya no es Arthas.

—No hacía falta que me lo recordaras —le reprochó Jaina de un modo un tanto brusco—. ¿Por qué…?

—¿No lo percibes?

Lentamente, Jaina asintió con la cabeza. Había intentado echarle la culpa de su estado de ánimo al mal tiempo y a las tensiones que siempre alcanzaban su cenit cuando hacía tanta humedad y el clima se tornaba tan desagradable. Pero Aegwynn acababa de sugerir que había algo más y Jaina Proudmoore, de treinta años de edad, gobernante de la isla de Theramore, sabía que aquella anciana tenía razón. Anciana, pensó, y una sonrisa fugaz se esbozó en sus labios cuando aquellas palabras cruzaron su mente. Ella misma había dejado tiempo atrás su juventud; una juventud en la que Arthas Menethil había desempeñado un papel muy importante.

—Háblame de él —le rogó Aegwynn mientras se acomodaba en la silla.

En ese momento, uno de los siervos apareció con té caliente y galletas recién sacadas del horno. Jaina aceptó con sumo agrado aquella taza de té.

—Ya te he contado todo cuanto sé.

—No —replicó Aegwynn—. Me has contado los hechos que acaecieron, pero yo quiero que me hables de él. De Arthas Menethil. Porque si bien ignoro qué está pasando allá arriba, sí sé con seguridad que algo sucede y que está relacionado con Arthas y no con el Rey Exánime. Al menos, aún no. Además…

La anciana sonrió abiertamente y el destello jovial de sus ojos esmeralda eclipsó las arrugas que le surcaban el rostro cuando añadió:

—Hace un día frío y lluvioso. Las historias se inventaron para ser contadas en días como estos.



CAPÍTULO SEIS

Jaina Proudmoore tarareaba mientras paseaba por los jardines de Dalaran. Por aquel entonces llevaba ya ocho años en la ciudad, pero la metrópoli nunca cesaba de sorprenderla. Todo cuanto había en esa urbe emanaba magia; para ella era casi como un aroma, una fragancia que inhalaba con una sonrisa.

Claro que parte de esa «fragancia» provenía realmente de las flores de los jardines de aquel lugar, que estaban tan saturados de magia como cualquier otro rincón de la ciudad. Jamás había visto unas flores más sanas y de colores tan intensos y variados, ni había comido unas frutas y verduras más deliciosas que las que allí crecían. ¡Y cuánto había aprendido! Jaina tenía la sensación de que había adquirido más conocimientos en los últimos ocho años que en toda su vida y gran parte de esa sabiduría la había adquirido en los dos últimos años, desde que el archimago Antonidas la había nombrado formalmente su aprendiz. Pocas cosas le gustaban más que echarse hecha un ovillo bajo el sol acompañada de un vaso de néctar fresco y una pila de libros. Aunque como algunos de los pergaminos más valiosos que solía leer debían protegerse de la luz solar y del néctar que pudiera derramarse, también le gustaba quedarse a estudiar en una de las muchas habitaciones que allí había, ataviada con unos guantes para no dañar con las manos el frágil papel y así poder examinar con detenimiento los textos que podían ser inconcebiblemente antiguos.

Sin embargo, en aquel momento solo quería deambular por aquellos jardines, sentir el pulso de la vida bajo sus pies y gozar de los increíbles aromas. Asimismo, sabía que cuando el hambre la azuzara, podría arrancar una manzana madura de corteza de oro calentada por el sol, que comería muy a gusto.

—En Quel’Thalas —dijo una voz suave y cultivada— hay árboles mucho más altos que estos que componen un glorioso conjunto de corteza blanca y hojas doradas y cantan bajo la brisa nocturna. Creo que algún día deberías ser testigo de ese maravilloso espectáculo.

Jaina se giró para ofrecer al príncipe Kael’thas Sunstrider, hijo de Anasterian, el rey de los elfos quel’dorei, una sonrisa y una profunda reverencia.

—Alteza —le saludó—, no sabía que hubieras regresado. Es un gran placer. Y sí, estoy segura de que me encantaría ver ese maravilloso espectáculo… algún día.

Jaina era la hija de un gobernante que no pertenecía a la realeza, sino a la nobleza. No obstante, como su padre, el almirante Daelin Proudmoore, gobernaba la ciudad estado de Kul Tiras, Jaina estaba acostumbrada a relacionarse con la nobleza. Aun así, el príncipe Kael'thas la hacía sentirse nerviosa. No sabía por qué. Era apuesto, ciertamente, poseía esa elegancia y belleza propias de los elfos: era alto y el pelo, que parecía hecho de oro tejido, le llegaba hasta la mitad de la espalda. A Jaina siempre le había dado la impresión de que se trataba de un ser de leyenda en vez de una persona real. A pesar de que ahora solo iba ataviado con la sencilla túnica de color violeta y oro que vestía todo mago de Dalaran, y no con las suntuosas túnicas que llevaba en actos oficiales, nunca parecía perder del todo su característico envaramiento. Quizá se trataba de eso precisamente, de que… su comportamiento se regía por unas formalidades un tanto anticuadas. Además, era mucho mayor que ella, aunque por su aspecto pareciera de su misma edad. Era tremendamente inteligente y un mago de enorme talento y poder; entre los estudiantes se rumoreaba que era uno de los Seis, el círculo secreto del que formaban parte los magos más poderosos de Dalaran. Por todas esas razones, Jaina concluyó que no debía sentirse como una pueblerina por encontrarlo tan intimidante.

Kael'thas arrancó una manzana y le dio un mordisco.

—Hay una cierta autenticidad en la comida de las tierras humanas que he llegado a apreciar sobremanera —afirmó mientras sonreía como si ocultara algo—. A veces, la comida elfa, si bien es sin duda deliciosa y suele presentarse de forma muy atractiva, le deja a uno con ganas de probar algo más sustancioso.

Jaina sonrió. Aunque el príncipe Kael'thas procuraba en todo momento que ella se sintiera cómoda en su presencia, siempre fracasaba en el intento.

—Pocas cosas son más sabrosas que una manzana y una rebanada de queso de Dalaran —aseveró Jaina.

Un silencio se impuso entre ellos, incómodo a pesar del ambiente informal del lugar y la calidez del sol.

—Supongo que vas a quedarte aquí una temporada, ¿verdad?

—Sí. Como el asunto que me llevó a Lunargenta ha quedado cerrado por ahora, no tendré necesidad de ausentarme en breve.

El príncipe la observó al mismo tiempo que le daba otro mordisco a la manzana. Jaina sabía que Kael'thas dominaba a la perfección el arte de mantener el gesto impasible en su bello rostro pasara lo que pasase, por lo que también sabía que a pesar de no transmitir ninguna emoción, el elfo en realidad estaba esperando que Jaina continuara la conversación.

—Todos estamos muy contentos de que hayas vuelto, alteza.

El príncipe elfo la señaló con el dedo y le espetó:

—Ya te lo he dicho mil veces, prefiero que me llames simplemente Kael.

—Disculpa, Kael.

El mago la observó detenidamente y la tristeza ensombreció sus rasgos perfectos, pero desapareció con tal celeridad que Jaina se preguntó si se lo habría imaginado.

—¿Cómo van tus estudios?

—Muy bien —respondió Jaina, que por fin pudo relajarse al derivar la conversación hacia asuntos académicos—. ¡Mira!

La muchacha señaló a una ardilla que estaba posada sobre una rama muy alta y mordisqueaba una manzana, y acto seguido murmuró un hechizo. De inmediato se transformó en una oveja que esbozó un gesto realmente cómico cuando la rama se rompió ante el súbito incremento de peso. Sin más dilación, Jaina extendió un brazo y la ardilla-oveja quedó suspendida en el aire. Con sumo cuidado la hizo descender al suelo sin sufrir daño alguno. A continuación la oveja profirió un balido dirigido a Jaina, agitó nerviosa las orejas y en un visto y no visto volvió a recobrar la forma de una ardilla muy confusa. El animal se sentó sobre sus cuartos traseros, chilló a Jaina furiosa y, a continuación, tras realizar un movimiento brusco con su suave cola, volvió a subirse al árbol de un salto.

Kael'thas soltó una risita ahogada.

—¡Bien hecho! Ah, espero que no hayas vuelto a prender fuego a algún libro.

Jaina se ruborizó al recordar aquel incidente. Nada más llegar a la ciudad había tenido que aprender a controlar su capacidad para convocar el fuego; sobre todo después de que un día, mientras estudiaba con Kael'thas, un volumen con el que había estado trabajando ardiera accidentalmente. La reacción del elfo había sido obligar a Jaina a practicar sin descanso, eso sí, cerca de los fosos de agua que rodeaban el área de la prisión.

—Esto… No, no me ha vuelto a pasar nada similar desde hace mucho.

—Me alegro de que sea así —dijo Kael'thas avanzando hacia ella al mismo tiempo que tiraba la manzana a medio comer al suelo y sonreía con suma amabilidad—. No hablaba por hablar cuando te invité a visitar Quel'Thalas. Si bien he de reconocer que Dalaran es una ciudad maravillosa y que algunos de los mejores magos de Azeroth viven aquí, y que sé que estás aprendiendo mucho; creo que te encantaría visitar una tierra donde la magia forma parte integral de la cultura. Allí la magia no está encerrada dentro de una ciudad ni se encuentra en manos de una reducida elite de magos cultivados. Allí la magia es un derecho inalienable de todo ciudadano. Allí todos estamos amparados por la Fuente del Sol. Bueno, con todo esto estoy seguro de que he despertado tu curiosidad, ¿verdad?

Jaina sonrió.

—Así es. Lo cierto es que me encantaría poder visitar algún día ese reino. Pero creo que de momento puedo avanzar más con mis estudios quedándome aquí —respondió esbozando una sonrisa cada vez más amplia—. Donde la gente sabe qué hacer cuando prendo fuego a los libros.

Si bien el príncipe sonrió entre dientes, soltó un suspiro teñido de tristeza.

—Quizá tengas razón. Ahora, si me disculpas… —le comentó, esgrimiendo una sonrisa irónica—. El archimago Antonidas quiere que presente un informe sobre mi estancia en Lunargenta. No obstante, este príncipe y mago espera con ansia una nueva oportunidad para ser testigo de más demostraciones de cuánto has avanzado en tu adiestramiento… y gozar de tu compañía durante más tiempo.

Entonces Kael'thas apoyó una mano sobre el pecho a la altura del corazón e hizo una reverencia. Como no sabía qué hacer ante tal gesto, Jaina le correspondió con otra reverencia. Después observó cómo el elfo cruzaba aquellos jardines con una majestuosidad propia del astro solar: con la cabeza alta y exudando confianza y elegancia, cual rayos de sol, por todos los poros de su piel. Incluso la tierra parecía no desear manchar sus botas ni el dobladillo de su túnica.

Jaina propinó un último mordisco a la manzana y, acto seguido, también la tiró al suelo. La ardilla que había metamorfoseado unos instantes antes bajó disparada del tronco para reclamar un premio más fácilmente accesible que la manzana que aún pendía del árbol.

De pronto, un par de manos le cubrieron los ojos.

Se sobresaltó, pero no en demasía, puesto que nadie que pudiera suponer una amenaza habría podido quebrantar los poderosos hechizos de protección erigidos alrededor de aquella ciudad mágica.

—¿Quién soy? —susurró una voz masculina en un tono jubiloso.

Jaina, que permanecía con los ojos tapados, caviló reprimiendo una sonrisa.

—Hum… Como tienes callos en las manos, sé que no eres un mago —dedujo—. Además hueles a caballo y a cuero…

Jaina acarició con sus pequeñas manos y muy suavemente los dedos vigorosos que no la dejaban ver, hasta tocar un gran anillo. Entonces palpó la forma de aquella piedra y reconoció el diseño: era el sello de Lordaeron.

—¡Arthas! —exclamó, y la sorpresa y el regocijo se adueñaron de su tono de voz mientras se volvía para contemplar al fin su rostro.

Arthas le quitó las manos de los ojos de inmediato y sonrió. Físicamente no era tan perfecto como Kael'thas; si bien tenía el pelo rubio como el príncipe elfo, era de una tonalidad tirando a amarilla más que de color oro tejido. Como era alto y de constitución fornida, a Jaina le daba cierta sensación de solidez, pero no de elegancia ni de fluidez de

movimientos como ocurría con el elfo. Kael'thas y Arthas se encontraban al mismo nivel en la jerarquía real, aunque Jaina se preguntaba si el elfo pondría eso en duda en privado, ya que en general los de su raza se consideraban superiores a los humanos independientemente de su cargo. Y, a pesar de todo, Arthas transmitía una sencillez y una complicidad ante las que Jaina se rendía de inmediato, al contrario que lo que le ocurría con el elfo. A continuación, la muchacha recobró la compostura y realizó una reverencia.

—Alteza, esta es una sorpresa de lo más inesperada. ¿Qué haces aquí, si puede saberse? —inquirió mientras un pensamiento cruzaba su mente de inmediato, aplacando su efusividad—. Todo va bien en Ciudad Capital, ¿verdad? Arthas, responde, por favor. Estás obligado a responder porque, como en Dalaran gobiernan los magos, los seres humanos normales deben mostrarse respetuosos y corteses.

Los ojos verdes como el mar de Arthas brillaron debido a su buen humor.

—Además, desde que nos escapamos juntos para observar un campo de internamiento de cerca somos compañeros de tropelías, ¿verdad?

Jaina se relajó y sonrió.

—Supongo que así es.

—En respuesta a tu pregunta he de decir que todo va perfectamente. De hecho, todo está tan tranquilo que mi padre me ha dado permiso para quedarme aquí a estudiar unos meses.

—¿A estudiar? Pero… pero si perteneces a la Orden de la Mano de Plata. No te irás a convertir ahora en un mago, ¿verdad?

Arthas estalló en una sonora carcajada y la cogió del brazo mientras se dirigían a los aposentos de los estudiantes. Con suma facilidad, Jaina se acopló al ritmo de sus pasos.

—No, qué va. Me temo que tanto esfuerzo intelectual sería algo que me superaría. Sin embargo, se me ocurrió que uno de los mejores lugares de Azeroth para aprender historia y saber más sobre la naturaleza de la magia, así como otras cosas que todo rey debería conocer, es esta ciudad. Por fortuna, mi padre y el archimago estuvieron de acuerdo conmigo.

Mientras hablaba, Arthas cubrió la mano de Jaina que descansaba sobre su brazo, con la suya propia. Se trataba de un cortés gesto de amistad, pero Jaina sintió cómo una diminuta chispa prendía dentro de ella. Alzó la vista para mirarle y dijo:

—Estoy impresionada. Aquel muchacho que me convenció de que me escapara en plena noche con él para espiar a los orcos no estaba tan interesado en la historia ni en el conocimiento.

Arthas sonrió para sí e inclinó la cabeza como si le ocultara algún secreto.

—En realidad, sigo sin tener interés alguno por tales materias. Bueno, a decir verdad, me interesan en parte, pero no son la verdadera razón que me ha impulsado a venir a este lugar.

—Muy bien, ahora sí que me he perdido. Entonces, ¿por qué has venido a Dalaran en realidad?

En cuanto llegaron a los aposentos de la muchacha, esta se detuvo y se volvió para mirarle a la cara mientras dejaba de agarrarle del brazo.

Al principio, Arthas no respondió, simplemente sostuvo su mirada y sonrió de manera cómplice. Acto seguido la cogió de la mano y se la besó; un gesto cortés del que ya había sido objeto por parte de otros nobles caballeros. Sin embargo, los labios de Arthas permanecieron sobre su mano un instante más de lo apropiado; además, no soltó la mano de inmediato.

Sus ojos se abrieron como platos. ¿Acaso Arthas estaba sugiriendo que…? ¿Acaso se las había ingeniado para vencer los famosos recelos de Antonidas por la gente del exterior, toda una hazaña, para quedarse en Dalaran simplemente para… estar con ella? Antes de que Jaina se hubiera recuperado lo suficiente de su asombro como para hacerle esas preguntas, Arthas le guiñó un ojo e hizo una reverencia.

—Te veré esta noche en la cena, mi señora.

La cena fue un evento formal. El regreso del príncipe Kael'thas y la llegada del príncipe Arthas el mismo día habían provocado que los sirvientes de los Kirin Tor desplegaran una actividad frenética para poder celebrar aquella cena en un comedor gigantesco utilizado solo en ocasiones especiales.

Una mesa lo bastante grande para albergar a más de una veintena de personas ocupaba la sala de un extremo a otro. Del techo colgaban tres lámparas de araña que centelleaban gracias a sus brillantes velas encendidas, cuyo fulgor se reflejaba en la mesa. Los apliques de las paredes sostenían unas antorchas y, para mantener un ambiente acogedor y proporcionar al mismo tiempo una buena iluminación, varios globos flotaban cerca de las paredes preparados para ser invocados, dispuestos a entrar en acción siempre que se requiriera un poco más de luz. Los sirvientes rara vez hacían acto de presencia salvo para servir los platos y retirarlos; las botellas de vino se servían solas con solo darles un golpe con el dedo. Una flauta, un arpa y un laúd tocaban una música de fondo muy relajante cuyas elegantes notas surgían de la magia y no de manos o bocas humanas.

El archimago Antonidas presidía la mesa en una de sus inusuales apariciones públicas. Se trataba de un hombre alto que lo parecía todavía más por su complexión en extremo delgada. Su larga barba era más gris que castaña y estaba totalmente calvo, pero su profunda mirada permanecía alerta en todo momento. También se encontraba presente el archimago Krasus, muy tieso y atento; su pelo reflejaba la luz de las velas y antorchas,

bajo cuyo brillo refulgía con destellos plateados salpicados con reflejos rojos y negros aquí y allá. Asimismo, muchas otras personalidades de alta alcurnia se hallaban sentadas a la mesa. De hecho, Jaina era la persona de más bajo rango de los allí presentes; no obstante, participaba en la cena porque era la aprendiz del archimago.

Jaina tenía formación militar y una de las lecciones que su padre le había inculcado era que debía conocer a la perfección cuáles eran sus virtudes y defectos. «Tanto subestimarse como sobreestimarse son un craso error», le había aconsejado una vez Daelin. «La falsa modestia es tan perjudicial como el falso orgullo. Uno debe saber exactamente qué es capaz de hacer en cualquier momento y de actuar en consonancia. Seguir otro sendero sería de necios y podría tener consecuencias fatales en una batalla».

Sabía que dominaba con destreza las artes mágicas. Era inteligente y estaba concentrada en sus estudios. Había aprendido mucho en el poco tiempo que llevaba allí. Además, era obvio que Antonidas no la había escogido como su aprendiza por caridad. Era consciente de que en ella anidaba el potencial para poder llegar a ser una maga muy poderosa; sin embargo, no sentía por ello ese falso orgullo del que le había hablado su padre. Quería alcanzar la meta por sus propios méritos y no porque un príncipe elfo disfrutase de su compañía y la recomendase. Reprimió un gesto de enfado mientras daba buena cuenta de otra cucharada de sopa de tortuga.

La conversación giró en torno a los orcos, lo cual no fue una sorpresa ya que los campos de internamiento se hallaban bastante cerca de Dalaran. Sin embargo, normalmente la ciudad de los magos solía considerarse por encima de asuntos tan mundanos.

Kael estiró un elegante y largo brazo para hacerse con otra rebanada de pan que se dispuso a untar de mantequilla mientras comentaba:

—Aletargados o no, son peligrosos.

—Mi padre, el rey Terenas, está de acuerdo con esa afirmación, príncipe Kael'thas —replicó Arthas, mientras sonreía al elfo de un modo encantador—. Por eso existen esos campos. Si bien es una pena que cueste tanto su manutención, estoy seguro de que invertir un poco de oro en ellos es un precio escaso que debemos pagar por la seguridad del pueblo de Azeroth.

—Son meras bestias, animales —espetó Kael'thas; su voz de tenor se tornó más gutural debido al enfado—. Esos bárbaros infligieron graves daños a Quel'Thalas con ayuda de sus dragones. Únicamente las energías de la Fuente del Sol evitaron que causaran más estragos. Lo cierto es que los humanos podrían resolver el problema de proteger a su gente sin necesidad de acribillarlos a impuestos: bastaría con ejecutar a esas criaturas.

Jaina recordó la breve visita a los campos de internamiento. Se había llevado la impresión de que los orcos estaban extenuados, rotos y abatidos.

Asimismo, se acordó de que también tenían niños.

—¿Has estado alguna vez en esos campos, príncipe Kael'thas? —preguntó de manera cortante, sin poder refrenar el impulso de hablar—. ¿Has visto en qué se han convertido?

Si bien las mejillas de Kael'thas se ruborizaron brevemente, este logró mantener una expresión de placidez en su rostro.

—No, Lady Jaina, no. Ni creo que tenga ninguna necesidad. Veo lo que hicieron cada vez que contemplo los troncos calcinados de los gloriosos árboles de mi tierra natal, cada vez que presento mis respetos a aquellos a los que asesinaron. Además, estoy seguro de que tú tampoco los has visto. No me cabe en la cabeza que una dama tan refinada como tú haya ido a visitar alguna vez uno de esos campos.

Jaina se cercioró con sumo cuidado de no mirar a Arthas cuando contestó lo siguiente:

—Si bien su alteza me ha lanzado un cumplido encantador, no creo que el refinamiento tenga nada que ver con el deseo de que se haga justicia. De hecho, creo que es bastante probable que una persona refinada no desee ver a seres inteligentes y conscientes masacrados como animales. —Sonrió con amabilidad al príncipe elfo y continuó degustando la sopa. Kael'thas la atravesó con la mirada, ya que se sentía confuso ante aquella reacción.

—Como en este asunto se aplica la ley de Lordaeron y el rey Terenas puede hacer lo que crea conveniente en su reino, él es quien decide al respecto —explicó Antonidas.

—Dalaran y el resto de reinos de la Alianza también deben contribuir con su peculio a su mantenimiento —aseguró un mago al que Jaina no conocía—. Por lo tanto, nuestra voz debería ser escuchada en este asunto ya que pagamos unos impuestos por ello, ¿no?

Antonidas desechó el comentario con un gesto de la mano.

—Para mí lo más importante del problema orco no es quién paga esos campos, ni si realmente son necesarios. A mí lo que me intriga es el extraño aletargamiento de los prisioneros. He investigado un poco la historia orca y no creo que estén tan apáticos por el mero hecho de encontrarse confinados. Ni creo que se trate de una enfermedad; al menos no de una de cuyo contagio debamos preocuparnos.

Como Antonidas nunca hablaba por hablar, todo el mundo dejó de discutir y se dispuso a escucharlo. Jaina estaba sorprendida. Era la primera vez que escuchaba a un mago comentar algo acerca de la situación de los orcos. No dudaba de que Antonidas había decidido deliberadamente revelar esa información en ese momento concreto. Al encontrarse presentes en aquella cena tanto Arthas como Kael'thas, pronto correría la voz

por todo Lordaeron y Quel'Thalas. Era obvio que Antonidas dejaba muy pocas cosas al azar.

—Si no se trata de una enfermedad ni es una consecuencia directa de que estén encerrados —conjeturó Arthas con suma educación—, entonces ¿de qué crees que se trata, archimago?

Antonidas se volvió hacia el joven príncipe y respondió:

—Según tengo entendido, los orcos no siempre hicieron gala de una sed de sangre tan brutal. Khadgar me contó que había sabido por Garona que…

—Garona era una mestiza, una mezcla de humano y orco que asesinó al rey Llane —afirmó Arthas en un tono de voz en el que ya no había ni el más leve atisbo de buen humor—. Con el debido respeto, no creo que uno se pueda fiar de nada de lo que diga tal criatura.

De inmediato, unos cuantos de los allí presentes empezaron a murmurar en voz baja para mostrar su acuerdo con Arthas, lo cual obligó a Antonidas a alzar una mano para pedir calma.

—Esta información la proporcionó antes de convertirse en una traidora —alegó—. Y ha sido verificada a través de… otras fuentes. —El archimago sonrió levemente negándose de manera deliberada a identificar cuáles eran esas «otras fuentes» que había consultado—. Según parece, pactaron de forma voluntaria con una fuerza demoníaca. Su piel se tornó verde; sus ojos, rojos. Creo que esa oscuridad procedente de una fuente externa les dominaba por completo cuando emprendieron la primera invasión. Sin embargo, el vínculo que los unía a esa fuente se encuentra roto hoy en día. Creo que no se trata de una enfermedad sino de una retirada masiva de energía. Hay que tener en cuenta que la energía demoníaca es muy poderosa y si uno se ve repentinamente privado de ella, sufre graves secuelas.

Kael'thas hizo un gesto con la mano para indicar que no aceptaba ese argumento.

—Incluso si tu teoría es cierta, ¿por qué deberíamos preocuparnos por ellos? Fueron lo bastante necios como para confiar en demonios. Fueron tan inconscientes como para convertirse en adictos a esas energías corruptas. En mi opinión, no creo que sea una decisión muy sabia «ayudarlos» a encontrar una cura a su adicción aunque así lográramos que volvieran a ser un pueblo pacífico. Ahora mismo están indefensos y desmoralizados. Así es como yo y cualquiera en su sano juicio preferimos verlos después de lo que nos hicieron.

—Ah, pero si conseguimos que recuperen el carácter pacífico de antaño, no tendremos que seguir manteniéndolos encerrados en esos campos y ese dinero podrá ser utilizado para otros fines — explicó Antonidas con un tono muy moderado antes de que la mesa entera pudiera estallar en un sinfín de discusiones—. Estoy seguro de que el rey

Terenas no impone estos gravámenes simplemente para llenarse los bolsillos. Por cierto, ¿cómo se encuentra tu padre, príncipe Arthas? ¿Y tu familia? Lamento no haber podido asistir a tu ceremonia de iniciación, tengo entendido que resultó ser una celebración sin precedentes.

—La ciudad de Ventormenta me recibió con los brazos abiertos —contestó Arthas, y sonrió con amabilidad mientras daba buena cuenta del segundo plato: trucha asada con suma delicadeza a la parrilla y servida con un revuelto de judías—. Volver a reencontrarme con el rey Varian fue toda una alegría para mí.

—Según he oído su encantadora reina le ha dado recientemente un heredero.

—Así es. Y si cuando sea mayor el pequeño Anduin sujeta la espada con la misma fuerza que mi dedo, no cabe duda de que será un excelente guerrero.

—Si bien todos rezamos para que el día de tu coronación llegue lo más tarde posible, estimado Arthas, me atrevería a decir que una boda real sería motivo de regocijo y alborozo —añadió Antonidas—. ¿Alguna joven dama ha llamado tu atención o sigues siendo el soltero de oro de Lordaeron?

A pesar de que Kael'thas parecía concentrado en su plato, Jaina sabía que estaba siguiendo la conversación con gran interés. Por eso evitó con sumo cuidado realizar algún gesto que delatara lo que pensaba.

Arthas no la miró y se limitó a reír mientras se servía un poco más de vino.

—Ah, eso supondría revelar una información demasiado sensible y le restaría gracia al asunto. Además, aún tengo mucho tiempo por delante para plantearme cierto tipo de cosas.

Varios sentimientos encontrados se apoderaron de Jaina. Por un lado, estaba un poco decepcionada, pero por otro se sentía un tanto aliviada. Quizá fuera mejor que Arthas y ella siguieran siendo solo amigos. Al fin y al cabo, había ido a aquel lugar a aprender para poder llegar a ser la maga más extraordinaria que su potencial le permitiera ser, no a flirtear. Una estudiante de magia necesitaba disciplina, debía ser racional y no debía dejarse llevar por las emociones. Tenía unas obligaciones y debía cumplirlas con los cinco sentidos puestos en ellas en todo momento.

Debía estudiar.

* * *

—Tengo que estudiar —protestó Jaina unos días después de la cena, cuando Arthas se acercó a ella tirando de dos caballos.

—Vamos, Jaina —insistió Arthas con una sonrisa—. Hasta el estudiante más diligente necesita tomarse un descanso de vez en cuando. Hace un día muy hermoso y deberías estar disfrutándolo.

—Lo estoy disfrutando —replicó.

Y era cierto; se hallaba en los jardines acompañada de sus libros en vez de encerrada en una de las salas de lectura.

—Un poco de ejercicio te ayudará a despejarte —le aconsejó y alargó la mano hacia la muchacha sentada bajo un árbol. Jaina sonrió a su pesar.

—Arthas, algún día serás un rey magnífico —le dijo de manera burlona mientras le cogía de la mano y permitía que tirara de ella para ponerla en pie—. Nadie parece capaz de negarte nada.

Arthas se carcajeó ante el comentario y sujetó las riendas del caballo para que Jaina pudiera montar. Como aquel día vestía pantalones, unos bombachos de fino lino, pudo montarse a horcajadas en vez de a mujeriegas. Un instante después, el príncipe se subió con suma facilidad a su montura.

Jaina echó un vistazo al caballo que Arthas montaba: se trataba de una yegua zaina y no del semental blanco que el destino le había arrebatado.

—Creo que nunca te he dicho lo mucho que lamento la muerte de Invencible —murmuró en voz baja.

El júbilo abandonó el rostro del príncipe, como si una sombra hubiera ocultado el sol. No obstante, enseguida volvió a dibujarse una sonrisa en su rostro, aunque menos amplia.

—Gracias, aunque ya lo he superado. Bueno… he traído viandas para poder disfrutar de una comida campestre y tenemos todo el día por delante. ¡En marcha!

Jaina recordaría ese día durante toda su vida. Fue uno de esos días perfectos típicos de finales de verano, donde la luz del sol parece tan densa y dorada como la miel. Arthas impuso un ritmo muy alto, pero como Jaina era una jinete experta, pudo seguirlo con facilidad. Se la llevó lejos de la ciudad con el fin de recorrer amplias campiñas verdes e infinitas praderas. Los caballos parecían estar divirtiéndose tanto como los jinetes. Las orejas tiesas apuntaban hacia delante y las fosas nasales, por las que olfateaban los deliciosos aromas del campo, aleteaban sin cesar.

La comida campestre fue sencilla a la par que deliciosa. Consistió en pan, queso, fruta y un poco de vino blanco de baja graduación. Después Arthas se tumbó con las manos detrás de la cabeza para echar una cabezadita; entretanto, Jaina se quitó las botas para acariciar con sus pies desnudos la suave y espesa hierba mientras se recostaba contra un árbol con la intención de leer un rato. El libro se titulaba *Tratado sobre la naturaleza de la Teleportación*, y era muy interesante; pero debido al lánguido calor de aquel día, al

vigoroso ejercicio y al suave canturreo de las cigarras acabó cayendo también en un profundo sueño.

* * *

Cierto tiempo después, cuando el sol ya se estaba ocultando, Jaina se despertó con un poco de frío. Se enderezó, se frotó los ojos con fuerza, y se percató de que Arthas había desaparecido. Tampoco se divisaba por ningún lado su yegua. Entretanto, la montura de Jaina, cuyas riendas se hallaban atadas a la rama de un árbol, pastaba feliz y contenta.

Se puso en pie contrariada.

—¿Arthas?

No obtuvo respuesta. Lo más probable era que el príncipe hubiera decidido marcharse a explorar fugazmente los alrededores y volviese en cualquier momento. Aguzó el oído para ver si así escuchaba el sonido de los cascos de un caballo, pero no oyó nada.

Se suponía que aún había orcos campando a sus anchas por aquellos parajes, o eso decían los rumores. También había pumas y osos, que aunque resultaban menos extraños, eran igual de peligrosos. Jaina repasó mentalmente los hechizos que conocía. Estaba segura de que podría defenderse bastante bien si la atacaban.

Bueno… bastante segura.

El ataque se produjo de manera repentina y silenciosa.

Sintió un golpe en la nuca que le dejó el cuello frío y húmedo, y ese fue el único aviso que recibió por parte del agresor. Su atacante era un borrón que se movía con suma celeridad, que saltaba de un rincón oculto a otro con la velocidad de un venado y que se detuvo el tiempo justo para lanzarle otro proyectil. Este último le acertó en la boca y se empezó a ahogar… de risa. Dio un manotazo para sacudirse la nieve y se estremeció mientras parte de ella se deslizaba bajo la camisa.

—¡Arthas! ¡Esta no es una pelea justa!

Cuatro bolas de nieve rodaron hasta Jaina como respuesta a su observación y ella se acercó gateando a recogerlas. Estaba claro que Arthas había ascendido hasta algún lugar en la montaña donde el invierno había llegado prematuramente y había regresado con esas bolas de nieve como trofeo. ¿Dónde se había metido? Entonces percibió de modo fugaz su casaca roja…

La batalla se prolongó durante un buen rato, hasta que ambos se quedaron sin munición.

—¡Tregua! —gritó Arthas.

En cuanto Jaina expresó que estaba de acuerdo con esa petición, riéndose de manera tan estruendosa que apenas era capaz de pronunciar palabra alguna, Arthas

abandonó de un salto su escondite entre las rocas y fue corriendo hasta ella. El príncipe la abrazó, riendo también, y Jaina se sintió muy contenta al apreciar que él, al igual que ella, tenía nieve en el pelo.

—Siempre lo he sabido, durante todos estos años —afirmó Arthas.

—¿E-el qué?

Jaina había recibido tantos bolazos de nieve que, a pesar de que se hallaban a finales de verano, tenía mucho frío. Arthas se percató de que estaba temblando y la abrazó con más fuerza. Jaina sabía que debía apartarse de él; un abrazo amistoso y espontáneo era una cosa, pero no hacer ademán de apartarse del abrigo de sus brazos era otra totalmente distinta. Permaneció inmóvil y apoyó la cabeza en el pecho del príncipe, donde pudo oír los latidos rítmicos y acelerados de su corazón. Cerró los ojos en cuanto sintió que una mano le acariciaba el pelo para quitarle la nieve y escuchó a Arthas decir:

—La primera vez que te vi, pensé que eras una chica con la que seguro que podría pasarlo bien. Alguien a quien no le importaría ir a nadar un caluroso día de verano, o… —Se apartó un poco para quitarle a Jaina restos de nieve de la cara sin dejar de sonreír—. O recibir una bola de nieve en la cara. No te he hecho daño, ¿verdad?

Jaina le devolvió la sonrisa y sintió una repentina oleada de calor recorriéndola por entero.

—No. En absoluto.

Sus miradas se cruzaron y Jaina sintió una cierta sensación de rubor en las mejillas. Hizo ademán de dar un paso atrás, pero entonces el brazo de Arthas la rodeó con tanta firmeza como una cinta de hierro. El príncipe no cesó de acariciarle la cara, recorriendo con unos dedos fuertes y encallecidos la curva que trazaba su mejilla.

—Jaina —susurró quedamente, y la muchacha se estremeció aunque esta vez no fue por culpa del frío.

Aquello no estaba bien. Ella sabía que tenía que apartarse. Pero en vez de eso, alzó la cara y cerró los ojos.

Aquel beso, el primero que recibía Jaina en su vida, fue muy tierno y dulce al principio. De inmediato levantó los brazos, que parecían poseídos por una voluntad propia, para rodearle el cuello con ellos y apretarse más contra él a medida que el beso se volvía más y más apasionado. Entonces experimentó la sensación de que se ahogaba en el mar y él era lo único sólido en el mundo a lo que podía aferrarse para no hundirse.

Por fin se hacía realidad lo que tanto había deseado. Por fin tenía en sus brazos a quien tanto había deseado; a aquel joven que, a pesar de su título real, era su amigo, que entendía su parte intelectual pero también sabía cómo engatusar a la parte juguetona y aventurera de su personalidad, a la que rara vez tenía la oportunidad de dar rienda suelta, que rara vez mostraba al mundo.

Pero aquel muchacho sabía quién era Jaina en todas sus facetas, no conocía únicamente la parte que esta exhibía en público.

—Arthas —susurró mientras se aferraba a él—. Arthas…



CAPÍTULO SIETE

Arthas disfrutó de unos cuantos meses estupendos en Dalaran, donde descubrió, para su sorpresa, que realmente estaba aprendiendo cosas que le serían útiles cuando fuera rey. Además, también se le presentaban muchas oportunidades de poder disfrutar de aquel verano que parecía prolongarse más de lo debido y de los primeros fríos atisbos del otoño. Asimismo, le encantaba cabalgar, a pesar de que cada vez que montaba en un caballo que no era Invencible sentía una punzada en el pecho.

Y, por encima de todo, podía estar con Jaina.

En un principio no había previsto besarla. Pero en cuanto se vio con ella entre los brazos, frente a esa mirada deslumbrante teñida de risa y buen humor, tuvo que hacerlo. Y Jaina había reaccionado ante aquella osadía de la mejor manera posible. No obstante, ella tenía un horario mucho más exigente y rígido que el suyo, por lo que no habían podido verse tanto como hubieran querido. Cuando se habían visto, casi siempre había sido en presencia de otros. Ambos habían acordado, sin necesidad de hablar sobre ello, que no pensaban dar material a los rumores.

Eso daba un toque de morbo extra a la relación. Buscaban momentos robados allí donde podían: un beso fugaz en rincones oscuros, breves miradas en cenas formales. Su primera «cita» había sido totalmente inocente desde el principio, y ahora evitaban conscientemente ese tipo de cosas.

Arthas memorizó el horario de Jaina para poder «toparse» con ella por casualidad. Jaina, por su parte, buscaba excusas para deambular por los establos o por el patio donde Arthas y sus hombres solían entrenar para mantenerse en forma y practicar sus técnicas de combate.

A Arthas le encantaba saborear el peligro, la emoción que conllevaba cada minuto de esa relación clandestina.

En ese momento, el príncipe esperaba a Jaina cerca de un pasillo muy poco frecuentado, de pie frente a una estantería, fingiendo que examinaba los títulos de unos libros. Jaina pasaría por aquel lugar tras sus clases prácticas de hechizos de fuego. La

muchacha le había contado al príncipe, esbozando una sonrisa ligeramente azorada, que por costumbre seguía ensayando sus conjuros en los alrededores de la prisión, por lo cual tenía que cruzar aquel pasillo para llegar a su habitación. Arthas aguzó el oído y percibió el sonido ahogado de sus suaves y rápidas pisadas. Sí, ahí estaba. De inmediato se dio la vuelta, cogió un libro y fingió que leía mientras con el rabillo del ojo esperaba divisarla de un momento a otro.

Jaina iba vestida como siempre, con la túnica tradicional de los aprendices. Su pelo parecía estar hecho del mismo brillo del sol y su rostro mostraba ese ceño fruncido tan típico en ella que indicaba que estaba perdida en sus pensamientos, no que se sintiera contrariada. Tan absorta se hallaba que ni siquiera se había percatado de la presencia de Arthas, quien dejó el libro enseguida y se adentró raudo y veloz en el pasillo antes de que Jaina se alejara demasiado. Entonces el príncipe la agarró del brazo y la arrastró hacia las sombras.

Como siempre, no consiguió sobresaltar a Jaina ya que ella ya se había percatado de su cercanía. La muchacha, que apretaba con fuerza los libros contra su pecho, recibió a Arthas en medio del pasillo y con el brazo libre le rodeó el cuello para besarlo.

—Bienhallada, mi señora —susurró Arthas mientras la besaba en el cuello y le acariciaba la piel con su sonrisa.

—Bienhallado, mi príncipe —respondió ella en un susurro henchido de felicidad al mismo tiempo que suspiraba.

—Jaina —se oyó decir a una voz—, ¿por qué co…?

Jaina y Arthas se sobresaltaron y miraron al intruso. Jaina soltó un gritito ahogado y sintió que el color le subía a las mejillas.

—Kael…

Si bien el rostro del elfo se mantuvo impertérrito, la ira ardía en su mirada y la tensión parecía dominarlo.

—Se te ha caído este libro al marcharte —aseveró mostrándole el tomo—. Te he seguido para entregártelo.

Jaina alzó la mirada para observar a Arthas mientras se mordía el labio inferior. Si bien Arthas estaba tan conmocionado como ella, finalmente logró forzar una sonrisa. Sin dejar de mirar a Kael'thas en ningún momento, rodeó con el brazo la cintura de Jaina y le dijo:

—Es todo un detalle por tu parte, Kael. Gracias.

Por un instante creyó que el elfo lo iba a atacar. La ira y la humillación envolvían al mago como en una aureola. Kael'thas era muy poderoso, y Arthas sabía que no tendría ninguna oportunidad si se veía obligado a enfrentarse a él. Aun así mantuvo la mirada

clavada en la del príncipe elfo, sin arredrarse lo más mínimo. Entretanto, Kael'thas apretó los puños con fuerza pero no se movió ni un milímetro de donde estaba.

—¿Acaso te avergüenzas de ella, Arthas? —murmuró entre dientes—. ¿Acaso solo merece que le dediques tu tiempo y tu atención si nadie sabe que mantienes un idilio con ella?

Arthas entornó los ojos.

—Actúo así para evitar los terribles estragos que causarían los rumores —replicó con suma tranquilidad—. Ya sabes cómo son estas cosas, Kael, ¿verdad? Alguien dice algo que no debe y, en poco tiempo, todo el mundo cree que es verdad. Protejo su reputación al…

—¿*Proteges*? —rugió Kael'thas—. Si realmente te preocuparas por ella, la habrías cortejado orgulloso a la vista de todos. Como haría cualquier hombre de bien.

Entonces miró a Jaina y la ira abandonó sus ojos para ser reemplazada por una fugaz expresión de sufrimiento. A continuación, ese gesto también se desvaneció y Jaina no pudo hacer más que agachar la cabeza.

—Los dejo solos para que puedan disfrutar de su… «cita clandestina». No teman, no diré nada.

Kael'thas le lanzó el libro a Jaina con desdén, al mismo tiempo que soltaba un bufido iracundo. El tomo, probablemente de un valor incalculable, aterrizó con un golpe sordo a los pies de la muchacha, la cual se sobresaltó ante aquel ruido inesperado. Acto seguido, el elfo se marchó en medio del remolino violeta y dorado de su túnica. Jaina suspiró aliviada y apoyó la cabeza en el pecho de Arthas, quien le dio unas palmaditas en la espalda con suma ternura.

—No pasa nada, ya se ha ido.

—Lo siento. Supongo que debería habértelo contado.

El pecho de Arthas se tensó.

—¿Acaso tienes algo que contarme, Jaina? ¿Acaso tú y él…?

—¡No! —exclamó de inmediato, mientras alzaba la vista para mirarlo—. No. Pero… creo que le habría gustado que… Mira, es un buen hombre y un mago muy poderoso. Y un príncipe elfo. Pero no es…

Su voz se fue apagando.

—Pero no es ¿qué? —le espetó él.

Aquellas palabras brotaron de su boca con más brusquedad de lo que pretendía.

Kael poseía una serie de atributos que Arthas envidiaba. Era mayor que él; más sofisticado, experimentado y poderoso; Los celos crecieron en su interior y sintió un nudo frío y tenso en el estómago. Si el elfo hubiera reaparecido en aquel momento, Arthas tal vez hubiera intentado abalanzarse sobre él.

Jaina sonrió con dulzura, desfrunciendo el ceño.

—Él no es mi Arthas.

El nudo que Arthas tenía en el estómago se derritió como el invierno ante la llegada del calor de la primavera. Entonces acercó a Jaina hacia él y la volvió a besar.

Además, ¿a quién le importaba lo que pensara un estirado príncipe elfo?

* * *

El año transcurrió prácticamente sin incidentes. A medida que el verano daba paso a un otoño fresco, y este al invierno, las quejas acerca del coste de mantenimiento de los campos orcos fueron creciendo. Pero tanto a Terenas como a su hijo aquello no los tomó por sorpresa. Arthas continuaba entrenándose con Uther. El anciano se mantenía en sus trece de que si bien entrenar con armas era importante, también lo eran la oración y la meditación. «Sí, debemos ser capaces de matar a nuestros enemigos», afirmaba. «Pero también debemos ser capaces de sanar a nuestros amigos y curarnos a nosotros mismos».

Arthas pensó en Invencible. En invierno, sus pensamientos siempre giraban en torno a aquel caballo, y el comentario de Uther le había recordado una vez más el único gran fracaso, la única gran decepción que había sufrido en la vida. Si hubiera iniciado su adiestramiento antes, el gran semental blanco aún seguiría vivo. Nunca le había contado a nadie lo que había sucedido exactamente aquel día nevado. Todos creían que había sido un accidente. Y lo fue, se decía Arthas a sí mismo. No había pretendido lastimar a Invencible a propósito. Quería a ese caballo; antes que hacerle daño, habría preferido cortarse una pierna. Si hubiera comenzado su instrucción como paladín antes, tal y como Varian había hecho con la esgrima, estaba seguro de que habría sido capaz de salvar a Invencible. Juró que eso no le volvería a pasar otra vez, que haría cuanto fuera necesario para estar preparado ante cualquier situación y evitar quedar a merced de los caprichos del destino. Siempre haría lo correcto.

El invierno pasó como todos los inviernos deben pasar; y la primavera regresó a los Claros de Tirisfal. Al igual que había regresado Jaina Proudmoore, quien para Arthas era una visión tan hermosa, vigorizante y bienvenida como las flores que brotaban en los árboles que ahora despertaban. Había llegado para acompañarlo en la celebración del Jardín Noble, la mayor fiesta primaveral de Lordaeron y la Ciudad de Ventormenta. Arthas descubrió entonces que quedarse levantado hasta tarde la noche anterior a la festividad, degustando vino a sorbitos y rellenando huevos con dulces y otros regalos, no era una tarea tan aburrida si uno tenía a Jaina a su lado, quien fruncía el ceño de esa forma entrañable que era tan propia de ella mientras rellenaba los huevos con cuidado y suma atención y los dejaba a un lado.

A pesar de que no se había hecho ningún anuncio público, tanto Arthas como Jaina sabían que sus padres habían hablado entre ellos y habían llegado a un acuerdo tácito por el que daban su bendición al noviazgo. De este modo, Arthas, a quien su pueblo ya adoraba, era enviado cada vez con más frecuencia a representar a Lordaeron en eventos oficiales en vez de Uther o Terenas.

Con el paso del tiempo, Uther se había ido refugiando cada vez más en el aspecto espiritual de la Luz y Terenas parecía alegrarse bastante de no tener que viajar.

«Cuando eres joven, resulta emocionante viajar a lomos de un caballo y dormir bajo las estrellas», le había comentado a Arthas. «Pero cuando uno tiene mi edad, se conforma con las estrellas que puede contemplar desde la ventana, y lo de montar a caballo es mejor dejarlo solo para los momentos de esparcimiento».

Arthas había esbozado una amplia sonrisa al escuchar esas palabras y había asumido con entusiasmo sus nuevas responsabilidades. El almirante Proudmoore y el archimago Antonidas habían llegado a la misma conclusión al parecer, ya que cada vez que enviaban mensajeros de Dalaran a Ciudad Capital, Lady Jaina Proudmoore los acompañaba.

—Ven para el Festival del Fuego del solsticio de verano —le rogó Arthas de repente.

Jaina alzó la mirada mientras sostenía un huevo cuidadosamente en una mano y con la otra se quitaba un mechón dorado que pendía sobre su cara.

—No puedo. El verano es un periodo de mucha actividad para los estudiantes de Dalaran. Antonidas ya me ha dicho que espera que me quede allí toda la estación —le explicó muy a su pesar.

—Entonces seré yo quien vaya a visitarte en el solsticio de verano y tú podrás venir a verme en Halloween —propuso Arthas.

Sin embargo, Jaina hizo un gesto de negación con la cabeza y se rio de él.

—Eres muy insistente, Arthas Menethil. Lo intentaré.

—No; vendrás.

Alargó el brazo por encima de la mesa, que estaba abarrotada de dulces y huevos vaciados con sumo cuidado y pintados con colores brillantes, y colocó su mano sobre la de ella.

Jaina sonrió con una pizca de timidez impropia del tiempo que llevaban juntos, y sus mejillas se ruborizaron.

Claro que iría.

Había varias festividades de menor importancia antes de Halloween. Una era un tanto sombría; otra, muy alegre; y esta, en concreto, era un poco ambas cosas. Se creía que, en aquella fecha, la barrera entre los vivos y los muertos se difuminaba y que los difuntos

podían ser percibidos por los que aún estaban vivos. La tradición señalaba que al final de la temporada de la cosecha, antes de que los vientos del invierno comenzaran a soplar, debía erigirse una efigie de paja en el exterior de palacio, a la cual se le prendía fuego al ponerse el sol. Ver a aquel hombre gigante hecho de paja envuelto en llamas, que brillaba con gran intensidad contra el manto cada vez más extenso de la noche, era un espectáculo asombroso. Cualquiera que lo desease podía acercarse a la abrasadora efigie, lanzar una rama a sus llamas crepitantes y quemar así, metafóricamente, todo aquello que no quisiera portar consigo en ese periodo de quietud y profunda reflexión propio de la inactividad forzosa que conllevaba el invierno.

Era un ritual propio de campesinos, cuyos orígenes se remontaban a tiempos inmemoriales. Arthas sospechaba que muy pocos de sus contemporáneos creían de verdad que lanzando una rama al fuego se resolverían sus problemas, y muchos menos creían que fuera posible contactar con los muertos. Él, ciertamente, no tenía ninguna fe en ese tipo de cosas. Pero se trataba de una celebración popular, y gracias a ella Jaina había regresado a Lordaeron; por esa razón Arthas había ansiado tanto la llegada de aquel día.

Tenía en mente una sorpresita para ella.

El sol se acababa de ocultar y el gentío se había ido congregando allí desde las últimas horas de la tarde. Algunos incluso habían traído viandas y aprovechaban la ocasión para disfrutar de uno de los postreros días de otoño entre las colinas de Tirisfal. Había guardias apostados por los alrededores pendientes de los posibles incidentes que solían producirse cuando grandes cantidades de personas se reunían en un mismo lugar. Sin embargo Arthas no esperaba que realmente surgieran problemas. Cuando salió de palacio, ataviado con una casaca, calzas y una capa de ricas tonalidades otoñales, los vítores arreciaron. Se paró y saludó a los allí congregados, aceptó sus aplausos y, acto seguido, se volvió hacia Jaina y extendió una mano hacia ella.

Si bien pareció sentirse un tanto sorprendida por aquel gesto, Jaina logró esbozar una sonrisa. Los vítores aclamaron su nombre junto con el de Arthas bajo aquel cielo que se oscurecía lentamente. Los dos recorrieron el sendero que llevaba al gigantesco hombre de paja y se detuvieron ante él. El príncipe, entonces, alzó una mano pidiendo silencio.

—Compatriotas, me uno a ustedes en esta celebración de la noche más reverenciada del año. La noche en que recordamos a aquellos que ya no se encuentran entre nosotros y nos deshacemos de las cosas que no nos dejan progresar. La noche en la que quemamos la efigie del hombre de paja como un símbolo del año que pasa, al igual que los granjeros queman los campos que han cosechado. Tal y como las cenizas nutren los campos, del mismo modo este rito alimenta nuestras almas. Asimismo, me alegro de ver a tantos de ustedes aquí esta noche; tanto como me alegro de poder ofrecer el distinguido honor de prender fuego al hombre de paja a Lady Jaina Proudmoore.

La aludida abrió los ojos como platos y Arthas se giró hacia ella, esgrimiendo una sonrisa maliciosa.

—Es la hija de un héroe de guerra, el almirante Daelin Proudmoore, y llegará a ser una poderosa maga por derecho propio. Como los magos son los amos y señores del fuego, creo que lo más lógico es que sea ella quien prenda fuego a nuestro hombre de paja esta noche. ¿No están de acuerdo?

Los allí reunidos rugieron extasiados, como Arthas sabía que harían. El príncipe hizo una reverencia a Jaina; luego se acercó y susurró:

—Ofréceles un buen espectáculo… Seguro que les va a encantar.

Jaina asintió de un modo imperceptible y, acto seguido, se volvió hacia la muchedumbre, a la que saludó con la mano. Los vítores se incrementaron. A continuación se colocó un mechón de pelo detrás de una oreja, revelando así su nerviosismo, aunque enseguida recompuso el gesto. Después cerró los ojos y alzó las manos para susurrar un encantamiento.

Jaina iba vestida con prendas de color rojo, amarillo y naranja, como las bolitas de fuego que se fueron materializando en sus manos, refulgiendo levemente al principio para luego incrementar su luminosidad. Entonces miró a Arthas un instante, con tanta intensidad como si ella misma fuera la encarnación del fuego. Sostuvo aquellas llamas en las manos con suma facilidad, destreza y maestría, y en ese momento el príncipe se percató de que los días en que su amada apenas controlaba sus hechizos quedaban muy atrás. No se iba a «convertir» en una maga poderosa; era obvio que ya lo era, *de facto* aunque no de nombre.

Jaina extendió ambas manos. Las bolas de fuego saltaron como una bala disparada desde una pistola y cayeron sobre la enorme efigie de paja, que estalló en llamas de inmediato. Los allí congregados se quedaron boquiabiertos unos instantes, pero enseguida se escuchó una atronadora ovación. Arthas esbozó una amplia sonrisa. El hombre de paja nunca ardía con tanta rapidez cuando se le prendía fuego con un tizón corriente y moliente.

Jaina abrió los ojos ante aquel estruendo y saludó mientras sonreía encantada. Arthas se acercó a ella y le susurró:

—Has estado espectacular, Jaina.

—Me pediste que les ofreciera un buen espectáculo —respondió ella con una sonrisa.

—Efectivamente. Pero ha sido un espectáculo demasiado bueno. Me temo que van a exigir que todos los años prendas fuego al hombre de paja.

Entonces Jaina se volvió hacia él y le comentó:

—Eso no supondría ningún problema, ¿verdad?

La luz de las refulgentes llamas danzaba sobre ella, iluminando sus vivaces rasgos, al mismo tiempo que se reflejaban en la diadema de oro que llevaba en el pelo. Arthas contuvo la respiración mientras la contemplaba. Siempre se había sentido atraído por Jaina, y la muchacha le había gustado desde el primer momento. Era su amiga y su confidente, y había sido muy excitante flirtear con ella. Pero ahora podía verla literalmente bajo una nueva luz.

Le costó un momento encontrar las palabras.

—No —respondió embelesado—. No será ningún problema, en absoluto.

Se unieron al gentío que bailaba junto al fuego aquella noche, lo cual causó graves quebraderos de cabeza a los guardias: Arthas y Jaina se mezclaron con el pueblo y se dedicaron a darle la mano a cualquier desconocido y a intercambiar saludos por doquier. Aunque más tarde consiguieron dar esquinazo a la guardia al perderse entre la multitud y se escabulleron de la fiesta sin que nadie se diera cuenta. Poco después, Arthas guió a Jaina a través de los pasillos menos transitados de palacio hasta llegar a sus aposentos privados, donde casi los sorprendieron unos sirvientes que habían tomado un atajo para llegar a las cocinas. Para evitarlo tuvieron que pegarse a la pared y permanecer inmóviles unos instantes que parecieron eternos.

A continuación entraron en las habitaciones de Arthas, quien, tras cerrar la puerta, se apoyó en ella y atrajo a Jaina hacia él para besarla apasionadamente. Sin embargo, fue la tímida y estudiosa Jaina la que interrumpió el beso. Tomó la mano de Arthas entre las suyas y lo llevó hasta la cama mientras el reflejo anaranjado de las llamas del hombre de paja se colaba por las ventanas y danzaban sobre su piel.

Él la siguió como si estuviera aturdido, o quizá soñando. Se quedaron de pie junto a la cama y sus manos se apretaron con tanta fuerza que Arthas temió que pudiera llegar a romperle los dedos a su amada sin querer.

—Jaina —susurró.

—Arthas —respondió ella con un gemido y volvió a besar a su príncipe mientras le acariciaba las mejillas con sus manos. Arthas estaba abrumado por el deseo y se sintió vacío cuando Jaina se separó de él. No obstante, la respiración dulce y cálida de la muchacha acariciaba el rostro de Arthas cuando ella le susurró:

—¿Estamos… preparados para dar este paso?

Arthas pensó en responder de modo jocoso a esa pregunta, pero sabía a qué se refería en realidad. Arthas nunca había estado más preparado para permitir que aquella muchacha ocupara en su corazón el lugar que le correspondía por derecho. Recordaba que alguna vez había tenido que rechazar a mujeres, como había sucedido con Taretha; y era consciente de que Jaina tenía aún menos experiencia que él en aquellos asuntos.

—Yo lo estoy si tú lo estás —susurró con voz ronca.

Y cuando se inclinó para besarla de nuevo, se topó con aquel ceño fruncido que le resultaba tan familiar. *Mis besos lograrán que desaparezca ese ceño fruncido que mancilla tu rostro*, juró mientras se tumbaban en la cama. *Conseguiré que todo aquello que te preocupa desaparezca para siempre*.

Más tarde, cuando el hombre de paja se había consumido ya y la única luz que rozaba el cuerpo dormido de Jaina era el frío reflejo azul y blanco de la luna, Arthas yacía despierto preguntándose qué les depararía el futuro y sintiéndose plenamente feliz mientras acariciaba con los dedos las curvas del cuerpo de Jaina.

No había lanzado ninguna rama al fuego del hombre de paja porque, al presentarse ante él, Arthas se había dado cuenta de que no había en su vida nada de lo que quisiera deshacerse. *Ahora tampoco lo hay*, pensó al inclinarse para besarla. Jaina se despertó con un débil suspiro y lo abrazó.

—Nadie parece capaz de negarte nada —susurró, repitiendo las palabras que le había dicho el día en que se besaron por primera vez—, y mucho menos yo.

Él la abrazó con fuerza y sintió un repentino escalofrío sin saber muy bien por qué.

—No reniegues nunca de mí, Jaina. Nunca reniegues de mí, por favor.

La muchacha alzó la vista; su mirada resplandecía bajo el frío fulgor de la luna.

—Nunca lo haré, Arthas. Nunca.



CAPÍTULO OCHO

El palacio nunca había sido decorado de una forma tan alegre para el Festival de Invierno como aquel año. Muradin, quien siempre había sido un excelente embajador de su pueblo y sus costumbres, había traído consigo esta tradición enana a Lordaeron cuando fue destinado a ese reino. Con el paso del tiempo, la popularidad de dicho festival se había incrementado, y aquel año la gente parecía tomárselo muy a pecho.

El ambiente festivo se palpaba en el aire desde hacía unas semanas, cuando Jaina los había entusiasmado al prender fuego al hombre de paja de una manera tan teatral. Le habían concedido permiso para quedarse allí en invierno si así lo decidía, aunque Dalaran no estaba muy lejos para alguien que era capaz de teletransportarse. No obstante, algo había cambiado. Se trataba de algo muy sutil y profundo. Jaina Proudmoore empezaba a ser tratada como alguien que fuera algo más que la hija del gobernante de Kul Tiras, algo más que una simple amiga.

La empezaban a tratar como si fuera un miembro de la familia real.

Arthas se percató de ello por primera vez cuando su madre convenció a Jaina y a Calia de que debían probarse con ella los vestidos de gala que lucirían en el baile de la noche del Festival de Invierno. Si bien en anteriores festivales habían tenido otras invitadas de honor, Lianne nunca antes había querido conjuntar su vestido y el de su hija con el de la invitada.

Asimismo, Terenas a menudo pedía a Jaina que se uniera a él y a Arthas cuando celebraban audiencias en las que se sentaban a escuchar las peticiones de la gente. Ella solía sentarse a la izquierda del rey, en una posición que casi la igualaba al príncipe, y Arthas a la derecha.

Arthas supuso que todo lo que estaba sucediendo era la conclusión lógica al proceso que ambos habían puesto en marcha. ¿O no? Entonces recordó las palabras que le había dicho a Calia hace años: «Cada uno tiene sus obligaciones, supongo. Te casarás con quienquiera que padre escoja, y yo me casaré con quien deba hacerlo según dicten los intereses del reino».

Jaina sería buena para el reino. Y también creyó que sería buena para él.

Entonces, ¿por qué solo con pensarlo se sentía tan intranquilo?

* * *

La noche anterior al Festival de Invierno nevó. Arthas se hallaba en pie observando desde un amplio ventanal el lago Lordamere, que en esa época del año estaba congelado. Había empezado a nevar al alba y había parado hacía una hora. El cielo era del color del terciopelo negro, las estrellas semejaban diamantes helados que refulgían en la mullida oscuridad y la luz de la luna hacía que todo pareciera inmóvil, silencioso y mágico.

Una mano suave se entrelazó con la suya.

—Es hermoso, ¿verdad? —afirmó Jaina con calma.

Arthas asintió, sin mirarla siquiera.

—Cuánta munición —añadió la joven.

—¿Qué?

—Que cuánta munición… —reiteró Jaina— para una pelea de bolas de nieve.

Arthas se volvió hacia ella al mismo tiempo que inspiraba aire con fuerza. Hasta entonces Jaina no le había permitido ver los vestidos que ella, Calia y su madre lucirían en el banquete y el baile esa misma noche, así que se quedó perplejo ante la belleza sin igual que tenía delante. Jaina Proudmoore parecía una doncella hecha de nieve, con unos zapatos que parecían de hielo, un vestido blanco con reflejos del azul más pálido que cabía imaginar y una diadema de plata que decoraba su peinado capturando el cálido resplandor de las antorchas. Pero no se trataba de ninguna reina de las nieves ni de ninguna estatua, sino de un ser cálido, suave y vivo cuya melena dorada parecía flotar alrededor de sus hombros, cuyas mejillas adquirieron un tono rojizo ante la mirada de admiración de Arthas y cuyos ojos azules brillaron de felicidad.

—Eres como… una vela blanca —afirmó—. De blanco y oro.

Arthas se acercó a su amada para hacerse con un mechón de su pelo, con el que jugueteó entre sus dedos.

Jaina sonrió.

—Sí —dijo riendo mientras intentaba acariciar los claros mechones de Arthas—. Nuestros niños casi seguro que serán rubios.

El príncipe se quedó helado.

—Jaina, ¿no estarás…?

Entonces ella esbozó una amplia sonrisa.

—No. Todavía no. Pero no hay ninguna razón para creer que no vayamos a tener hijos.

Hijos. Una vez más, aquella palabra lo petrificó y lo dejó conmocionado, presa de una angustia muy peculiar. Jaina estaba hablando de sus hijos. Su mente voló hacia el futuro; un futuro en el que Jaina era su esposa, tenían hijos y sus padres habían fallecido ya. Un futuro en el que él ocupaba el trono e incluso podía sentir el peso de la corona sobre su cabeza. Una parte de él ansiaba desesperadamente que ese porvenir se hiciera realidad. Le encantaba que Jaina estuviera a su lado, le encantaba tenerla entre sus brazos, le encantaban su sabor y su aroma, le encantaba su risa, pura como el tañido de las campanas y dulce como la fragancia de las rosas.

Le encantaba…

Pero ¿y si lo echaba todo a perder?

De pronto fue consciente de que, hasta aquel momento, todo había sido un mero juego de niños. Pensaba en Jaina como en una compañera, como lo que siempre había sido desde que eran niños, salvo por el hecho de que sus juegos eran ahora de un carácter más adulto. Pero una duda había surgido de improviso en él. ¿Y si aquel sentimiento era real? ¿Y si de verdad estaba *enamorado* de ella y ella de él? ¿Y si era un mal marido y un mal rey? ¿Y si…?

—No estoy preparado para dar ese paso —farfulló.

Jaina frunció el ceño ante aquella afirmación.

—Bueno, no tenemos que tener hijos ya.

Ella le apretó la mano. Su intención con aquel gesto era tranquilizarlo.

Él soltó repentinamente su mano y dio un paso hacia atrás. Y entonces su amada arrugó aún más el ceño, confusa.

—Arthas, ¿qué ocurre?

—Jaina, somos demasiado jóvenes —dijo hablando con rapidez y alzando un poco la voz—. *Soy* demasiado joven. Aún tengo… No puedo… no estoy preparado.

Jaina palideció.

—No estás… Creía que…

La culpa corroía a Arthas. Era justo lo que ella le había preguntado la noche en la que se habían convertido en amantes: «¿Estamos… preparados para dar este paso?», le había susurrado. «Yo lo estoy si tú lo estás», había replicado él, y había creído en aquellas palabras… De verdad había creído que lo decía de todo corazón…

Arthas la cogió de ambas manos, intentando desesperadamente expresar en palabras el carrusel de emociones que sentía.

—Aún tengo mucho que aprender. Aún he de completar mi adiestramiento. Y mi padre me necesita. Uther todavía tiene mucho que enseñarme y, además… Jaina, siempre hemos sido amigos. Siempre me has entendido tan bien. ¿Acaso ya no eres capaz de comprenderme? ¿Acaso ya no podemos seguir siendo amigos?

Jaina abrió los pálidos labios para decir algo, pero no brotó de ellos palabra alguna. Sus manos yacían inertes en las de Arthas, que las apretaba presa de los nervios.

Jaina, por favor, entiéndelo… aunque ni siquiera yo lo entienda, pensó el príncipe.

—Por supuesto, Arthas —replicó su amada con un tono de voz muy monótono—. Tú y yo siempre seremos amigos.

Todo en ella hablaba de su dolor y conmoción, desde la postura del cuerpo, pasando por la expresión del rostro y el tono de voz. Sin embargo, Arthas se aferró a esas palabras como a un clavo ardiendo y una oleada de alivio lo invadió de una manera tan profunda que hasta le temblaron las piernas. Todo iría bien. Quizá Jaina estuviera enfadada un tiempo, pero pronto acabaría por entenderlo. Se conocían muy bien. Ella se acabaría dando cuenta de que él tenía razón, de que era demasiado pronto.

—Es decir… no tenemos que romper para siempre —dijo impulsado por la necesidad de explicarse—. Será algo temporal. Tienes que estudiar… Estoy seguro de que he sido una distracción para ti. Antonidas seguramente estará resentido conmigo.

Jaina no dijo nada.

—Es lo mejor. Quizá algún día, cuando las circunstancias sean distintas, podamos volver a intentarlo. No es que yo… que tú…

Arthas la atrajo hacia él y la abrazó. Jaina permaneció rígida como una piedra un instante, pero luego se abandonó a la calidez de los brazos que la rodeaban. Permanecieron de pie, inmóviles en aquella sala durante largo rato. Arthas apoyó la mejilla sobre la lustrosa melena dorada de Jaina, sobre el mismo cabello con el que, sin duda alguna, habrían nacido sus hijos. Y quizá aún podrían llegar a nacer.

—No quiero cerrar esta puerta para siempre —señaló en voz baja—. Solo…

—No pasa nada, Arthas. Lo entiendo.

Entonces el príncipe se apartó de ella, apoyó las manos sobre los hombros de su amada y la miró fijamente a los ojos.

—¿Seguro?

Jaina se rió sin ganas.

—Para serte sincera, no. Pero estoy bien. Bueno, lo estaré. Lo sé.

—Jaina, solo quiero estar convencido de que esto es lo correcto. Para ambos.

No quiero echarlo todo a perder. No puedo echarlo todo a perder, pensó el príncipe.

La joven asintió. Inspiró profundamente, recobró la compostura y le obsequió con una sonrisa… una sonrisa franca, aunque teñida de sufrimiento.

—Vamos, príncipe Arthas. Tienes que acompañar a tu amiga al baile.

De algún modo, Arthas y Jaina consiguieron sobrevivir a aquella noche, incluso a pesar de que Terenas no dejaba de lanzar miradas llenas de extrañeza a su hijo. Arthas no

quería contárselo a su padre, aún no. En verdad fue una noche muy triste y cargada de tensión. En un momento dado, cuando se produjo una pausa en el baile, Arthas se detuvo un instante a contemplar el manto blanquecino de la nieve y el lago plateado por efecto de la luna, y se preguntó por qué todo lo malo parecía ocurrir siempre en invierno.

* * *

El teniente general Aedelas Blackmoore no parecía especialmente contento de tener una audiencia con el rey Terenas y el príncipe Arthas. De hecho, daba la impresión de que deseaba desesperadamente escabullirse de allí sin que nadie se percatara de ello.

Los años no habían pasado en balde para él, ni en el aspecto físico ni en su forma de ser. Arthas recordaba a un comandante apuesto y refinado que, a pesar de su indudable afición a la bebida, al menos parecía capaz de mantener a raya los estragos que el alcohol causaba; pero eso ya no era así. El pelo de Blackmoore presentaba vetas grises; además, había ganado peso y tenía los ojos inyectados en sangre. Por suerte, estaba totalmente sobrio. Si se hubiera presentado a aquella reunión embriagado, Terenas, un firme defensor de la moderación en todos los ámbitos de la vida, se habría negado a recibirle.

En aquella ocasión, Blackmoore se hallaba en presencia del rey porque había metido la pata hasta el fondo. De algún modo, el valioso gladiador orco de su propiedad llamado Thrall se había fugado de Durnholde aprovechando que allí se había desatado un incendio. Blackmoore había intentado ocultar los hechos y había salido en busca del orco en persona apoyado por un grupo reducido de hombres; pero como un orco verde gigantesco que campaba a sus anchas atraía demasiado la atención, su fuga no se había podido mantener en secreto mucho tiempo. En cuanto corrió la voz, los rumores se dispararon, por supuesto: se decía que un rival había liberado al orco para asegurarse así de que sus gladiadores ganaran en la arena, que se trataba del plan de una dama celosa que esperaba así abochornar a Blackmoore, que lo había rescatado una taimada banda de orcos a los que no afectaba aquel extraño letargo, que lo había sacado de allí el mismísimo Orgrim Dommhammer, e incluso que habían sido los dragones los que desataron el incendio con su fogoso aliento tras infiltrarse disfrazados de humanos.

Arthas recordaba haberse divertido mucho viendo luchar a Thrall, pero ya en aquel entonces se había preguntado si habría sido una buena idea educar y entrenar a un orco. En cuanto Terenas se enteró de que Thrall se había fugado, requirió que Blackmoore se presentara ante él para informar de la situación.

—Por si no bastara con que adiestraras a un orco para luchar en combates de gladiadores —le reprochó Terenas—, también se te ocurrió enseñarle estrategia militar, a

leer y a escribir… Así que he de preguntarte, teniente general… en nombre de la Luz, ¿en qué estabas pensando?

Arthas reprimió una sonrisa mientras Aedelas Blackmoore parecía menguar ante sus propios ojos.

—Tú me aseguraste que los fondos y materiales que le proporcionábamos se utilizaban ex profeso para mejorar la seguridad de las instalaciones y que tu mascota orca estaba perfectamente custodiada —prosiguió el rey—. Aun así, de algún modo, ahora anda suelto en vez de hallarse encerrado en Durnholde. ¿Cómo es posible que haya ocurrido algo así?

Blackmoore frunció el ceño y pareció recobrar un tanto la compostura.

—Sí, es una desgracia que Thrall se haya fugado. Aunque estoy seguro de que sabes cómo me siento.

Aquel fue un golpe muy bajo que Blackmoore propinó al rey con muy mala intención, puesto que sabía que Terenas aún tenía clavada la espina de que Dommhammer se hubiera escapado de Entrañas delante de sus narices. No obstante, no fue una estrategia muy certera, ya que Terenas frunció el ceño y añadió:

—Espero que esto no sea una mera consecuencia de un problema mucho más grave. Como bien sabes, teniente general, a la gente le cuesta mucho ganarse el pan con el sudor de su frente, y aún más pagar sus impuestos. Por eso tenemos la obligación de asegurarnos de que el dinero recaudado se destina a protegerlos. ¿Acaso va a hacer falta que envíe a un representante a Durnholde para cerciorarme de que los fondos se distribuyen como es debido?

—¡No! No, no, eso no será necesario. Justificaré hasta el último penique gastado.

—Sí —replicó Terenas con una amabilidad engañosa—, lo harás.

En cuanto Blackmoore abandonó por fin la estancia, tras realizar varias reverencias rendidamente de camino a la puerta, Terenas se volvió hacia su hijo.

—Tú viste a Thrall en acción. ¿Qué opinas de esta situación?

Arthas asintió.

—No era como imaginaba que serían los orcos. Quiero decir que… era enorme. Y luchaba con gran fiereza. Resultaba obvio que era inteligente y que lo habían entrenado bien.

Terenas se mesó la barba, pensativo y señaló:

—Todavía quedan reductos de orcos renegados, algunos de los cuales podrían no estar afectados por la apatía de la que hacen gala los que hemos encerrado. Si Thrall se topa con ellos y les enseña todo cuanto sabe, las cosas podrían torcerse de mala manera.

Arthas permaneció sentado, aunque se enderezó para indicar lo siguiente:

—He estado entrenando muy duro con Uther.

Era cierto. Ya que no era capaz de explicar a los demás, ni a sí mismo, por qué había puesto fin a su relación con Jaina, Arthas se había volcado totalmente en los entrenamientos. Luchaba durante horas cada día hasta que le dolía todo el cuerpo, agotándose para así borrar de su mente la imagen del rostro de Jaina.

Había tomado la decisión correcta, ¿no? Y Jaina se lo había tomado bastante bien. Entonces, ¿por qué permanecía despierto por las noches, añorando su calor y su presencia, padeciendo un dolor que bordeaba la agonía? Incluso había llegado a pasar horas y horas practicando la meditación silenciosa en un vano intento de apartarla de sus pensamientos, algo que antes habría considerado una pérdida de tiempo. Quizá si se centraba en el combate, en saber cómo aceptar, canalizar y dirigir la Luz, podría superarlo. Superar el hecho de que él mismo hubiera roto con la chica a la que amaba.

—Podríamos partir en busca de esos orcos para dar con ellos antes que Thrall.

Terenas asintió.

—Uther me ha hablado mucho de la inmensa dedicación con la que entrenas. Está impresionado por lo mucho que has progresado últimamente —le indicó. Y, a continuación, tomó una decisión—. Muy bien. Ve a informar a Uther. Prepárate para partir. Ya es hora de que experimentes por primera vez en qué consiste una batalla de verdad.

Arthas consiguió a duras penas contener un grito de alegría. Se refrenó al percatarse del gesto de sufrimiento y preocupación que se dibujaba en el rostro de su padre. Entonces, y solo entonces, tras matar a esos pieles verdes, quizá Arthas pudiera borrar de su mente la expresión dolida de Jaina instantes después de que él hubiera dado por finalizada su relación.

—Gracias, señor. Haré que te sientas orgulloso.

A pesar de que los ojos azules verdosos de su padre, tan parecidos a los de Arthas, estaban teñidos de tristeza, Terenas sonrió.

—Eso, hijo mío, es lo que menos me preocupa.



CAPÍTULO NUEVE

Jaina atravesó corriendo los jardines, pues llegaba tarde a su cita con el archimago Antonidas. Le había vuelto a pasar lo habitual: se hallaba tan absorta en un libro que había perdido la noción del tiempo. Su maestro siempre la reprendía al respecto, pero no podía evitarlo. Al cruzar las hileras de manzanos de corteza de oro, de cuyas ramas colgaban frutos de gran tamaño ya maduros, sintió un leve ataque de melancolía al recordar una conversación que había mantenido en aquel mismo lugar hacía solo unos años; cuando Arthas la había sorprendido por la espalda, le había tapado los ojos con las manos y le había susurrado: «¿Quién soy?».

Aún añoraba mucho a Arthas y había asumido que siempre lo echaría de menos. La ruptura había sido algo tan inesperado y doloroso. Además, Arthas no había podido elegir peor momento y Jaina recordaba lo abochornada que se había sentido al tener que disimular su tristeza durante todo el baile de gala del Festival de Invierno. Pero tras superar el impacto inicial, Jaina había conseguido entender el razonamiento de Arthas. Ambos eran jóvenes y, tal y como había señalado el príncipe en aquel momento, tenían responsabilidades que cumplir y un adiestramiento que completar. Jaina le había prometido que siempre serían amigos, lo había dicho de todo corazón y se reafirmó en su propósito después. Sin embargo, para poder cumplir esa promesa, tenía que cerrar las heridas de su corazón. Y eso era, precisamente, lo que había hecho.

Desde entonces habían pasado muchas cosas que la habían mantenido centrada en otros asuntos y ocupada con otros menesteres. Cinco años antes, un poderoso mago llamado Kel'Thuzad había desatado la ira de los Kirin Tor al aventurarse por el sendero de la magia nigromántica contranatura. Kel'Thuzad había abandonado la ciudad, repentina y misteriosamente, tras sufrir una severa reprimenda y recibir, de manera muy poco ambigua, la orden de que cesara esos experimentos de inmediato. Aquel misterio había sido uno de los muchos apoyos que la habían ayudado a permanecer entretenida los últimos tres años.

Más allá de los muros de la ciudad mágica también habían ocurrido muchas cosas, aunque la información al respecto era muy fragmentaria y caótica y estaba plagada de rumores. Jaina había deducido que Thrall, el orco fugado de Durnholde, se había proclamado jefe de guerra de la nueva Horda y había iniciado una serie de ataques a los campos de internamiento para liberar a los orcos que permanecían allí encerrados. Más adelante, la propia Durnholde fue arrasada por ese autodenominado jefe de guerra y, por lo que pudo saber Jaina, quedó reducida a ruinas al recurrir Thrall a la antigua magia chamánica de su poblado. Blackmoore también había caído pero, por lo que había llegado a sus oídos, no se le iba a echar mucho de menos. A pesar de que le preocupaba que esta nueva Horda pudiera llegar a suponer una amenaza para su pueblo, Jaina no lamentaba en absoluto que los campos de internamiento hubieran sido destruidos. No después de haber sido testigo de lo que ocurría tras sus muros.

Entonces escuchó unas voces que la sacaron de sus pensamientos, una de las cuales trataba de imponerse sobre la otra presa de la ira. Aquel tipo de discusiones eran tan poco habituales en aquel lugar que Jaina se detuvo abruptamente.

—Ya le advertí a Terenas que su pueblo está prisionero dentro de los confines de sus propias tierras. Y ahora te lo reitero a ti: la humanidad se encuentra en peligro. Las tinieblas han vuelto a resurgir, ¡y el mundo entero se encuentra al borde de una guerra!

Jaina no reconoció aquella voz masculina resonante y potente.

—Ah, ahora ya sé quién eres tú. Eres el profeta incoherente del que hablaba el rey Terenas en su última misiva. Me interesan tanto tus sandeces como al rey.

El otro interlocutor era Antonidas, quien se mostraba tan calmado como aquel extraño insistente. Jaina sabía que lo mejor que podía hacer era retirarse de allí con discreción antes de que se percataran de su presencia; sin embargo, la misma curiosidad que la había llevado a acompañar a Arthas a espiar un campo de internamiento de orcos siendo una niña, la impulsó a hacerse invisible para poder saber más sobre el objeto de su conversación. Se acercó a ellos con sumo sigilo hasta que pudo divisar con claridad a ambos: el primer interlocutor, al que Antonidas había llamado sarcásticamente «profeta», iba ataviado con una capa y una capucha decoradas con plumas negras; el segundo, el maestro de Jaina, iba montado a caballo.

—Creí que Terenas había expresado con meridiana claridad cuál era su opinión sobre tus predicciones.

—¡Tienes que ser más sabio que el rey! ¡El fin se acerca!

—Ya te lo he dicho, ¡no me interesan estas tonterías! —replicó Antonidas de un modo tranquilo pero cortante.

Jaina conocía perfectamente aquel tono de voz.

El profeta permaneció en silencio unos segundos y, acto seguido, lanzó un suspiro y afirmó:

—Entonces estoy perdiendo el tiempo.

Ante la mirada estupefacta de Jaina, la silueta de aquel extraño se difuminó, menguó y cambió de forma, de modo que donde un momento antes se hallaba un hombre ataviado con una túnica provista de una capucha, se encontraba ahora un enorme pájaro negro, que soltó un graznido de frustración, se elevó hacia el cielo batiendo sus alas y desapareció.

Al instante, Antonidas, sin apartar la mirada del intruso, que ahora solo era un punto que se desvanecía en el cielo azul, dijo lo siguiente:

—Ahora puedes mostrarte, Jaina. Se ha ido.

Una ola de calor invadió el rostro de la maga, quien murmuró un contrahechizo y se hizo visible ante su mentor.

—Siento haber estado escuchando a escondidas, señor, pero…

—Precisamente he aprendido a contar con tu naturaleza curiosa, niña —respondió Antonidas, riendo un poco—. Ese loco insensato está convencido de que el mundo está a punto de acabarse. En mi opinión, eso es llevar el tema de la peste demasiado lejos.

—¿Peste? —inquirió Jaina.

Antonidas desmontó con un suspiro, y, a continuación, propinó un cachete amistoso en los cuartos traseros a su corcel para indicarle que debía marcharse. El caballo brincó ligeramente y trotó obediente hasta los establos, donde un sirviente lo atendería. El archimago hizo una seña a su aprendiza para que se acercara. Jaina avanzó hacia él para cogerle de la mano nudosa que su mentor le ofrecía.

—Seguro que recuerdas que envié a unos cuantos mensajeros a Ciudad Capital hace poco —comentó Antonidas.

—Creía que esos mensajes estaban relacionados con el problema orco.

Entonces Antonidas masculló un encantamiento y, unos instantes después, reaparecieron en sus aposentos privados. A Jaina le encantaba aquel lugar: el desorden; el olor a pergamino, cuero y tinta; y aquellas sillas viejas en las que uno podía acomodarse para perderse en un océano de sabiduría. Antonidas le indicó con un gesto que se sentara y le bastó simplemente con flexionar un dedo para que un cántaro les sirviera néctar a ambos.

—Ya, bueno, ese tema también estaba incluido en la agenda; no obstante, consideramos que una amenaza mayor se encuentra a nuestras puertas.

—¿Mayor que el renacimiento de la Horda?

Jaina extendió una mano y una copa de cristal, repleta de líquido dorado, flotó por el aire hasta posarse sobre la palma de la misma.

—Con los orcos se podía razonar, al menos en teoría. Pero con una enfermedad no se puede hacer eso. Según los informes que hemos recibido, la peste se está extendiendo por las tierras del norte. Por lo que creo que los Kirin Tor deberían prestar más atención a ese fenómeno.

Jaina lo observó con detenimiento y frunció el ceño mientras degustaba a sorbos aquel néctar. Normalmente, las enfermedades entraban dentro de las competencias de los sacerdotes, no de los magos. A menos que…

—¿Realmente piensas que la plaga es de naturaleza mágica?

Su maestro asintió con un movimiento de su calva cabeza.

—Es muy probable. Por eso, necesito que vayas allí e investigues el asunto.

—¿Yo? —exclamó Jaina, y casi se ahogó con el néctar.

—Tú, sí, tú. Has aprendido todo cuanto tengo que enseñar. Además, ya es hora de que apliques lo aprendido fuera del abrigo y seguridad que proporcionan estas torres —le explicó Antonidas, que le sonrió amablemente mientras su mirada titilaba—. Además, he dispuesto que te ayude un enviado especial.

* * *

Arthas holgazaneaba apoyado contra un árbol y con la cara alzada hacia el cielo disfrutaba de la tenue luz del sol con los ojos cerrados. Sabía que irradiaba calma y confianza. De hecho, se veía obligado a tenerla. Sus hombres ya estaban suficientemente preocupados por todos ellos. No podía dejar que ellos supieran que él también estaba muy nervioso. Tras tanto tiempo, ¿cómo sería su reencuentro? Quizá no hubiera sido una decisión tan acertada al fin y al cabo. Pero los informes sobre la peste no paraban de llegar, y, por otro lado, sabía que ella era muy equilibrada e inteligente. Todo saldría bien. Tenía que salir bien.

Uno de sus capitanes, Falric, a quien Arthas conocía desde hacía años, se adentró con paso firme en uno de los cuatro senderos que conformaban aquella encrucijada para, a continuación, desandar sus pasos y aventurarse en otro camino. Hacía mucho frío y su respiración se hacía patente en forma de vaho; además, su enfado iba en aumento por momentos.

—Príncipe Arthas —osó decir por fin—, llevamos horas esperando. ¿Seguro que su amiga va a venir?

Los labios de Arthas se curvaron en una leve sonrisa. No habían informado a los hombres de quién era la persona a la que esperaban por razones de seguridad. El príncipe respondió con los ojos cerrados.

—Estoy seguro. —Y lo estaba de verdad. Arthas pensó en todas las veces en las que había tenido que esperar pacientemente a su amiga—. Jaina suele llegar con algo de retraso.

En cuanto aquellas palabras brotaron de sus labios, escuchó un bramido y unas palabras apenas descifrables:

—¡Yo MACHACAR!

Arthas, como una pantera que hubiera estado sesteando al sol y se hubiera despertado al sentir el más mínimo rastro de amenaza, se preparó para hacer frente al enemigo martillo en mano. Observó el camino y divisó la silueta de una mujer esbelta que corría hacia él nada más coronar la cima de una colina. Tras ella surgió lo que Arthas supuso que era un elemental: una mancha provista de una cabeza y extremidades muy bastas que giraba sobre sí misma y parecía estar compuesta de agua de colores.

Y detrás de aquel engendro aparecieron… dos ogros.

—¡Por la Luz! —gritó Falric mientras hacía ademán de salir corriendo hacia aquel singular conjunto de seres.

Arthas hubiera acudido antes que sus hombres al rescate de la doncella si no se hubiera percatado de que se trataba de Jaina Proudmoore.

La maga esbozaba una sonrisa muy amplia.

—Deja tranquila tu espada, capitán —le ordenó Arthas, al tiempo que sonreía—. Sabe cuidarse solita.

Así fue. La damisela supo defenderse ella sola de manera muy eficaz. En ese preciso instante, Jaina se volvió e invocó al fuego. Arthas se dio cuenta de que esos pobres y estupefactos ogros iban a salir muy malparados de la refriega; y, efectivamente, en cuanto el fuego acarició sus cuerpos regordetes y pálidos, los ogros gritaron de dolor y de asombro, sin poder creer que aquella pequeña humana pudiera tener tanto poder. Uno de ellos huyó, como cabía esperar, pero el otro, incapaz de creerse aún lo que estaba ocurriendo, siguió avanzando. Jaina lanzó una estruendosa descarga de llamas anaranjadas contra él, que profirió un grito y se derrumbó, muriendo calcinado de inmediato. El hedor de la carne quemada invadió las fosas nasales de Arthas.

Jaina observó cómo el otro ogro huía, a continuación se sacudió ambas manos y asintió con un leve gesto de su cabeza. Ni siquiera había empezado a sudar.

—Caballeros, les presento a la señorita Jaina Proudmoore —les anunció Arthas arrastrando un poco las vocales, mientras se acercaba a su amiga de la infancia y examante—. Una agente especial del Kirin Tor y una de las hechiceras de mayor talento de la tierra. Parece que no has perdido tu toque.

La maga se giró para mirarle y sonrió. No fue un momento incómodo como había temido, sino muy feliz. Jaina se alegraba de verlo, y Arthas de verla a ella. El príncipe sintió que una oleada de satisfacción lo invadía por dentro.

—Me alegro de volver a verte, Jaina —añadió el príncipe.

Aquellas palabras aparentemente corteses, expresaron más de lo que parecía a simple vista. Y ella lo entendió. Siempre lo había entendido. Por eso sus ojos centellearon cuando le contestó:

—Yo también, Arthas. Hace tiempo que no me escolta ningún príncipe a ninguna parte.

—Sí —afirmó él, con un tono de voz que revelaba cierto arrepentimiento—. Así es.

Aquel momento sí resultó incómodo, lo cual provocó que Jaina bajara la vista al suelo y Arthas se aclarara la garganta para decir:

—Bueno, supongo que habrá que ponerse en camino.

La hechicera asintió mientras con un gesto de su mano indicaba al elemental que la había escoltado que podía retirarse.

—Ahora que estos leales soldados me escoltan, ya no necesito la protección de este amigo —aseveró, al tiempo que obsequiaba a Falric y sus hombres con su mejor sonrisa—. Bueno, alteza, dime: ¿qué se sabe acerca de esta peste que debemos investigar?

—No mucho —se vio obligado a confesar Arthas mientras echaban a andar—. Solo sé que mi padre me ha enviado a colaborar contigo. Últimamente he estado combatiendo al lado de Uther, codo con codo, para acabar con la amenaza orca y no he oído hablar mucho de esa peste. De todos modos, doy por sentado que si los magos de Dalaran quieren saber más al respecto, ese fenómeno debe de tener algo que ver con la magia.

La maga asintió sin perder la sonrisa en ningún momento, aunque ya estaba frunciendo el ceño de esa forma tan habitual en ella. Arthas sintió una extraña punzada de nostalgia al fijarse en ese gesto.

—Así es. Aunque no sé a ciencia cierta cuál es el vínculo exacto entre esa afección y las artes arcanas. Por eso, el maestro Antonidas me ha encomendado la misión de informar de cuanto vea en esos parajes. Deberíamos inspeccionar las aldeas de la Carretera del Rey. Deberíamos hablar con los lugareños para comprobar si saben algo que nos pueda ser de utilidad. Con suerte, no se hallarán aún infectados y no estaremos ante una grave epidemia sino, simplemente, ante el brote localizado de alguna enfermedad —le explicó Jaina.

Arthas, que la conocía muy bien, pudo detectar cierto tono dubitativo en su voz. Lo entendía perfectamente. Si Antonidas no creyera que se trataba de algo serio, no habría enviado a su apreciada aprendiza a valorar la situación sobre el terreno; del mismo modo, el rey Terenas tampoco habría enviado a su hijo.

Entonces el príncipe decidió que sería mejor cambiar de tercio.

—Me pregunto si la peste tendrá algo que ver con los orcos —planteó Arthas que insistió en esa teoría a pesar de la expresión de sorpresa de Jaina—. Estoy seguro de que habrás oído hablar de las fugas que se han producido en los campos de internamiento.

—Sí. A veces me pregunto si esa familia que vimos en su día se encontrará entre los que han escapado —reflexionó Jaina mientras asentía con la cabeza.

—Bueno, si es así, quizá ahora estén adorando a algunos demonios —replicó el príncipe, revelando con su lenguaje corporal que se sentía incómodo con lo que acababa de decir su interlocutora.

—¿Qué? Creía que esa opción había quedado descartada hace tiempo; se supone que los orcos ya no tienen acceso a esa energía demoníaca —replicó la maga con los ojos abiertos de par en par.

—Mi padre nos envió a Uther y a mí a ayudar a defender Strahnbrad de los ataques orcos. Pero cuando llegamos a esa ciudad, los orcos ya habían secuestrado a unos cuantos vecinos. A pesar de que les dimos caza en su campamento, tres hombres habían sido sacrificados —indicó Arthas encogiéndose de hombros.

Jaina le escuchaba como siempre hacía, pero no solo con los oídos sino con todo el cuerpo, concentrándose en cada palabra con la intensa meditación que Arthas recordaba. Por la Luz, qué hermosa era.

—Los orcos afirmaron que los humanos habían sido ofrecidos como sacrificio a sus demonios. Asimismo señalaron que se trataba de una exigua ofrenda; es obvio que les hubiera gustado sacrificar a más víctimas —prosiguió Arthas.

—Antonidas parece creer que esta peste es de naturaleza mágica —murmuró Jaina—. Me pregunto si habrá alguna relación entre ambos fenómenos. Resulta descorazonador saber que han vuelto a sus perversas costumbres. Aunque quizá se trate de un caso aislado, de un solo clan.

—Tal vez sí, o tal vez no. —Arthas recordaba la furia con la que Thrall había luchado en la arena, incluso recordaba que no había sido nada fácil reducir aquellos orcos que no eran más que chusma—. Pero no podemos correr riesgos. Si nos atacan, mis hombres tienen órdenes de matarlos.

De manera fugaz, pensó en la furia que se había apoderado de él cuando el líder orco le hizo llegar su respuesta al pacto que Uther les había ofrecido a cambio de su rendición. Los caballos de los dos hombres enviados a parlamentar habían vuelto sin sus jinetes. Era un mensaje sin palabras pero el contenido había quedado claro de una manera brutal.

«¡Entonces entremos y destruyamos a esas bestias!», había gritado Arthas mientras empuñaba el brillante martillo que le habían entregado en la iniciación de la Mano de

Plata. El príncipe hubiera partido de inmediato en busca del enemigo si Uther no le hubiera agarrado del brazo con fuerza.

«Recuerda, Arthas», le habia dicho su mentor con suma calma, «que somos paladines. La venganza no puede formar parte de nuestros deberes. Si dejamos que nuestras pasiones nos conviertan en seres sedientos de sangre, seremos tan viles como los orcos».

Aquellas palabras habían penetrado, de algún modo, en el muro de ira que Arthas había levantado en torno a su cordura. El príncipe había observado, con los dientes apretados, cómo se habían llevado a los caballos asustados cuyos jinetes habían sido masacrados. Si bien las palabras de Uther habían sido muy sabias, Arthas había seguido creyendo que les había fallado a los jinetes de esas monturas. Les había fallado, al igual que había fallado a Invencible en su día, y ahora estaban tan muertos como aquel magnífico corcel. Entonces había tomado aire con fuerza para calmarse y había contestado: «Lo sé, Uther».

Su paciencia había tenido su recompensa, puesto que Uther, más tarde, le había encomendado que liderara el ataque contra los orcos. Aunque ojalá hubiera podido llegar a tiempo para salvar a esos tres pobres desgraciados que habían sido sacrificados.

Una mano se posó sobre su brazo y eso le hizo volver al presente. Sin pensarlo dos veces, por puro hábito, cubrió la mano de Jaina con la suya. La maga intentó apartarla y le obsequió con una sonrisa ligeramente tensa.

—Me alegro tanto, tantísimo de volver a verte —afirmó el príncipe de manera impulsiva.

La tensión que dominaba la sonrisa de Jaina se esfumó, pasando a ser más sincera mientras cogía a Arthas del brazo.

—Lo mismo digo, alteza. Por cierto, gracias por refrenar a tu hombre cuando nos hemos encontrado —le indicó, al tiempo que su sonrisa se hacía aún más amplia—. Ya te lo dije una vez: no soy una frágil figurita de porcelana.

—Claro que no, mi señora. Lucharás a nuestro lado en las batallas que nos aguardan —aseveró el príncipe con una carcajada.

—Rezo porque no se desate ninguna lucha, porque solo tengamos que investigar. Pero no titubearé si hay que entrar en combate. Haré lo que deba hacer. Como siempre he hecho —afirmó mientras lanzaba un suspiro.

Jaina retiró la mano del brazo de Arthas y el príncipe se sintió decepcionado, aunque lo disimuló.

—Como todos, mi señora.

—Oh, deja de hablarme así, que soy Jaina.

—Y yo Arthas. Encantado de conocerte.

Jaina le propinó un empujón y ambos estallaron en carcajadas. De ese modo, repentinamente, el muro que se alzaba entre ellos se derrumbó. El príncipe inclinó la cabeza para observarla con más detenimiento y sintió que la emoción lo embargaba al saber que ella se encontraba de nuevo a su lado. Pero como se iban a enfrentar a un peligro muy real juntos por primera vez, Arthas sentía emociones contradictorias. Quería protegerla pero al mismo tiempo anhelaba que deslumbrase al mundo al desplegar todo su talento en esa misión. También se preguntaba si, en su día, había hecho lo correcto, o si acaso era ya demasiado tarde para una reconciliación. Era cierto que le había dicho que no estaba preparado; y era cierto, porque en aquella época no había creído estar listo para asumir ciertas responsabilidades. Pero muchas cosas habían cambiado desde aquel Festival de Invierno. Aunque otras no lo hubieran hecho. Asimismo, ciertas emociones contrapuestas lo desgarraban por dentro, pero logró arrinconarlas todas salvo una: el placer que experimentaba por el mero hecho de hallarse en presencia de ella.

Acamparon aquella noche antes del crepúsculo en un pequeño claro cerca de la carretera. La luna no brillaba en el firmamento, solo las estrellas centelleaban en la oscuridad de ébano que se alzaba sobre ellos. Jaina encendió el fuego con sus poderes a modo de chanza y conjuró unos panes suculentos y unas bebidas deliciosas; acto seguido anunció:

—Ya he cumplido con mi parte.

Los hombres se rieron y prepararon el resto de la comida de manera solícita: ensartaron los conejos en el espetón y sacaron la fruta de las alforjas. El vino corrió de mano en mano y daba la sensación de que se trataba más de un grupo de camaradas que disfrutaban de una velada juntos, que de una unidad de batalla que investigara una peste mortal.

Después, Jaina se sentó un poco apartada del grupo. Tenía la mirada clavada en el firmamento y una sonrisa dibujada en sus labios. Entonces Arthas se le acercó y le ofreció más vino. La maga sostuvo la copa mientras el príncipe le servía y, a continuación, bebió un sorbo para probar su sabor.

—Un vino añejo excelente, alte… Arthas —opinó.

—Alguna ventaja tenía que tener ser príncipe —replicó este.

Arthas estiró sus largas piernas y se tumbó junto a ella, con uno de los brazos colocado detrás de la cabeza a modo de almohada mientras con el otro sostenía con firmeza una copa sobre el pecho al tiempo que contemplaba las estrellas.

—¿Con qué crees que vamos a encontrarnos? —inquirió Arthas.

—No lo sé. Si lo supiera, no me habrían enviado a investigar. Aunque después de lo que me has contado de tu encuentro con los orcos, me pregunto si esto no tendrá algo que ver con esos demonios a los que adoran.

El príncipe asintió, envuelto en la oscuridad de aquella noche sin luna. Como enseguida se percató de que la maga no podía verlo, dijo:

—Estoy de acuerdo. Quizá deberíamos haber traído un sacerdote con nosotros para esta misión.

—No nos hace falta. Eres un paladín, Arthas. La Luz actúa a través de ti. Además, manejas un arma mucho mejor que cualquier sacerdote que conozca —le halagó. Se giró hacia él y sonrió.

El príncipe esbozó una amplia sonrisa a su vez al escuchar aquellas palabras. A continuación reinó el silencio por unos instantes, y cuando Arthas se disponía a hacerle una caricia, Jaina suspiró, se puso en pie y apuró su copa de vino.

—Ya es tarde. No sé tú, pero yo estoy agotada. Te veré por la mañana. Que duermas bien, Arthas.

Sin embargo, el príncipe no logró conciliar el sueño. No paró de dar vueltas sobre su improvisado jergón mientras contemplaba el cielo. Los sonidos de la noche conspiraban para atraer su atención justo cuando conseguía adormecerse. No pudo soportarlo más. Siempre había sido impulsivo, lo sabía, pero… *Maldición*, juró mentalmente.

Se quitó las mantas de encima y se enderezó. En el campamento reinaba la calma. Como en aquel lugar no corrían peligro alguno, no había ningún hombre apostado como vigía. Silenciosamente, Arthas se levantó y se encaminó hacia la zona donde sabía que Jaina dormía. Se arrodilló junto a ella y le apartó el pelo que tapaba su bello rostro.

—Jaina —susurró—, despierta.

Al igual que había hecho aquella noche tan lejana en el tiempo, Jaina se despertó en silencio y sin miedo, parpadeando ante él presa de la curiosidad.

El príncipe sonrió y le preguntó:

—¿Dispuesta a vivir una aventura?

La maga inclinó la cabeza sonriendo; resultaba obvio que los recuerdos de aquella noche también volvían a ella.

—¿Qué clase de aventura? —replicó Jaina.

—Confía en mí.

—Siempre lo he hecho, Arthas.

Hablaban en susurros y su aliento era visible en el gélido aire nocturno. Jaina estaba tumbada de costado y apoyada sobre un codo; Arthas copió su postura, de modo que con la mano libre pudo acariciarle la cara. La maga no hizo ademán de apartarse.

—Jaina… Creo que hay una razón por la que volvemos a estar juntos.

—Por supuesto. Tu padre te ha enviado porque… —contestó Jaina, mientras fruncía el ceño de esa manera tan típica en ella.

—No, no. Es algo más. Ahora somos un equipo. Tra-trabajamos muy bien así.

Jaina permaneció callada. Entretanto, el príncipe seguía acariciando la suave curva de una de sus mejillas.

—Y… y cuando todo esto haya acabado… quizá podamos… hablar. Ya me entiendes… —añadió Arthas.

—¿Sobre lo que terminó aquel Festival de Invierno?

—No. Sobre finales no, más bien sobre comienzos. Sin ti sentía que me faltaba algo. Te he añorado mucho porque me conoces mejor que nadie, Jaina.

La maga permaneció en silencio durante largo tiempo; acto seguido suspiró levemente y apoyó una mejilla sobre la mano del príncipe, quien se estremeció cuando ella giró la cabeza y le besó la mano.

—Nunca he sido capaz de negarte nada, Arthas —replicó con un tono de voz que denotaba cierto júbilo—. Sí. Yo también sentía que me faltaba algo. Te he echado tanto de menos.

Una gran sensación de alivio invadió a Arthas y, a continuación, se inclinó hacia delante para abrazarla y besarla apasionadamente. Llegarían hasta el fondo de aquel misterio juntos, lo resolverían y regresarían a casa como héroes. Después se casarían, tal vez en primavera. Arthas quería verla cubierta de pétalos de rosa. Y, más tarde, llegarían esos niños rubios de los que Jaina había hablado en su día.

Allí no tenían mucha intimidad, ya que se hallaban rodeados de soldados, pero aun así compartieron lecho hasta que el frío amanecer lo obligó a volver renuentemente a su jergón. Aunque, antes de marchar, rodeó a Jaina con sus brazos y la abrazó con fuerza.

Luego durmió un poco, reconfortado por la idea de que nada, ninguna peste, ningún demonio o misterio podría derrotar al equipo que formaban el príncipe Arthas Menethil, paladín de la Luz, y Lady Jaina Proudmoore, maga. Superarían aquel desafío, costara lo que costase.



CAPÍTULO DIEZ

A media mañana del día siguiente se toparon con unas cuantas granjas esparcidas a lo largo del camino.

—Esa aldea no se halla muy lejos de aquí —afirmó Arthas, tras consultar el mapa—. Qué raro. Ninguna de estas granjas aparece en el mapa.

—No —replicó Falric con firmeza.

Había cierto grado de familiaridad en la forma en que se había dirigido al príncipe; eso era debido a que se conocían desde hacía mucho tiempo. Arthas confiaba totalmente en la franqueza de aquel hombre, por eso había colocado a Falric el primero en la lista de los soldados que quería que lo acompañaran en la misión. En ese instante, aquel hombre de confianza, cuyo pelo era cada vez más cano, hizo un gesto de negación con la cabeza y dijo:

—Yo crecí en esta zona, señor, y estos granjeros en su mayoría viven aislados del resto del mundo. Solo visitan las aldeas para vender sus productos y su ganado.

—¿Hay rencillas entre esta gente y la de las aldeas?

—De ningún modo, alteza. Simplemente, así funcionan las cosas en este lugar.

—Si esa es la relación que mantienen con el resto del mundo —conjeturó Jaina—, es muy probable que si alguien cae enfermo se nieguen a pedir ayuda en el exterior. Por tanto, esta gente podría estar ya enferma y nadie se habría enterado.

—Jaina acaba de plantear una posibilidad que deberíamos tener en cuenta. Veamos qué podemos descubrir gracias a estos granjeros —dijo Arthas mientras ordenaba avanzar a su montura.

Se aproximaron despacio, para que los granjeros pudieran percatarse de su presencia y prepararse para recibirlos debidamente. Si les gustaba vivir aislados y la peste había hecho mella en aquel lugar, sin duda alguna los granjeros se mostrarían recelosos ante la súbita aparición de un grupo numeroso de desconocidos.

Arthas recorrió con la mirada la zona a medida que se iban acercando a la granja.

—Miren —indicó señalando con el dedo—. La puerta está destrozada y el ganado se ha fugado.

—Eso no es buena señal —mascullo Jaina.

—Tampoco ha salido nadie a recibirnos —observó Falric—. O a enfrentarse con nosotros.

Arthas y Jaina intercambiaron miradas. A continuación, el príncipe hizo una señal al grupo para que se detuviera.

—¡Bienhallados, granjeros! —saludó en voz alta—. Soy Arthas, príncipe de Lordaeron. Mis hombres y yo no pretendemos hacerles daño. Por favor, salgan de sus moradas para hablar con nosotros; tenemos que hacerles unas cuantas preguntas con el único fin de poder garantizar su seguridad.

Solo recibieron silencio por respuesta. Entonces el viento arreció y meció las hectáreas de hierba donde deberían haber estado pastando las reses. Sin embargo, el único sonido que alcanzaron a escuchar fue el suave susurro de la hierba y el chirrido de sus armaduras mientras se agitaban inquietos a lomos de sus monturas.

—Aquí no hay nadie —afirmó Arthas.

—O quizá estén tan enfermos que ni siquiera sean capaces de salir de sus casas —replicó Jaina—. Arthas, deberíamos entrar para comprobar que todo se encuentra en orden. ¡Podrían necesitar nuestra ayuda!

El príncipe observó a sus hombres. No daban la impresión de estar muy dispuestos a entrar en una casa que podría hallarse infestada de víctimas de la peste y, la verdad, él tampoco. No obstante, Jaina tenía razón. Se trataba de sus súbditos, a quienes había jurado ayudar y eso iba a hacer, sin importar las consecuencias, al precio que fuera.

—Vamos —ordenó y, acto seguido, desmontó.

A su lado, Jaina hizo lo mismo.

—No, tú te quedas aquí —le ordenó Arthas.

Las cejas rubias de la maga intentaron juntarse cuando esta frunció el ceño y le espetó:

—Te lo he dicho mil veces: no soy una frágil figurita de porcelana, Arthas. Además, me han enviado a investigar esta peste, así que si hay víctimas ahí dentro, tendré que comprobarlo con mis propios ojos.

—De acuerdo —dijo el príncipe, lanzando un suspiro a la vez que asentía.

Arthas se dirigió hacia la casa. En cuanto se hallaron en el umbral del jardín, el viento cambió de dirección.

Entonces les alcanzó un hedor horrendo. Jaina se cubrió la boca con la mano e incluso Arthas tuvo que reprimir las arcadas. Se trataba de la fetidez empalagosa de un matadero. Pero ni siquiera olía a algo que hubiera muerto hacía poco tiempo, más bien era

la pestilencia propia de la carroña. En ese instante, uno de sus hombres se dio la vuelta y vomitó. Arthas habría hecho lo mismo de buena gana, pero gracias a su férrea voluntad lo evitó. Aquel olor nauseabundo provenía del interior de la casa, así que ya no albergaban ninguna duda sobre qué les había ocurrido a sus moradores.

Jaina se volvió hacia él, lívida pero decidida a entrar.

—He de examinar…

Unos chillidos horribles, líquidos, se unieron al hedor de la muerte y desde el interior de la granja emergieron unos engendros a una velocidad asombrosa. El martillo de Arthas brilló de pronto con una luz cegadora que le obligó a entornar los ojos. Se giró con gran rapidez, levantó el martillo y se encontró mirando a la cuenca de los ojos de una pesadilla andante.

Aquel engendro iba ataviado con una camisa y un peto muy bastos, y portaba como arma una horca de granjero. En otro tiempo, aquel hombre había sido un granjero. Ahora, obviamente, estaba muerto: la carne verdosa y grisácea colgaba hecha jirones de su esqueleto y en el mango de aquella horca sus dedos putrefactos dejaban restos descompuestos. Fluidos negruzcos y coagulados rezumaban de sus pústulas y con un rugido gorgoteante lanzó unos esputos repletos de icor que cayeron sobre la cara desprotegida de Arthas. El príncipe estaba tan conmocionado por aquella aparición que la horca estuvo a punto de alcanzar su objetivo. Por fortuna, reaccionó de inmediato y alzó su arma bendita justo a tiempo, de modo que el utensilio de labranza salió despedido de las manos del muerto viviente y el radiante martillo siguió su letal trayectoria hasta impactar contra su torso. El engendro cayó al suelo y ya no se levantó nunca más.

Pero otros engendros ocuparon su lugar. Entonces Arthas escuchó el fogonazo y el crepitar que solían acompañar las descargas ígneas de Jaina y, de repente, otro hedor se añadió a aquella asquerosa miasma: el de la carne quemada. A su alrededor, por doquier, escuchó el entrechocar de las armas, los gritos de batalla proferidos por sus hombres y el crepitar de las llamas. En un momento dado, uno de aquellos cadáveres vivientes envuelto totalmente en llamas entró dando tumbos en la casa. Unos instantes después, el humo surgió por la puerta destrozada.

Entonces el príncipe tomó una decisión…

—¡Retirada! —gritó Arthas—. ¡Jaina! ¡Quema la granja! ¡Quémala hasta los cimientos!

Los hombres de Arthas eran soldados bien entrenados y tenían experiencia en todo tipo de combates, pero nunca se había enfrentado a algo así. Sin embargo, gracias a ese entrenamiento consiguieron superar su terror y obedecer las órdenes de su señor. Arthas miró a Jaina. La maga lucía una expresión grave en el rostro, tenía la mirada clavada en

aquella casa y en sus pequeñas manos el fuego crepitaba con tanta naturalidad que las llamas parecían tan inocuas como un ramillete de flores.

Una bola de fuego enorme, tan grande como un hombre, hizo estallar por los aires la morada. Arthas tuvo que levantar un brazo para protegerse de la explosión. Algunos de los cadáveres animados habían quedado atrapados allí dentro. Durante un instante, Arthas contempló fascinado la conflagración, incapaz de apartar la mirada de la casa. Acto seguido se obligó a centrar su atención en destrozar a los engendros que no habían perecido en la pira improvisada. Solo tardaron unos instantes en matar a todas aquellas aberraciones. Y esta vez murieron de verdad.

Durante un largo instante reinó el silencio, únicamente roto por el crepitar del fuego que consumían la casa en llamas. De improviso, el edificio profirió un prolongado suspiro y se desmoronó. En ese momento, Arthas dio gracias por no tener que ver cómo aquellos cadáveres se convertían en ceniza.

Tomó aire y se volvió hacia Jaina para hacerle una pregunta:

—¿Qué…?

—Los-los llaman los no-muertos —respondió Jaina mientras tragaba saliva.

La maga tenía la cara cubierta de hollín salvo en los lugares donde el sudor se había abierto paso.

—Que la Luz nos asista —masculló un Falric totalmente lívido. Parecía que sus ojos se le iban a salir de sus órbitas—. Creía que esas aberraciones solo eran cuentos para asustar a los niños.

—No; son reales, sin duda alguna. Aunque… nunca había visto uno hasta ahora. Ni esperaba verlos jamás. Los… eh… —Jaina interrumpió su explicación y respiró profundamente para calmarse y controlar su tono de voz—. Los muertos a veces permanecen en este mundo, si sus muertes se producen de un modo traumático. Ese es el origen de las historias de fantasmas.

Las explicaciones de Jaina resultaban muy reconfortantes tras tanto horror. Arthas se dio cuenta de que sus hombres la escuchaban ansiosos por entender qué demonios acababa de suceder. Jamás se había sentido más agradecido de que su examante fuera tan erudita.

—Se… se sabe que, en el pasado, algunos poderosos nigromantes lograron insuflar vida a algunos cadáveres. Como pudimos comprobar en la Primera Guerra, cuando los orcos fueron capaces de dotar de vida a esos esqueletos; como en la Segunda, con la aparición de los entes que acabarían conociéndose como los caballeros de la muerte —Jaina prosiguió su explicación como si estuviera recitando el pasaje de un libro en vez de explicando un horror que la mente apenas alcanzaba a comprender—. Pero como antes he mencionado, no había visto ninguno hasta ahora.

—Bueno, ahora sí que están muertos —aseveró uno de los hombres, a quien Arthas respondió con una sonrisa de ánimo.

—Gracias a sus espadas, la Luz y el fuego de Lady Jaina —añadió el príncipe, agradecido.

—Arthas, ¿me concedes un momento? —le rogó Jaina.

Se apartaron ligeramente del grupo mientras los hombres se limpiaban y recuperaban tras aquel desconcertante encuentro con el horror.

—Creo que ya sé qué vas a decir —aseguró Arthas—. Te enviaron con la misión de comprobar si esta peste era de naturaleza mágica. Por lo visto, así es. Se trata de magia nigromántica.

Jaina asintió con un gesto de la cabeza, sin pronunciar palabra. El príncipe miró de soslayo a sus hombres.

—Aún no hemos llegado a ninguna población importante. Pero cuando lo hagamos, tengo el presentimiento de que nos vamos a topar con más… no-muertos.

—Presiento que estás en lo cierto —dijo Jaina con gesto torvo.

En cuanto dejaron atrás aquel conjunto de granjas dispersas, Jaina se adelantó al resto del grupo para detenerse a continuación.

—¿Qué estás mirando? —le interrogó Arthas mientras se colocaba a su altura.

Jaina señaló al frente y el príncipe miró hacia el lugar en el que la maga tenía clavada su mirada: a lo lejos se divisaba un silo solitario en la cima de una colina.

—¿Qué sucede con ese granero? —inquirió Arthas.

—Con el granero, nada… —contestó Jaina mientras negaba con la cabeza—. Sin embargo, fíjate en la tierra de alrededor.

La maga desmontó, se arrodilló y palpó el suelo. A continuación se hizo con un puñado de tierra seca y hierba muerta que se dispuso a examinar. Tocó un diminuto insecto con el dedo, cuyas seis patas estaban encogidas tras haber muerto y, al instante, dejó que la tierra se le escapara de entre los dedos para que una ráfaga de ligero viento se la llevara muy lejos.

—Es como si la tierra que rodea ese granero estuviera… muriendo —concluyó Jaina.

La mirada de Arthas se desplazó de la maga a la tierra y entonces se percató de que estaba en lo cierto. A varios metros detrás de él la hierba era verde y tenía un aspecto saludable. Probablemente allí el suelo seguía siendo muy rico y fértil. Sin embargo, bajo sus pies y en la zona que circundaba el granero, todo parecía muerto, como si estuviesen en pleno invierno. No; esa no era una buena analogía, puesto que en invierno la tierra duerme, no muere. Aún queda vida aletargada en ella, dispuesta a despertar con la llegada de la primavera.

Pero allí no se detectaba rastro alguno de vida.

Arthas observó fijamente aquel granero, entornando sus ojos de color verdemar.

—¿Qué ha podido causar algo así? —preguntó el príncipe.

—No estoy segura. Esto me recuerda a lo que sucedió con el Portal Oscuro y las Tierras Devastadas. Cuando el portal se abrió, las fuerzas demoníacas que arrebataron a Draenor su energía vital se esparcieron por Azeroth y la tierra de alrededor del portal…

—… murió —dijo Arthas para completar la frase de Jaina.

Entonces se le ocurrió una idea.

—Jaina, ¿la plaga podría contagiarse al grano? ¿Y ser el agente transmisor de… esa energía demoníaca? —inquirió el príncipe.

—Esperemos que no —respondió la maga preocupada y señaló las cajas que unos hombres estaban sacando del granero—. Esos embalajes llevan el sello de Andorhal, el centro de distribución de los condados del norte. Si este grano puede extender la plaga, no habrá manera de saber cuántos pueblos pueden resultar infectados —indicó Jaina.

Pronunció estas palabras casi en un susurro; además, estaba lívida y parecía enferma. Arthas observó las manos de su examante, muy pálidas por culpa del polvo de aquella tierra muerta. El miedo se apoderó de repente de Arthas y la cogió de la mano sin más dilación. Cerró los ojos y murmuró una oración. Una luz cálida lo recorrió por dentro y enseguida pasó a la mano de la maga. Jaina lo miró confusa y luego bajó la vista para observar su propia mano, envuelta por la mano enguantada de Arthas. El horror transfiguró su rostro tras haberse percatado de que había escapado por muy poco de un posible fatal destino.

—Gracias —susurró Jaina.

El príncipe le devolvió una sonrisa temblorosa.

—¡Pónganse guantes! ¡Todos deben llevar guantes en esta área! ¡Sin excepción! —ordenó a sus hombres.

El capitán asintió y repitió la orden. Los hombres en su mayoría iban ataviados con armaduras que los cubrían por entero y, por tanto, ya llevaban guantes. Arthas hizo un gesto de negación con la cabeza, como si así pudiera exorcizar la angustia que aún hacía mella en su corazón. Pero no había razón que justificara tal inquietud, puesto que no percibía ningún rastro de aquel mal en Jaina.

Gracias a la Luz.

Besó a la maga en la mano. Jaina, conmovida, se sonrojó y le sonrió con dulzura.

—Cometí una estupidez. Lo hice sin pensar —reconoció Jaina.

—Por suerte para ti, yo estaba a tu lado —respondió Arthas.

—Nuestros papeles se han invertido —afirmó irónicamente mientras le ofrecía una amplia sonrisa y le besaba para quitarle hierro a aquel comentario.

* * *

El contenido de la misión ahora estaba más claro que nunca: debían encontrar y destruir todos los graneros infectados que pudieran. Al día siguiente, las tropas de Arthas se toparon con un par de sacerdotes quel'dorei, que como también habían percibido que una amenaza se cernía sobre esas tierras, habían venido a ofrecer su ayuda para sanar cuerpos y almas. Asimismo, les prestaron una ayuda mucho más tangible, puesto que indicaron a Arthas dónde se hallaba el almacén de grano de una aldea a la que se acercaban.

—Diviso unas cuantas casas ahí delante, señor —informó Falric.

—Muy bien —respondió Arthas—, avan…

El estruendo de una detonación lo cogió completamente desprevenido y su caballo retrocedió asustado.

—Pero ¿qué…? —alcanzó a decir.

Entonces miró hacia el lugar de donde había surgido el estallido. Si bien solo atisbó unas siluetas diminutas, apenas visibles, no cabía duda de que pertenecían a los responsables de la detonación.

—Eso es fuego de mortero. ¡Adelante! —ordenó Arthas.

El príncipe recuperó el control de su montura, tiró de las riendas para obligarla a girar y, de inmediato, galoparon hacia la fuente de aquel estruendo.

Varios enanos alzaron la vista al percatarse de que el grupo de hombres del príncipe de Lordaeron se aproximaba. Se sorprendieron tanto de ver a Arthas como este de verlos a ellos. El príncipe detuvo su corcel.

—¿Contra qué demonios están disparando tus hombres?

—Ah, estamos acribillando a estos malditos esqueletos, señor. ¡Toda esta maldita aldea está infestada de ellos!

Un escalofrío recorrió la columna de Arthas. Ya podía ver las familiares siluetas de los no-muertos acercándose con su característico modo de andar.

—¡Fuego! —gritó el líder de los enanos.

Varios esqueletos estallaron en pedazos que salieron volando en todas direcciones.

—Bueno, necesito su ayuda —sugirió Arthas—. Tenemos que destruir un granero en el otro extremo de la aldea.

El enano se volvió hacia él y lo miró inquisitivo.

—¿Un granero? —repitió como si no se creyera lo que acababa de escuchar—. ¿Los muertos vivientes nos atacan y a ti te preocupa un granero?

Arthas no tenía tiempo que perder en discusiones absurdas.

—Lo que hay dentro de ese granero es lo que está matando a esa gente —replicó mientras señalaba los restos de los esqueletos—. Y cuando mueren…

El enano abrió los ojos como platos.

—Ah, ahora lo entiendo. ¡Arriba, muchachos! ¡Vamos a ayudar a las tropas de este flacucho! —ordenó a sus hombres. Después, observó a Arthas con detenimiento y preguntó—: ¿Por cierto, quién eres tú exactamente, muchacho?

Incluso en medio de tanto horror, aquella pregunta tan descortés provocó que Arthas sonriera.

—El príncipe Arthas Menethil. ¿Y tú eres…?

El enano permaneció boquiabierto un instante, pero enseguida recobró la compostura.

—Soy Dargal. A tu servicio, alteza.

Arthas no malgastó más saliva en cortesías e intentó calmar a su montura lo suficiente como para que siguiera el ritmo de los demás. Aquel caballo era un corcel criado para batallar, y si bien no le había dado jamás ningún problema cuando luchaba contra orcos, estaba claro que no le gustaba el hedor que desprendían los no-muertos. No podía reprochárselo, aunque el nerviosismo del animal le llevó a pensar en Invencible, un caballo de gran valor que no sabía lo que era el miedo. El príncipe apartó ese pensamiento de su mente, puesto que solo era una distracción. Necesitaba centrarse, no llorar por un animal que estaba más muerto, sin duda alguna, que aquellos cadáveres que se movían con tanta torpeza y a los que estaban destrozando a morterazos.

Jaina y los soldados cubrían la retaguardia, remataban a los no-muertos que no habían sido destruidos totalmente por el fuego de los morteros y acababan con los que surgían por los flancos y a sus espaldas. Arthas se sentía lleno de energía y podía percibir cómo fluía dentro de él mientras movía el martillo de un lado a otro sin parar. Se sentía muy afortunado por la oportuna aparición de Dargal. Había tantos engendros no-muertos que no estaba seguro de que sus tropas hubieran podido con todos de haber tenido que enfrentarse a ellos en solitario.

Las unidades combinadas de humanos y enanos avanzaron lenta pero inexorablemente hacia el granero. A medida que se aproximaban, el número de no-muertos aumentaba, y para cuando divisaron los silos, contarlos era una tarea abocada al fracaso. Arthas desmontó de su asustado corcel y cargó contra los monstruos aferrando con fuerza el martillo que refulgía gracias al poder de la Luz. Ahora que la conmoción y el horror inicial ya habían pasado, descubrió que destrozar a esos engendros era incluso mejor que matar orcos. Tal vez estos fueran seres inteligentes y sensibles tal y como Jaina había afirmado, pero los engendros no eran más que cadáveres que iban de un lado a otro como

marionetas de cuyos hilos tiraba un retorcido titiritero nigromántico y que caían al cortar sus hilos.

Arthas esbozó una fiera sonrisa cuando dos no-muertos cayeron derribados de un solo golpe de su poderosa arma.

Daba la impresión de que estos engendros llevaban muertos más tiempo que los de la granja. El hedor que desprendían no era tan intenso y los cuerpos parecían estar momificados más que putrefactos. Varios de ellos, al igual que los de la primera oleada, solo eran esqueletos, meros huesos cubiertos de harapos o armaduras improvisadas que avanzaban tambaleándose hacia Arthas y sus hombres.

El acre olor de la carne quemada inundó las fosas nasales del príncipe, provocando que esbozara una sonrisa. Una vez más se sentía afortunado de contar con Jaina. Siguió luchando y aprovechó una ligera tregua para mirar a su alrededor jadeando. De momento no había perdido a ningún hombre y Jaina, a pesar de estar muy pálida por el esfuerzo, estaba ilesa.

—¡Arthas! —gritó Jaina con fuerza y claridad en medio de aquel estrépito.

El príncipe despachó al cadáver que intentaba decapitarlo con una guadaña y aprovechó la breve pausa que se pudo permitir a continuación para posar su mirada sobre la maga: Jaina apuntaba con las manos hacia lo alto, las palmas brillantes y los dedos relucientes por el fuego.

—¡Mira! —exclamó Jaina.

Arthas se volvió hacia el lugar que la maga le indicaba y entornó los ojos. Vio un grupo de magos vestidos de negro, vivos a juzgar por sus movimientos, que realizaban gestos extraños con el fin de invocar conjuros o dar órdenes para guiar a los no-muertos que se abalanzaban sobre ellos.

—¡Apunten ahí arriba! ¡Acaben con ellos! —gritó Arthas.

Los enanos dieron la vuelta a sus cañones y los hombres de Arthas cargaron abriéndose paso a mandobles entre los no-muertos, con la mirada fija en aquellos seres humanos vivos envueltos en túnicas negras. *Ya son nuestros*, pensó Arthas con sumo deleite.

En cuanto se vieron atacados por el fuego enemigo, los magos dejaron de dar órdenes. Los no-muertos a los que habían estado controlando se desorientaron repentinamente, y si bien seguían en pie, carecían de guía. De este modo eran blancos fáciles para los morteros enanos y los hombres de Arthas, que los despedazaban de un solo golpe. Los magos se agruparon y unos pocos, cuyas manos revoloteaban por doquier, comenzaron a invocar un hechizo. Arthas se percató de que se estaba produciendo un fenómeno que le resultaba familiar: se estaba formando un remolino en el aire, lo cual indicaba que intentaban crear un portal.

—¡No! ¡No permitan que escapen! —exclamó mientras aplastaba el pecho de un esqueleto con su martillo y, a continuación, describía con él un arco en el aire para reventar la cabeza de un no-muerto que se acercaba a él arrastrando los pies.

Solo la Luz sabe de dónde invocaron aquellos brujos a esa nueva remesa de muertos vivientes compuesta por más esqueletos, más cuerpos putrefactos y algo enorme y lívido que poseía demasiadas extremidades. El monstruo tenía el torso pálido y reluciente como el de un gusano, atravesado por suturas tan anchas como la mano de Arthas. Aquella aberración se asemejaba a una muñeca de trapo surgida de la mente de una niña perturbada. Su estatura lo hacía destacar por encima de los no-muertos, portaba unas armas espantosas en sus tres manos y tenía su único ojo clavado en Arthas.

Entonces Jaina apareció a su lado y le gritó:

—Por la Luz… ¡Esa criatura parece estar hecha de cuerpos diferentes!

—Mejor la estudiamos después de haberla matado, ¿te parece? —replicó Arthas y, de inmediato, cargó contra aquel engendro.

El experimento abominable se acercó a él emitiendo una serie de ruidos guturales y esgrimiendo un hacha tan grande como el propio Arthas. El príncipe se apartó de su trayectoria, rodó por el suelo y se puso en pie al instante para cargar contra esa monstruosidad desde atrás. Tres de sus hombres, dos de ellos armados con lanzas, hicieron lo mismo que él; y el monstruo horrendo fue despachado con suma celeridad. A pesar de estar batallando con fiereza, Arthas vio de soslayo que los magos atravesaban atropelladamente el portal y desaparecían todos en cuestión de segundos. Los no-muertos quedaron abandonados, inmóviles y sin saber adónde ir. La coalición de hombres y enanos acabó con ellos con facilidad.

—¡Maldita sea! —exclamó Arthas. Una mano le tocó el brazo y se sobresaltó antes de darse cuenta de que se trataba de Jaina. No estaba de humor para que lo reconfortasen o le dieran explicaciones; tenía que hacer algo, lo que fuera, para compensar la huida de aquellos hombres ataviados con túnicas negras—. ¡Destruyan ese granero, ahora! —ordenó a voz en grito.

—¡Sí, alteza! —replicó el líder de los enanos—. ¡Adelante, muchachos!

Los enanos avanzaron raudos y veloces, ansiosos por obtener alguna victoria aquel día. Los cañones avanzaron sobre cadáveres de no-muertos y aquella tierra muerta hasta que tuvieron el granero a tiro.

—¡Fuego! —gritó Dargal.

Los cañones bramaron como si fueran uno solo. En cuanto el granero se derrumbó, a Arthas le embargó una inmensa sensación de satisfacción.

—¡Jaina, quema lo que queda de ese granero! —le exhortó.

La maga ya estaba alzando las manos antes de que el príncipe formulara aquella orden. *Trabajamos muy bien en equipo*, pensó Arthas. Una enorme bola de fuego surgió de las manos de Jaina y el granero y su contenido se incineraron de inmediato. Aguardaron y observaron cómo ardía, para cerciorarse de que el fuego no se extendía. La tierra estaba muy seca y un incendio podría descontrolarse con facilidad.

Arthas se pasó una mano por su pelo rubio sudoroso y en punta. El calor que desprendía el granero resultaba tan agobiante que ansiaba sentir un poco de frescor. Se apartó unos metros y tocó una pálida aberración muerta con la bota de su armadura. Se le hundió el pie en la blanda carne y esbozó una mueca de repugnancia. Tras examinar el engendro más detenidamente, le dio la impresión de que ella tenía razón: ese monstruo había sido creado uniendo diversas partes de varios cuerpos.

Arthas procuró no estremecerse mientras Jaina se le acercaba.

—Esos magos… vestidos de negro… —indicó el príncipe.

—Me-me temo que eran nigromantes —apostilló Jaina—. Tal y como conjeturamos antes.

—Pero ¿qué…? ¡Puaj! —masculló Dargal.

El líder de los enanos los había seguido hasta aquel lugar y, en cuanto vio la abominación muerta, se le dibujó un gesto de repugnancia en la cara.

—Nigromantes. Magos que se han aventurado en el sendero de la magia negra, mediante la cual se puede levantar y controlar a los muertos. Resulta obvio que ellos y quienquiera que sea su amo se encuentran detrás de esta peste —les explicó Jaina.

A continuación alzó la vista y sus serios ojos azules se clavaron en Arthas.

—Quizá algún tipo de energía demoníaca esté relacionada con todo esto, pero me temo que nuestras hipótesis iniciales no eran del todo correctas —añadió la examante de Arthas.

—Nigromantes… Han creado esta peste para tener más carne de cañón con la que engrosar las filas de su ejército impío —masculló Arthas al tiempo que volvía la mirada hacia las ruinas envueltas en humo del granero.

—Quiero acabar con ellos. No… no; quiero acabar con su líder —afirmó el príncipe, cerrando los puños con fuerza—. ¡Con ese bastardo que está masacrando deliberadamente a mis súbditos! —Pensó en las cajas que habían visto antes y en el sello que lucían. Alzó la vista del suelo, contempló el camino y añadió—: Estoy casi seguro de que en Andorhal lo encontraremos a él y las respuestas que buscamos.



CAPÍTULO ONCE

Arthas estaba exigiendo demasiado a sus hombres y lo sabía; sin embargo, el tiempo era un recurso escaso que no podían desperdiciar. Sintió una punzada de culpa al ver a Jaina masticando un poco de carne seca mientras cabalgaban. Si bien a él la Luz le llenaba de energía cuando la utilizaba, Jaina se hallaba exhausta después del supremo esfuerzo que había tenido que hacer en la batalla; los magos extraían su poder de otras fuentes distintas. Pero no había tiempo para descansar, no cuando miles de vidas dependían de ellos.

Lo habían enviado a cumplir una misión: descubrir qué estaba ocurriendo con esa peste y detenerla. A pesar de que el misterio se iba desentrañando poco a poco, empezaba a dudar de que fuera capaz de detener aquella enfermedad. Nada era tan sencillo como parecía al principio. Aun así, Arthas no iba a rendirse. No podía rendirse porque había jurado hacer todo cuanto fuera necesario para detener la peste y salvar a su pueblo; y eso era precisamente lo que iba a hacer.

Divisaron y olieron el humo que se alzaba hacia el firmamento antes de llegar a las puertas de Andorhal. Arthas albergó la esperanza de que si la ciudad había sido destruida, quizá el grano hubiera sido quemado también; pero enseguida sintió un ramalazo de culpabilidad ante la crueldad inherente a ese pensamiento, Arthas ahogó el pensamiento con la acción y espoleó a su montura para que atravesara las puertas de la ciudad con rapidez. Esperaba ser atacado en cualquier momento.

A su alrededor no había más que edificios calcinados. El humo negro le irritó los ojos y le hizo toser. Examinó las inmediaciones a través de las lágrimas que anegaban sus ojos. Allí ya no quedaba ningún habitante vivo, pero tampoco no-muertos. ¿Qué había…?

—Creo que es a mí a quien buscan, hijos míos —dijo alguien con una voz cálida.

El viento cambió de dirección y se llevó el humo. Arthas descubrió entonces una figura envuelta en una túnica negra y que permanecía de pie muy cerca de ellos. La tensión se adueñó del príncipe: aquel tipo era el líder de los no-muertos. A pesar de que el rostro del nigromante apenas se entreveía bajo la sombra que proyectaba su capucha, Arthas fue

capaz de distinguir una sonrisa de suficiencia y ardió en deseos de borrársela de la cara. Tenía a su lado a dos de sus no-muertos mascota.

—Y me han encontrado. Soy Kel'Thuzad.

Jaina ahogó un grito al reconocer aquel nombre y se llevó una mano a la boca. Arthas la miró fugazmente, y, acto seguido, volvió a centrar toda su atención en su interlocutor. No dejó de sujetar con fuerza su martillo.

—He venido a hacerles una advertencia —aseguró el nigromante—: Dejen las cosas como están o su curiosidad los llevará a la muerte.

—¡Ya decía yo que esta magia corrupta me resultaba familiar! —exclamó Jaina, con la voz temblorosa por el enfado que sentía—. ¡Caíste en desgracia, Kel'Thuzad, por culpa de esta clase de experimentos! ¡Te advertimos de que estabas abocado al desastre! ¡Y no has conseguido aprender nada nuevo!

—Lady Jaina Proudmoore —dijo burlonamente Kel'Thuzad—. Me da la impresión de que la pequeña aprendiza de Antonidas ha crecido hasta convertirse en una mujer. Te equivocas, querida. Al contrario… como puedes ver, he aprendido mucho.

—¡Vi las ratas con las que experimentaste! —vociferó Jaina—. Aquello fue horrendo… Y ahora… te atreves a…

—He seguido con mis investigaciones y he perfeccionado el proceso —replicó Kel'Thuzad.

—¿Eres el responsable de esta plaga, nigromante? —inquirió Arthas la voz en grito—. ¿Es obra tuya este culto?

Kel'Thuzad se volvió hacia él y vio que sus ojos brillaban en la oscuridad de la capucha.

—Sí, ordené al Culto de los Malditos que distribuyeran el grano contaminado con la plaga. Pero no es solo mérito mío.

Antes de que Arthas pudiera replicar, Jaina no pudo refrenarse y preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Yo sirvo al Señor del Terror Mal'Ganis. ¡Él dirige la Plaga que purificará esta tierra y establecerá en ella un paraíso de eterna oscuridad!

La voz de aquel hombre provocó que un escalofrío recorriera a Arthas a pesar del calor de los fuegos que los rodeaban. No sabía qué era un Señor del Terror, pero el significado de la Plaga parecía estar mucho más claro.

—¿Y qué se supone que tiene que limpiar esta Plaga exactamente?

La boca de finos labios que se hallaba bajo un bigote blanco se curvó de nuevo para moldear una sonrisa cruel.

—Pues los seres vivos, obviamente. Su ya está en marcha. Búsquenlo en Stratholme si necesitan más pruebas.

Arthas se había hartado ya de tantas insinuaciones y burlas, de modo que gruñó, asió con fuerza el mango del martillo y cargó contra el nigromante.

—¡Por la Luz! —vociferó.

Kel'Thuzad ni se inmutó. Permaneció inmóvil y, en el último instante, el aire que lo rodeaba se retorció, se distorsionó y desapareció. De inmediato, las dos criaturas que habían permanecido en silencio al lado del nigromante agarraron a Arthas e intentaron hacerle caer al suelo mientras su fétido hedor competía con el olor del humo para asfixiarlo. Sin embargo, el príncipe se resistió y consiguió liberarse de su inmundo contacto. Acto seguido propinó a uno de ellos un golpe certero en la cabeza y el cráneo se hizo añicos como un frágil cristal; los sesos se desparramaron sobre la tierra mientras se derrumbaba. A continuación, Arthas se deshizo del segundo con la misma facilidad.

—¡Al granero! —gritó el príncipe mientras corría hacia su caballo y se montaba en él de un salto—. ¡Vamos!

Los demás se subieron a sus respectivas monturas y recorrieron veloces el sendero principal que atravesaba la ciudad quemada. Los graneros se alzaban ante ellos. El fuego no los había tocado a pesar de que las llamas parecían extenderse con celeridad por el resto de Andorhal.

Arthas obligó a su caballo a detenerse bruscamente y descabalgó. Corrió lo más rápido que le permitieron sus piernas hacia los almacenes de grano. Abrió la puerta de un empujón, exasperado, con la esperanza de ver un buen número de cajas apiladas unas sobre otras. La desolación y la ira se adueñaron de él en cuanto comprobó que las cámaras estaban vacías salvo por unos diminutos granos esparcidos aquí y allá, y los cadáveres de las ratas que yacían en el suelo. Durante unos instantes contempló la escena impotente, pero enseguida corrió a comprobar el siguiente granero; y el siguiente. Abrió todas las puertas a pesar de que ya supiera qué iba a encontrar allí dentro.

Todos los graneros estaban vacíos. Y llevaban así bastante tiempo, o eso cabía deducir por las capas de polvo que cubrían el suelo y las telarañas que colgaban de los rincones.

—Ya han salido los envíos —dijo Arthas con la voz entrecortada cuando Jaina se acercó a él—. ¡Hemos llegado demasiado tarde! —Golpeó la puerta con su mano enguantada y Jaina se sobresaltó—. ¡Maldita sea!

—Arthas, hemos hecho lo que hemos po…

Se volvió hacia ella furioso.

—Voy a dar con él. ¡Voy a dar con ese bastardo amante de los no-muertos y lo voy a desmembrar lentamente por lo que ha hecho! Ya veremos si luego alguien lo recompone con suturas, como ese bicho hecho de retales de cadáveres que hemos combatido antes.

Arthas salió de allí a toda prisa, temblando. Había fracasado. Había tenido al responsable de todo aquello delante de las narices y había fracasado. El grano se había repartido y solo la Luz sabía cuánta gente iba a morir por eso.

Por su culpa.

No. No iba a permitir que algo así sucediera. Iba a proteger a sus súbditos. Si hacía falta, moriría para salvarlos. Ante tales pensamientos, Arthas cerró con fuerza los puños.

—Nos vamos al norte —indicó a los hombres que lo seguían, que no estaban acostumbrados a ver a su normalmente plácido y cordial príncipe dominado por tal furia—. Ahí es adónde irá a continuación. Exterminémoslo como la alimaña que es.

Cabalgó como un poseso, galopando hacia el norte, mientras masacraba casi sin percatarse de ello a los torpes despojos de seres humanos que intentaban detenerlo. El horror de la peste ya no le afectaba; su mente se hallaba centrada en el hombre que tiraba de los hilos y en el repugnante culto que había perpetrado aquel funesto plan. Los muertos volverían a descansar muy pronto; no obstante, Arthas debía cerciorarse de que no habría más.

Un gran grupo de no-muertos se interponía en su camino. Las cabezas putrefactas se volvieron hacia Arthas y sus hombres, y echaron a andar hacia ellos.

—¡Por la luz! —gritó Arthas a la vez que espoleaba su caballo. Cargó contra los muertos, blandiendo su martillo y gritando incoherentemente, ventilando su ira y frustración en aquellos objetivos perfectos. Por fin, Arthas aprovechó unos segundos de tregua para mirar a su alrededor.

Divisó una alta figura envuelta en una capa negra que ondeaba al viento y que, a salvo del fragor del combate y lejos del campo de batalla, supervisaba todo sin arriesgar nada. Era como si les estuviera esperando.

Se trataba de Kel'Thuzad.

—¡Ahí! —gritó Arthas—. ¡Está ahí!

Jaina y sus hombres lo siguieron. La maga se abría paso con sus bolas de fuego y los soldados despedazaban a los no-muertos que no habían caído en la primera ronda de ataques. Arthas sintió cómo una justa ira circulaba por sus venas mientras se acercaba cada vez más al nigromante. Manejaba el martillo sin hacer apenas esfuerzo y sin fijarse en los engendros que derribaba. Arthas tenía la mirada fija en aquel hombre, si es que a aquel monstruo se le podía calificar como tal. Aquel ser era el responsable de todo: muerto el perro, se acabó la rabia.

Entonces Arthas alcanzó su objetivo. Un rugido salvaje de pura furia surgió de él mientras trazaba un arco con su deslumbrante martillo en paralelo al suelo, con el fin de golpear a Kel'Thuzad a la altura de las rodillas y que este saliera despedido volando. Entretanto, sus hombres se abrían camino en esa dirección, con sus espadas desgarrando y

desmembrando todo cuanto hallaban a su paso. Los soldados dieron rienda suelta a su frustración y cólera para acabar con la fuente de aquel desastre.

A pesar de todo su poder, de toda su magia, daba la impresión de que Kel'Thuzad podía, efectivamente, morir como cualquier otro hombre. El golpe que le había asestado Arthas le había destrozado las piernas y yacía en el suelo con los miembros doblados en extraños ángulos. Tenía la túnica empapada de sangre de un negro brillante que destacaba sobre el negro mate de la tela; y un hilillo de color rojo asomaba de la boca. Kel'Thuzad se incorporó apoyándose en los brazos y trató de hablar, pero solo logró escupir sangre y dientes. No obstante, lo volvió a intentar.

—Inocente, insensato —logró decir mientras tragaba sangre—. Mi muerte no cambiará nada a largo plazo… Porque ahora… la Plaga empieza el devastador azote de esta tierra…

Los codos del nigromante cedieron y, tras cerrar los ojos, se desplomó.

Su cuerpo se descompuso de inmediato. El proceso de putrefacción, que debería haber durado días, sucedió en escasos segundos: su carne palideció, se hinchó y se desgarró. Los hombres profirieron un grito ahogado y retrocedieron cubriéndose al instante la nariz y la boca. Algunos se giraron y vomitaron por culpa del nauseabundo hedor. Arthas observó aquel espantoso espectáculo horrorizado y fascinado al mismo tiempo y era incapaz de apartar la mirada. Por último, unos fluidos manaron a raudales del cadáver, su carne adoptó una consistencia cremosa y se tornó negra. La descomposición tan antinatural se ralentizó y Arthas, por fin, se volvió buscando jadeante aire fresco.

Jaina estaba mortalmente lívida y unas ojeras muy oscuras rodeaban sus ojos estupefactos. Arthas se acercó a ella y la alejó de aquella repugnante escena.

—¿Por qué le ha ocurrido eso? —preguntó el príncipe en voz baja.

Jaina tragó saliva e intentó calmarse. Una vez más, la maga pareció hallar fuerzas al abstraerse de la situación.

—Se cree que, eh, si los nigromantes no ejecutan sus hechizos de una forma absolutamente precisa, hum… si son asesinados, terminan… —la voz de Jaina se fue apagando y, de improviso, volvió a ser una jovencita que parecía enferma y conmocionada—… así.

—Vamos —le conminó Arthas con amabilidad—. Marchemos a Vega del Amparo. Hay que avisarles… Si es que no llegamos tarde.

Dejaron el cadáver allí donde había caído, sin volver a mirarlo. Entonces Arthas rezó en silencio a la Luz para implorar que no llegaran demasiado tarde. Si fracasaba de nuevo, no sabía lo que haría.

* * *

Jaina estaba exhausta. Sabía que Arthas quería llegar allí cuanto antes y compartía su inquietud. Era consciente de que había muchas vidas en juego. Por eso, cuando el príncipe le preguntó si sería capaz de cabalgar toda la noche sin parar, simplemente asintió.

Llevaban cuatro horas cabalgando cuando estuvo a punto de caerse de su montura. Estaba tan agotada que había perdido la consciencia durante unos segundos. El miedo se apoderó de ella y se aferró a la crin del caballo con todas sus fuerzas para evitar la caída, se volvió a subir a la silla y tiró de las riendas para que el corcel se detuviera.

Durante varios minutos permaneció inmóvil, asiendo las riendas fuertemente con manos temblorosas; hasta que Arthas se percató de que se había quedado rezagada. Jaina escuchó en la lejanía que el príncipe ordenaba parar a todos. La maga alzó la vista para observar en silencio cómo Arthas se acercaba a medio galope.

—Jaina, ¿qué ocurre?

—Lo-lo siento, Arthas. Sé que quieres llegar lo antes posible, y yo también, pero… estoy tan cansada que casi me caigo del caballo. ¿No podríamos parar, aunque solo fuera un instante?

O un par de días, pensó, que era lo que realmente quería decir. Sin embargo, las palabras que brotaron de sus labios fueron:

—Lo suficiente para comer algo y descansar un poco.

Arthas asintió y la ayudó a bajar del caballo. Después la llevó en brazos hasta el margen del camino, donde la dejó con sumo cuidado. Entonces Jaina rebuscó en su alforja con manos temblorosas y sacó un poco de queso. Estaba convencida de que el príncipe se alejaría para hablar con sus hombres de inmediato. Sin embargo, Arthas no se fue, sino que se sentó junto a ella. La impaciencia emanaba de él como el calor de un fuego.

Jaina mordió el queso y observó a Arthas mientras masticaba, estudiando así su perfil bajo la luz de las estrellas. Una de las cosas que más le gustaban de Arthas era lo accesible, humano y sensible que era siempre con ella. Pero ahora el príncipe estaba consumido por unas emociones tan intensas que estaba distante, como si estuviera a cientos de kilómetros de distancia.

Obedeciendo a un impulso, Jaina alzó una mano para acariciarle la cara. Arthas se sobresaltó, como si hubiera olvidado que Jaina estuviera allí y, al instante, esbozó una ligera sonrisa.

—¿Has acabado? —inquirió el príncipe.

Jaina se sintió contrariada. *Solo me ha dado tiempo a comer un trocito de queso*, pensó.

—No —contestó—, pero… Arthas, me preocupas. No me gusta cómo te está afectando todo esto.

—¿Te preocupa cómo me afecta a mí? —replicó—. Por la Luz. Mira cómo está afectando a mis súbditos: se mueren y pasan a convertirse en cadáveres vivientes, Jaina. He de detener esto. ¡Debo hacerlo!

—Claro que debemos acabar con esto, y haré todo lo posible por ayudarte, ya lo sabes. Pero… nunca te había visto sentir tanto odio.

Arthas se rió, profiriendo una carcajada gutural y cortante.

—¿Acaso quieres que me haga amigo de los nigromantes?

—Arthas, no tergiverses mis palabras. Eres un paladín. Un siervo de la Luz. Se supone que eres tanto un sanador como un guerrero y, sin embargo, lo único que percibo en ti es ansia por acabar con el enemigo —le replicó frunciendo el ceño.

—Empiezas a hablar como Uther.

Jaina no dijo nada. Estaba tan cansada, que le resultaba muy difícil organizar sus pensamientos de modo coherente. Dio otro mordisco al queso, concentrándose en obtener el alimento que tanto necesitaba su cuerpo. Por alguna razón, le costaba mucho tragar.

—Jaina… solo quiero que no muera más gente inocente. Eso es todo. Y… he de admitir que me siento muy contrariado porque no he podido evitar tanta muerte. Pero en cuanto esto haya acabado, ya verás como todo volverá a ser como antes. Te lo prometo.

Él le obsequió con una sonrisa y, por un instante, Jaina vio al Arthas de siempre, al apuesto príncipe. Ella le devolvió una sonrisa que esperaba que lo reconfortara.

—¿Ya has acabado?

Como solo le había dado dos mordiscos al queso, Jaina guardó el resto.

—Sí. Prosigamos.

* * *

El cielo acababa de pasar del color negro al gris ceniza del alba cuando escucharon un disparo. Arthas sintió que el corazón le daba un vuelco. Espoleó su caballo mientras el grupo seguía avanzando hacia el norte por aquel largo camino que atravesaba unas colinas engañosamente tranquilas. Justo a las puertas de Vega del Amparo divisaron a varios hombres y enanos armados con rifles que, sin duda, sabían cómo emplear aquellas armas. La brisa trajo, junto al olor de la pólvora, el dulce aroma del pan recién hecho.

—¡Alto el fuego! —ordenó Arthas mientras sus tropas ascendían al galope por el camino.

Tiró de las riendas de su montura con tanta fuerza que el corcel retrocedió sobresaltado.

—¡Soy el príncipe Arthas! ¿Qué sucede? ¿Por qué van armados de esa forma?

Se sorprendieron tanto al ver a su príncipe ante ellos que bajaron las armas.

—Señor, te juro que no te vas a creer lo que está ocurriendo.

—Explícamelo y ya veremos si me lo creo o no —contestó Arthas.

El príncipe no se llevó ninguna sorpresa al escuchar las primeras palabras que pronunció aquel hombre: los muertos se habían alzado y los atacaban. Lo que sí le sorprendió es que empleara el término un vasto ejército. En aquel instante, Arthas miró a Jaina. Parecía exhausta. Resultaba obvio que el breve descanso de la noche anterior no le había bastado para recuperar fuerzas.

—Señor —gritó uno de los exploradores que había enviado como avanzadilla y regresaba raudo y veloz—, ese ejército… ¡viene hacia aquí!

—Maldita sea —masculló Arthas.

Aquel reducido grupo de humanos y enanos podía salir victorioso de una escaramuza, pero no de un enfrentamiento contra un ejército de engendros. De inmediato tomó una decisión.

—Jaina, yo me quedaré aquí para proteger la ciudad. Tú ve todo lo rápido que puedas a contarle a lord Uther lo que ha ocurrido.

—Pero…

—¡Ve, Jaina! ¡Cada segundo es vital!

La maga asintió. *Que la Luz la bendiga a ella y a su sentido común*, pensó Arthas mientras esbozaba una sonrisa de gratitud. Al instante, Jaina se adentró en el portal que había creado y desapareció.

—Señor —le escuchó decir a Falric. El tono en que pronunció esa palabra obligó a Arthas a volverse—, será… mejor que eches un vistazo a esto.

Arthas miró hacia donde aquel hombre tenía clavada su mirada y el corazón estuvo a punto de salírsele del pecho. Por todas partes había cajas vacías… que portaban el sello de Andorhal…

Conservando la esperanza de que estuviera equivocado, Arthas preguntó con voz temblorosa:

—¿Qué contenían esos embalajes?

Uno de los hombres de Vega del Amparo lo observó desconcertado y le contestó:

—Solo un envío de grano de Andorhal. No hay de qué preocuparte, mi señor. Ya se ha repartido entre los habitantes para hacer pan con él.

Ese era el olor que había percibido al llegar: no era el típico aroma del pan recién hecho, sino que tenía un leve olor rancio y dulzón. Arthas entendió por fin lo que ocurría. Se tambaleó, aunque solo un poco, ante la enormidad de aquel desastre, ante el verdadero

alcance de aquel horror. El grano había sido distribuido… y de la nada había surgido un enorme ejército de no-muertos…

—Oh, no —susurró. Los hombres le miraron fijamente y Arthas intentó volver a hablar, pero no pudo articular palabra porque la voz todavía le temblaba. Aunque esta vez no de horror, sino de furia.

La peste no solo buscaba matar a sus súbditos. No, no; su finalidad era mucho más siniestra, mucho más retorcida. Buscaba transformarlos en…

Mientras ese pensamiento cobraba forma en su mente, el hombre que había respondido la pregunta de Arthas sobre las cajas sufrió un espasmo. Y no fue el único. Un extraño fulgor verde palpitante rodeó sus cuerpos y creció en intensidad. Se agarraron el estómago, cayeron al suelo y la sangre manó de sus bocas, empapando sus camisas. Uno de ellos extendió la mano hacia Arthas, implorando que lo curara. Pero Arthas, dominado por la repugnancia, retrocedió horrorizado mientras contemplaba cómo el hombre se retorcía de dolor y moría en cuestión de segundos.

¿Qué había hecho? Ese hombre le había rogado que lo curara, y Arthas ni siquiera había hecho ademán de mover un solo dedo. *¿Acaso esta afección puede curarse?*, se preguntó Arthas sin poder apartar la mirada del cadáver. *¿Acaso la Luz puede…?*

—¡Piadosa Luz! —exclamó Falric—. El pan…

Arthas se sobresaltó al escuchar esas palabras y abandonó el trance plagado de culpabilidad en el que se hallaba sumido. El pan… un alimento básico… tan sano y nutritivo… se había convertido en algo letal o aún peor. El príncipe abrió la boca para dejar escapar un grito con el que advertir a sus hombres, pero fue incapaz de articular sonido alguno.

La peste que contenía el grano actuó antes de que el estupefacto príncipe pudiera encontrar las palabras adecuadas.

Los ojos de uno de los muertos se abrieron, y, al instante, se enderezó con torpeza.

Así era cómo Kel'Thuzad había creado un ejército de no-muertos en un tiempo asombrosamente corto.

Una risa demente retumbó en los oídos de Arthas: era Kel'Thuzad riéndose victorioso como un lunático tras el umbral de la muerte. Arthas se preguntaba si se estaba volviendo loco tras haber sido testigo de tanto horror. Entonces los no-muertos se pusieron en pie dando tumbos y el príncipe por fin reaccionó y sintió que su lengua respondía a sus órdenes.

—¡Defiéndanse! —gritó Arthas golpeando con su martillo antes de que el no-muerto tuviera oportunidad de levantarse del todo.

Sin embargo, los demás no-muertos eran más rápidos, y tras ponerse en pie utilizaron las armas que en vida habrían blandido para proteger a Arthas. La única ventaja

que tenía el príncipe era que los no-muertos no manejaban muy diestramente armas y la mayoría de los disparos se alejaban bastante de sus objetivos. Entretanto, los hombres de Arthas atacaron con mirada salvaje y gesto adusto, triturando cráneos, decapitando y machacando a quienes habían sido sus aliados hacía unos instantes; decididos a acabar con ellos.

—¡Príncipe Arthas, ya han llegado las fuerzas de los no-muertos!

Arthas se giró de inmediato, con la armadura cubierta de sangre y vísceras, y abrió los ojos de par en par por la sorpresa.

Eran tantos que la vista no alcanzaba a distinguirlos a todos: esqueletos que llevaban mucho tiempo muertos, cadáveres frescos recientemente transformados y pálidas abominaciones con forma de gusano. Podía percibir el pánico. Habían luchado contra grupos muy numerosos de esos engendros, pero no contra algo así, no contra todo un ejército de muertos vivientes.

Arthas alzó su martillo al aire, que brilló con una intensidad inusitada y pareció cobrar vida propia.

—¡Manténganse firmes! —exclamó, y su voz ya no mostraba debilidad ni vacilación ni aspereza ni ira—. ¡Somos los elegidos de la Luz! ¡No caeremos!

Al instante, la Luz inundó su rostro, cuyas facciones expresaban su inquebrantable determinación, y, acto seguido, cargó.

* * *

Jaina estaba más agotada de lo que había querido reconocer. Apenas le quedaban reservas de poder tras tantos días de lucha sin haber descansado apenas, de modo que se desmayó tras completar el conjuro de teleportación. Supuso que había perdido el sentido solo por un instante, ya que cuando recuperó la consciencia vio a su maestro inclinado sobre ella y ayudándola a levantarse del suelo.

—Jaina… hija mía, ¿qué ocurre?

—Uther —logró articular Jaina—. Arthas… Vega del Amparo…

Alzó una mano y se aferró a la túnica de Antonidas.

—Nigromantes… Kel'Thuzad… reviven a los muertos para luchar…

Los ojos de Antonidas revelaron su sorpresa. Jaina tragó saliva y continuó:

—Arthas y sus hombres están combatiendo en Vega del Amparo solos. ¡Necesitan refuerzos de inmediato!

—Creo que Uther se encuentra en el palacio —replicó Antonidas—. Enviaré a varios magos para allá con órdenes de abrir tantos portales como sean necesarios para

transportar a todos los hombres que hagan falta. Has hecho bien, querida. Estoy muy orgulloso de ti, hija mía. Ahora descansa un poco.

—¡No! —gritó Jaina.

Luchó por incorporarse, pero apenas era capaz de ponerse en pie. Únicamente su férrea voluntad le permitió vencer el agotamiento mientras extendía una mano temblorosa para impedir que Antonidas se acercara a ella.

—He de volver con él. No te preocupes por mí. ¡Adelante!

* * *

Arthas había perdido la noción del tiempo y no sabía cuánto tiempo llevaba allí luchando. Ondeaba su martillo de aquí para allá sin cesar, los brazos le temblaban del esfuerzo y los pulmones le ardían. Sus hombres y él se mantenían aún en pie gracias al poder de la Luz, que fluía a través de él proporcionándole fuerza y firmeza. Los no-muertos se debilitaban ante tal poder, aunque esa parecía ser su única flaqueza. Tan solo si se les mataba con un golpe certero no volvían levantarse. Aunque Arthas se preguntó fugazmente si era posible matar algo que ya estaba muerto.

Sin embargo, seguían apareciendo más y más, una oleada tras otra. Sus súbditos se habían transformado en aquellos… engendros. Arthas alzó sus agotados brazos para asestar un nuevo golpe, cuando de pronto oyó una voz por encima del fragor de la batalla que Arthas conocía muy bien.

—¡Por Lordaeron! ¡Por el rey!

Los hombres recobraron los ánimos ante el apasionado grito de Uther *el Iluminado* y reanudaron su ataque. Uther venía acompañado de un nutrido grupo de caballeros, frescos y curtidos en mil batallas, que no eludieron a los no-muertos. Por lo visto Jaina, a pesar de lo extenuada que estaba, había atravesado el portal junto a Uther y el resto de caballeros. La maga había informado a los recién llegados de a qué se iban a enfrentar con el fin de evitar que perdieran unos preciosos segundos presas del aturdimiento al contemplar por primera vez a ese enemigo tan extraño e ignoto. Los no-muertos caían con más celeridad ahora y cada oleada era recibida con los fieros y apasionados ataques del martillo, la espada y la llama.

* * *

El último de los muertos vivientes estalló en llamas, se tambaleó y cayó, muerto al fin. Aquel hechizo consumió todas las fuerzas de Jaina, que se derrumbó cuando le fallaron las piernas. Alargó un brazo para hacerse con el pellejo de agua y bebió de él con ganas sin

dejar de temblar. Acto seguido dio buena cuenta de un poco de carne seca. La lucha había acabado… de momento. Arthas y Uther se quitaron sus respectivos yelmos. El sudor les había pegado el cabello a la frente. Mientras mordisqueaba la carne, Jaina observó cómo Uther contemplaba aquella montaña de cadáveres de no-muertos al tiempo que asentía henchido de satisfacción. Entretanto, Arthas observaba fijamente algo con gesto de aflicción. Jaina dirigió su mirada hacia el lugar que Arthas escrutaba y frunció el ceño sin entender muy bien lo que pasaba. Los cadáveres se hallaban por doquier; pero en su trance, Arthas no buscaba el cuerpo hinchado y plagado de moscas de uno de sus soldados, ni siquiera de un ser humano; sino de un caballo.

Uther se acercó a su pupilo y le dio una palmadita afectuosa en el hombro.

—Me sorprende que hayas mantenido las cosas en pie tanto tiempo, muchacho —le dijo henchido de orgullo y con una sonrisa en los labios—. Si yo no hubiera llegado justo en ese momento…

Arthas se volvió hacia él y le espetó:

—¡Mira, he hecho lo que he podido, Uther!

Tanto Uther como Jaina se quedaron estupefactos ante aquella respuesta tan brusca. El príncipe había reaccionado de manera desproporcionada: Uther no le estaba censurando, sino halagando.

—Si hubiera tenido una legión de caballeros cabalgando a mis espaldas, habría…

—¡No es el momento de dejarse llevar por el orgullo! Por lo que Jaina me ha contado, lo que hemos afrontado aquí era solo el principio —le respondió Uther entornando los ojos.

Los ojos verdemar de Arthas volaron hacia Jaina. Aún se sentía dolido por lo que consideraba un insulto y, por primera vez desde que Jaina lo conocía, esta se sintió atemorizada ante su mirada penetrante.

—¿No te has fijado en que las filas de no-muertos se refuerzan cada vez que uno de nuestros guerreros cae en batalla? —señaló Uther.

—¡Entonces deberíamos atacar a su líder! —replicó Arthas—. Kel'Thuzad me dijo quién era y dónde hallarlo. Se trata de… un Señor del Terror o algo similar. Se llama Mal'Ganis. Y se encuentra en Stratholme. Stratholme, Uther. El mismo lugar donde te convertiste en un paladín de la Luz. ¿Acaso ese lugar no significa nada para ti?

Uther suspiró cansado y contestó:

—Claro que sí, pero…

—¡Iré a Stratholme y mataré a Mal'Ganis con mis propias manos si es necesario! —gritó Arthas.

Jaina dejó de masticar y lo miró fijamente. Nunca lo había visto así.

—Tranquilo, muchacho. Por muy valiente que seas, no puedes aspirar a derrotar tú solo a un hombre que manda a los muertos.

—En ese caso eres libre de seguirme, Uther. Yo voy, contigo o sin ti.

Antes de que Uther o Jaina pudieran protestar, Arthas se subió a lomos de su caballo de un salto, tiró de las riendas para que el corcel girara la cabeza y se dirigió al sur.

Jaina se puso en pie, atónita. Arthas se había marchado sin la compañía de Uther, sin sus hombres… sin ella. Uther se acercó silenciosamente a Jaina y ella negó con la cabeza.

—Se siente responsable de todas esas muertes, Uther —le explicó al viejo paladín en voz baja—. Cree que debería haber sido capaz de detener todo esto. —Alzó la vista para mirar a Uther a la cara y añadió—: Si ni siquiera los magos de Dalaran, aquellos que advirtieron a Kel'Thuzad de que iba por mal camino, sospechaban qué tramaba; ¿cómo iba a saber Arthas que el nigromante tenía planeado este horror?

—Siente por primera vez el peso de la corona —afirmó con tranquilidad Uther—. Eso es nuevo para él. Pero forma parte de su aprendizaje, mi señora; forma parte de lo que ha de aprender para poder llegar a gobernar algún día sabiamente. Fui testigo de cómo Terenas luchó contra esos mismos fantasmas cuando era joven. Ambos son buenas personas, ambos quieren lo mejor para su pueblo, ambos quieren protegerlo y garantizar su felicidad. —El viejo paladín observó meditabundo cómo Arthas se perdía en la distancia—. Sin embargo, a veces no queda más remedio que elegir el mal menor. A veces no hay forma de arreglar las cosas. Arthas está aprendiendo ahora esa verdad —concluyó el viejo paladín.

—Creo que lo entiendo, pero… no puedo dejar que cargue él solo con esa responsabilidad sobre los hombros —dijo Jaina.

—Y no lo hará. En cuanto los hombres se hayan recuperado y estén preparados para emprender una larga marcha, seguiremos su rastro. Además, tú también deberías descansar.

Jaina negó con la cabeza.

—No. No debería dejarle solo.

—Lady Proudmoore, si me permites un consejo —replicó Uther con suma delicadeza—, tal vez sería conveniente que le dejemos un poco de espacio para que aclare sus ideas. Síguelo si crees que debes hacerlo, pero concédele tiempo para pensar.

Resultaba obvio qué quería decir. Si bien a Jaina no le gustaba su consejo, estaba de acuerdo con él. Arthas se sentía angustiado, furioso e impotente y no estaba en condiciones para razonar con él. Por esas razones, precisamente, no podía abandonarlo a su suerte.

—Muy bien —concluyó Jaina.

Se montó sobre su corcel y murmuró un hechizo. Y vio que Uther esbozaba una amplia sonrisa en cuanto se percató de que ya no podía verla.

—Seguiré a Arthas. En cuanto tus hombres estén listos, buscadme.

No podía seguirle desde muy cerca. Era invisible, pero no podía evitar hacer ruido. Jaina apretó con las rodillas las ijadas de su caballo para que avanzara a medio galope y poder así perseguir al brillante y taciturno príncipe de Lordaeron.

Arthas espoleó con ganas su caballo; estaba furioso porque no podía ir más rápido, porque aquel caballo no era Invencible, porque no había deducido a tiempo qué estaba sucediendo y no había podido detener la peste. La sensación de culpa lo abrumaba. Su padre había tenido que enfrentarse a los orcos; a unas criaturas de otro mundo que habían entrado a tropel en el suyo para conquistarlo de manera brutal y violenta. Arthas pensó ahora que luchar contra orcos no era más que un juego de niños. ¿Cómo se habrían enfrentado su padre y la Alianza a una peste que, además de matar gente, en una nueva vuelta de tuerca enfermiza que solo una mente trastornada podría encontrar divertida, insuflaba vida a los cadáveres para que lucharan contra sus propios amigos y familiares? ¿Acaso Terenas lo habría hecho mejor que él? Por un momento, Arthas pensó que sí, que Terenas habría resuelto el rompecabezas a tiempo para detener la peste y salvar a los inocentes, pero enseguida se percató de que nadie habría sido capaz de hacerlo. Ante aquel horror, Terenas habría fracasado igual que él.

Arthas estaba tan absorto en sus pensamientos que por poco no vio al hombre que se encontraba en medio del camino. Tiró con fuerza de las riendas presa del sobresalto y evitó así que su montura lo arrollara.

Disgustado, preocupado y furioso por haberse visto obligado a detenerse, Arthas le espetó:

—¡Necio! Pero ¿qué haces? ¡Podría haberte atropellado!

Aquel hombre no se parecía a nadie a quien Arthas hubiera visto anteriormente, pero aun así le resultó familiar. Era alto y de espaldas anchas, y lucía una capa que parecía hecha de unas plumas negras y brillantes. Si bien una capucha ocultaba sus rasgos, sus ojos brillaban con intensidad cuando se alzaron para observar a Arthas. La barba poblada de mechones grises dejó paso a una sonrisa blanquecina.

—No me habrías lastimado y necesitaba llamar tu atención —aseguró con una voz profunda y suave—. Hablé en su día con tu padre, joven. Pero no me escuchó. Por eso ahora acudo a ti.

Hizo una reverencia y Arthas frunció el ceño, pues parecía más una… burla que una señal de respeto.

—Debemos hablar —insistió el encapuchado.

Arthas resopló. Ahora sabía por qué ese extraño misterioso ataviado de una manera tan pintoresca le resultaba tan familiar. Según había comentado Terenas, se trataba de una especia de místico, de alguien que afirmaba ser un profeta. Una vez Arthas lo había visto transformarse en pájaro. Aquel hombre había tenido el descaro de presentarse ante Terenas en la sala del trono, con la intención de contarle unos cuantos disparates sobre el fin del mundo.

—No tengo tiempo para eso —gruñó Arthas, mientras asía las riendas de su caballo, dispuesto a marcharse.

—Escúchame, chico. —El tono de burla había desaparecido totalmente de la voz de aquel extraño, que restalló cual látigo y Arthas se vio obligado a escucharle a su pesar—. ¡Esta tierra está perdida! La sombra ya ha caído y nada de lo que hagas puede cambiarlo. Si quieres salvar de verdad a tu pueblo, guíalos hacia el otro lado del mar… hacia el oeste.

Arthas casi estalló en carcajadas en ese momento. Su padre tenía razón: se trataba de un demente.

—¿Huir? ¡Mi sitio está aquí, y mi único objetivo es defender a mi pueblo! No pienso abandonarlos a su suerte para que sufran una horrenda existencia. Daré con el responsable de esta peste y lo destruiré. Si piensas que actuaré de otro modo, eres un necio.

—Así que soy un necio, ¿eh? Supongo que sí, por haber pensado que el hijo sería más sabio que el padre —dijo mientras el brillo de sus ojos revelaban su preocupación—. Veo que ya has tomado tu decisión. Ni siquiera alguien que ve lo que tú no puedes alcanzar a ver te desviará de tu camino.

—Solo tengo tu palabra como prueba de que eres capaz de ver lo que mis ojos no aciertan a divisar. No obstante, sí sé qué veo ahora, y qué he visto, ¡por eso soy consciente de que mis súbditos me necesitan!

—No vemos solamente con los ojos, príncipe Arthas. También lo hacemos con la sabiduría y con nuestros corazones. No me iré sin hacerte una última predicción. Recuerda que cuanto más te esfuerces en acabar con tus enemigos, más rápido pondrás a tu gente en sus manos —le aconsejó el profeta esbozando una sonrisa teñida de tristeza.

Furioso, Arthas se dispuso a contestar, pero en ese mismo instante el extraño cambió de forma. La capa pareció envolverlo como si se tratara de una segunda piel. Unas alas lustrosas de color negro azabache brotaron de su cuerpo mientras menguaba hasta alcanzar el tamaño de un cuervo. El pájaro profirió un graznido discordante, que a Arthas le transmitió una sensación de inmensa frustración, y el pájaro que había sido un hombre se alzó en el aire, revoloteó y se fue volando. El príncipe observó inquieto cómo el cuervo se perdía en el horizonte. Aquel hombre parecía… estar tan seguro…

—Siento haberme ocultado, Arthas.

La voz de Jaina pareció surgir de ninguna parte. Sobresaltado, Arthas giró la cabeza bruscamente en un intento por dar con ella. Al instante, la maga se materializó ante él con aspecto contrito.

—Solo quería…

—¡No lo digas! —le interrumpió Arthas.

El príncipe vio cómo su reacción sobresaltaba y sorprendía a Jaina, cómo esos ojos azules se agrandaban por la sorpresa y, al momento, lamentó haber hablado de ese modo. Sin embargo, Jaina no tenía derecho a seguirlo de esa manera, no tenía derecho a espiarle.

—Solo quería decirte que ese hombre también acudió a Antonidas —insistió Jaina tras un instante de incómodo silencio, convencida de que tenía que seguir hablando a pesar de la reprimenda—. He-he de reconocer que percibí un poder tremendo en él, Arthas. —Sin desmontar Jaina se acercó al príncipe y alzó la cabeza para mirarlo a la cara—. En la historia del mundo, jamás ha habido nada similar a esta peste de no-muertos. No se trata de una batalla más, ni de otra guerra más; se trata de algo mucho peor y siniestro. Quizá no puedas usar las tácticas de antaño para ganar. Quizá ese hombre tenga razón. Quizá sea capaz de ver cosas que nosotros no podemos ver… Quizá sí sepa lo que ocurrirá.

Arthas se apartó de ella y apretando los dientes, replicó:

—Quizá. O quizá sea un aliado de Mal'Ganis. O un ermitaño loco. Nada de lo que diga me hará abandonar mi patria, Jaina. No me importa si ese loco ha visto el futuro. Vamos.

Cabalgaron en silencio durante un instante. Pero entonces Jaina añadió en voz baja:

—Uther nos seguirá. Solo necesitaba un poco de tiempo para que sus hombres pudieran estar preparados.

Arthas seguía mirando al frente; la cólera aún no lo había abandonado. Jaina lo volvió a intentar.

—Arthas, no deberías…

—¡Estoy harto de que la gente me diga qué debería o qué no debería hacer! —exclamó. Las palabras brotaron con tal brusquedad de su garganta que lo sobresaltaron tanto a él como a Jaina—. Lo que está sucediendo aquí supera todo lo imaginable, Jaina. Ni siquiera soy capaz de encontrar las palabras para definirlo. Estoy haciendo todo cuanto puedo. Si no piensas apoyar mis decisiones, quizá estés de más aquí —añadió mientras la contemplaba; y al mirarla, su gesto se suavizó—. Pareces tan cansada, Jaina. Quizá… quizá deberías regresar.

La maga negó con la cabeza. Evitó mirar a Arthas a los ojos y dijo:

—Me necesitas a tu lado. Puedo ayudarte.

La ira abandonó a Arthas, que cogió a Jaina de la mano. Los dedos enfundados en metal cubrieron los de la maga con ternura.

—No debería haberte hablado de esa forma. Lo siento. Me alegro de que estés aquí. Tu compañía siempre es motivo de gozo para mí.

Tras pronunciar esas palabras, se agachó y besó la mano de su amiga. Jaina se ruborizó y le obsequió con una sonrisa mientras dejaba de fruncir el ceño.

—Querido Arthas… —acertó a decir en voz baja.

El príncipe apretó la mano de la maga y, a continuación, la soltó.

Cabalgaron el resto del día sin hablar mucho más entre ellos y se detuvieron a acampar con la puesta de sol. Ambos se sentían demasiado cansados para salir a cazar carne fresca, así que solo comieron un poco de carne seca, unas manzanas y algo de pan. Arthas miró fijamente el pan que sostenía en las manos. Había sido horneado en palacio, lo habían hecho con grano cultivado allí, no en Andorhal. Un alimento sano, nutritivo y delicioso que olía a levadura y no tenía ese hedor dulce y empalagoso. Un alimento sencillo, básico, algo que todo el mundo, cualquiera, debería poder comer sin temor.

De repente sintió que se le cerraba la garganta y tuvo que soltar el pan, ya que era incapaz de dar un solo bocado. Se llevó las manos a la cabeza. Durante un instante, se sintió sobrepasado por las circunstancias, como si una ola de desesperación e impotencia se le hubiera echado encima de manera repentina. Jaina no pronunció palabra alguna; no tenía por qué, bastaba su sola presencia para reconfortarlo. Entonces Arthas suspiró profundamente, se volvió hacia ella y la abrazó.

La respuesta de Jaina fue besarlo con pasión: necesitaba consuelo y ánimo tanto como Arthas precisaba su aliento y su apoyo. El príncipe acarició con las manos su sedoso pelo dorado y se sumergió en su aroma. Aquella noche, durante unas pocas horas, se dieron un respiro, se perdieron el uno en el otro y no volvieron a pensar en la muerte, el horror, el grano infectado con la peste, los profetas ni en los caminos que debían escoger. Así, el mundo se tornó más pequeño y tierno y creyeron que estaban solos en él.



CAPÍTULO DOCE

Aún medio dormida, Jaina se despertó y extendió el brazo para tocar a Arthas. Pero el príncipe no estaba allí. Jaina se incorporó parpadeando. Arthas ya estaba levantado y vestido, y estaba preparando algún tipo de cereal caliente para desayunar. A pesar de que el príncipe sonrió al verla, su mirada expresaba sentimientos bien distintos. Jaina, indecisa, le devolvió la sonrisa, recogió su túnica, se la puso y se peinó con los dedos.

—He llegado a una conclusión —le espetó Arthas sin más preámbulos—. Anoche… no quise mencionarlo, pero debes saberlo.

Hablaba con un tono de voz totalmente monótono y Jaina sintió que algo en su interior se estremecía. Por lo menos no gritaba como había hecho el día anterior, pero esto era peor. El príncipe sirvió un bol de cereales calientes y se lo ofreció a Jaina. Esta dio buena cuenta de él mientras Arthas seguía hablando.

—Esta peste… estos no-muertos… —alcanzó a articular antes de tomar aire con fuerza—. Sabíamos que el grano era el portador de la peste. Sabíamos que mataba a la gente. Pero es mucho peor, Jaina. No solo los mata.

Parecía que las palabras se le atragantaban en la garganta. Jaina permaneció allí sentada un instante, mientras empezaba a entender qué quería decir Arthas. Creyó que iba a vomitar los cereales que acababa de comer y tuvo la sensación de que le costaba respirar.

—Los… transforma, de algún modo. Los convierte en no-muertos… ¿verdad? —inquirió Jaina.

Por favor, dime que me equivoco, Arthas, pensó la maga.

Pero el príncipe no pronunció esas palabras, sino que asintió con su cabeza coronada por un pelo rubio y añadió:

—Por eso aparecieron tantos a la vez. Si bien el grano llegó a Vega del Amparo hace poco… lo hizo con el tiempo suficiente para ser convertido en la harina con la que se hizo el pan.

Jaina miró a Arthas fijamente. Su mente era incapaz de abarcar… las implicaciones de aquella hipótesis.

—Por eso partí ayer raudo y veloz. Sabía que no podría derrotar a Mal'Ganis yo solo, pero… Jaina, no podía permanecer de brazos cruzados… No podía sentarme a acampar y a sacarle brillo a mi armadura, ¿sabes?

La maga asintió aturdida. Ahora sí lo entendía en toda su dimensión.

—Y ese profeta… Me da igual que creas que es muy poderoso. No puedo marcharme sin más y dejar que todo Lordaeron se transforme en… esto… Mal'Ganis, sea quien sea, sea lo que sea, ha de ser detenido. Debemos dar con todas y cada una de esas cajas repletas de grano contaminado y destruirlas.

Revelar esta impactante información pareció volver a alterar a Arthas, que se puso en pie para pasear de un lado a otro.

—¿Dónde demonios se ha metido Uther? —inquirió—. Ha tenido toda la noche para llegar aquí.

Jaina dejó a un lado los cereales a medio comer, se incorporó y terminó de vestirse. Los pensamientos discurrían por su mente a enorme velocidad en un intento por comprender la situación en su totalidad y de manera desapasionada, al intentar dar con la forma de combatirla. Sin mediar palabra, levantaron el campamento y se dirigieron a Stratholme.

El gris ceniza del alba se oscureció por culpa de las nubes que cubrieron el sol. Empezó a llover con intensidad. Tanto Arthas como Jaina se subieron las capuchas de sus respectivas capas para protegerse de la lluvia, pero Jaina se mojó igualmente y llegó temblando a las puertas de la gran ciudad. En cuanto detuvieron sus monturas antes de entrar, Jaina escuchó cierto bullicio a sus espaldas y se volvió. Vio a Uther y a sus hombres ascendiendo por el camino de tierra, que ahora era prácticamente un lodazal. A esas alturas, Arthas ya se había vuelto a encolerizar y recibió a Uther con una amarga sonrisa.

—Me alegro de que hayas podido venir, Uther —le espetó.

Si bien Uther era un hombre muy paciente, esta vez perdió los nervios. Arthas y Jaina no eran los únicos que soportaban una fuerte tensión.

—¡Controla tu tono cuando te dirijas a mí, chico! ¡Serás el príncipe, pero yo todavía soy tu superior como paladín!

—Como si pudiera olvidarlo —replicó Arthas. El príncipe subió raudo y veloz a un terreno elevado desde donde podía observar el interior de la ciudad, al otro lado de la muralla. Aunque no sabía que buscaba exactamente. Alguna señal de vida, de normalidad, tal vez. Alguna señal de que habían llegado a tiempo. Cualquier cosa que le permitiera albergar esperanzas de que aún podía hacer algo.

»Escucha, Uther, hay algo que debes saber sobre la plaga. El grano…

El viento cambió de dirección mientras conversaban y el aroma que alcanzó sus fosas nasales no fue en absoluto desagradable. No obstante, Arthas se sintió como si le

hubieran propinado un puñetazo en las entrañas. Aquel olor, aquel extraño y peculiar aroma de pan hecho con grano contaminado, era inconfundible en aquel aire húmedo cargado de lluvia.

Por la Luz, no. Ya lo habían molido, ya habían hecho el pan, ya…

La sangre abandonó el rostro de Arthas. Sus ojos revelaron que acababa de comprender el horror que encerraban aquellas murallas.

—Hemos llegado tarde. ¡Demasiado tarde, maldita sea! El grano… Esa gente… —intentó explicarlo de nuevo—. Toda gente ya ha sido infectada.

—Arthas… —comenzó a decir Jaina en voz baja.

—Puede que ahora parezcan normales, ¡pero que se transformen en no-muertos es solo cuestión de tiempo!

—¿Qué? —exclamó Uther—. ¿Te has vuelto loco, muchacho?

—No —respondió Jaina—. Tiene razón. Si han comido ese grano, se han contagiado… Y si están infectados… se transformarán.

Jaina no dejaba de darle vueltas en la cabeza. Tenía que haber algo que pudieran hacer. Antonidas le había contado una vez que si algo poseía naturaleza mágica, entonces podía ser combatido con magia. Si pudieran disponer de algo de tiempo para pensar, si pudieran calmarse y reaccionar de forma lógica sin dejarse llevar por las emociones, tal vez podrían hallar una cura para…

—Hay que purgar toda la ciudad —afirmó Arthas sin buscar la forma de suavizar sus palabras.

Jaina parpadeó. Estaba segura de que no podía estar hablando en serio.

—¿Cómo puedes siquiera pensarlo? —gritó Uther a su antiguo pupilo mientras se le acercaba—. Tiene que haber otra opción. No estamos hablando de una puñetera cosecha de manzanas ¡sino de una ciudad abarrotada de seres humanos!

—¡Maldición, Uther! ¡Debemos hacerlo! —rugió Arthas, encarándose con Uther.

Escasos centímetros separaban ambos rostros, y, por un momento aterrador, Jaina creyó que iban a desenvainar sus armas.

—¡Arthas, no! ¡No podemos hacer eso! —chilló, sin poder evitar que las palabras abandonaran sus labios.

El príncipe se volvió como un rayo hacia ella; sus ojos de color verdemar estaban nublados por la ira, el sufrimiento y la desesperación. Jaina se percató de inmediato de que Arthas realmente creía que esa era la única opción; realmente creía que la única forma de salvar las vidas de los que aún no estaban infectados era mediante el sacrificio de los que ya se encontraban condenados, de los que ya no podían ser salvados. El gesto de Arthas se suavizó mientras la maga seguía hablando en un intento por decir todo lo que tenía en la cabeza antes de que el príncipe la volviera a interrumpir.

—Escúchame. No sabemos cuánta gente hay infectada. Quizá algunos no hayan probado el grano; otros tal vez no hayan consumido una dosis letal. Ni siquiera sabemos cuál es la dosis letal. Sabemos tan poco sobre la peste… ¡No podemos masacrarlos como animales solo porque tengamos miedo!

Jaina no había elegido las palabras adecuadas y vio que Arthas se las tomó muy mal.

—Intento proteger a los inocentes, Jaina. Eso es lo que juré hacer.

—Esa gente es inocente… ¡Son víctimas! ¡No han elegido contagiarse voluntariamente! Arthas, hay niños ahí dentro. No sabemos si la peste les afecta o no. Ignoramos demasiadas cosas sobre esta epidemia como para tomar una solución tan… drástica.

—¿Y qué hacemos con los que sí están infectados? —preguntó él con una sorprendente y aterradora calma—. Matarán a esos niños, Jaina. Intentarán matarnos… y procurarán extenderse y seguir matando. Van a morir de un modo u otro; y cuando se levanten, harán cosas que en vida nunca jamás habrían hecho. ¿Qué harías tú, Jaina?

Jaina no había contado con verse enfrentada a tamaño dilema moral. Su mirada voló de Arthas a Uther, y regresó del viejo paladín al príncipe.

—No… no lo sé.

—Sí que lo sabes —le espetó Arthas. El príncipe tenía razón y ella lo sabía.

—¿Acaso si estuvieras en su lugar, no preferirías morir ahora que por culpa de la peste? ¿No preferirías morir como un ser humano racional a levantarte como un no-muerto que ataque a todos aquellos a quienes has amado, que destruya todo cuanto amaste en vida?

La maga frunció el ceño.

—Yo… Esa sería mi opción personal, sí. Pero no podemos tomar esa decisión por ellos. ¿Acaso no lo entiendes?

Arthas negó con la cabeza.

—No. No lo entiendo. Tenemos que purgar esta ciudad antes de que cualquiera de ellos se transforme. Sufrirán una muerte misericordiosa; además, la única forma de detener la peste es poniéndole fin aquí y ahora, de una vez por todas. Y eso es exactamente lo que voy a hacer.

Unas lágrimas de angustia asomaron a los ojos de Jaina.

—Arthas… concédeme un poco de tiempo. Solo un par de días. Puedo teleportarme para consultar con Antonidas, podríamos celebrar una reunión de emergencia. Tal vez podamos dar con una forma de…

—¡No tenemos un par de días! —Las palabras brotaron con una furia inusitada—. Jaina, esta peste hace mella en la gente en cuestión de horas. Minutos, tal vez. Fu-fui

testigo de ello en Vega del Amparo. No hay tiempo para deliberaciones o discusiones. Debemos actuar ya. Si no, será demasiado tarde. —Se volvió hacia Uther ignorando a Jaina—. Como tu futuro rey, ¡te ordeno que purgues la ciudad!

—¡Todavía no eres mi rey, chico! ¡Y tampoco obedecería esa orden si lo fueras!

Entonces, un manto de silencio cargado de tensión los envolvió.

Arthas… amado mío, mi mejor amigo… por favor, no lo hagas, rogó mentalmente Jaina.

—¿Tengo que considerarlo como un acto de traición? —dijo Arthas abruptamente con un gélido tono de voz.

Para Jaina aquella réplica fue aún peor que si le hubiera abofeteado en la cara.

—¿Traición? —farfulló Uther—. ¿Has perdido el juicio, Arthas?

—¿Tú crees? Lord Uther, en virtud de mi derecho de sucesión y de la soberanía de la corona, te relevo del mando y suspendo del servicio a tus paladines.

—¡Arthas! —exclamó Jaina, cuya lengua se había liberado a causa de la indignación—. Sencillamente no puedes…

El príncipe se giró con gran celeridad y le replicó furioso:

—¡Puedo! ¡Ya está hecho!

Si bien Jaina permaneció con la vista clavada en él, Arthas se volvió para mirar a sus hombres, que habían observado en silencio y con cautela cómo la discusión se había ido acalorando.

—Aquellos de ustedes que todavía quieran salvar esta tierra, ¡síganme! El resto… ¡fuera de mi vista!

Jaina se sintió marcada y asqueada. Iba a hacerlo de verdad. Arthas iba a marchar sobre Stratholme para acabar con todo hombre, mujer y niño que se hallara dentro de los confines de sus muros. La maga empuñó y aferró con fuerza las riendas de su montura. El caballo agachó la cabeza y su cálido aliento acarició la mejilla de la maga. Jaina sentía una gran envidia por la total ignorancia del animal.

Se preguntó si Uther atacaría a su antiguo pupilo. El paladín había jurado servir a su padre y seguía teniendo que cumplir su juramento aunque hubiera sido relevado del mando. Jaina vio que el caballero tensaba los músculos del cuello y apretaba los dientes con fuerza. Pero no atacó a su señor.

Sin embargo, la lealtad no refrenó su lengua.

—Acabas de sobrepasar un límite terrible, Arthas.

Arthas le miró brevemente y se encogió de hombros. Se volvió hacia Jaina, buscando su mirada, y por un instante, solo un instante, la maga vio lo que había debajo de tanta determinación: un joven bueno y responsable ligeramente asustado.

—¿Jaina?

Aquella palabra no era solo una mera palabra. Era tanto una pregunta como un ruego. Mientras la maga lo miraba de hito en hito, paralizada como un pájaro ante una serpiente, Arthas le ofreció una mano enguantada. Jaina la observó un momento, pensando en todas las veces que esa mano se había cerrado sobre la suya con delicadeza, en todas las veces que la había acariciado, en todas las veces que había brillado con luz sanadora al curar a los heridos.

Sin embargo, ahora no podía estrechar esa mano.

—Lo siento, Arthas. No quiero presenciar lo que vas a hacer.

Entonces la fría máscara del príncipe cayó y ya no pudo ocultar sus sentimientos por más tiempo. La conmoción y la incredulidad invadieron su rostro. Jaina no podía soportarlo ya más. Tragó saliva, los ojos se le anegaron de lágrimas y le dio la espalda. Uther la observaba con una mirada que combinaba compasión y aprobación. El viejo paladín le ofreció la mano para ayudarla a montar y la maga se mostró agradecida por su firmeza y serenidad. Jaina temblaba como una hoja y se aferró a su montura mientras esperaba a que Uther montara en su propio caballo. Cuando el paladín estuvo listo, cogió las riendas del caballo de Jaina y los dos se alejaron de aquel indescriptible horror que era lo peor que se habían encontrado hasta entonces en aquella terrible misión.

—¿Jaina? —escuchó decir a Arthas tras ellos.

La maga cerró los ojos y las lágrimas se deslizaron bajos sus párpados.

—Lo siento —volvió a susurrar Jaina—. Lo siento mucho.

—¿Jaina…? ¡Jaina!

* * *

Le había dado la espalda.

El príncipe no se lo podía creer. Durante un largo instante se quedó contemplando fijamente, estupefacto, cómo la silueta de Jaina se perdía en la lejanía. ¿Cómo podía abandonarlo de esa forma? Jaina lo conocía. Lo conocía mejor que nadie en el mundo, mejor que incluso él mismo. Jaina siempre lo había entendido. Su mente retrocedió de improviso a la noche en la que se habían convertido en amantes, bañados primero por el resplandor naranja del fuego del hombre de paja; y más tarde por el azul gélido de la luz de luna. Arthas la había abrazado y le había rogado…

«No reniegues nunca de mí, Jaina. Nunca reniegues de mí, por favor».

«Nunca lo haré, Arthas. Nunca».

Oh, sí, unas palabras bonitas, susurradas en un momento muy emotivo; pero ahora, cuando realmente importaba, eso era justo lo que Jaina había hecho: había renegado de él, lo había traicionado. Maldita sea, si la misma Jaina había admitido que de haberse

contagiado hubiera preferido que la mataran a convertirse en algo que profanase todas las leyes de la naturaleza. Pero ella lo había abandonado a su suerte. Arthas no creía que una puñalada en el estómago doliera más que aquella traición.

Entonces un pensamiento cruzó su mente de manera fugaz e intensa: *¿y si Jaina tiene razón?*

No. Eso era imposible. Porque si la tenía, estaba a punto de convertirse en un asesino de masas y sabía que no lo era. Lo sabía.

Meneó la cabeza como para sacudirse el terror que lo aturdía, se humedeció los labios que se habían secado repentinamente y tomó aire con fuerza. Algunos hombres se habían marchado con Uther. Muchos. Demasiados, a decir verdad. ¿Sería capaz de tomar la ciudad con los pocos que quedaban?

—Señor, si me permites —acertó a señalar Falric—, yo… bueno… preferiría que me cortaran en mil pedazos a convertirme en un no-muerto.

Se alzó un murmullo que expresaba aprobación y el ánimo de Arthas se inflamó, al tiempo que aferraba con fuerza su martillo.

—Lo que vamos a hacer aquí no es motivo de regocijo —aseveró—, sino consecuencia de una necesidad imperiosa: detener la peste, aquí y ahora, con el menor número de bajas posibles. Los que se encuentran entre estos muros ya están muertos. Nosotros lo sabemos, ellos todavía no y debemos matarlos rápida y limpiamente antes de que la peste lo haga por nosotros. —Miró a sus hombres de uno en uno, orgulloso de aquellos soldados que no habían rehuido sus responsabilidades—. Deben ser asesinados y sus casas han de ser destruidas para que esas moradas no se conviertan en refugio de aquellos a los que ya no podemos salvar —afirmó Arthas, mientras sus hombres asentían y asían vigorosamente sus armas—. Esta batalla no será memorable ni gloriosa, sino horrenda y dolorosa. Lamento de todo corazón que sea necesaria. Pero en lo más hondo de mi ser sé que tenemos que hacerlo. —Alzó el martillo y exclamó—: ¡Por la Luz!

En respuesta a su grito de batalla, sus hombres rugieron y levantaron sus armas. A continuación, Arthas se giró hacia la puerta, inspiró aire con fuerza y cargó.

Acabar con los que ya habían muerto y se habían sublevado fue muy fácil. Eran el enemigo; ya no eran humanos sino viles criaturas que una vez habían estado vivas, de modo que aplastarles los cráneos o decapitarlos no suponía mayor dificultad que acabar con una bestia rabiosa. En cuanto a los demás…

Los habitantes de la ciudad contemplaron a los soldados y a su príncipe, primero confusos y luego llenos de horror. Al principio, la mayoría ni siquiera hizo ademán de ir a por sus armas; conocían los tabardos que portaban esos hombres que se suponía que venían a protegerlos y no a matarlos. No alcanzaban a comprender por qué los mataban. El sufrimiento se adueñó del corazón de Arthas en cuanto derribó al primero: se trataba de un

joven, recién pasada la pubertad, que lo miró con unos ojos castaños teñidos de incomprensión y alcanzó a pronunciar:

—Mi señor, ¿por qué…?

Antes de que Arthas gritara de angustia por lo que se veía obligado a hacer, antes de aplastar el pecho del muchacho de un martillazo, se percató por un instante de que su martillo ya no irradiaba Luz. Quizá la Luz también se sentía apenada de que fuera necesario cometer aquella atrocidad. Si bien un sollozo se gestó en su fuero interno, logró contenerlo y refrenarlo y, a continuación, se volvió hacia la madre del muchacho.

Pensó que pasado un tiempo sería más fácil. Pero no fue así. Es más, cada vez se sentía peor. No obstante, Arthas se negaba a dar su brazo a torcer. Además, los hombres lo observaban como ejemplo; si vacilaba, ellos también vacilarían y entonces Mal'Ganis habría triunfado. Así que mantuvo su yelmo cerrado para que no pudieran verle el rostro y él mismo prendió las antorchas que quemaron los edificios repletos de gente que se habían encerrado en su interior. Aquel espectáculo dantesco y los gritos horripilantes no iban a impedir que cumpliera su cometido.

Fue todo un alivio que algunos ciudadanos de Stratholme decidieran resistirse, puesto que entonces entró en juego el instinto de autodefensa. Aunque aquellos granjeros no tenían ninguna posibilidad frente a unos soldados profesionales y un paladín excelentemente adiestrado. No obstante, eso mitigó la horrible sensación de… bueno, de que los estaban matando como animales, tal y como lo había descrito Jaina.

—Te he estado esperando, joven príncipe.

Aquella voz resonó en lo más profundo de su mente y sus oídos y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Era una voz potente y… no había otra forma de describirla… malvada… Lo cual era lógico, pues pertenecía a un Señor del Terror, o al menos así lo había llamado Kel'Thuzad: un nombre siniestro para un ser siniestro.

—Soy Mal'Ganis.

Algo similar al júbilo se apoderó de Arthas. Su presencia en ese lugar justificaba sus actos. Mal'Ganis, el responsable de la peste estaba allí, y cuando los hombres de Arthas, que también habían escuchado aquella voz, se volvieron en busca de su dueño, las puertas de una casa donde unos ciudadanos se habían escondido se abrieron de par en par y unos muertos vivientes, cuyos cuerpos refulgían con un fulgor verde y enfermizo, surgieron raudos y veloces de ellas.

—Como puedes ver, tu pueblo es mío. Y ahora convertiré esta ciudad, casa por casa, hasta que la llama de la vida se haya apagado… para siempre —afirmó Mal'Ganis riéndose.

Aquella risa era perturbadora, profunda, cruel y siniestra.

—¡No te lo permitiré, Mal'Ganis! —rugió Arthas, con el corazón henchido de orgullo por el convencimiento de que lo que hacía era justo—. ¡Prefiero que estas gentes mueran a mis manos a que sean tus esclavos en la muerte!

El Señor del Terror volvió a reírse y desapareció tan misteriosamente como había aparecido; y Arthas regresó al combate al ver que una multitud de no-muertos cargaba contra él.

Arthas no fue capaz de saber cuánto tiempo les llevó matar a todo ser vivo, y muerto, de la ciudad. Pero, al fin, lograron completar su atroz misión. El príncipe estaba exhausto, tembloroso y asqueado por el olor a sangre y humo, y por el hedor dulzón del pan contaminado que flotaba en el aire a pesar de que la panadería era ahora un edificio en llamas. La sangre y el icor cubrían lo que antes había sido una brillante armadura. No obstante, aquello aún no había acabado. El príncipe sabía perfectamente qué iba a suceder a continuación y aguardaba a que ocurriera; y un instante después llegó su enemigo, que descendió del cielo para posarse sobre el tejado de uno de los pocos edificios que permanecían intactos.

Arthas se quedó estupefacto. Esa criatura era enorme. Su piel era de color gris azulado, como si se tratara de piedra que hubiera cobrado vida. Unos cuernos surgían de su cráneo desprovisto de pelo, curvándose hacia delante y arriba, y dos poderosas alas como las de los murciélagos se extendían a su espalda a modo de sombras con vida propia. Sus piernas, protegidas por placas metálicas adornadas con púas e imágenes perturbadoras de huesos y calaveras, se curvaban hacia atrás y acababan en forma de pezuñas. La luz de sus refulgentes ojos verdes iluminaba unos dientes afilados desnudos gracias a una sonrisa de desprecio.

Arthas levantó la vista y observó a aquella criatura presa del terror e incapaz de creer lo que tenía delante de sus ojos. Había escuchado relatos sobre él; había visto dibujos en libros antiguos, tanto en la biblioteca de su hogar como en los archivos de Dalaran. Pero contemplar esa cosa tan monstruosa alzándose amenazante sobre él bajo un cielo carmesí y negro por el humo y el fuego, era algo totalmente distinto…

Un Señor del Terror era un demonio surgido de las entrañas del mito. No podía ser real, sin embargo ahí estaba, delante de él en toda su espantosa gloria.

Un Señor del Terror.

El miedo amenazaba con atenazar a Arthas, que sabía que si dejaba que lo dominara, estaba perdido y moriría a manos de aquel monstruo… sin siquiera luchar. De modo que hizo acopio de toda su férrea voluntad y ahogó ese terror instintivo con otra emoción más positiva: el odio. La furia. Pensó en aquellos que habían caído bajo su martillo, tanto en los muertos como en los vivos, tanto en los necrófagos hambrientos como en las mujeres aterradas y los niños asustados que no entendían que asesinándolos

intentaba salvar sus almas. Sus rostros le insuflaron nuevas fuerzas. No podía ser que hubieran muerto en vano. De algún modo, Arthas logró reunir el coraje necesario para mirar a los ojos al demonio mientras asía con vigor su martillo.

—Vamos a acabar con esto ahora mismo, Mal'Ganis —gritó con voz fuerte y firme—. Solo tú y yo.

Ante esa sentencia, el Señor del Terror inclinó hacia atrás la cabeza y se rio.

—Bonitas palabras —observó el demonio con un tono de voz estruendoso—. Por desgracia para ti, no se acabará aquí.

Mal'Ganis sonrió ampliamente y sus labios negros se apartaron, dejando a la vista unos dientes puntiagudos.

—Tu viaje apenas acaba de comenzar, joven príncipe.

Con un gesto de una mano provista de unas garras largas y afiladas que brillaban bajo la luz de las llamas que seguían ardiendo y consumiendo la gran ciudad, señaló a los hombres de Arthas y declaró:

—Reúne tus fuerzas y ve a mi encuentro en la tierra ártica de Rasganorte. En ese lugar te será revelado tu verdadero destino.

—¿Mi verdadero destino? —La voz de Arthas se quebró a causa de la ira y la confusión—. Pero ¿qué…?

Las palabras se ahogaron en su garganta a medida que el aire que circundaba a Mal'Ganis comenzaba a titilar y a girar conformando un patrón muy familiar.

—¡No! —aulló el príncipe.

Se abalanzó sobre él a ciegas, temerariamente, y habría acabado partido en dos en un abrir y cerrar de ojos si el hechizo de teleportación no se hubiera completado. Arthas chilló de manera incoherente, blandiendo en el aire su martillo, que apenas resplandecía.

—¡Te perseguiré hasta los confines de la tierra si es necesario! ¿Me oyes? ¡Hasta los confines de la tierra!

Desquiciado, furioso, fuera de sí, blandió su martillo a lo loco contra la nada hasta que el puro agotamiento le obligó a bajarlo. Lo apoyó en el suelo y se reclinó sobre él, sudando y temblando a causa de los sollozos de frustración e ira.

Hasta los confines de la tierra.



CAPÍTULO TRECE

Tres días después, Lady Jaina Proudmoore caminaba por las calles de lo que hasta hace poco había sido una ciudad orgullosa; la gloria del norte de Lordaeron que ahora solo podía ser el escenario de una pesadilla.

El hedor era insoportable. Se cubrió el rostro con un pañuelo generosamente impregnado de esencia de flor de paz en un intento por filtrar parte de aquella pestilencia. Pero tan solo tuvo éxito en parte. Fuegos que tendrían que haberse consumido por sí mismos, o haberse abatido al menos un poco por falta de combustible, continuaban ardiendo y las llamas alcanzaban gran altura. Jaina supo así que eran obra de una magia tenebrosa. La fetidez de la putrefacción se mezclaba con el olor acre del humo que le irritaba los ojos y la garganta.

Los cuerpos yacían en el lugar donde habían caído, la mayoría de ellos desarmados. Las lágrimas se acumulaban en los ojos de Jaina y se deslizaban por sus mejillas mientras avanzaba como sumida en un trance, pasando por encima de los hinchados cadáveres con sumo cuidado. Un quejido de angustia se le escapó en cuanto se percató de que Arthas y sus hombres, llevados por una extraña concepción de la compasión, no habían perdonado ni siquiera a los niños.

¿Acaso esos cadáveres que yacían inmóviles y rígidos por la muerte se habrían alzado para atacar a los vivos si Arthas no los hubiera asesinado? Tal vez. Muchos de ellos sí, seguramente. De lo que no cabía ninguna duda era de que el grano había sido distribuido y consumido. Pero ¿se habían comido todo el grano? La maga nunca lo sabría, y el príncipe, tampoco.

«Jaina, te lo vuelvo a pedir, acompáñame», le había rogado Arthas con un tono de voz apremiante, pero estaba claro que su mente se hallaba a miles de leguas de distancia. «Se ha escapado. He salvado a los habitantes de la ciudad de convertirse en sus esclavos, pero… en el último instante se ha escapado. Se encuentra en Rasganorte. Acompáñame».

Jaina cerró los ojos. No quería recordar esa conversación que había tenido lugar hacía día y medio. No quería recordar el aspecto de Arthas, lo frío, iracundo y distante que

le había parecido. Ni su obsesión por atrapar a ese Señor del Terror, ¡que era un demonio, por la Luz!, sin que le importara nada más.

Jaina tropezó con un cuerpo y sus ojos contemplaron de nuevo el horror que había desatado el hombre al que había amado… y seguía amando a pesar de todo; no sabía cómo ni por qué pero, que la Luz se apiadara de ella, Jaina seguía amando a Arthas…

«Arthas… es una trampa. Es un señor demoníaco. Si-si en Stratholme fue capaz de eludirte, sin duda alguna te derrotará en su territorio, donde será más fuerte. No vayas… por favor…».

Habría deseado lanzarse a sus brazos para obligarlo a quedarse junto a ella. Arthas no podía ir a Rasganorte; sería su fin. Y aunque el príncipe había sido el causante del fin de muchas personas, Jaina había descubierto que era incapaz de desear la muerte del príncipe.

—Tanta muerte… —murmuró—. No puedo creer que Arthas haya podido hacer esto. —Sin embargo, sabía que así era. Toda una ciudad había perecido a sus manos…

—¿Jaina? ¡Jaina Proudmoore!

Jaina se sobresaltó y abandonó repentinamente el desagradable trance gracias a una voz familiar que pertenecía a… Uther. Una extraña sensación de alivio la invadió al volverse en la dirección de la que provenía el saludo. El anciano paladín siempre la había intimidado un poco; era tan grande y poderoso y… bueno… estaba ligado de un modo tan íntimo a la Luz. Recordó con una incongruente punzada de culpa que ella y Arthas se habían burlado en su juventud de la santurronería de Uther. Para ellos aquella devoción rozaba lo pomposo y lo mojigato y les había resultado muy sencillo reírse del caballero a sus espaldas. Era un blanco fácil. Sin embargo, hacía tres atroces días, ella y Uther se habían enfrentado a Arthas.

«Juraste que nunca renegarías de mí, Jaina», la había acusado Arthas con un tono de voz hiriente como la gélida hoja de un cuchillo. «Pero cuando más he necesitado tu apoyo, tu comprensión, te has vuelto en mi contra».

«Yo no… tú… eh… Arthas, no sabíamos bastante como para…».

«Y ahora, además, te niegas a ayudarme. Parto a Rasganorte, Jaina. Sabes que me gustaría tenerte a mi lado para que me ayudes a detener el mal. Entonces, ¿por qué no quieres acompañarme?».

Jaina hizo una mueca de disgusto. Uther se percató de ello, pero no dijo nada. Iba ataviado con una armadura que lo cubría por entero a pesar del calor causado por esos fuegos que ardían de manera antinatural. Se acercó con celeridad a la maga. En aquel momento, su gran estatura e imponente presencia transmitían a Jaina una sensación de fuerza y solidez en vez de intimidación. El viejo paladín no la abrazó, sino que la cogió con delicadeza de los brazos con la intención de hacerle sentirse cómoda.

—Pensé que podría encontrarte aquí. ¿Adónde ha ido, niña? ¿Adónde ha llevado Arthas a su ejército?

—¿Su ejército? —inquirió Jaina, abriendo los ojos exageradamente.

—Ha asumido el mando de toda la flota de Lordaeron y ha partido con ella. Solo sabemos que ha enviado un breve mensaje a su padre al respecto, aunque ignoramos por qué lo han obedecido sin haber recibido órdenes directas de sus comandantes —aseguró Uther, aunque más que hablar parecía que gruñía.

—Porque es su príncipe. Porque adoran a Arthas. Además, no saben qué ha pasado… aquí —respondió Jaina, esbozando una triste sonrisa.

Una punzada de dolor atravesó las duras facciones de Uther y el paladín asintió.

—Sí —replicó él con voz queda—. Siempre ha tratado bien a los hombres que le han servido. Saben que se preocupa realmente por ellos, darían su vida por él.

Aquellas palabras estaban teñidas de pesar. Eran ciertas, ya que en su momento Arthas se había merecido contar con una devoción incondicional.

«Y ahora te niegas a ayudarme…».

Uther la zarandeó ligeramente, trayéndola de vuelta al presente.

—¿Sabes adónde ha podido llevar a la flota, hija mía?

Jaina inspiró profundamente y contestó:

—Vino a mí antes de partir. Le rogué que no fuera. Le dije que parecía una trampa…

—¿A dónde…? —insistió Uther, inflexible.

—Rasganorte. Ha ido a Rasganorte a dar caza a Mal'Ganis, el señor demoníaco responsable de la peste. A quien no pudo derrotar… aquí.

—¿Un señor demoníaco? ¡Maldito sea ese chico! —explotó Uther. El exabrupto sobresaltó a Jaina—. Tengo que informar al rey Terenas.

—Intenté detenerlo —reiteró Jaina—. En ese entonces… y cuando él… —Con un gesto señaló en vano al número casi inconcebible de muertos que les hacían compañía en silencio. Se preguntó por enésima vez si podría haber hecho algo más para impedir aquello; si de haber dado con las palabras adecuadas para conmover a Arthas, habría podido persuadirlo—. Pero fracasé.

Te he fallado, Arthas. He fallado a toda esta gente… Me he fallado a mí misma, pensó Jaina.

La pesada mano enguantada de Uther se posó sobre el esbelto hombro de la maga y entonces el paladín le dijo:

—No seas muy dura contigo misma, niña.

—¿Tan obvio resulta que me siento responsable? —comentó, sonriendo con desgana.

—Cualquiera que albergue una migaja de compasión en su corazón se preguntaría lo mismo que tú, lo mismo que yo.

Jaina alzó la mirada, sorprendida por la confesión que acababa de escuchar.

—¿Tú también? —le interrogó Jaina.

El viejo paladín asintió; tenía los ojos inyectados en sangre a causa de la fatiga, y en las profundidades de su mirada Jaina detectó un sufrimiento tan tremendo que conmovió a Jaina.

—No podía luchar contra él, puesto que sigue siendo mi príncipe. Pero no puedo evitar preguntarme… si podría haberme interpuesto en su camino. Si podría haber dicho o hecho algo más. —Uther suspiró y negó con la cabeza—. Tal vez sí, o tal vez no. Pero el pasado, pasado está, y las decisiones que tomé no pueden deshacerse. Los dos debemos mirar al futuro, Jaina Proudmoore. No has tenido nada que ver con esta… carnicería. Gracias por informarme de su paradero.

—Me siento como si lo hubiera vuelto a traicionar —confesó la maga mientras bajaba la cabeza.

—Jaina, quizá le hayas salvado… y no solo a él sino a todos los hombres que lo acompañan y que ignoran en qué se ha convertido.

Jaina se sobresaltó ante las palabras que había escogido el paladín y le miró a los ojos fijamente.

—¿En qué se ha convertido? ¡Sigue siendo Arthas, Uther!

La mirada del anciano reflejaba una angustia insondable.

—Sí, lo es. Pero ha tomado una decisión espantosa… cuyas consecuencias aún no alcanzamos a prever. No sé si podrá desandar el camino que ha empezado a recorrer —reflexionó Uther mientras se giraba y observaba los cadáveres—. Ahora sabemos que los muertos pueden alzarse de la muerte para llevar una existencia que no puede calificarse como vida y que los demonios existen realmente. Me pregunto si existirán también otros fenómenos que creíamos que solo habitaban en el territorio del mito, como pueden ser los fantasmas. Si es así, nuestro príncipe camina directo hacia las fauces del mayor de los espantos.

El anciano paladín hizo una reverencia ante ella y añadió:

—Aléjate de este lugar, mi señora.

—No, aún no estoy preparada —contestó la maga negando con la cabeza.

Uther intentó descifrar la mirada de la maga y, acto seguido, asintió y respondió:

—Como quieras. Que la Luz te ampare, Lady Jaina Proudmoore.

—Y a ti, Uther *el Iluminado*.

La maga sonrió lo mejor que pudo y observó al paladín alejarse poco a poco. Sin duda alguna, Arthas consideraría que lo había traicionado de nuevo, pero si de ese modo lograba salvarle la vida, Jaina podría vivir con ello.

El hedor comenzaba a superar los límites que su testarudez le permitía soportar. Aun así, Jaina se detuvo para echar un vistazo rápido a su alrededor. Una parte de ella se preguntaba por qué se hallaba en aquel lugar; la otra conocía la respuesta. Se encontraba allí para que aquellas imágenes quedaran grabadas a fuego en su mente, para entender la verdadera gravedad de lo que había sucedido. Nunca, jamás debía olvidarlo. Si bien desconocía si Arthas podría desandar o no el camino elegido, sí sabía que lo que allí había ocurrido no debería convertirse jamás en una mera nota a pie de página en los libros de historia.

En ese momento, un cuervo descendió lentamente del cielo. Sintió ganas de echar a correr para espantarlo y proteger así los cadáveres destrozados de aquellos desdichados; pero aquel pájaro solo hacía lo que su naturaleza le dictaba. No poseía una conciencia que le indicara que lo que estaba haciendo era ofensivo para la sensibilidad del ser humano. Jaina observó al cuervo un instante y, entonces, no pudo creer lo que veían sus ojos.

El ave comenzó a difuminarse, a cambiar y crecer, de modo que, donde momentos antes se había posado un carroñero, se alzaba un hombre. La maga se quedó boquiabierta al reconocerlo: era el mismo profeta al que había visto en dos ocasiones.

—¡Tú!

El hombre inclinó la cabeza y le obsequió con una extraña sonrisa con la que le dijo sin pronunciar palabra: «Yo también te reconozco». Era la tercera vez que veía a esa mujer: la primera cuando había intentado convencer a Antonidas y la segunda cuando se había acercado a Arthas. En ambas situaciones, la maga se había ocultado bajo un hechizo de invisibilidad; no obstante, resultaba obvio que aquel conjuro no había servido para nada.

—Los muertos de esta tierra permanecerán inmóviles por el momento, pero no te dejes engañar. Tu joven príncipe solo encontrará la muerte en el frío norte.

Aquellas palabras que le esperó sin miramientos hicieron que Jaina se estremeciera.

—Arthas está haciendo lo que cree justo —replicó la maga.

Jaina decía la verdad. Fueran cuales fuesen los defectos de Arthas, este había sido totalmente sincero al afirmar que, desde su punto de vista, purgar Stratholme era la única opción válida para acabar con la peste.

Esa contestación pareció suavizar la agresividad que anidaba en la mirada del profeta.

—Por encomiable que eso sea —afirmó el profeta—, sus pasiones serán su perdición. Ahora te toca a ti, joven hechicera.

—¿Cómo? ¿De mí?

—Antonidas no me escuchó. Terenas y Arthas, tampoco. Tanto los reyes de los hombres como los maestros de la magia han dado la espalda al verdadero entendimiento. Sin embargo, creo que tú no lo harás.

El aura de poder que envolvía a aquel hombre era evidente. Jaina casi podía verla girando en torno a él, embriagadora e intensa. El profeta se acercó más a la maga y apoyó una mano sobre el hombro de Jaina, que le miró con ojos confusos.

—Tú tienes que llevar a tu gente al oeste, a las antiguas tierras de Kalimdor. Solo ahí puedes combatir a la sombra y salvar este mundo de la llama.

Jaina miró al profeta a los ojos y supo que decía la verdad. No la estaba controlando, ni obligando; sino que Jaina sabía, en lo más hondo de su corazón, que lo que el hombre decía era verdad.

—Yo… —acertó a decir mientras tragaba saliva con dificultad. Guardó silencio y contempló por última vez el holocausto que había causado el hombre al que había amado y aún amaba; y por fin asintió—. Haré lo que me pidas.

Entretanto, que Arthas cumpla el destino que ha escogido. No tengo otra opción, pensó la maga.

—Llevará tiempo reunirlos a todos y convencerles de que han de creerme —comentó Jaina.

—No creo que dispongan de ese tiempo. Ya se ha desperdiciado demasiado —observó el profeta.

Jaina alzó el mentón y dijo:

—He de intentarlo. Si sabes tanto sobre mí, seguro que ya sabes que nunca me rindo.

El hombre cuervo sonrió y dio la sensación de que se relajó un poco al escuchar esa respuesta. Además, Jaina recibió una palmada afectuosa en el hombro.

—Haz lo que creas que debes hacer, pero no te retrases demasiado. La arena del reloj se acaba con rapidez, y cualquier retraso podría resultar fatal.

La maga asintió sin pronunciar palabra; estaba demasiado sobrecogida para hablar. Había tanta gente a la que debía informar; entre ellos, Antonidas. Si había alguien a quien prestaría atención, sería a ella. Jaina hablaría en nombre de aquellos muertos y ofrecería su testimonio como testigo. Hablaría de aquella muerte que había tenido lugar porque habían creído estúpidamente que no era necesario retirarse a Kalimdor.

La silueta del profeta menguó y cambió de forma. Se convirtió de nuevo en la de un pájaro negro que ascendió a gran velocidad hacia el cielo con un poderoso batir de alas. De algún modo, en cuanto le pasó rozando la cara, Jaina percibió que el aire que desplazaron esas alas negras no olía a carroña, ni a humo, ni a muerte. Olía a aire limpio y fresco. A esperanza.



CAPÍTULO CATORCE

Rasganorte era el nombre de aquella tierra; y la bahía Cubredaga, el emplazamiento donde la flota de Lordaeron había atracado. El agua, profunda y picada a causa del inclemente viento, era de un color azul grisáceo. Los acantilados estaban salpicados aquí y allá de tenaces pinos que dotaban de una defensa natural a la pequeña zona llana donde Arthas y sus hombres acampaban. Además, el agua de una cascada cercana caía a plomo desde gran altura, provocando una lluvia de espuma. Con todo, era un lugar mucho más agradable de lo que Arthas había esperado, al menos. Ciertamente no parecía el típico hogar de un señor demoníaco.

Arthas saltó del bote y avanzó chapoteando hasta la orilla. No dejaba de mirar a su alrededor sin perder detalle del paisaje que lo rodeaba. El viento lloraba como un niño perdido y revolvía su largo pelo rubio al acariciarlo con sus gélidos dedos. Junto a él, uno de los capitanes de barco que había tomado el mando de la flota sin consultar con el rey se estremecía de frío y daba palmas para intentar entrar en calor.

—Esta tierra está abandonada de la mano de la Luz, ¿verdad? ¡Apenas se ve el sol! Si bien este viento ululante le hiela a uno los huesos, ni siquiera tú tiemblas un poco.

Arthas, un tanto sorprendido, se dio cuenta de que lo que afirmaba aquel hombre era cierto. Sentía el frío como si lo acuchillaran sin piedad, pero no temblaba.

—Mi señor, ¿te encuentras bien?

—Capitán, ¿están aquí todas mis fuerzas? —preguntó Arthas sin siquiera molestarse en responder.

No contestó porque era una estupidez. Claro que no se encontraba bien. Lo habían obligado a masacrar a toda una población para poder detener una atrocidad aún peor. Para colmo, tanto Jaina como Uther le habían dado la espalda y un señor demoníaco aguardaba su llegada.

—Casi. Solo hay unos pocos barcos que…

—Muy bien. Nuestra prioridad es establecer un campamento base con defensas adecuadas. No podemos saber qué nos aguarda allí fuera, en las sombras.

Aquellas órdenes mantendrían al capitán callado y ocupado. Arthas prestó toda su ayuda y se esforzó tanto como los hombres que mandaba en erigir un refugio básico para las tropas. Añoró la capacidad de Jaina para manejar las llamas cuando tuvieron que encender las hogueras bajo aquella oscuridad y un frío cada vez mayores. Maldición, la extrañaba tanto; pero aprendería a no echarla de menos. Le había fallado justo cuando más la necesitaba y no estaba dispuesto a entregar su corazón a una persona así por más tiempo. Su corazón debía ser fuerte y no blando, decidido y no dubitativo. Si quería derrotar a Mal'Ganis, no podía permitirse mostrarse débil. No podía albergar compasión.

La noche transcurrió sin ningún incidente. Arthas permaneció despierto dentro de su tienda hasta altas horas de la madrugada, examinando con atención los mapas incompletos de la región que habían conseguido. Cuando por fin se durmió, soñó con algo gozoso y aterrador a la vez. Volvía a ser joven, tenía toda la vida por delante y cabalgaba a lomos del glorioso caballo blanco al que tanto amaba. Una vez más eran como un solo ser, estaban perfectamente acoplados y nada podía pararlos. Pero incluso soñando, Arthas sintió cómo el terror se adueñaba de él cuando apremió a Invencible a realizar aquel funesto salto. La angustia, que no menguaba lo más mínimo por el hecho de saber que era un mero sueño, recorrió de nuevo todo su ser como un terremoto. Y una vez más desenvainó la espada y atravesó con ella el corazón a su devoto amigo.

Pero esta vez… esta vez se percató de que empuñaba una espada muy distinta al arma sencilla y humilde que había sostenido en sus manos en aquel espantoso momento. Esta vez se trataba de una espada enorme que debía asir con ambas manos; ornamentada con motivos muy hermosos. Las runas brillaban en toda su extensión. Una niebla gélida y azul emanaba de ella, tan fría como la nieve sobre la que yacía Invencible. Cuando retiró la espada, Arthas vio que su caballo no estaba muerto, sino que Invencible relinchó y se levantó totalmente curado e, incluso, más fuerte que antes. El caballo tenía ahora el pelaje luminoso en vez de mero color blanco y brillaba con intensidad. Entonces Arthas, que se había quedado dormido sobre los mapas, se despertó y se enderezó de repente con lágrimas en los ojos y un sollozo de júbilo en los labios. Estaba seguro de que aquello era un presagio.

Si bien el día amaneció gélido y gris, el príncipe se había puesto en pie antes del alba, deseoso de explorar esas tierras para dar con el rastro del Señor del Terror. Arthas sabía que se encontraba allí sin duda alguna.

Pero el primer día solo se toparon con unos pocos y reducidos grupos de no-muertos. A medida que pasaban los días y exploraban más y más terreno, la desesperación empezó a hacer mella en Arthas.

A nivel racional, era consciente de que Rasganorte era un continente muy vasto apenas explorado, de que Mal'Ganis era un Señor del Terror y no sería fácil dar con él, y

de que los puñados de no-muertos con los que se habían topado hasta entonces eran una buena señal. Pero no la única. Aquel demonio podía estar en cualquier sitio… o en ninguno. El hecho de que le hubiera revelado que lo esperaría en Rasganorte podría haber sido una elaborada estratagema para apartar a Arthas de su camino. Así el demonio tendría vía libre para retomar sus planes y…

No. Si se planteaba las cosas así, se volvería loco. El Señor del Terror era arrogante y estaba seguro de que, al final, sería capaz de derrotar al príncipe humano. Arthas tenía que creer que estaba allí en alguna parte. Debía creerlo. Claro que eso también significaba que Jaina tenía razón. Si en efecto Mal'Ganis estaba allí, estaba claro que era una trampa. Ninguno de los pensamientos que rondaban su mente era optimista; y cuantas más vueltas les daba, más se acrecentaba su inquietud.

Pasaron dos semanas hasta que el príncipe encontró por fin algo que le hizo abrigar cierta esperanza. Se habían separado en grupos después de que la primera pareja de exploradores regresara con la noticia de que por delante los aguardaban más grupos de no-muertos y más numerosos que los anteriores. Y los encontraron… pero despedazados y muertos, yaciendo sobre la tierra helada. Antes de que Arthas pudiera formar un pensamiento coherente, sus hombres y él se vieron sorprendidos por fuego enemigo.

—¡A cubierto! —gritó Arthas.

Todos buscaron parapeto donde pudieron: tras un árbol, una roca e incluso algún que otro banco de nieve. El ataque cesó tan abruptamente como se inició y entonces se escuchó un alarido.

—¡Por todos los demonios! ¡Ustedes no son no-muertos! ¡Están todos vivos!

Arthas reconoció aquella voz y pertenecía a alguien con quien nunca hubiera imaginado que pudiera encontrarse en esa tierra desolada. Solo había una persona capaz de jurar de manera tan entusiasta y, por un instante, se olvidó de por qué había ido allí y a quién estaba buscando. Solo sintió el júbilo y la nostalgia que conlleva recordar tiempos pasados.

—¿Muradin? —exclamó Arthas estupefacto, presa del regocijo—. Muradin Bronzebeard, ¿eres tú?

El rechoncho enano abandonó la protección que le proporcionaba una hilera de armas para observar con cautela a quien hablaba. El ceño fruncido que dominaba su rostro dio paso a una enorme sonrisa.

—¡Arthas, muchacho! ¡Nunca hubiera imaginado que fueras tú el que vendría a rescatarnos!

El enano avanzó hacia Arthas con la cara más oculta que nunca por una frondosa barba mucho más hirsuta de lo que el príncipe recordaba, si es que eso era posible. Además, tenía más arrugas alrededor de los ojos que ahora entornaba debido al júbilo.

Muradin abrió los brazos, corrió hacia Arthas y lo abrazó por la cintura. Arthas se echó a reír, y por la Luz que hacía tiempo que no se reía; y abrazó a su viejo amigo e instructor. Cuando al fin se separaron, el príncipe comprendió el verdadero sentido de las palabras que acababa de pronunciar Muradin.

—¿Rescatarlos? Muradin, yo ni siquiera sabía que estabas aquí. He venido a… —empezó a decir, pero entonces calló. Decidió que era mejor no revelar cierta información de momento, ya que no sabía cómo reaccionaría Muradin si le contaba la razón que lo había traído hasta allí, así que decidió sonreír al enano y añadir—: Pero eso puede esperar. Vamos, viejo amigo. Hemos montado un campamento base no muy lejos de aquí. Me da la impresión de que tanto a ti como a tus hombres les vendría bien comer algo caliente.

—Y tampoco le haríamos ascos a un buen trago de cerveza —replicó Muradin sonriendo.

Una sensación de alegría invadió la atmósfera cuando Arthas, Muradin, Baelgun, lugarteniente de Muradin, y los demás enanos entraron en el campamento. Incluso el frío eterno de aquel lugar pareció menguar un poco. Si bien Arthas sabía que los enanos estaban acostumbrados a los climas fríos y eran gente robusta y fuerte, percibió que el alivio y la gratitud asomaban en aquellos rostros barbudos cuando les ofrecieron unos cuencos de estofado caliente. Aunque le resultó muy difícil, Arthas se mordió la lengua para refrenar las preguntas que ansiaban brotar de sus labios hasta que Muradin y sus hombres fueron atendidos adecuadamente. Después indicó con una seña al enano que se uniera a él en un lugar un tanto apartado del centro del campamento, cerca de donde se alzaba su tienda.

—Muy bien, Muradin —acertó a decir Arthas mientras su antiguo instructor comenzaba a devorar la comida caliente con la regularidad y aparente insaciabilidad de una máquina gnoma bien engrasada—, ¿me dices ahora qué estaban haciendo aquí?

Muradin dio otro bocado y un buen trago a la cerveza para facilitar así el tránsito de los alimentos.

—Verás, muchacho, esa información no es algo que uno deba compartir con todo el mundo.

Arthas asintió, mostrando así que entendía lo que le estaba insinuando. Él también prefería ser cauteloso, por eso solo unos pocos miembros de la flota que comandaba conocían la verdadera razón por la que se hallaban en Rasganorte.

—Aprecio que confíes en mí, Muradin.

Al instante, el enano le propinó una palmadita en el hombro.

—Te has convertido en un hombre gallardo, ya lo creo, muchacho. Bueno, si eres capaz de arreglártelas en esta tierra dejada de la mano de la Luz, tienes derecho a saber lo que mis hombres y yo estamos haciendo aquí. Buscamos un objeto legendario —reveló

mientras entornaba los ojos y tragaba cerveza. Después se limpió la boca y prosiguió—. Mi pueblo siempre ha estado interesado en los objetos únicos y extraños, como bien sabes.

—Así es —replicó Arthas. Recordó haber escuchado en su día algo acerca de que Muradin había ayudado a fundar una organización llamada la Liga de Exploradores, que tenía su sede en Forjaz, y sus miembros viajaban por todo el mundo para adquirir conocimientos y buscar tesoros arqueológicos—. Así que se trata de un asunto de la Liga —dedujo Arthas.

—Sí, en efecto. He estado aquí muchas otras veces. Esta es una tierra extrañamente cautivadora que no revela sus secretos con facilidad… Eso la vuelve muy intrigante. —El enano rebuscó en su alforja, de donde sacó un diario encuadernado en cuero, que daba la impresión de haber conocido días mejores. Se lo lanzó a Arthas soltando un gruñido. El príncipe lo cogió y lo hojeó por encima. Contenía cientos de bocetos de criaturas, paisajes y minas.

—Aquí hay mucho más de lo que parece a primera vista —afirmó Muradin.

Al ver aquellos dibujos, Arthas no tuvo más remedio que mostrarse de acuerdo con él.

—Nuestra actividad se centra básicamente en investigar —continuó el enano—. En aprender.

Arthas cerró el diario y se lo devolvió a Muradin.

—Cuando nos han visto, parecían sorprendidos… de toparse con alguien que no fuera un no-muerto. ¿Cuánto tiempo llevan aquí? ¿Y qué es lo que han aprendido? —inquirió el príncipe.

Muradin rebañó los restos del estofado del cuenco con un trozo de pan y lo dejó limpio como una patena. También se comió el pan. Después suspiró levemente y contestó:

—Ah, cómo echo de menos los dulces que solía preparar el pastelero de tu palacio —comentó mientras buscaba su pipa—. En respuesta a tu pregunta, hace mucho que sabemos que algo raro sucede aquí. Es como si una… fuerza estuviera creciendo. Se trata de algo malo y va a peor. He hablado con tu padre al respecto; creo que este poder no se contentará solo con Rasganorte.

Arthas reprimió una oleada repentina de sensaciones contrapuestas de preocupación y emoción; no obstante, procuró mantener la compostura.

—¿Crees que podría suponer un peligro para mi pueblo?

Muradin se echó hacia atrás y encendió la pipa. El aroma del tabaco favorito del enano, cuya familiaridad fuera de lugar en esa tierra extraña le resultó reconfortante, llegó hasta la nariz del príncipe.

—Sí, lo creo. Y también creo que estos malditos no-muertos tienen algo que ver con ello.

Arthas decidió que había llegado la hora de compartir información. Con celeridad pero con calma, le contó a Muradin lo que sabía sobre el grano contaminado por la peste y sobre Kel'Thuzad y el Culto de los Malditos. También le habló de su primer encuentro con los no-muertos, con aquellos granjeros transformados en horribles engendros. Le informó de cómo había sabido que Mal'Ganis, un Señor del Terror encarnado, era quien se hallaba tras la peste, y de la burlona invitación que el demonio le había hecho para que fuera a Rasganorte.

También mencionó Stratholme fugazmente.

—La peste había llegado hasta allí —indicó—. Así que tuve que cerciorarme de que Mal'Ganis no tenía más cadáveres a su disposición para sus innobles fines.

Con esa información bastaba. Si bien todo cuanto había contado era verdad, no estaba seguro de que Muradin entendiera que Arthas se había visto obligado a cometer aquel acto horrendo. Jaina y Uther no lo habían comprendido a pesar de que habían sido testigos de primera mano de la amenaza a la que el príncipe se enfrentaba.

—Es un asunto feo. Quizá el artefacto que estoy buscando podría serte útil para combatir a ese Señor del Terror. De todos los objetos mágicos peculiares de los que tenemos noticia, este es de los más valiosos. Solo recientemente hemos empezado a obtener cierta información sobre él, aunque desde que supimos de su existencia… bueno, lo hemos buscado sin parar. Me traje unos cuantos objetos mágicos muy especiales para intentar localizarlo, pero de momento no ha habido suerte —le explicó el enano.

En ese momento, Muradin dejó de mirar a Arthas y sus ojos se posaron en un lugar situado más allá del príncipe, sobre el páramo helado que los rodeaba amenazante. Por un instante, el brillo desapareció de sus ojos para ser sustituido por una sombra lúgubre que el joven príncipe jamás había visto.

Arthas decidió esperar a que el enano continuara con su historia. Quería evitar dar la impresión de que seguía siendo el mismo niño impaciente que Muradin sin duda recordaba. Muradin volvió a centrarse en el presente y miró a Arthas con suma intensidad.

—Buscamos una hojarruna llamada Agonía de Escarcha.

Agonía de Escarcha. Arthas sintió cómo un leve escalofrío recorría su alma al escuchar esa palabra. Se trataba de un nombre ominoso para un arma legendaria; y aunque había oído hablar de las poderosas y terribles hojarrunas, eran armas que raramente se veían. El príncipe lanzó una mirada fugaz a su martillo que descansaba apoyado contra el árbol donde lo había dejado tras regresar de su encuentro inesperado con Muradin. Era un arma muy hermosa y él la había tenido en muy alta estima; pero últimamente la Luz parecía brillar en él de forma muy tenue, y a veces no brillaba en absoluto.

Pero una hojarruna…

Una certeza repentina se apoderó de él y entonces sintió como si el destino le estuviera susurrando al oído. Rasganorte era un lugar muy vasto y no podía tratarse de una coincidencia que se hubiera encontrado con Muradin. Si pudiera hacerse con la Agonía de Escarcha… seguramente podría matar a Mal'Ganis, acabar con la peste y salvar a su gente. El enano y él se habían encontrado por una razón. Su encuentro era obra del destino.

Mientras Arthas estaba sumido en sus cavilaciones, Muradin había seguido hablando. Tras terminar su reflexión, el príncipe volvió a prestarle atención.

—Vinimos a recuperar la Agonía de Escarcha, pero cuanto más cerca estábamos de encontrar esa hojarruna, más no-muertos encontrábamos. Soy demasiado viejo para creer que se trata de una mera coincidencia.

Arthas sonrió levemente. Así que Muradin tampoco creía en las coincidencias. Se sintió reafirmado en su convencimiento de que el destino guiaba sus pasos.

—¿Acaso crees que Mal'Ganis no quiere que la encontremos? —preguntó en un susurro el príncipe.

—Sin duda alguna, no creo que le hiciera mucha gracia que cargaras contra él con esa clase de arma en la mano.

—Me parece que vamos a poder ayudarnos mutuamente —dijo Arthas—. Nosotros les ayudaremos a la Liga y a ti a dar con la Agonía de Escarcha y ustedes nos ayudarán a derrotar a Mal'Ganis.

—Parece un buen plan —señaló Muradin, mostrando así su acuerdo. El humo de la pipa se retorcía a su alrededor conformando unas aromáticas columnas donde se mezclaban el negro y el azul.

—Arthas, muchacho… ¿Te queda más cerveza?

Los días pasaron y Muradin y Arthas intercambiaron impresiones. Ahora tenían una doble misión que cumplir: matar a Mal'Ganis y hacerse con la hojarruna. Al final, decidieron que la estrategia más inteligente sería seguir avanzando hacia el interior y enviar la flota hacia el norte para establecer allí un nuevo campamento. Tuvieron que luchar no solo con no-muertos sino con manadas de lobos famélicos y feroces, con unos seres extraños que parecían mitad lobos, mitad humanos, y con una raza de trols que daban la impresión de sentirse tan cómodos en aquel gélido lugar del norte como sus primos en las bochornosas junglas de Tuercespina. Muradin no se sorprendió tanto como el príncipe humano cuando se toparon con tales seres. Por lo visto, pequeños grupos de trols de hielo similares a esos solían merodear por la capital enana de Forjaz.

Arthas supo por Muradin que los no-muertos tenían bases allí, en Rasganorte. Eran unas estructuras extrañas con forma de zigurat rodeadas de un aura de magia tenebrosa que habían pertenecido a una antigua raza supuestamente extinguida. De hecho, si aún existían, no parecía que aquellos no-muertos les molestaran en absoluto. Así que Arthas decidió que

no solo debían destruir aquellos cadáveres andantes, sino también sus refugios. Aun así transcurrían los días y Arthas no parecía acercarse más a su meta. Si bien hallaban muchos rastros de la maldad de Mal'Ganis, eran incapaces de dar con el Señor del Terror.

Tampoco la búsqueda de Muradin de la tentadora Agonía de Escarcha tuvo más éxito. Las pistas, tanto arcanas como mundanas, iban estrechando la zona de búsqueda, pero hasta ahora la hojarruna seguía habitando en el territorio de la leyenda.

El día en que todo cambió, Arthas estaba muy susceptible. Regresaba hambriento, cansado y congelado al campamento ambulante improvisado tras otra incursión infructuosa. Se hallaba tan sumido en su cólera que tardó unos segundos en comprender lo que ocurría.

Los guardias no estaban apostados.

—Pero ¿qué…? —alcanzó a decir Arthas.

Se volvió hacia Muradin, quien de inmediato aferró con fuerza su hacha. No había ningún cadáver a la vista. Si los no-muertos hubieran atacado mientras el príncipe se encontraba fuera, los cadáveres de sus hombres se habrían alzado, puesto que habrían sido reclutados por el bando enemigo de la forma más cruel que cabe imaginar. De todos modos, debería haber sangre o señales de lucha por doquier… pero no había nada de nada.

Avanzaron con cautela y en silencio. El campamento se hallaba desierto. Arthas habría jurado que parecía que lo hubieran desmontado, salvo por un puñado de hombres que alzaron la vista cuando lo vieron venir. En respuesta a la pregunta que aún no había formulado, el capitán Luc Valonforth señaló:

—Te ruego que aceptes nuestras disculpas, mi señor. Tu padre ha hecho retirar nuestras tropas por petición de Lord Uther. La expedición ha sido cancelada.

Arthas sintió un espasmo en un músculo próximo al ojo.

—¿Mi padre… ha ordenado que vuelvan las tropas… porque Lord Uther se lo ha pedido?

El capitán parecía nervioso, miró de soslayo a Muradin y, a continuación, respondió:

—Sí, señor. Quedamos esperar a que regresaras para partir, pero el emisario insistió. Todos los hombres se dirigen al noroeste para encontrarse con la flota. Nuestro explorador nos informó de que los caminos, si es que se les puede denominar como tal, están en manos de los no-muertos. Así que nuestras tropas están muy atareadas abriéndose camino a través del bosque. Estoy seguro de que podrás darles alcance con rapidez, señor.

—Por supuesto —contestó Arthas forzando una sonrisa a pesar de que le hervía la sangre por dentro—. Disculpadme un momento.

Posó una mano sobre el hombro de Muradin y se lo llevó a una zona donde pudieran hablar tranquilos.

—Vaya, lo siento, muchacho. Resulta tan frustrante tener que marcharse…

—No.

—¿Cómo? —replicó Muradin, sorprendido.

—No pienso volver. Muradin, si mis guerreros me abandonan, ¡nunca conseguiré derrotar a Mal'Ganis! ¡Y la peste jamás se detendrá! —exclamó alzando la voz a su pesar. Algunas miradas teñidas de curiosidad se clavaron en él.

—Muchacho, se trata de tu padre. El rey. No puedes contradecir sus órdenes. Eso sería alta traición.

Arthas resopló. *Tal vez sea mi padre quien esté traicionando a su pueblo*, pensó, pero no se atrevió a decirlo.

—Desposeí a Uther de su rango. Declaré disuelta su orden. No tiene derecho a hacer esto. Mi padre ha sido engañado.

—Entonces deberás resolver este entuerto con él cuando regreses. Tendrás que obligarle a ver la verdad si las cosas son como afirmas que son. Pero en ningún caso puedes desobedecerle.

Arthas lanzó una mirada iracunda al enano. *¿Cómo que si las cosas son como afirmo que son? ¿Qué está insinuando este maldito enano? ¿Que le estoy mintiendo?*, pensó presa de la furia.

—Tienes razón en una cosa: mis hombres son leales a lo que ellos consideran la cadena de mando. Jamás se negarían a volver a casa si reciben órdenes directas de hacerlo —observó mientras se frotaba el mentón pensativo y esbozaba una sonrisa a medida que una idea iba cobrando forma en su mente—. ¡Eso es! Tan solo tenemos que negarles el modo de regresar a casa. De este modo, no estarán desobedeciendo… sino que será imposible que cumplan esas órdenes.

Las pobladas cejas de Muradin se unieron en una sola cuando este frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Arthas le contestó con una fiera sonrisa y, acto seguido, le contó su plan.

Muradin parecía estupefacto.

—¿No es un poco excesivo, muchacho? —inquirió el enano.

Por el tono de voz que había empleado, estaba claro que Muradin consideraba que realmente se estaba excediendo un poco; quizá demasiado. Arthas decidió ignorar el comentario. Muradin no había sido testigo de lo que él había visto, no se había visto obligado a hacer lo que él había tenido que hacer. Cuando por fin se enfrentaran a Mal'Ganis, el enano lo comprendería todo. Arthas sabía que derrotaría al Señor del Terror porque debía hacerlo. Acabaría con la peste, esa amenaza que se cernía sobre su pueblo. Entonces la destrucción de los barcos no se consideraría nada más que un ligero

inconveniente, un mal menor si se comparaba con el bien mayor que se perseguía: la supervivencia de los ciudadanos de Lordaeron.

—Sé que parece muy drástico, pero no hay otro remedio. No lo hay.

* * *

Unas horas después, Arthas observaba desde la Orilla Olvidada cómo ardía toda su flota.

La estrategia era muy simple: los hombres no podrían regresar a casa y, por lo tanto no podrían abandonarle, si no había ninguna nave en la que embarcar. Así que Arthas las había quemado todas.

Había atravesado el bosque acompañado por mercenarios contratados por él. La idea inicial había sido utilizarlos para masacrar a los no-muertos que se encontraran por el camino; y que después le ayudaran a rociar los barcos con aceite y a prenderles fuego. En esa tierra de frío constante y luz tenue, el calor que desprendían los barcos en llamas era bienvenido de una manera un tanto desconcertante. Además, el resplandor del incendio obligó a Arthas a alzar una mano para protegerse los ojos del resplandor.

A su lado, Muradin suspiró y negó con la cabeza. Él y los demás enanos, que murmuraban en voz baja mientras contemplaban el incendio no estaban muy seguros de que el sendero que el príncipe había escogido fuera el correcto. Arthas observaba también con los brazos cruzados y expresión solemne en el rostro cómo el esqueleto envuelto en llamas de unos de sus barcos se venía abajo estrepitosamente. El frío castigaba su espalda mientras el rostro y el resto del cuerpo le ardían por el intenso calor de las llamas.

—¡Maldito sea Uther por obligarme a hacer esto! —masculló.

Demostraría a ese paladín… expaladín, mejor dicho… Demostraría a Uther, a Jaina y a su padre que él era el único que no se había desentendido de sus obligaciones, sin importar que conllevaran cometer actos horrendos o crueles. Volvería triunfante tras haber hecho lo que tenía que hacer; tras haber hecho lo que los débiles de corazón nunca se habrían atrevido a hacer. Gracias a él, gracias a su sacrificio, gracias a que estaba dispuesto a soportar la pesada carga de esa responsabilidad, su pueblo sobreviviría.

El estrépito de las llamas que lamían la madera empapada de líquido inflamable fue tan intenso durante un instante, que ahogó los gritos de desesperación de los hombres que se acercaban a contemplar estupefactos el dantesco espectáculo.

—¡Príncipe Arthas! ¡Nuestros barcos!

—¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo vamos a volver a casa?

Aquella idea se había estado fraguando en un tenebroso rincón de su mente durante varias horas. Arthas sabía que el pánico se apoderaría de sus hombres al descubrir que

habían quedado varados en esas tierras. Si bien habían accedido en su momento a seguirlo, Muradin tenía razón en una cosa: los hombres sabían que las órdenes de su padre anulaban las suyas y Arthas no habría podido retenerlos. Y Mal'Ganis habría ganado. Sus hombres no entendían lo importante que era detener aquella amenaza en aquel lugar, en aquel momento…

Su mirada se posó sobre los mercenarios que había contratado.

Nadie los echaría de menos.

Eran gentuza que podía ser comprada y vendida. Si alguien les hubiera pagado por asesinarlo, lo habrían hecho con la misma presteza que lo habían ayudado. Había muerto ya tanta gente, tantas personas buenas, nobles e inocentes. Sus muertes sin sentido clamaban a gritos venganza. Y si los hombres de Arthas no lo apoyaban de todo corazón, no podría alzarse victorioso.

Arthas no podría soportar la derrota.

—¡Rápido, soldados! —gritó levantando su martillo. Su arma ya no brillaba con la Luz, pero eso ya no sorprendía a Arthas. Se limitó a señalar a los mercenarios que trabajaban para acercar a la orilla los botes repletos de provisiones que habían salvado de los barcos y gritó—: ¡Estas criaturas sanguinarias han quemado las naves y nos han robado el medio de regresar a casa! ¡Acaben con ellas en nombre de Lordaeron!

El príncipe encabezó la carga.



CAPÍTULO QUINCE

Arthas reconoció el sonido de las pisadas cortas pero pesadas de Muradin antes de que el enano apartase la lona de la tienda y lo mirara encolerizado. Se observaron fijamente durante un largo instante y, a continuación, Muradin hizo una señal con la cabeza indicándole que saliera y se marchó dejando caer la lona. Durante un momento, Arthas se vio arrastrado en el tiempo a aquel momento en que siendo niño se le había escapado de las manos una espada de entrenamiento que había ido a parar a los pies del enano. Frunció el ceño, se puso en pie y siguió a Muradin a un lugar alejado del resto de los hombres.

El enano no se anduvo con rodeos.

—¡Has mentido a tus hombres y traicionado a los mercenarios que habían luchado por ti! —le espetó Muradin mientras acercaba su rostro al de Arthas tanto como le permitía su escasa estatura—. Ya no eres el muchacho que yo adiestré. Ya no eres el hombre que fue admitido en la Orden de la Mano de Plata. Ya no eres el niño del rey Terenas.

—Hace tiempo que dejé de ser un niño —replicó con furia Arthas, mientras apartaba a Muradin—. He hecho lo que debía hacer.

Casi esperaba que el enano lo atacara; sin embargo, la ira pareció abandonar a su antiguo mentor.

—¿Qué te está pasando, Arthas? —preguntó Muradin con voz queda, teñida de un dolor y confusión infinitos—. ¿Solo te importa la venganza?

—Déjame en paz, Muradin —respondió de malos modos el príncipe—. No has visto lo que Mal'Ganis le ha hecho a mi patria. ¡Para ver lo que hizo a esos hombres, mujeres y niños inocentes!

—Pero he oído hablar de ello —le rebatió Muradin con tranquilidad—. Algunos de tus hombres han largado más de la cuenta cuando la cerveza ha soltado sus lenguas. Si bien tengo mi propia opinión sobre lo que ocurrió… también sé que no puedo juzgarte. Tienes razón, yo no estuve ahí. Gracias a la Luz no tuve que tomar esa decisión. Aun así… algo extraño sucede. Estás…

El fuego de los morteros y los gritos de alarma interrumpieron su discurso. Sin perder un segundo, Muradin y Arthas regresaron al campamento preparados para luchar. Los hombres aún corrían caóticamente a por sus armas. Falric bramaba órdenes a voz en grito a los humanos, mientras que Baelgun organizaba a los enanos. Se escuchó en la lejanía el fragor de la batalla y Arthas vio que el ejército de no-muertos avanzaba hacia sus hombres. Las manos del príncipe se tensaron en torno al martillo. Aquello tenía todas las trazas de ser un ataque bien coordinado, y no un encuentro fortuito.

—El Señor Oscuro dijo que vendrías —anunció una voz que a Arthas le resultó familiar. El príncipe sintió que le invadía la euforia. ¡Mal'Ganis estaba allí! No había viajado hasta Rasganorte por nada—. Aquí acaba tu viaje, muchacho. Atrapado y congelado en el techo del mundo donde solo la muerte puede cantar la historia de tu perdición.

Muradin se rascó la barba mientras recorría la zona con la mirada. Desde más allá del perímetro del campamento arreciaba el fragor de la batalla.

—Esto no tiene buena pinta —admitió haciendo gala de la costumbre enana de resaltar lo evidente—. Estamos completamente rodeados.

Arthas observaba los acontecimientos mientras se lamentaba de su suerte.

—Podríamos haberlo logrado —susurró—. Con la Agonía de Escarcha… lo habríamos conseguido.

Muradin apartó la mirada.

—Bueno… muchacho, he albergado serias dudas sobre esa espada. Y, a decir verdad, sobre ti también.

A Arthas le llevó un segundo percatarse de lo que estaba insinuando el enano.

—¿Me… me estás diciendo que sabes cómo encontrarla?

Muradin asintió y Arthas lo agarró del brazo.

—No sé cuáles son tus dudas, Muradin, pero ahora ya puedes despejarlas. Mal'Ganis se encuentra aquí. Si sabes dónde está la espada, llévame hasta ella. ¡Ayúdame a hacerme con la Agonía de Escarcha! Tú mismo lo dijiste: no crees que a Mal'Ganis le haga ninguna gracia verme empuñando a la Agonía de Escarcha. Las tropas de Mal'Ganis superan a las nuestras en número. Sin la Agonía de Escarcha, caeremos. ¡Sabes que estoy en lo cierto!

Muradin lo observó con una mirada teñida de dolor y, acto seguido, cerró los ojos.

—Tengo un mal presentimiento, muchacho. Por eso no he querido apresurarme; hay algo en ese artefacto, en la forma en que ha ido surgiendo la información sobre él que no encaja. Pero prometí que te ayudaría hasta el final. Ve a reunir unos cuantos hombres para que nos acompañen. Te prometo que daré con esa hojarruna.

Arthas dio una palmadita en el hombro a su viejo amigo. El destino seguía su curso. *Conseguiré esa maldita hojarruna y arravesaré con ella el tenebroso corazón de ese Señor del Terror. Me las pagará*, pensó Arthas.

—¡Cubran ese hueco de ahí! —ordenó Falric—. ¡Davan, dispara!

El estallido del fuego de mortero reverberó por todo el campamento mientras Arthas corría hacia su segundo al mando.

—¡Capitán Falric! —gritó el príncipe. Falric se giró hacia él y contestó:

—Señor… nos han rodeado por completo. Podremos aguantar cierto tiempo, pero al final caeremos presas de la extenuación. Además, todo aquel que caiga pasará a engrosar sus filas.

—Lo sé, capitán. Por eso Muradin y yo partimos en busca de la Agonía de Escarcha.

Falric alzó las cejas sorprendido y esperanzado pues sabía a qué se refería. Arthas había compartido lo que le habían contado acerca de aquella espada, incluido lo referente a su hipotético tremendo poder, con un puñado de sus hombres de más confianza.

—En cuanto se halle en nuestro poder, la victoria será nuestra. ¿Podrás contenerlos hasta entonces?

—Sí, alteza —contestó Falric con una sonrisa, aunque parecía igual de preocupado que segundos antes—. Contendremos a estos bastardos no-muertos.

Unos instantes después, Muradin, armado con un mapa y un extraño objeto brillante, se sumó a Arthas y a un grupo reducido de hombres. Su boca componía un gesto de descontento y tenía la mirada triste, pero caminaba totalmente recto. Falric dio entonces la señal e iniciaron la maniobra de distracción. Como consecuencia, gran parte de los no-muertos centró sus esfuerzos de improviso en él, dejando la retaguardia del campamento despejada.

—Vámonos —ordenó Arthas gravemente.

* * *

Muradin vociferaba indicaciones mientras consultaba unas veces el mapa y otras un objeto reluciente que parecía emitir luz de forma errática. Avanzaron lo más rápidamente posible a través de la profunda capa de nieve en la dirección que indicaba el enano, deteniéndose de vez en cuando para realizar unos descansos muy breves que aprovechaban para orientarse. El cielo se oscureció, las nubes se acumularon y comenzó a nevar, lo cual ralentizó aún más la marcha.

Arthas avanzaba por inercia. La nieve hacía imposible ver más allá de unos pocos metros por delante. Ya no sabía, ni le importaba, en qué dirección caminaban; simplemente

daba un paso tras otro mientras seguía a Muradin. Perdió toda noción del tiempo. Y ya no sabía si llevaba andando por la nieve minutos o días.

Solo pensaba, presa de la obsesión, en la Agonía de Escarcha. En su salvación. Arthas confiaba que lo sería. Pero ¿serían capaces de dar con ella antes de que sus hombres fueran derrotados por los no-muertos y su demoníaco amo? Falric había afirmado que podrían resistir… cierto tiempo. Pero ¿cuánto? Saber que Mal'Ganis por fin se hallaba allí, en su propio campamento base, y no poder atacar era…

—Ahí —indicó Muradin, señalando hacia delante de forma casi reverencial—. Está ahí dentro.

Arthas se detuvo y parpadeó. Sus ojos se habían reducido a rendijas para protegerse contra la ventisca y tenía las pestañas cubiertas de hielo. Se encontraban ante la entrada de una caverna inhóspita y de aspecto lúgubre envuelta por la oscuridad de aquel día gris barrido por la nieve. Dentro parecía haber algún tipo de iluminación; se trataba de un fulgor tenue, de color azul verdoso, que apenas se podía distinguir desde el exterior. A pesar de hallarse extenuado y congelado, la emoción lo embargó y realizó un terrible esfuerzo para mover los labios entumecidos:

—Agonía de Escarcha… serás el fin de Mal'Ganis. El fin de la peste. ¡Vamos!

Otro viento, distinto al que arreciaba hasta entonces, lo empujó, pero el príncipe resistió y obligó a sus piernas a avanzar.

—¡Muchacho! —El grito de Muradin lo despertó de su ensimismamiento bruscamente—. Un tesoro tan valioso no se deja ahí sin más para que lo encuentre cualquiera. Debemos proceder con cautela.

Arthas se sintió contrariado al escuchar esas palabras, pero como sabía que Muradin tenía más experiencia en la materia, asintió, aferró con firmeza su martillo y entró con suma precaución. El hecho de verse a resguardo del viento y de la nevada torrencial reavivó su ánimo y, de inmediato, se adentraron todavía más en la caverna. La luz que había entrevisto desde fuera provenía de unos cristales de color turquesa y de ciertas vetas de mineral incrustadas en las paredes, los suelos y techos de roca; y que brillaban con una luz suave. Había oído hablar de aquellos cristales luminiscentes y en ese momento se sintió agradecido por la luz que les suministraban, pues así sus hombres podían concentrarse en blandir sus armas y no en sostener antorchas. Entonces se percató de que, en otros tiempos, el martillo habría brillado con el fulgor suficiente para guiarlos a todos en esa caverna. En cuanto ese pensamiento cruzó su mente, frunció el ceño y, acto seguido, lo apartó. Lo de menos era de dónde provenía la luz. Lo importante es que existía.

Fue entonces cuando escuchó unas voces. Muradin tenía razón… los estaban esperando.

Aquellas voces eran profundas, graves y frías y sus funestas palabras flotaron por el aire hasta llegar a oídos de Arthas.

—Salgan de aquí, mortales. En esta cripta abandonada solo los esperan la muerte y la oscuridad. No avancen más.

Muradin se detuvo.

—Muchacho —comentó en voz baja. A pesar de todo, el sonido reverberó hasta el infinito—, tal vez deberíamos hacerles caso.

—¿A quién? —gritó Arthas—. Esto no es más que un último y patético intento de desviarme del camino que lleva a la salvación de mi pueblo. Va a hacer falta algo más que unas palabras funestas para que yo abandone este camino.

Avanzó presuroso martillo en mano, dobló la esquina y… se quedó paralizado intentando asumir lo que veían sus ojos.

Habían dado con los dueños de aquellas voces. Por un instante le recordaron al obediente elemental del agua de Jaina que la había ayudado a luchar contra los ogros aquel día tan lejano antes de que su destino se tornara tan siniestro y horrendo. No obstante, esos seres flotaban sobre el frío suelo de piedra de la caverna y estaban compuestos de hielo y una esencia antinatural en vez de agua. Además, iban protegidos con una armadura que daba la impresión de haber crecido a partir de su misma sustancia. Iban ataviados con yelmos, pero carecían de rostro; tenían guanteletes, armas y escudos, pero carecían de brazos.

A pesar de que eran amenazadores, Arthas solo dedicó una mirada fugaz a esos temibles espíritus elementales, pues su vista se vio atraída al instante por la razón que les había llevado a aquel lugar.

La hojarruna Agonía de Escarcha.

Se hallaba atrapada en un trozo de hielo mellado suspendido en el aire y donde las runas que recorrían su hoja por entero brillaban con un color azul gélido. Bajo la espada había una suerte de estrado situado sobre un gran montículo cubierto por una ligera capa de nieve. Una luz suave, que provenía de algún lugar donde el techo de la caverna se abría para dejar pasar la luz del día, hacía brillar la hojarruna. Aquella prisión helada escondía algunos detalles sobre la forma de la espada y exageraba otros. La revelaba y la ocultaba al mismo tiempo, haciéndola aún más cautivadora, como una amante que se entrevé a través de una cortina vaporosa. Arthas conocía esa espada; era la misma que había visto en su sueño nada más llegar a Rasganorte. La espada que no solo no había matado a Invencible, sino que lo había traído de vuelta de la muerte sano y salvo. En aquel momento había pensado que era un buen presagio, pero ahora sabía que era una auténtica señal. Era lo que había venido a buscar. Esa espada lo cambiaría todo. Arthas la contempló embelesado mientras sufría, hasta el punto de sentir un dolor casi real, a causa de cuánto ansiaba

sostenerla entre sus manos; sufría porque anhelaba aferrar la empuñadura de aquella hoja para obligarla a trazar con suavidad la trayectoria del mandoble que acabaría con Mal'Ganis. Aquello pondría punto final al tormento que asolaba al pueblo de Lordaeron y saciaría su sed de venganza. Decidido, avanzó hacia ella.

Entonces, un espíritu elemental desenvainó su helada espada.

—Date la vuelta antes de que sea demasiado tarde —le advirtió.

—Sigues intentando proteger la espada, ¿verdad? —gruñó Arthas, furioso y un tanto avergonzado por cómo había reaccionado ante la visión de la hojarruna.

—No —replicó aquel ser de voz retumbante—. Intento protegerlos a ustedes de ella.

Durante un segundo, Arthas se quedó mirándolo fijamente, sorprendido. Al instante negó con la cabeza y sus ojos mostraron su determinación sin límites. Aquello solo era un truco. Jamás renegaría de la Agonía de Escarcha; jamás renunciaría a salvar a su pueblo. No iba a creer esa burda mentira. De modo que cargó y sus hombres lo siguieron. Esas entidades cayeron sobre ellos y los atacaron con sus armas preternaturales; no obstante, Arthas centró su atención en el líder, que tenía asignada la misión de custodiar a la Agonía de Escarcha. Descargó contra el extraño guardián toda la tensión que sus esperanzas, preocupaciones, miedos y frustraciones habían ido acumulando en su fuero interno. Sus hombres hicieron lo mismo en cuanto se giraron para atacar a los demás guardianes elementales de la espada. Su martillo se alzó y cayó, destrozando la armadura de hielo al tiempo que unos gritos de ira emergían de la garganta de aquel ser. ¿Cómo se atrevían esas cosas a interponerse entre él y la Agonía de Escarcha? ¿Cómo osaban…?

Al tiempo que profería un gruñido agónico final, similar al último estertor de un hombre moribundo, el espíritu dejó caer las extremidades que hacían las veces de manos y desapareció.

Arthas permaneció en pie con la mirada fija en el infinito y jadeando. El aliento se le escapaba de los labios helados en forma de vapor. Entonces se volvió hacia el premio que tanto le había costado ganar. Todas las dudas que albergaba se esfumaron en cuanto volvió a posar los ojos sobre la espada.

—He aquí nuestra salvación, Muradin: Agonía de Escarcha —le dijo mientras tomaba aire, consciente de que le temblaba la voz.

—Espera, muchacho. —Las bruscas palabras del enano sonaron como una orden y fueron como un jarro de agua fría para Arthas.

—El príncipe parpadeó, tras despertar de su trance extático, y se giró hacia el enano.

—¿Qué? ¿Por qué? —inquirió.

Muradin contemplaba fijamente, con los ojos entornados, aquella espada que flotaba suspendida en el aire y el estrado de debajo.

—Aquí hay algo que no encaja —afirmó al tiempo que señalaba con un dedo rechoncho la hojarruna—. Ha sido demasiado fácil. Mira cómo flota iluminada por una luz que no se sabe de dónde proviene, como una flor esperando ser arrancada.

—¿Demasiado fácil? —le espetó Arthas mientras lo miraba con cara de incredulidad—. ¿Cómo puedes afirmar eso cuando te ha costado muchísimo encontrarla y hemos tenido que combatir contra esos engendros para poder hacemos con ella?

—Bah —resopló Muradin—. Sé bastante sobre este tipo de artefactos como para sospechar que aquí hay gato encerrado, como en los muelles de Bahía del Botín.

El enano profirió un suspiro con el ceño aún fruncido.

—Espera… en el altar hay una inscripción. Déjame comprobar si soy capaz de leerla. Quizá contenga algún mensaje relevante.

Ambos avanzaron hacia la espada, Muradin para arrodillarse y examinar la inscripción, y Arthas para situarse más cerca de aquella hojarruna que tanto lo atraía. El príncipe echó un vistazo de soslayo a la inscripción que intrigaba a su mentor. No estaba escrita en ninguna lengua que él conociera; sin embargo, el enano parecía capaz de leerla, a juzgar por cómo seguía el curso de las letras con la mirada. Arthas alzó una mano para golpear el hielo que le separaba del arma; un hielo suave, resbaladizo y mortalmente frío. Sí, era hielo, aunque había algo muy extraño en él. No se trataba solo de agua congelada. Ignoraba cómo era capaz de saberlo, pero lo sabía. Había algo muy poderoso, casi sobrenatural, en él.

Agonía de Escarcha…, pensó el príncipe.

—Ya sabía yo que reconocería esta escritura. Está escrito en kalimag, el idioma de los elementales —aseguró Muradin, quien frunció el ceño mientras leía—. Es… una advertencia.

—¿Advertencia? ¿Sobre qué?

Quizá si quebramos el hielo, dañemos de algún modo la espada, pensó Arthas. No obstante, aquel bloque de hielo sobrenatural parecía haber sido cortado de otro bloque mucho más grande. Entretanto, Muradin fue traduciendo la inscripción poco a poco, pero Arthas le escuchaba a duras penas; su atención estaba centrada en la espada.

—Quienquiera que empuñe esta hoja empuñará un poder eterno. Tal y como la hoja desgarra la carne, así el poder marcará el espíritu.

De inmediato, el enano se puso en pie de un salto; parecía más inquieto de lo que jamás Arthas lo había visto.

—Ay, tendría que haberlo sabido. ¡La espada está maldita! ¡Demonios! ¡Vámonos de aquí! —gritó Muradin.

El corazón de Arthas le dio un extraño vuelco al escuchar las palabras de Muradin. ¿Cómo podía plantear siquiera que debían marcharse? ¿Cómo iba a dejar esa espada ahí, flotando en su prisión helada, sin ser tocada, sin ser usada, cuando podría otorgarle un poder inconmensurable? No obstante, tenía que admitir que si bien la inscripción prometía el poder eterno, también advertía de que era capaz de corromper el espíritu.

—Mi espíritu ya está corrompido —afirmó Arthas.

Y así era. Había quedado marcado por la muerte innecesaria de su amado corcel, por el horror de ver a los muertos alzarse y por la traición de alguien a quien había amado; sí, había amado a Jaina Proudmoore: podía reconocerlo en ese momento puesto que su alma parecía presentarse desnuda ante el severo juicio de aquella espada. Había quedado marcado al verse obligado a masacrar a cientos de personas, por la necesidad de mentir a sus hombres y silenciar para siempre a los que lo cuestionaban y desobedecían. Había quedado marcado por tantas cosas. Sin duda alguna, las marcas que le iba a dejar ese poder, que le iba a permitir enmendar un mal terrible, no podían ser más profundas que las ya sufridas.

—Arthas, muchacho —le rogó Muradin con esa áspera voz tan característica—. Ya tienes bastantes cosas que afrontar como para llevar la pesada carga de una maldición sobre ti.

—¿Una maldición? —le espetó Arthas, riendo amargamente—. Yo estaría encantado de cargar con cualquier maldición para salvar a mi patria.

Por el rabillo del ojo, el príncipe observó que Muradin se estremecía.

—Arthas, sabes que soy un enano muy pegado a la tierra, que no soy muy dado a dejarme llevar por las fantasías. Pero insisto: esto me da muy mala espina, muchacho. Déjalo estar. Olvídate de Mal'Ganis. Deja que se le congele su culo demoníaco en estos páramos nevados. Olvida este asunto y lleva a tus hombres a casa.

En cuanto el enano mencionó a sus hombres, una imagen inundó la mente de Arthas repentinamente. Los vio rodeados de cientos de soldados que ya habían sucumbido ante la horrible peste. Habían muerto para alzarse como pedazos de carne putrefacta sin cerebro. ¿Qué iba a ser de ellos? ¿De sus almas, su sufrimiento y su sacrificio? Entonces otra visión ocupó el lugar de la anterior: se trataba de un enorme bloque de hielo, el mismo hielo en el que estaba encerrada la Agonía de Escarcha. Ya sabía de dónde procedía. En su día había formado parte de algo más grande y más poderoso… El hielo, junto con la hojarruna que contenía, eran un regalo del destino con el que vengar a los que habían sucumbido. Acto seguido, una voz susurró en su mente: *Los muertos claman venganza*.

¿Acaso la vida de un puñado de hombres era más importante que vengar el tormento sufrido por aquellos que habían caído de manera tan horrible?

—¡Al infierno mis hombres! —bufó Arthas.

Esas palabras parecieron surgir como una explosión de algún lugar recóndito de su ser.

—Tengo un deber para con los muertos. Nada me impediría cumplir mi venganza, viejo amigo —afirmó el príncipe.

Apartó la vista de la espada fugazmente y se topó con la mirada teñida de preocupación de Muradin, lo que provocó que relajara un poco el duro gesto que dibujaban sus facciones.

—Ni siquiera tú —advirtió al enano.

—Arthas… yo te enseñé a luchar. Quise ayudarte a ser un buen guerrero así como un buen rey. El buen guerrero es aquel que escoge qué batallas debe librar… y con qué armas —aseveró mientras señalaba con su rechoncho dedo índice a la Agonía de Escarcha—. Y esa es un arma que no debes añadir a tu arsenal.

Arthas colocó ambas manos sobre el hielo que hacía las veces de vaina de la espada y acercó su rostro a solo un centímetro de su suave superficie. Si bien seguía escuchando hablar a Muradin, lo hacía como si este se hallara en algún lugar lejano.

—Escúchame, muchacho. Encontraremos otra forma de salvar a tus súbditos. Ahora marchémonos, regresemos a casa y busquemos esa alternativa.

Muradin se equivocaba. Simplemente, no lo entendía. Arthas tenía que hacerlo. Si se marchaba en ese preciso instante, habría fracasado una vez más, y no podía permitir que eso ocurriera. Ya había fracasado demasiadas veces. Esta vez no sería así.

Creía en la Luz, porque podía verla y la había utilizado; también en los fantasmas y en los muertos vivientes, porque había luchado contra ellos. Pero, hasta aquel momento, la idea de que pudieran existir poderes invisibles, o que habitaran espíritus en los lugares o en las cosas, le provocaba hilaridad. Sin embargo, ahora su corazón latía desbocado, embargado por la emoción y un ansia que parecía devorarle el alma. Al instante, las palabras surgieron de sus labios como si poseyeran voluntad propia, henchidas de una espantosa determinación.

—Los invoco, espíritus de este lugar —declaró, al tiempo que su aliento se congelaba en aquel aire quieto y helado y la Agonía de Escarcha pendía en el aire a escasa distancia de él, aguardándolo—. Quienesquiera que sean, benignos o malvados, ambas cosas a la vez o ninguna, puedo percibirlos y sé que me escuchan. Estoy listo. Lo entiendo. Y les prometo que… Daré cualquier cosa y pagaré cualquier precio, si me ayudan a salvar a mi pueblo.

Durante un momento eterno y terrible no sucedió nada. Se le heló el aliento, se le cortó y se le volvió a helar mientras un sudor frío le salpicaba de gotitas la frente. Les había ofrecido todo cuanto tenía… ¿Acaso habían rechazado su propuesta? ¿Es que había vuelto a fracasar?

Entonces se escuchó un crujido que le hizo contener la respiración y una grieta quebró de improviso la suave superficie de hielo. Con gran celeridad ascendió, zigzagueó y se extendió hasta que Arthas prácticamente ya no pudo ver la espada que albergaba en su interior. A continuación trastabilló hacia atrás, tapándose los oídos ante el tremendo estruendo que llenó la cámara.

La urna de hielo que contenía la espada explotó. Varios fragmentos volaron por la cámara, convirtiéndose así en unos instrumentos cortantes afilados y mellados, que se hicieron añicos al impactar contra la piedra inquebrantable del suelo y las paredes. Al instante, Arthas cayó de rodillas, alzando los brazos de manera instintiva para cubrirse la cabeza, y escuchó un grito que se interrumpió bruscamente.

—¡Muradin! —llamó el príncipe.

El impacto de un témpano había impulsado al enano varios metros hacia atrás. Ahora yacía en una posición extraña sobre el frío suelo de piedra, con una lanza de hielo empalándole el tronco, del cual manaba la sangre con indolencia. Tenía los ojos cerrados y la vida parecía haberlo abandonado. Arthas se puso en pie torpemente y se acercó raudo y veloz a su viejo amigo y mentor, mientras se quitaba uno de sus guanteletes. Rodeó con un brazo aquel cuerpo inerte, colocó la mano sobre la herida, sin perderla de vista ni un segundo, mientras anhelaba que la Luz llegara para iluminarle las manos con energía sanadora y la culpa lo corroía por dentro.

Así que ese era el espantoso precio que había que pagar: la vida de un amigo. Alguien que se había preocupado por él, le había enseñado y lo había apoyado. En ese momento agachó la cabeza, con lágrimas en los ojos, y rezó.

Esta insensatez es culpa mía. Soy yo quien debe pagar el precio de esta locura. Por favor…

Entonces, como si se tratara de la caricia familiar de un amigo muy querido, la sintió llegar. La Luz lo atravesó cual rayo, reconfortante y cálida, y el príncipe reprimió un sollozo al ver de nuevo aquel resplandor envolviéndole la mano. Si bien había caído muy bajo en las simas de la ignominia, aún no era tarde para alcanzar la redención. La Luz no lo había abandonado. Lo único que tenía que hacer era absorberla, abrirle su corazón. Muradin no iba a morir. Iba a curarlo, y juntos…

Algo se agitó cerca de su nuca. No… era más bien en algún lugar recóndito de su mente. Alzó la vista con suma rapidez y…

Se quedó anonadado.

La espada, cuyas runas azules y blancas la envolvían en una luz fría y magnífica, se había liberado de su prisión para presentarse ante él. La Luz se desvaneció de la mano de Arthas cuando este se puso en pie, prácticamente hipnotizado. La Agonía de Escarcha lo

aguardaba, como una amante que necesitaba la caricia del ser deseado para alcanzar la gloria suprema.

Aquel susurro que escuchaba en lo más recóndito de su mente continuó hablándole: *Este es el sendero que debes seguir. Es de necios confiar en la Luz cuando te ha fallado en tantas ocasiones. No pudo salvar a Invencible, y ha sido incapaz de detener el inexorable avance de la peste que va a acabar con la población de tu reino. El poder, la fuerza de la Agonía de escarcha es lo único que puede hacer frente al poderío de un Señor del Terror. Muradin es solo una baja más de esta espantosa guerra. Aunque, con un poco de suerte, su sacrificio será el último*.

Arthas se puso en pie y dio varios pasos tambaleándose hacia aquella arma radiante; a continuación estiró un brazo en dirección a la espada e intentó alcanzarla con una mano temblorosa, aún húmeda por la sangre de su amigo. Entonces agarró la empuñadura y los dedos encajaron en ella perfectamente, como si estuvieran hechos el uno para el otro.

El frío lo recorrió cual relámpago de arriba abajo, estremeciéndole los brazos y extendiéndose por su cuerpo hasta llegar al corazón. Resultó doloroso por un instante y se alarmó y, de repente, se sintió genial, radiante. La Agonía de Escarcha era suya y él era suyo; la voz de la espada le hablaba, le susurraba, acariciándole la mente como si siempre hubiera estado ahí.

Profirió un grito de júbilo al tiempo que alzaba aquella arma, y la contempló maravillado y henchido de orgullo. Por fin él, Arthas Menethil, iba a poder hacer lo correcto gracias a la gloriosa Agonía de Escarcha, que ahora formaba parte de él como si fuera su mente, su corazón o su aliento. A continuación se dispuso a escuchar con suma atención los secretos que la hojarruna le revelaba.



CAPÍTULO DIECISÉIS

Arthas y sus hombres regresaron corriendo al campamento, donde descubrieron que la batalla no había menguado de intensidad en su ausencia. Si bien sus tropas se habían reducido en número, no se divisaban cadáveres por ningún lado. Tampoco esperaba ver ninguno, pues los que caían se alzaban como adversarios al mando de aquel Señor del Terror.

Entonces Falric, con su armadura salpicada de sangre, gritó:

—¡Príncipe Arthas! Hemos hecho lo que hemos podido, pero… ¿Dónde está Muradin? ¡No podremos resistir mucho tiempo!

—Muradin está muerto —le informó Arthas.

La fría pero reconfortante esencia de la espada que invadía su ser pareció flaquear un poco, y el dolor se apoderó de su corazón. Si bien Muradin había pagado un alto precio para que el príncipe se hiciera con aquella arma, ese sacrificio merecería la pena si gracias a él lograban provocar la caída de Mal'Ganis. El enano habría estado de acuerdo si hubiera sabido todo cuanto sabía Arthas, si hubiera comprendido las cosas del modo que Arthas las comprendía. A pesar de que la noticia de la muerte de su líder afectó a los hombres de Muradin, continuaron disparando una ronda tras otra de proyectiles contra las oleadas de no-muertos que seguían cargando contra ellos.

—No ha muerto en vano. Ánimo, capitán. ¡El enemigo no resistirá mucho contra el poder de Agonía de Escarcha!

Mientras sus hombres lo observaban con la sombra de la incredulidad planeando sobre sus rostros, Arthas se sumó a la refriega.

Hasta entonces había creído que no había arma mejor que su martillo bendito, que ahora yacía olvidado en la cripta helada donde la Agonía de Escarcha había permanecido una vez encerrada, pero este palidecía en comparación con su nueva arma, con la que infligía muchísimo más daño a sus enemigos. Aunque la Agonía de Escarcha era más una extensión de su propio ser que un arma. Enseguida dio con la cadencia adecuada y comenzó a despedazar no-muertos como si fueran tallos de grano segados por una

guadaña. En sus manos era un arma equilibrada y perfecta. A continuación, trazó un arco en el aire con ella y de un golpe arrancó la cabeza de sus hombros a un necrófago. Esparció huesos de esqueleto por doquier al barrer con la Agonía de escarcha todo el espacio a su alrededor. Con otro golpe rítmico derribó a un tercer enemigo. A medida que Arthas se abría paso, los cuerpos putrefactos se iban acumulando al caer como moscas. En cierto momento, cuando buscaba a su próximo enemigo, atisbó que Falric lo observaba. La expresión de su rostro era una mezcla de admiración, conmoción y… ¿horror? Seguramente por culpa de la carnicería que Arthas estaba desatando. La Agonía de Escarcha parecía bailar una danza mortal en sus manos.

El viento arreció y comenzó a nevar con gran fuerza e intensidad. La Agonía de Escarcha parecía sentirse cómoda en tales circunstancias, ya que aquella nevada torrencial no pareció impedir el avance de Arthas lo más mínimo. Una y otra vez la hoja hallaba su objetivo y caían más y más engendros. Ya había dado su merecido a los peones. Había llegado la hora de acabar con el amo.

—¡Mal'Ganis, cobarde! —gritó Arthas, con una voz que el viento aullador transportaba con suma facilidad y que incluso a él le sonaba distinta—. ¡Vamos, muéstrate! ¡Me incitaste a venir aquí para combatirte! ¡Así que sal y enfréntate a mí!

Entonces el señor demoníaco apareció sonriendo burlonamente al príncipe. Era mucho más grande de lo que Arthas recordaba. Se estiró, exhibiendo así su imponente envergadura, con las alas batiendo en el aire y la cola restallando. Los guerreros no-muertos a su mando se quedaron paralizados en cuanto chasqueó los dedos con indolencia.

Esta vez Arthas estaba preparado para no dejarse impresionar por la espantosa apariencia del Señor del Terror, y no se sintió desconcertado. Sin apartar la vista de su enemigo, alzó sin mediar palabra la Agonía de escarcha y las runas inscritas a lo largo de su filo centellearon. Mal'Ganis reconoció aquella arma y frunció levemente sus labios azules.

—Así que te has hecho con la Agonía de Escarcha a costa de la vida de tus compañeros, tal y como predijo el Señor Oscuro. Eres más fuerte de lo que pensaba.

Si bien el príncipe escuchó esas palabras, otras le eran susurradas en su mente y también les prestó atención. Al instante, una sonrisa feroz se dibujó en su rostro.

—Estás malgastando tu aliento, Mal'Ganis. Ahora escucho únicamente la voz de la Agonía de Escarcha.

El Señor del Terror echó hacia atrás su cabeza coronada por cuernos y rió.

—Te equivocas. Oyes la voz del Señor Oscuro —replicó Mal'Ganis. Entonces apuntó a la poderosa hojarruna con un dedo puntiagudo rematado por una uña negra—. ¡Te susurra a través de la espada que empuñas!

Arthas se ruborizó. ¿El amo del Señor del Terror le hablaba a través de la Agonía de Escarcha? Pero… ¿cómo era eso posible? ¿Acaso se la habían jugado? ¿Es que lo habían engañado para que cayera directamente en las garras de Mal'Ganis?

—¿Qué dice, joven humano? —inquirió, esbozando una sonrisa burlona propia de alguien que sabe algo que su interlocutor ignora. El Señor del Terror se estaba regodeando y solazando ante el giro inesperado de los acontecimientos—. ¿Qué te está diciendo ahora el Señor Oscuro de los muertos?

Arthas volvió a escuchar susurros, y esta vez fue él quien esbozó una sonrisa burlona, que resultó ser fiel reflejo de la expresión que esgrimía el Señor del Terror. Ahora era él quien sabía algo que Mal'Ganis ignoraba.

Arthas trazó con la Agonía de Escarcha varios círculos por encima de su cabeza, pues aquella hoja enorme era ligera y elegante en sus manos y, a continuación, adoptó una posición de ataque.

—Me dice que ha llegado la hora de mi venganza.

Entonces dio la impresión de que los verdes y refulgentes ojos de Mal'Ganis se le iban a salir de sus cuencas.

—¿Qué? No querrá decir que…

Arthas cargó contra él.

Alzó la poderosa hojarruna y la bajó de inmediato para asestar el primer golpe. Ese movimiento sorprendió al Señor del Terror, pero solo por un instante, ya que logró alzar su vara justo a tiempo para desviar el mandoble. Se apartó de un salto y sus grandes alas de murciélago crearon una intensa ráfaga de viento que enmarañó el pelo dorado de Arthas, si bien no afectó a su equilibrio ni a su celeridad. Atacó al demonio una y otra vez con aquella hoja que refulgía de impaciencia, controlando sus acometidas con cierta frialdad y racionalidad, aunque de un modo rápido y letal cual víbora. En ese instante, un pensamiento cruzó su mente: *La Agonía de Escarcha está hambrienta*.

Entonces sintió cómo un escalofrío recorría una parte de él, impulsado por el temor: *¿hambrienta de qué?*

Eso no importaba. Él, Arthas, tenía sed de venganza y la iba a saciar. Cada vez que Mal'Ganis intentaba conjurar un hechizo, la Agonía de Escarcha lo impedía golpeándolo oblicuamente, cortando su carne, hostigándole hasta que llegara el momento de asestarle el mandoble mortal. Arthas gritó, sintiendo el ansia y el ímpetu de Agonía de Escarcha, mientras blandía la hojarruna, que trazó un arco azulado en su camino para esculpir con nitidez un surco letal en el tronco de Mal'Ganis.

Una sangre oscura manó a borbotones de la herida para dibujar en el aire una curva alrededor de la cual el viento y la nieve parecieron retorcerse mientras el fulgor de las

runas de la hoja de la Agonía de Escarcha, empañado en parte por la espesa sangre demoníaca, iluminaba aquella gloriosa escena.

—Se acabó —afirmó con voz queda.

Todo esto forma parte de tu viaje, de tu aprendizaje, joven príncipe, le susurró la Agonía de Escarcha. ¿O se trataba en realidad del Señor Oscuro del que había hablado Mal'Ganis? Ni lo sabía, ni le importaba. Con sumo cuidado se agachó y limpió la hoja con nieve. *Pero aún queda mucho, muchísimo camino por recorrer. Si lo completas, podrás acceder a grandes poderes y conocimientos*.

Arthas recordó las palabras que Muradin había leído en la inscripción de la caverna. En ese instante, una de sus manos se fue hacia su corazón sin que se diera cuenta de que hacía ese gesto de manera inconsciente. Aquella hoja ahora formaba parte de él y él de ella.

La tormenta de nieve empeoraba, pero entonces se percató de que, sorprendentemente, no sentía frío. Se enderezó, empuñando a la Agonía de Escarcha, y miró a su alrededor. El demonio yacía a sus pies sufriendo el rigor mortis. La voz (la de la Agonía de Escarcha, o la del misterioso Señor Oscuro) tenía razón.

Aún había más camino que recorrer. Muchísimo más.

El invierno se lo mostraría.

Arthas Menethil asió con vigor la hojarruna, contempló la tormenta de nieve y, corriendo, fue a hacerse uno con ella.

* * *

Arthas sabía que recordaría el tañido de las campanas toda la vida. Solo repicaban con motivo de eventos importantes de Estado: una boda real, el nacimiento de un heredero, el funeral de un rey, y todos los acontecimientos que marcaban un antes y un después en la vida del reino. Pero aquel día doblaban para celebrar que él, Arthas Menethil, regresaba a casa.

Había hecho correr la voz de que volvía victorioso, que había descubierto al responsable de la peste, había dado con él y lo había matado, y que ese día glorioso retornaría al lugar que lo vio nacer. Mientras avanzaba a pie por el camino que llevaba a Ciudad Capital, era recibido con vítores y aplausos que expresaban el agradecimiento de una nación que sabía que su amado príncipe la había salvado del desastre. Si bien aceptaba tal agasajo como parte de sus obligaciones, en aquellos instantes solo pensaba en ver a su padre después de tanto tiempo.

En una carta entregada unos días antes por un veloz mensajero había escrito lo siguiente:

«Padre, hablaré contigo en privado para informarte de las cosas que he visto y aprendido. Estoy seguro de que ya habrás hablado con Jaina y Uther, y puedo imaginar perfectamente qué te habrán contado. Sé que habrán intentado volverte contra mí. Te aseguro que siempre he actuado en defensa de los intereses de los ciudadanos de Lordaeron. Por fin regreso a casa victorioso tras haber aniquilado al responsable de esta peste que ha causado estragos entre nuestros súbditos, deseoso de iniciar una nueva era en nuestro reino».

Los hombres que marchaban tras el príncipe caminaban tan callados como él y llevaban el rostro tapado por sus capuchas al igual que Arthas. Aquel gentío no parecía necesitar que los soldados reaccionaran de manera acorde al júbilo que había despertado su regreso. El puente levadizo estaba bajado y Arthas se dispuso a cruzarlo. Si bien al otro lado también le esperaba una muchedumbre alborozada, esta no estaba compuesta de plebeyos sino de diplomáticos, nobles de bajo rango y dignatarios que estaban de paso, elfos, enanos y gnomos. No solo se hallaban a pie de calle ocupando el patio, sino también arriba, en los balcones. Una lluvia de pétalos de rosas rojas, blancas y rosas cayó sobre el héroe de aquellas tierras que regresaba a casa.

Arthas recordó que una vez se imaginó a Jaina ante él, el día de su boda, con esos mismos pétalos cayendo sobre su rostro iluminado por una sonrisa mientras se acercaba para besarlo.

Jaina…

Conmovido por esa fantasía, cogió uno de los pétalos rojos con una mano enguantada. Lo acarició con el pulgar con sumo cuidado, y, al instante, frunció el ceño en cuanto apareció en él una mancha, que se extendió ante sus ojos desecando y destruyendo el pétalo hasta que se tornó más marrón que rojo en la palma de su mano. Con un gesto rápido y displicente, se deshizo de aquella cosa muerta y prosiguió su camino.

Abrió de un empujón las enormes puertas que daban a la sala del trono que tan bien conocía; una vez dentro, lanzó una mirada fugaz a Terenas y obsequió a su padre con una sonrisa, oculta en parte por la capucha. Arthas se arrodilló en señal de respeto, sosteniendo a la Agonía de escarcha ante sí; su punta acarició el sello tallado en el suelo de piedra.

—Oh, hijo mío. Cuánto me alegro de verte de vuelta en casa sano y salvo —afirmó Terenas al tiempo que se ponía en pie un tanto torpemente.

El rey tiene mal aspecto, pensó Arthas. Los acontecimientos de los últimos meses habían envejecido al monarca. Ahora predominaba el color gris en su pelo y había signos de fatiga en su mirada.

Pero ya no tenía de qué preocuparse, puesto que, a partir de entonces, todo iría bien.

Tú no tienes que sacrificarte más por tu pueblo. No necesitas seguir llevando el peso de la corona. Me he encargado de todo.

Arthas se incorporó, provocando con su armadura un tremendo estruendo. Alzó una mano, apartó la capucha que ocultaba su rostro y aguardó a la reacción de su padre. En cuanto Terenas se percató del cambio que se había operado en su único hijo, dio la sensación de que se le iban a salir los ojos de sus órbitas.

El pelo de Arthas, que una vez había sido dorado como el trigo que había proporcionado sustento a su pueblo, era ahora de color hueso. Su rostro poseía también la misma lividez, como si le hubieran extraído toda la sangre.

Ha llegado el momento, le susurró la Agonía de Escarcha en su mente. Al instante, Arthas se aproximó a su padre, quien se había detenido en el estrado, mirándolo fijamente de un modo vacilante. Si bien había varios guardias apostados por toda la sala, no serían rivales para él, la Agonía de Escarcha y los dos hombres que lo acompañaban. Arthas subió con descaro los peldaños alfombrados que tenía ante sí y asió a su padre del brazo.

Arthas alzó su espada. Las runas de la Agonía de escarcha brillaron presas de la expectación. Entonces escuchó un susurro, que no procedía de la hojarruna sino de un recuerdo…

… centrado en un príncipe de pelo oscuro que parecía pertenecer a otra vida anterior muy lejana, que le decía…

Fue asesinado. Una amiga de confianza lo mató. Lo apuñaló en el corazón…

Arthas sacudió la cabeza y aquella voz calló.

—¿Qué es esto? ¿Qué estás haciendo, hijo mío?

—Destronándote, padre.

Y el hambre de la Agonía de Escarcha se vio saciada… de momento.

* * *

Arthas dejó actuar a sus nuevos y obedientes siervos. Tras despachar con suma facilidad a los guardias que cargaron contra él tras morir su padre, regresó con celeridad al patio con un frío propósito en su corazón.

Aquello fue una locura.

Lo que hasta hacía unos instantes había sido jolgorio se convirtió en pánico. Lo que había sido celebración se transformó en una lucha frenética por salvar el pellejo. Pocos lograron escapar. Los que habían esperado durante horas para dar la bienvenida a su príncipe estaban muertos, con la sangre coagulada en sus espantosas heridas, las extremidades mutiladas y los cuerpos destrozados. Los embajadores yacían junto a los

plebeyos; los hombres y mujeres, junto a los niños. La muerte los había igualado a todos de un modo espeluznante.

A Arthas no le importaba cuál sería el destino de aquellos cadáveres: ser carroña para los cuervos, o convertirse en nuevos súbditos bajo su mando. Dejaría esa decisión en manos de sus capitanes, Falric y Marwyn, quienes ahora se hallaban tan pálidos como él y eran aún más inmisericordes. A continuación, el príncipe desanduvo el camino por el que había venido con una sola cosa en mente.

Echó a correr en cuanto dejó atrás el patio y los cadáveres, que permanecían quietos o cobraban vida. Era consciente de que ningún caballo le dejaría jamás subirse a su grupa, puesto que esas bestias enloquecían al percibir su olor y el de quienes lo seguían. No obstante, había descubierto que no se cansaba; no cuando le susurraba la Agonía de escarcha (o quizá era en realidad el Rey Exánime quien le hablaba a través de la hojarruna). Corrió raudo y veloz hasta llegar a un lugar que no había visitado en años.

Unas voces dieron vueltas en su mente; se trataba de recuerdos, fragmentos de conversaciones:

Sabes que no deberías montarlo aún.

Te has saltado las clases… una vez más.

Los horrendos gritos de agonía de Invencible retumbaron de nuevo en su mente. La Luz se detuvo una vez más ante él durante un espantoso momento, como si dilucidara si era digno o no de su bendición. El rostro de Jaina cuando él decidió poner fin a su relación volvió a hallarse ante él.

Escúchame, chico… La sombra ya ha caído y nada de lo que hagas puede cambiarlo… Recuerda que cuanto más te esfuerces en acabar con tus enemigos, más rápido pondrás a tu gente en sus manos…

No se trata de una puñetera cosecha de manzanas; sino de una ciudad repleta de seres humanos…

… Sabemos tan poco sobre la peste… ¡No podemos masacrarlos como animales porque tengamos miedo!

¡… Has mentido a tus hombres y traicionado a los mercenarios que habían luchado por ti…! Ya no eres el niño del rey Terenas.

Pero aquella gente no podía verlo, no podía entenderlo. Jaina… Uther… Terenas… Muradin. Todos ellos, en algún momento, de palabra o con un gesto o una mirada, le habían dicho que se equivocaba.

Ralentizó sus pasos a medida que se acercaba a la granja. Sus súbditos habían estado aquí antes que él y ahora en ese lugar solo moraban cadáveres que yacían en el suelo sufriendo el rigor mortis. Incluso en aquellos momentos, Arthas aparcó el dolor que

trajo consigo reconocer a los finados; simplemente pensó que debían sentirse afortunados de haber muerto sin más. Se trataba de un hombre, una mujer y un joven de su edad.

Las bocas de dragón florecían como nunca aquel año. Arthas se acercó más y extendió un brazo para tocar una de esas hermosas y espigadas flores azules de lavanda, pero titubeó al acordarse del pétalo de rosa.

Se volvió y caminó hasta una tumba erigida hacía siete años. La hierba la había invadido, si bien aún podía leerse la inscripción. Aunque no necesitaba leerla para saber quién estaba enterrado ahí.

Por un instante permaneció en pie, más conmovido por la muerte del que yacía en aquella tumba que por la de su padre a sus manos.

El poder es tuyo, le dijeron los susurros. *Haz con él lo que te plazca*.

Arthas alargó una mano, mientras aferraba con firmeza a la Agonía de Escarcha en la otra. Una luz oscura comenzó a girar alrededor de la mano extendida cada vez más rápido. Después se desplazó por sus dedos como una serpiente, ondulando y retorciéndose con voluntad propia y, acto seguido, horadó la tierra.

Arthas sintió cómo se conectaba con el esqueleto sepultado ahí abajo. La alegría lo inundó y las lágrimas se agolparon en sus ojos. Al levantar la mano sacó a esa cosa ya-no-muerta de su sueño de siete años en la oscura y fría tierra.

—¡Levántate! —le ordenó, y esa palabra salió disparada de su garganta como un cañonazo.

La tumba erupcionó como un volcán y llovieron restos de tierra por doquier. Unas patas huesudas arañaron el suelo y unas pezuñas buscaron asidero en aquel firme inestable, y de pronto una calavera emergió a la superficie. Arthas lo observó asombrado y sin aliento, esbozando una sonrisa en su palidísimo rostro.

Te vi nacer, pensó, y entonces recordó una húmeda membrana que envolvía a una diminuta nueva vida que se retorcía impotente. *Te ayudé a venir a este mundo y contribuí a que lo dejaras. Ahora renaces gracias a mí.*

El esquelético corcel luchó por abrirse paso entre la tierra y al fin emergió, plantó sus patas delanteras firmemente y se levantó. Un fuego rojo ardía en las cuencas vacías de sus ojos. Sacudió la cabeza, brincó y relinchó no se sabe muy bien cómo, ya que sus tejidos blandos se habían podrido hacía mucho.

Arthas extendió un brazo tembloroso para tocar a aquella criatura no-muerta, que relinchó y le acarició la mano con su huesudo hocico. Siete años atrás había llorado unas lágrimas que se le congelaron en el rostro cuando tuvo que alzar la espada para atravesar el aguerrido corazón de su querida bestia.

Había soportado solo la pesada carga de esa culpa todo ese tiempo. Pero ahora se daba cuenta de que todo formaba parte del destino. Si no hubiera matado a su corcel, no

habría podido traerle de vuelta de entre los muertos. Además, si hubiera estado vivo, el caballo le habría temido. Al ser un no-muerto, en cuyos ojos anidaba el fuego, con los huesos ensamblados por la magia nigromántica que Arthas ahora era capaz de manejar gracias al poder que le había concedido el misterioso Rey Exánime, el caballo y su jinete por fin volvían a estar juntos, por fin podrían cumplir el destino que siempre habían tenido escrito. Lo que había ocurrido hacía siete años no había sido un error; Arthas no se había equivocado. Ni entonces, ni ahora.

Jamás.

Esa era la prueba.

La sangre carmesí de su padre que teñía a la Agonía de Escarcha aún no se había secado mientras por todas las tierras que ahora gobernaba rondaba la muerte. El cambio estaba próximo.

—Este reino debe caer —prometió a su amado corcel mientras colocaba su capa sobre el lomo huesudo de su montura y se subía a ella—. ¡Y de sus cenizas resurgirá una nueva orden que hará temblar los mismos cimientos del mundo!

El caballo relinchó.

Invencible.

TERCERA PARTE

LA DAMA OSCURA



INTERLUDIO

Sylvanas Brisaveloz, antigua general de la Guardia Forestal de Quel'Thalas, un alma en pena, y Dama Oscura de los renegados, abandonó los aposentos reales con el mismo paso rápido y ágil que le había caracterizado en vida. En ese momento mostraba su forma corpórea porque la prefería para realizar actividades cotidianas y normales. Si bien gracias a las botas de cuero pisó el suelo de piedra de Entrañas sin hacer el mínimo ruido, todos giraron la cabeza para observar a aquella dama única e inconfundible.

Antaño, su pelo había sido rubio, sus ojos, azules, y su piel, del color del melocotón. Antaño, había estado viva. Ahora su pelo, a menudo cubierto por una capucha de un tono negro azulado, era negro como la medianoche y estaba salpicado de mechones blancos aquí y allá; además, su piel amelocotonada era ahora de un tenue gris perla azulado. Iba vestida con la armadura que había llevado en vida, de cuero con muchos remaches, que revelaba gran parte de su esbelto y muscular torso. Sus orejas se agitaron al escuchar los murmullos que había despertado su presencia ahí, pues rara vez se aventuraba más allá de sus aposentos. Como era la regente de aquella ciudad, era el resto del mundo el que venía a verla y no al revés.

Junto a ella caminaba presuroso su maestro boticario Faranell, presidente de la Sociedad Real de Boticarios, quien hablaba animadamente, esbozando una sonrisa de lo más falsa.

—Te agradezco muchísimo que hayas accedido a venir, mi señora —aseveró, al tiempo que intentaba hacer una reverencia, andar y hablar, todo a la vez—. Como me comentaste que deseabas de que te informásemos en cuanto los experimentos tuvieran éxito y querías verlos tú misma una vez que…

—Sé perfectamente cuáles eran mis órdenes, doctor —le soltó Sylvanas cuando descendían por un sinuoso pasillo que llevaba a las profundidades de Entrañas.

—Por supuesto, por supuesto. Ya hemos llegado.

Entraron en una habitación que a cualquiera con un mínimo de sensibilidad le habría parecido una casa del terror. Sobre una mesa enorme, un no-muerto encorvado se

afanaba cosiendo los restos de diferentes cadáveres, mientras canturreaba en voz baja. Ante lo cual, Sylvanas sonrió y le espetó socarronamente:

—Me alegro de ver a alguien disfrutar tanto con su trabajo.

El aprendiz se sobresaltó al escuchar esas palabras, y, acto seguido, hizo una profunda reverencia.

En aquel lugar, donde se podía escuchar el zumbido monótono del chisporroteo de alguna clase de energía, los alquimistas se hallaban muy ajetreados mezclando pociones, pesando ingredientes y tomando notas. El olor era una combinación de putrefacción, sustancias químicas y, de forma un tanto incongruente, el dulce aroma de ciertas hierbas. A Sylvanas le sorprendió cómo respondió ante la fragancia de esas hierbas, ya que le hicieron sentir una sensación extraña… le hicieron añorar su hogar. Por fortuna, esa emoción no duró demasiado. Tales emociones nunca se prolongaban mucho.

—Muéstramelo —exigió la Dama Oscura.

Faranell hizo una reverencia y la guió hasta una sala anexa tras cruzar el área principal y pasar junto a diversos cuerpos mutilados que pendían de ganchos.

Un débil sollozo alcanzó sus oídos. Al entrar, Sylvanas vio varias jaulas que reposaban en el suelo o se balanceaban en el techo colgadas de unas cadenas; todas ellas estaban ocupadas por los sujetos con los que experimentaban. Algunos eran humanos. Otros, renegados. Todos tenían la mirada perdida por culpa del miedo que se había instalado en lo más hondo de su ser y prolongado tanto tiempo que prácticamente los había obligado a aislarse en sus propios mundos.

Pero eso no sería así por mucho tiempo.

—Como puedes imaginar, mi señora —le explicó Faranell—, resulta difícil traer hasta aquí a miembros de la Plaga para experimentar con ellos. Si bien, a la hora de realizar experimentos, nos da igual utilizar a un renegado que a un miembro de la Plaga. No obstante, me complace participarte que nuestras pruebas de campo están muy bien documentadas y han sido todo un éxito.

La emoción embargó a Sylvanas, quien obsequió al boticario con una extraña aunque hermosa sonrisa.

—Lo cual me llena de orgullo y regocijo —añadió.

El doctor no-muerto se estremeció de satisfacción. Llamó con una seña a su ayudante, Keever, un renegado cuyo cerebro había quedado gravemente dañado tras su primera muerte y que hablaba entre dientes consigo mismo en tercera persona mientras apartaba a dos «conejillos de indias». Uno era una mujer humana, que por lo visto no estaba tan dominada por el miedo y la desesperación como para perderse en un mundo propio, no pudo evitar echarse a llorar en silencio cuando Keever la sacó a rastras de la

jaula. Sin embargo, el macho, un renegado, permanecía en pie completamente impasible y callado.

—¿Es un criminal? —inquirió Sylvanas mientras observaba con atención al varón.

—Por supuesto, mi señora —replicó Faranell.

La Dama Oscura se preguntó si sería verdad. Aunque, al final, no revestía la mayor importancia. Fuera como fuese, aquel sujeto serviría a los propósitos de los renegados. Entretanto, la muchacha humana se había arrodillado. Keever se agachó, le tiró del pelo para que levantara la cabeza, y cuando la mujer abrió la boca para gritar de dolor, aprovechó para meterle en la boca el líquido que contenía una copa y, a continuación, se la tapó para obligarla a tragar.

Sylvanas captó cómo se resistía la mujer. Junto a ella, el macho renegado aceptó y apuró sin protestar la copa que Faranell le ofreció.

Todo sucedió muy rápido. La muchacha humana pronto dejó de resistirse, su cuerpo se tensó y luego sufrió convulsiones. Keever la soltó y contempló con curiosidad cómo la sangre manaba de su boca, nariz, ojos y oídos. En ese instante, Sylvanas posó la mirada sobre el renegado, quien seguía escudriñándola en silencio, eso provocó que la Dama Oscura frunciera el ceño.

—Quizá no sea tan efectivo como…

Entonces el renegado se estremeció. Luchó por mantenerse en pie un poco más, pero se debilitó al instante y fue a estrellarse estrepitosamente contra el suelo. Todos dieron un paso atrás. Sylvanas observaba aquella escena absorta, con los labios un poco separados por la emoción.

—¿Sufren el mismo mal? —planteó la Dama Oscura a Faranell.

En ese momento, la hembra humana gimió y, acto seguido, se quedó quieta con los ojos abiertos. Entonces el alquimista asintió satisfecho a la pregunta de su señora.

—Efectivamente —contestó el apotecario—. Como puede imaginar, estamos bastante…

El no-muerto sufrió un espasmo, se le rasgó la piel por varios puntos de los que brotó un pus negro y, al momento, también él permaneció inmóvil.

—… contentos con los resultados —remató Faranell.

—Ya veo —replicó Sylvanas, a quien le resultaba muy difícil disimular la euforia; la palabra «contento» se quedaba corta para definir lo que sentía—. Por fin hemos dado con una peste que mata tanto a humanos como a miembros de la Plaga. Obviamente, afecta a mis súbditos, dado que ellos también son no-muertos.

La Dama Oscura miró a Faranell con aquellos ojos plateados brillantes y añadió:

—Debemos cerciorarnos de que este descubrimiento no caiga en manos equivocadas; las consecuencias podrían ser… devastadoras.

El apotecario tragó saliva.

—Efectivamente, mi señora, habrá que tener mucho cuidado.

Sylvanas ocultó sus sentimientos bajo una máscara de indiferencia mientras regresaba a los aposentos reales. Si bien miles de pensamientos cruzaban su mente a gran velocidad, uno destacaba por encima de los demás, ardiendo de un modo tan cegador y descontrolado como el hombre de paja que prendía todos los Halloween:

Por fin vas a pagar por lo que has hecho, Arthas. Los humanos que te engendraron serán masacrados, y la Plaga conocerá su fin. Ya no podrás esconderte tras tus ejércitos de títeres no-muertos sin mente. Y disfrutarás de la misma piedad y compasión que mostraste por nosotros.

A pesar del gran autocontrol que ejercía sobre sus emociones, no pudo evitar esbozar una sonrisa.



CAPÍTULO DIECISIETE

Mientras cabalgaba a lomos del esquelético y leal Invencible hacia Andorhal, Arthas meditaba acerca de lo irónico que resultaba que él, que había asesinado al nigromante Kel'Thuzad, fuera ahora el encargado de resucitarlo.

La Agonía de Escarcha le susurraba, aunque no le hacía falta escuchar la voz de la espada (o, mejor dicho, del Rey Exánime, así quería que la llamara) para sentirse tranquilo. Ya no había vuelta atrás. Y tampoco deseaba desandar el camino que estaba explorando.

Tras la caída de Ciudad Capital, Arthas se había centrado en emprender un peregrinaje que era una suerte de reverso tenebroso del que habría realizado un paladín. Había recorrido aquellas tierras a lo largo y ancho, llevando consigo a sus nuevos súbditos de ciudad en ciudad, quienes se encargaban de exterminar a la población autóctona. Pensaba que la Plaga (ese fue el término que utilizó Kel'Thuzad) era un nombre adecuado para esos seres. De la misma forma que la autoflagelación y los azotes eran empleados a veces por algunos de los elementos más excéntricos del clero para purgar las impurezas del alma, su Plaga purgaría aquellas tierras de la peste de los vivos. No obstante, Arthas existía entre el mundo de los muertos y el de los vivos; en cierto modo, seguía vivo, pero el Rey Exánime insistía en llamarle en susurros «caballero de la muerte», y el lívido color de su pelo, su piel y sus ojos parecían indicar que eso era algo más que un mero título. Aunque no estaba muy seguro de qué significaba, ni tampoco le importaba. Le bastaba con saber que era el favorito del Rey Exánime y que la Plaga se hallaba a sus órdenes. En ese preciso instante se percató de que, de una manera extraña y retorcida, le preocupaba el destino de los miembros de la Plaga.

Arthas servía al Rey Exánime a través de uno de sus sargentos, un Señor del Terror cuyo aspecto era idéntico al de Mal'Ganis, lo cual también resultaba irónico, aunque tampoco le preocupaba en exceso.

«Como Mal'Ganis, soy un Señor del Terror. Pero no soy tu enemigo», le había asegurado Tichondrius, esbozando una sonrisa que era más bien una mueca de desprecio. «En verdad, he venido a felicitarte. Al asesinar a tu propio padre y entregar esta tierra a la

Plaga, has superado la primera prueba. El Rey Exánime está satisfecho de tu… entusiasmo».

Arthas se sintió desgarrado por dos emociones contrapuestas: el dolor y el júbilo.

«Ya», replicó, procurando mantener una voz firme ante el demonio. «En su nombre he condenado todo y a todos a los que siempre he querido, y sigo sin sentir remordimientos. Ni vergüenza. Ni piedad».

Entonces, en lo más hondo de su ser, escuchó otro susurro, que no provenía de la Agonía de Escarcha: *Mentiroso*.

Sin embargo, apagó los rescoldos de ese sentimiento de inmediato. Esa voz debía silenciarse de algún modo. No podía dejar que esa duda creciera. Era como una gangrena, que se lo comería si lo permitía.

Tichondrius no pareció percatarse de la lucha interna que libraba Arthas y, simplemente, señaló a la Agonía de Escarcha al tiempo que afirmaba:

«La hojarruna que llevas fue forjada por mi raza hace mucho, mucho tiempo. El Rey Exánime te ha otorgado la facultad de robar almas. La tuya fue la primera que reclamó».

Emociones contrapuestas combatían en el fuero interno de Arthas, quien contempló la espada con atención. No se le había pasado por alto la palabra que había escogido Tichondrius: «robar». Si el Rey Exánime le hubiera pedido su alma a cambio de salvar a su pueblo, Arthas se la hubiera entregado. Sin embargo, el Rey Exánime no le había pedido tal cosa, simplemente se la había arrebatado. Y ahora estaba ahí, encerrada dentro de aquella arma refulgente, tan cerca de Arthas que el príncipe (mejor dicho, rey) casi podía tocarla. Pero ¿Arthas había logrado lo que pretendía en un principio? ¿Había salvado a sus súbditos?

¿Acaso importaba?

Tichondrius lo observó con detenimiento.

«Entonces tendré que arreglármelas sin alma», replicó Arthas sin darle más importancia. «¿Cuál es la voluntad el Rey Exánime?».

La misión que le habían encomendado consistía en reunir lo que quedaba del Culto de los Malditos para que lo ayudaran a alcanzar un objetivo aún más importante: la recuperación de los restos de Kel'Thuzad.

Según la información que habían recibido, ese montón de carne pestilente, putrefacta y licuada se hallaba aún en Andorhal, donde el propio Arthas lo había dejado. Andorhal, el lugar del que procedían los envíos de grano infectado. Si bien recordó lo furioso que se había puesto al atacar al nigromante, ahora era incapaz de sentir cólera. Una sonrisa se dibujó en sus pálidos labios. Aquello resultaba irónico.

Los edificios que habían ardido en su día no eran más que un montón de maderas calcinadas. Nadie aparte de los no-muertos debería estar ahí; y aun así… Arthas frunció el ceño, tiró de las riendas e Invencible se detuvo, tan obediente en la muerte como lo había sido en vida. El rey pudo atisbar unas siluetas que se movían aquí y allá. La poca luz de aquel día gris se reflejaba en las…

Armaduras, se dijo a sí mismo.

Allí había unos cuantos hombres vestidos con armaduras, apostados a lo largo del perímetro del cementerio, y uno de ellos custodiaba una modesta tumba. Entornó los ojos y, acto seguido, los abrió como platos. No eran unos seres vivos cualesquiera, no eran unos meros guerreros, eran paladines. Sabía por qué estaban ahí. Por lo visto, Kel'Thuzad atraía el interés de gente muy diversa.

No obstante, él había decretado la disolución de la orden. Por tanto, los paladines ya no deberían existir, y mucho menos congregarse en aquel lugar. Entonces la Agonía de Escarcha susurró que estaba hambrienta. Arthas desenvainó la poderosa hojarruna, la alzó para que el reducido ejército de acólitos que lo acompañaba pudiera verla e inflamara así su ánimo y, al instante, cargó. Invencible se abalanzó sobre los paladines, y Arthas pudo comprobar cómo la estupefacción se apoderaba de los rostros de los hombres que vigilaban el cementerio en cuanto se abalanzó sobre ellos. Si bien lucharon con gallardía, al final su resistencia fue inútil; el príncipe pudo ver en sus ojos que eran conscientes de ello.

Justo cuando acababa de extraer la Agonía de Escarcha del cadáver del paladín al que acababa de matar, y de sentir el júbilo de la espada al hacerse con otra alma, escuchó un grito:

—¡Arthas!

Se trataba de una voz que había escuchado con anterioridad, pero como era incapaz de relacionarla con su dueño, se volvió hacia el hombre que le había llamado.

Este era muy alto, y su presencia, imponente. Se había quitado el yelmo, y fue su frondosa barba la que hizo recordar a Arthas quién era.

—¡Gavinrad! —exclamó sorprendido—. Cuánto tiempo.

—No el suficiente. ¿Dónde está el martillo que te obsequiamos? —inquirió Gavinrad, escupiendo prácticamente las palabras—. Es el arma de un paladín. Un arma de honor.

Arthas recordó que ese hombre había sido el que colocó el martillo a sus pies durante su ceremonia de ingreso en la orden. Qué limpio, auténtico y sencillo le había parecido todo en aquel momento.

—Ahora poseo un arma mucho mejor —aseveró Arthas.

Alzó la Agonía de Escarcha, la cual parecía agitarse ansiosa en su mano y, entonces sintió un impulso imperioso que tuvo que obedecer.

—Apártate, hermano —le pidió con una amabilidad bastante fuera de lugar—. He venido a recoger unos viejos huesos. En recuerdo de aquel día y de la orden a la que ambos pertenecimos, no te haré daño si me dejas pasar.

Las pobladas cejas de Gavinrad se unieron en una sola cuando escupió en dirección a Arthas.

—¡No puedo creer que antes te llamáramos hermano! No acabo de entender por qué Uther te defendía siempre. Tu traición ha roto el corazón de Uther, muchacho. Él habría dado su vida por la tuya sin dudarlo ni un segundo, ¿y así le pagas su lealtad? ¡Sabía que era un error aceptar a un príncipe mimado en nuestra orden! ¡Has puesto en ridículo a la Mano de Plata!

La furia se apoderó de Arthas con tal celeridad e intensidad que casi lo ahogó. ¡Cómo se atrevía a hablarle así a él, un caballero de la muerte, la mano ejecutora del Rey Exánime! La vida, la muerte, la no-vida… todo ello formaba parte de su dominio. Gavinrad había osado escupir sobre su oferta de tregua. Arthas apretó los dientes con fuerza.

—No, hermano mío —replicó con un gruñido—. Cuando te asesine y te obligue a levantarte de entre los muertos como mi siervo, y tengas que bailar al son que yo marque, entonces sí que habré puesto en ridículo a la Mano de Plata, Gavinrad.

Arthas le hizo una seña retadora mientras sonreía burlonamente. Los no-muertos y los miembros del Culto de los Malditos que lo habían acompañado hasta aquel lugar aguardaron en silencio el devenir de los acontecimientos. Gavinrad no se precipitó, mantuvo la compostura y rezó a la Luz, a pesar de que no lo salvaría. Arthas permitió que concluyera su rezo y su arma brillara tal y como lo había hecho en su día el martillo del príncipe. Sabía que Gavinrad no tenía nada que hacer frente a él, puesto que empuñaba la Agonía de Escarcha y el poder del Rey Exánime recorría su cuerpo, que se hallaba a medio camino de los mundos de la vida y de la muerte.

Tampoco el paladín confiaba en ganar el duelo. Luchó con todas sus fuerzas, pero no bastó. Arthas jugó un poco con él, para calmar así el escozor que le habían provocado las palabras de Gavinrad; enseguida se cansó y despachó a su antiguo compañero de armas con un poderoso mandoble. Sintió cómo la Agonía de Escarcha tomaba y aniquilaba otra alma más y se estremeció levemente cuando el cuerpo sin vida de Gavinrad cayó al suelo. A pesar de lo que le había prometido a su oponente, que ahora yacía a sus pies derrotado, Arthas dejó que disfrutara del sueño eterno.

Con un gesto brusco ordenó a sus siervos que se dispusieran a recuperar el cadáver de Kel'Thuzad, a quien había abandonado, en su día, en el lugar en que había caído para que se pudriera; sin embargo, alguien (sin duda alguna, los devotos seguidores del nigromante) se había tomado la molestia de enterrar el cuerpo en una pequeña cripta. Los

acólitos del Culto de los Malditos se dieron prisa en encontrar la tumba y con gran esfuerzo lograron apartar la cubierta. Dentro había un ataúd, que sin más dilación sacaron de ahí y al que Arthas propinó una patada suave, sonriendo taimadamente.

—Ven conmigo, nigromante —le ordenó con altivez mientras subían el féretro a la parte de atrás de un vehículo al que llamaban «el carro de despojos»—. Los poderes a los que una vez serviste te necesitan de nuevo.

Te dije que mi muerte no cambiaba nada.

Arthas se sobresaltó. Se había acostumbrado a escuchar voces en su mente; el Rey Exánime le hablaba a través de la Agonía de Escarcha casi constantemente. Pero esto era distinto. Reconoció aquella voz; la había escuchado antes, cuando era arrogante y burlona y no hablaba en susurros como si quisiera contarle secretos y ganarse su confianza.

Se trataba de Kel'Thuzad.

¿Qué demonios…? ¿Ahora oigo fantasmas?, pensó el caballero de la muerte.

No solo los oía, sino que los veía. O, al menos, a uno en concreto. La silueta de Kel'Thuzad se fue formando lentamente delante de sus ojos; era translúcida y flotaba en el aire, y sus ojos eran dos pozos oscuros. Se trataba de él sin ningún género de dudas. Entonces sus labios espectrales se curvaron para esbozar una sonrisa de complicidad.

No me equivocaba contigo, príncipe Arthas.

—Te has tomado tu tiempo, ¿eh? —se oyó decir a Tichondrius con una voz poderosa y grave que pareció surgir de la nada.

En ese momento, el espectro (si es que en realidad había estado ahí) desapareció. Arthas estaba desconcertado. ¿Acaso se lo había imaginado? ¿Estaba perdiendo la cordura a la vez que el alma?

Tichondrius no se había percatado del estado de agitación de Arthas, abrió el féretro y observó con gran asco su contenido: el cadáver casi licuado de Kel'Thuzad. El caballero de la muerte descubrió que podía soportar el hedor mejor de lo que había esperado, aunque no dejaba de ser espantoso. Parecía que había pasado una eternidad desde que había golpeado al nigromante con su martillo y observado la rápida descomposición del cadáver.

—Estos restos están muy descompuestos. No sobrevivirán a un viaje hasta Quel'Thalas.

Arthas se aferró a esa mención para dejar de pensar en lo que tanto le inquietaba.

—¿Quel'Thalas? ¿La tierra dorada de los elfos? —inquirió el caballero de la muerte.

—Sí. Solo la energía de la Fuente del Sol de los altos elfos puede devolverle la vida a Kel'Thuzad —le explicó el Señor del Terror, frunciendo el ceño—. A cada instante se descompone más y más. Arthas, tienes que robar una urna muy especial que está

custodiada por los paladines. Coloca los restos del nigromante en ella y así estarán bien protegidos para el viaje.

El Señor del Terror esbozó una sonrisa de suficiencia. Daba la sensación de que aquella misión era mucho más de lo que parecía a primera vista. Arthas abrió la boca para hacer una pregunta, pero enseguida la cerró. De todos modos, Tichondrius no se la iba a responder. Se encogió de hombros, se subió a lomos de Invencible y cabalgó hacia el lugar donde le habían ordenado ir.

Entonces escuchó tras él la tenebrosa risa del demonio.

Tichondrius tenía razón. Por el camino avanzaba lentamente una pequeña comitiva funeraria cuyos integrantes viajaban a pie. Se trataba del funeral de un militar o de un dignatario importante; Arthas reconoció la parafernalia habitual en estas ceremonias. Varios hombres ataviados con armaduras marchaban en fila; en el centro, un hombre sostenía algo entre sus fuertes brazos. La tenue luz del sol se reflejaba en su armadura y sobre el objeto que portaba: la urna de la que Tichondrius le había hablado. De repente, Arthas comprendió qué era lo que le había hecho tanta gracia al Señor del Terror.

El físico del paladín era muy peculiar, y su armadura, única. Al instante, Arthas asió la Agonía de Escarcha con manos temblorosas. Intentó reprimir la miríada de sensaciones confusas y perturbadoras que le embargó y ordenó aproximarse a sus hombres.

El cortejo fúnebre no era muy numeroso, si bien estaba repleto de guerreros de renombre; no obstante, rodearlos fue sumamente fácil. Los paladines desenvainaron sus armas pero no atacaron, sino que se volvieron hacia el hombre que custodiaba la urna, aguardando instrucciones. Uther (no podía ser otro) observaba a su antiguo aprendiz y parecía tener la situación bajo control. Mantuvo el gesto impasible, aunque su rostro parecía surcado por más arrugas de las que Arthas recordaba. Sin embargo, sus ojos ardían con la ira de los justos.

—El perro vuelve a lamer sus vómitos —aseveró Uther, pronunciando esas palabras como si fueran los chasquidos de un látigo—. No sabes cuánto he rezado para que no te entrometieras en este acto.

Arthas se estremeció levemente. Y con una voz áspera replicó:

—Soy como una moneda falsa… siempre vuelvo a aparecer. Por lo que veo, sigues considerándote un paladín, a pesar de que disolví tu orden.

Uther se echó a reír, aunque se trataba de una risa teñida de amargura.

—Como si pudieras disolverla a tu capricho. Yo solo respondo ante la Luz, muchacho. Como hiciste tú en su momento.

La Luz. Aún la recordaba. Le dio un vuelco el corazón y, por un instante, solo por un instante, bajó la espada. Al punto regresaron los susurros, que le recordaron qué clase de poder poseía ahora, insistiendo en que el sendero de la Luz no le había proporcionado lo

que anhelaba. Y en ese preciso momento, Arthas aferró vigorosamente la Agonía de Escarcha una vez más.

—Hice muchas cosas entonces —replicó el caballero de la muerte—, que ya no volveré a hacer.

—Tu padre gobernó estas tierras durante cincuenta años y tú las has reducido a cenizas en unos pocos días. Pero, claro, destruir y aniquilar es tan fácil, ¿verdad?

—Realmente dramático, Uther. A pesar de que me agrade recordar tiempos pasados contigo, no tengo tiempo que perder. He venido a llevarme la urna. Dámela y me aseguraré de que tu muerte sea rápida.

A este no lo iba a perdonar. Ni aunque implorara clemencia. Si le suplicaba, no lo dudaría. Había demasiada mala sangre entre ellos. Demasiados desencuentros y sentimientos intensos.

En ese instante, el rostro de Uther solo transmitía una emoción: ira. Miró fijamente a Arthas, sintiéndose ultrajado.

—¡La urna contiene las cenizas de tu padre, Arthas! ¿Acaso querías orinar sobre ellas por última vez antes de dejar que su reino se pudriera?

Arthas sintió un repentino escalofrío.

Padre…

—No sabía lo que contenía —masculló, tanto para sí como para Uther.

Así que esa era la trampa que ocultaba esa misión, la razón por la que el Señor del Terror había sonreído cuando le había dado instrucciones al caballero de la muerte. Porque sabía qué había dentro. Arthas se veía sometido a una prueba tras otra. ¿Sería capaz de luchar contra su mentor? ¿Sería capaz de mancillar las cenizas de su padre? Si bien estaba harto ya de esa situación, reprimió la furia al hablar mientras desmontaba y desenvainaba la Agonía de Escarcha.

—Y tampoco es que me importe. De una forma u otra tomaré lo que he venido a buscar.

La Agonía de Escarcha no paraba de hablarle a su mente, ni de empujar su mano, de pura ansia por batallar. Arthas adoptó una posición de ataque. Uther lo observó por un momento, y, acto seguido, alzó despacio su arma resplandeciente.

—No quería creérmelo —aseguró el viejo paladín con cierta aspereza en la voz. Entonces, Arthas se dio cuenta horrorizado de que las lágrimas asomaban a los ojos de Uther—. Cuando eras más joven y egoísta, lo achacaba a que solo eran cosas de niños. Cuando seguiste manteniendo esa actitud testaruda, lo justifiqué diciéndome que cualquier joven siente la necesidad de dejar de estar a la sombra de su padre. Y en Stratholme… Que la Luz me perdone, incluso allí… recé para que encontrases tu camino y fueras capaz de ver el error que habías cometido. Nunca he podido enfrentarme al hijo de mi señor.

Arthas esgrimió una sonrisa forzada mientras ambos trazaban un círculo alrededor del otro.

—Pero ahora lo crees.

—La última promesa que le hice a tu padre, a mi amigo, fue que sus restos serían tratados con respeto, a pesar de que su propio hijo lo había asesinado salvajemente, cuando se hallaba desprevenido y desarmado.

—Morirás por culpa de esa promesa.

—Es posible —replicó Uther, sin que pareciera importarle demasiado—. Prefiero morir honrando esa promesa que vivir bajo tu yugo. Me alegro de que tu padre esté muerto. Me alegro de que no tenga que ver en qué se ha convertido su vástago.

Ese comentario le dolió. No se lo esperaba. Se detuvo, mientras las emociones pugnaban en su corazón, y Uther, quien siempre había vencido al príncipe, se aprovechó de ese breve titubeo para abalanzarse sobre él.

—¡Por la Luz! —gritó, echando el martillo hacia atrás y trazando con todas sus fuerzas un arco cuyo objetivo era Arthas.

Aquella arma luminosa se aproximó al caballero de la muerte con tanta rapidez que pudo escuchar al aire gemir al rasgarlo.

Se apartó de un salto justo a tiempo y sintió cómo el aire le acariciaba la cara en el momento en que el arma pasó junto a él a una velocidad de vértigo. El rostro de Uther transmitía una sensación de calma y concentración… y una determinación asesina. Desde su punto de vista, tenía la obligación de matar al hijo traidor para impedir que el mal se extendiese.

A su vez, Arthas sabía que tenía la obligación de matar al hombre que una vez fue su mentor. Debía romper con todo lo que le ataba al pasado… definitivamente. Si no, siempre cabría la posibilidad de que sucumbiera a la peligrosa tentación de la compasión y el perdón. Al tiempo que profería un grito incoherente, bajó con celeridad a la Agonía de Escarcha para atacar a Uther.

Este bloqueó la acometida con el martillo. Los dos hombres forcejearon, con los rostros separados por escasos centímetros y los músculos temblando por el tremendo esfuerzo, hasta que el paladín soltó un gruñido, empujó a su pupilo hacia atrás y este trastabilló. Uther siguió atacando. Si bien la calma reinaba en su rostro, sus ojos ardían con las llamas de la fiereza y la resolución; parecía luchar como si su victoria fuera inevitable. Aquella confianza absoluta en sus posibilidades desconcertó a Arthas, cuyos embates eran poderosos pero erráticos. Jamás había derrotado a su mentor…

—¡Ha llegado tu hora, muchacho! —rugió Uther.

De repente, para horror de Arthas, el paladín se vio envuelto en una luz brillante. Ya no se trataba solo de su martillo sino de su cuerpo; daba la sensación de que todo su ser fuera la verdadera arma de la Luz que iba a derrotar a Arthas.

—¡Por la justicia de la Luz! —aulló el anciano paladín.

El martillo descendió. El aire abandonó los pulmones de Arthas en cuanto recibió el impacto en el torso. Si bien la armadura le salvó, quedó destrozada a consecuencia del radiante martillo que empuñaba el beato paladín. El caballero de la muerte cayó al suelo y su espada voló de sus manos; la desesperación lo embargaba al intentar respirar o incorporarse. Había dado la espalda a la Luz, la había traicionado. Y ahora esta se cobraba venganza por medio de Uther *el Iluminado*, su gran campeón, infundiendo a su viejo mentor la pureza de su brillo y determinación.

El resplandor que envolvía al paladín se incrementó y Arthas esbozó un gesto de agonía en el momento en que la Luz abrasó sus ojos y su alma. Se había equivocado totalmente al renegar de ella; ahora la piedad y el amor de la Luz se habían transformado en el ser radiante e implacable que tenía ante él. Alzó la vista para contemplar esos pozos de luz blanca que eran los ojos de Uther, al tiempo que las lágrimas se asomaban a los suyos mientras aguardaba el mandoble mortal.

Nunca llegó a saber si se había hecho con la espada sin darse cuenta, o si esta había saltado a sus manos ella sola. Era imposible deducirlo en medio del terrible caos mental que sufría en aquel momento. Lo único cierto es que, de improviso, sus manos se cerraron sobre la empuñadura de Agonía de Escarcha, cuya voz resonó en su mente.

Toda Luz tiene su sombra, todo día tiene su noche, e incluso la vela más brillante puede apagarse.

Al igual que la vida de los más iluminados.

Arthas inhaló aire con fuerza, llenó de aire los pulmones y, solo por un segundo, se percató de que la Luz que rodeaba al paladín se atenuaba. Entonces el mentor alzó el martillo para propinar el golpe definitivo.

Pero su pupilo ya no estaba allí.

Si Uther era un oso enorme y poderoso, Arthas era un tigre fuerte, ágil y rápido. Por muy fuertes y bendecidos por la Luz que estuvieran el martillo y su portador, su arma no era rápida, ni su estilo de lucha, muy ágil. Sin embargo, la Agonía de Escarcha, a pesar de ser una hojarruna enorme que debía empuñarse con las dos manos, parecía casi capaz de combatir por sí sola.

El caballero de la muerte avanzó de nuevo, esta vez sin titubear, y luchó con fervor. No dio respiro a Uther *el Iluminado*; no le permitió ni un instante de calma, de modo que el paladín no pudo preparar su arma para descargar un martillazo demoledor. Ante el cambio de actitud operado en Arthas, su mentor abrió los ojos como platos estupefacto, pero los

entornó al punto, haciendo gala de una inquebrantable determinación. No obstante, la Luz que había emanado con tanta intensidad de su poderosa constitución iba atenuándose segundo a segundo.

Menguando ante el poder que el Rey Exánime proporcionaba a Arthas.

La Agonía de Escarcha caía con fuerza una y otra vez; sobre la cabeza reluciente del martillo, sobre el mango, sobre el hombro de Uther, sobre el estrecho espacio entre la parte de la armadura que cubría el cuello y las hombreras, golpeando con saña…

Uther *el Iluminado* gruñó y trastabilló hacia atrás. Le había herido y estaba sangrando. El martillo, enorme y radiante, cayó de su mano inerte: la Agonía de Escarcha prácticamente le había seccionado el brazo. De un mandoble melló la coraza del viejo mentor; otro más en el mismo lugar la partió y rasgó la carne de debajo. El tabardo azul y dorado del paladín (aquellos eran los colores de la Alianza por la que este había luchado en su época) aleteó hecho añicos sobre la nieve mientras su dueño caía de rodillas como un pesado fardo. El paladín alzó la vista. Respiraba con dificultad. Un hilillo de sangre se le escurría de la boca hasta la barba aun así, en su rostro no se divisaba señal alguna de que estuviera dispuesto a rendirse.

—Espero de todo corazón que en el infierno haya un lugar especial reservado para ti, Arthas —le dijo, y tosió por culpa de la sangre que se le acumulaba en la garganta.

—Quizás no lo sepamos nunca, Uther —replicó Arthas con gran frialdad, al tiempo que izaba a la Agonía de Escarcha para asestar el golpe final. La impaciente espada casi parecía dar saltos de alegría—. Tengo intención de vivir eternamente.

La hojarruna cayó, atravesando la garganta de Uther, silenciando sus desafiantes palabras, partiendo su gran corazón. Murió casi al instante. Acto seguido, Arthas tiró de la espada para liberarla del cadáver y dio un paso atrás, temblando. No obstante, esos temblores solo se debían a que estaba liberando tensión y se sentía exultante.

Se arrodilló y recogió la urna. La sostuvo en sus manos durante un buen rato y, a continuación, se dispuso a romper el sello y darle la vuelta para vaciarla. Las cenizas del rey Terenas cayeron cual lluvia gris, como harina contaminada por la peste, y se esparcieron por la nieve. El viento cambió de un modo abrupto de dirección y aquel polvo gris, que era lo único que quedaba del rey, se alzó dando vueltas en el aire, como si algo lo impulsara y fue a caer sobre el caballero de la muerte. Sorprendido, Arthas dio un paso hacia atrás y se protegió la cara con las manos. Ese gesto instintivo provocó que se le cayera la urna, que aterrizó en el suelo con un sonido sordo. Cerró los ojos y apartó la cara, pero no lo bastante rápido, de modo que tosió violentamente por culpa de esas cenizas amargas que lo ahogaban. De improviso, el pánico se adueñó de él. Se limpió el rostro con sus manos enguantadas, con la intención de deshacerse del fino polvo que le bloqueaba la

garganta y la nariz y le irritaba los ojos. Escupió, y, al punto, sintió un tremendo ardor en el estómago.

Arthas tomó aire con fuerza y realizó un gran esfuerzo para calmarse. Instantes después se puso en pie, tras haber recobrado la compostura. Si sentía algún tipo de emoción, la había encerrado a buen recaudo en lo más recóndito de su ser y ni siquiera era consciente de su existencia. Con rostro imperturbable, regresó al carro que transportaba los restos fétidos y prácticamente licuados de Kel'Thuzad y le entregó la urna con brusquedad a un miembro de la Plaga.

—Mete al nigromante aquí dentro —le ordenó.

A continuación, se montó sobre Invencible.

Quel'Thalas no se hallaba muy lejos.



CAPÍTULO DIECIOCHO

A lo largo de los seis días que tardaron en llegar a las tierras de los altos elfos, Arthas habló con el espectro de Kel'Thuzad y muchos pasaron a engrosar sus filas.

Partió de Andorhal hacia el este, con los carros de despojos rechinando a su paso, atravesó las aldeas del campo de Piedramácula, la granja de Dalson y el vergel de Gahrron, y cruzó el río Thondroril para llegar a la parte oriental de Lordaeron. Las víctimas de la peste se alzaban por doquier y con una mera orden mental lo seguían como perritos falderos. Cuidar de ellos era muy fácil, pues se alimentaban de cadáveres. Todo era tan… pulcro y ordenado.

Si bien Arthas esperaba que tanto las víctimas de la plaga como las abominaciones creadas a partir de la unión de los restos de diversos cadáveres, así como los espectros de los caídos, se unieran a su bando, se encontró con un nuevo aliado inesperado: uno que lo sobrecogió, lo consternó y luego supo apreciar encantado.

Su ejército se hallaba a medio camino de Quel'Thalas cuando los divisó por primera vez. En la lejanía, al principio le dio la impresión de que la tierra se movía. No, no era así. Se trataba de cierto tipo de bestias. ¿Quizá de reses u ovejas que se habían escapado de sus establos y rediles cuando sus dueños se habían transformado en muertos vivientes? ¿O tal vez de osos o lobos que buscaban comida y se daban un festín con los cadáveres? Arthas profirió un grito entrecortado y agarró a Agonía de Escarcha con fuerza; parecía que los ojos se le iban a salir de sus cuencas de pura incredulidad.

No se movían como cuadrúpedos. Correteaban a toda prisa, desplazándose por las colinas y los pastos como…

—Arañas —murmuró.

Bajaban en manadas por las laderas, conformando una alfombra morada y negra de aspecto amenazador. Impulsadas por sus múltiples patas, avanzaban con celeridad para alcanzar a Arthas. Se acercaban a él… Se…

—Son los nuevos guerreros que el Rey Exánime envía a su favorito —le explicó el incorpóreo Kel'Thuzad.

Al parecer, Arthas era el único que podía ver y escuchar a aquel espectro, con quien había estado conversando largo y tendido los últimos días. El espectro se había centrado en sembrar las semillas de la sospecha y la duda en la mente del caballero de la muerte. No sobre sí mismo… sino sobre Tichondrius y los demás demonios.

«Debes desconfiar de los señores del terror», le había aconsejado. «Son los carceleros del Rey Exánime. Te lo contaré todo… cuando vuelva a caminar por este mundo».

A pesar de que habían tenido tiempo suficiente para conocerse bastante bien, Arthas no dejaba de preguntarse si Kel'Thuzad le estaba proporcionando esa información a modo de cebo para cerciorarse de que el caballero de la muerte cumplía su misión.

Mientras esperaban a que aquellas pseudoarañas los alcanzaran, Arthas le interrogó:

—¿De veras me ha enviado estos… engendros? Pero ¿qué son?

—En su día fueron nerubianos —respondió Kel'Thuzad—. Los descendientes de la raza antigua y orgullosa de los aqir. Cuando estaban vivos, eran tremendamente inteligentes y solo perseguían un objetivo: eliminar a cualquiera que no fuera como ellos.

Arthas observó a aquellas criaturas arácnidas con repugnancia.

—Estupendo. ¿Y ahora qué?

—Estos seres cayeron combatiendo a aquel al que servimos, quien los ha hecho regresar de la muerte. Su señor, Anub'arak, los ha transformado en no-muertos, y ahora han venido a ayudarle, príncipe Arthas. Para alcanzar la gloria en el nombre de nuestro señor y en el tuyo.

—Así que cuento con arañas no-muertas para luchar contra los elfos de Quel'Thalas —reflexionó Arthas.

Eran enormes, horrendas y mortíferas. Se aproximaban apresuradamente sin dejar de gorjear acompasando su paso al de los cadáveres, espectros y abominaciones.

El Rey Exánime, fuera quien fuese, tenía cierto gusto por lo melodramático.

* * *

La llegada de Arthas estaba siendo observada, claro está. Los elfos contaban con unos exploradores que tenían fama de ser excelentes. Lo más probable era que para cuando Arthas se hubiera percatado de su presencia, ya habría corrido la voz de su llegada. Pero eso no importaba. Había conseguido reunir un ejército realmente impresionante y no albergaba ninguna duda de que, a pesar de las irritantes advertencias de Kel'Thuzad, sería capaz de penetrar en aquella tierra maravillosa y eterna, desplazarse por ella con presteza y encontrar la Fuente del Sol.

Habían capturado a un prisionero, un joven sacerdote que, al actuar de un modo desafiante, había revelado sin querer cierta información crucial, que Arthas estaba dispuesto a emplear muy sabiamente. Además, había otro preso que, al contrario que el clérigo, estaba dispuesto a traicionar a su pueblo y a su tierra con tal de obtener el poder que Arthas y el Rey Exánime le habían prometido.

Al caballero de la muerte le sorprendió lo poco que le costó al mago elfo apuñalar por la espalda a los suyos. Le sorprendió y le inquietó. Arthas había sido muy querido por su pueblo, al igual que su padre antes que él. Había disfrutado de la afectuosa aprobación de aquellos que le servían. Se había tomado el tiempo necesario para aprenderse sus nombres y escuchar sus historias sobre sus vidas y sus familias. Había deseado que lo amaran. Y sus súbditos le habían demostrado su cariño con su lealtad al líder, tal y como el capitán Falric había hecho en su momento.

Arthas daba por sentado que también los líderes elfos eran amados por su gente. Estos, a su vez, daban por hecho que su gente les sería leal. Aun así, el mago elfo había traicionado a su pueblo por la mera promesa de obtener poder, por el simple y rutilante embrujo del poder.

Los mortales siempre podían corromperse, manipularse o comprarse.

Observó a su actual ejército y sonrió. Sí, eso estaba mucho mejor. Aquí no había problemas de lealtad, ya que aquellos a quienes lideraba no tenían otra opción que obedecerle ciegamente.

* * *

—Todo… —afirmó jadeando el explorador— es cierto.

Sylvanas Brisaveloz, general de la Guardia Forestal de Lunargenta, conocía muy bien a ese elfo. La información de Kelmarin era siempre muy precisa y detallada. Escuchó sin querérselo creer, sin atreverse a creerlo.

Todos estaban al tanto de los rumores, por supuesto. Una peste se estaba extendiendo por las tierras humanas. No obstante, los quel'dorei creían hallarse a salvo en su terruño natal, donde habían resistido al ataque de dragones, orcos y trols durante siglos. Estaban convencidos de que lo que sucedía en territorio humano no les afectaría.

Pero no fue así.

—¿Estás seguro de que se trata del príncipe Arthas Menethil?

Kelmarin asintió, al tiempo que seguía intentando recuperar el aliento.

—Sí, mi señora. Escuché cómo lo llamaban así los que le sirven. Por lo que he podido ver, no creo que los rumores que lo acusan de haber asesinado a su padre y de ser el instigador de las calamidades que han asolado Lordaeron sean exageraciones.

Sylvanas escuchaba con atención, con sus ojos azules cada vez más abiertos, presa del asombro, mientras el explorador le contaba un relato que parecía demasiado increíble para ser verdad sobre cadáveres que cobraban vida (tanto los recién muertos como los ya resecos y consumidos), sobre criaturas enormes y desprovistas de mente creadas con remiendos de distintos cuerpos, sobre bestias extrañas capaces de volar y que se asemejaban a estatuas de piedra que habían cobrado vida, sobre seres gigantescos que recordaban a arañas, que le hacían pensar en las historias sobre los supuestamente extinguidos aqir. También le habló del olor… Kelmarin, que no era dado a exagerar, hablaba pestes del hedor que precedía a aquel espantoso ejército. Los bosques, el primer bastión defensivo de esas tierras, sucumbían al paso de las extrañas máquinas de guerra que el príncipe llevaba consigo. A Sylvanas le vino a la memoria el recuerdo de los dragones rojos que habían incendiado aquellos bosques no hacía tanto tiempo. Lunargenta había resistido sus acometidas, claro está, pero los bosques habían sufrido muchísimo. Tanto como sufrían ahora…

—Mi señora —concluyó Kelmarin, mientras alzaba la cabeza y la miraba afligido—, si consigue entrar… no creo que nuestras fuerzas sean suficientes para derrotarlo.

Esa amarga afirmación prendió la mecha de la ira que necesitaba para reaccionar.

—Somos los quel'dorei —le espetó, a la vez que se enderezaba—. Nuestras tierras son inexpugnables. No entrará aquí, no temas. Primero ha de hallar la forma de romper los encantamientos que protegen Quel'Thalas. Luego debe ser capaz de hacerlo. Enemigos mucho mejores y más sabios han intentado arrebatarnos nuestro reino. Ten fe, amigo mío, en el poder de la Fuente del Sol… y en la fortaleza y voluntad de nuestro pueblo.

Mientras llevaban a Kelmarin a un lugar donde pudiera beber, comer y recuperar fuerzas antes de volver a su puesto, Sylvanas se volvió hacia sus guardias y les dijo:

—He de ver a ese príncipe humano con mis propios ojos. Reunan a las primeras unidades de combate. Si Kelmarin está en lo cierto… será mejor que nos preparemos para un ataque preventivo.

* * *

Sylvanas estaba tumbada boca abajo encima de la gran puerta que, junto a la abrupta cordillera montañosa que la rodeaba, contribuía a proteger sus tierras. Llevaba una armadura de cuero que, aunque la cubría por completo, le resultaba muy cómoda, y un arco colgado a la espalda. Ella, Sheldaris y Vor'athil, los dos exploradores que habían ido por delante y aguardado a que ella llegara con el grueso de los guardias, observaban la escena

aterrados. Tal y como les había advertido Kelmarin, habían percibido el hedor de aquel ejército putrefacto antes de divisarlo.

El príncipe Arthas cabalgaba a lomos de un caballo esquelético de fiera mirada y portaba una espada enorme a la espalda, que la general reconoció al instante como una hojarruna. Los humanos ataviados con ropajes oscuros se apresuraban a obedecer sus órdenes, al igual que los muertos. Sylvanas tuvo que hacer de tripas corazón mientras recorría con la mirada la amplia gama de cadáveres en descomposición que conformaba ese ejército y dio gracias en silencio porque el viento hubiera cambiado de dirección y alejara la pestilencia de ella.

Les explicó el plan por señas, con esos largos dedos que se desplazaban con suma rapidez, y los exploradores asintieron, indicándole así que la habían entendido, tras lo cual se retiraron y ocultaron, silenciosos como sombras, mientras Sylvanas volvía la vista hacia Arthas, que no parecía haberse percatado de nada. Seguía teniendo aspecto de humano a pesar de que estaba pálido y su pelo no era dorado, como recordaba que se lo habían descrito, sino blanco. Entonces, ¿cómo podía soportar estar rodeado de muertos… ese horrible hedor, esos seres grotescos? Se estremeció y procuró concentrarse. Los no-muertos que obedecían al príncipe simplemente permanecían en pie aguardando órdenes. Los humanos (*son nigromantes*, pensó Sylvanas, sintiendo una repugnancia enorme) estaban muy ocupados creando nuevas monstruosidades para hacer de centinelas. Transmitían la sensación de que la derrota era algo inconcebible para ellos.

Esa arrogancia sería su fin.

La general forestal esperó y observó al enemigo hasta que sus arqueros estuvieron en posición. Había hecho caso a las advertencias de Kelmarin y convocado a dos tercios de sus guardias. Creía firmemente que Arthas no podría echar abajo las puertas mágicas de los elfos que protegían Quel'Thalas. El príncipe ignoraba muchas cosas sobre ellas como para ser capaz de hacer algo así. Ella misma hasta ahora no había creído ciertas cosas hasta que las había visto con sus propios ojos. Lo mejor era acabar con esa amenaza ahí mismo y en ese momento.

Cruzó su mirada con las de Sheldaris y Vor'athil, quienes movieron afirmativamente la cabeza, dándole a entender que estaban listos. Sylvanas hubiera preferido atacar sin más, para coger al enemigo desprevenido, pero no podía actuar así por cuestiones de honor. De ese modo, nadie podría afirmar jamás que Sylvanas Brisaveloz, general de la Guardia Forestal, había defendido su tierra natal por medios indignos.

—Por Quel'Thalas —susurró con un hilo de voz.

Acto seguido se puso en pie y gritó con una voz clara, melodiosa y potente:

—¡No son bienvenidos aquí!

Arthas obligó a dar la vuelta a su corcel esquelético (Sylvanas, por un momento, se apiadó de la pobre bestia) y se encaró con la general forestal, atravesándola con la mirada. Los nigromantes callaron y se giraron hacia su señor, aguardando instrucciones.

—Soy Sylvanas Brisaveloz, general de la Guardia Forestal de Lunargenta. Les aconsejo que den la vuelta.

Los labios de Arthas (la general se dio cuenta entonces de que eran de color gris y estaban enmarcados en una cara blanca como la de un muerto, aunque, de algún modo, parecía seguir vivo) se curvaron para formar una sonrisa. Aquello le divertía.

—Son ustedes los que deberían dar la vuelta, Sylvanas —afirmó, omitiendo deliberadamente su rango.

La voz del príncipe podría haber poseído un agradable tono de barítono si no fuera porque algo lo enfatizaba. Algo que provocó que, al escuchar esa voz, incluso el bravo corazón de la general dejara de latir unos segundos, de tal modo que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no estremecerse.

—La Muerte en persona ha llegado a su tierra —añadió Arthas.

La general entornó sus ojos azules y le espetó desafiante:

—Hagan lo que quieran. La puerta elfa del reino interior está protegida por nuestros conjuros más poderosos. No pasarán.

Acto seguido colocó una flecha en su arco; aquella era la señal de ataque. Al punto, el aire se llenó con el zumbido repentino de decenas de flechas que surcaron el cielo. Sylvanas apuntó al príncipe humano (o que antaño había sido humano), dispuesta a acertar como siempre. La flecha silbó mientras se dirigía rauda y veloz a la cabeza desprotegida de Arthas. Pero un instante antes de que alcanzara su objetivo, percibió un destello de color blanco azulado.

Sylvanas se quedó estupefacta. Arthas había alzado su espada a una velocidad inimaginable y partido la flecha en dos. Las runas de su hoja eran la causa del frío resplandor azul y blanco que había visto. El príncipe le obsequió con una amplia sonrisa y le guiñó un ojo.

—¡Al ataque, muchachos! ¡Mátenlos a todos para que se transformen en siervos míos y de nuestro señor! —exhortó Arthas.

Su voz reverberó con ese extraño zumbido que le confería una gran aura de poder. La general carraspeó y volvió a apuntar. Pero, ahora, el príncipe humano estaba en movimiento y el caballo muerto lo transportaba con una velocidad y una agilidad sobrenaturales; en ese momento se dio cuenta de que sus horrendas tropas habían pasado a la ofensiva.

A medida que convergían hacia los guardias, le recordaron a un enjambre de insectos que se movía al unísono a la perfección, como si todos ellos conformaran un solo

cuerpo sin mente. Los arqueros tenían las siguientes instrucciones: acabar primero con los vivos y, luego, despachar a los muertos con flechas llameantes. La primera descarga de flechas acabó con la mayoría de los miembros del Culto de los Malditos. La segunda dio como resultado que docenas de flechas en llamas se incrustaran en aquellos cadáveres andantes. Pero a pesar de que esos engendros avanzaban a trompicones, y de que algunos se habían deshidratado tanto que eran una yesca perfecta y otros poseían unos cuerpos putrefactos henchidos de fluidos inflamables, eran tantos que el sino de la batalla fue cambiando lentamente.

De algún modo, se las ingeniaron para subir gateando por los muros casi verticales de tierra y piedra donde se hallaban apostados los guardias.

Algunos de ellos, por fortuna, estaban demasiado descompuestos para seguir avanzando, y sus extremidades putrefactas se desgarraban y caían. Pero ni siquiera eso los detenía. Seguían presionando y escalando hacia los guardias que ahora empuñaban espadas en vez de arcos. Se trataba de guerreros experimentados en la lucha cuerpo a cuerpo contra enemigos cuyo avance podía ser frenado por la pérdida de sangre o de las extremidades. Pero contra aquellos engendros…

Unas manos cadavéricas, más parecidas a unas garras que a un miembro humano, agarraron a Sheldaris. La guardia pelirroja luchó con fiereza y un gesto adusto en el semblante, profiriendo gritos desafiantes que Sylvanas no fue capaz de oír. El enemigo se acercó a Sheldaris, la rodeó y cayó ante el empuje enemigo; la general sintió un inmenso dolor al contemplar su fin. Disparó una flecha tras otra, una tras otra, casi más rápido que el pensamiento, totalmente concentrada en su tarea. Por el rabillo del ojo vio cómo una de aquellas grotescas criaturas aladas de piel gris y, en apariencia, tan dura como la piedra, descendía en picado a tres metros de ella. Su rostro recordaba al de un murciélago y gruñó jubiloso al raptar a Vor'athil, con la misma facilidad con la que habría arrancado una fruta madura de un árbol. Sus dedos se clavaron con fuerza en los hombros del explorador y la sangre salpicó a Sylvanas, mientras esa cosa ascendía hacia el cielo con su premio.

Vor'athil intentó librarse de las garras de aquel engendro, y, tanteando a ciegas, alcanzó su daga. Sylvanas dejó de apuntar a los no-muertos, que se hallaban a sus pies gimiendo continuamente, para centrarse en la monstruosidad que volaba por encima de ella. Disparó y acertó justo en el cuello de la bestia.

Sin embargo, la flecha rebotó, sin llegar a causarle ningún daño. Aquella criatura sacudió la cabeza y gruñó, cansada de jugar con Vor'athil. Alzó una mano y rajó la garganta del explorador con sus garras y, a continuación, lo dejó caer con indolencia y planeó en el aire en busca de nuevas víctimas.

Sylvanas lamentó su muerte en silencio mientras contemplaba cómo caía a tierra el inerte cuerpo de su amigo, que, por casualidad, fue a impactar contra el montón de miembros del Culto de los Malditos que los guardias habían asesinado momentos antes.

De pronto la general profirió un grito ahogado.

Los miembros del Culto se movían.

Se movían a pesar de que las flechas sobresalían de sus cuerpos y de que a veces un solo cadáver tenía ensartadas más de una docena de esos misiles de plumas brillantes.

—No —susurró asqueada, al tiempo que su mirada horrorizada se clavaba en Arthas.

El príncipe la miraba directamente a ella, esbozando aquella maldita sonrisa y, al instante, asió la hojarruna con una vigorosa mano enguantada. Levantó la otra mano e hizo un leve gesto; en ese mismo momento, otro humano asesinado se estremeció y se puso en pie con torpeza, mientras se sacaba una flecha del ojo como si se quitara un bicho de la ropa. El ataque que había lanzado contra las tropas de Arthas no había hecho ninguna mella en ellas. Todos cuantos caían se alzaban de la muerte gracias a la tenebrosa magia de su líder. El príncipe se percató tanto de que la general se acababa de dar cuenta de lo que sucedía realmente como de que la furia se asomaba a sus ojos y, entonces, su sonrisa se tornó en carcajada.

—¡Te lo advertí! —gritó el príncipe, elevando la voz por encima del fragor de la batalla—. Aun así, sigues proporcionándome nuevos reclutas…

Volvió a hacer un gesto con la mano y otro cuerpo se retorció como si tiraran de él hacia arriba y lo obligaran a ponerse en pie. Se trataba de un elfo de piel bronceada que había sido esbelto y musculoso, cuya melena negra estaba recogida en una coleta, dejando a la vista unas orejas puntiagudas. La sangre manaba de los cuatro agujeros de su garganta, conformando unos riachuelos rojos, y su cabeza se mecía erráticamente como si el cuello hubiera sufrido demasiado daño y no pudiese soportar su peso más tiempo. Unos ojos muertos, que habían sido azules como el cielo del estío, buscaron a Sylvanas. Entonces, despacio al principio, se fue acercando a ella.

Se trataba de Vor'athil.

En ese momento sintió que la puerta a sus espaldas se estremecía levemente. Estaba tan distraída por la carnicería y la resurrección de los engendros que deberían haber permanecido muertos, que no había reparado en que las máquinas de asedio del enemigo habían tomado posiciones. Esas aberraciones del tamaño de un ogro, que parecían estar formadas por diversos cadáveres, también estaban machacando la puerta. Al igual que aquellas enormes criaturas arácnidas.

Algo golpeó el muro, emitiendo un sonido no muy fuerte y peculiar, y, acto seguido, un líquido empapó a Sylvanas. Por una fracción de segundo, su mente se negó a aceptar lo que acababa de presenciar, pero de pronto lo vio todo con claridad meridiana.

Arthas no solo estaba resucitando a los cadáveres de los elfos caídos, sino que estaba lanzando sus cuerpos (más bien trozos de ellos) contra Sylvanas a modo de proyectiles.

La general tragó saliva con dificultad, y, a continuación, dio la orden que unos instantes antes jamás habría soñado que pronunciaría algún día.

—*¡Shindu fallah na!* ¡Retrocedan a la segunda puerta! ¡Retirada!

Los que aún quedaban en pie (ay, los pocos desdichados que, al menos, vivían y seguían luchando, cumpliendo órdenes) la obedecieron de inmediato. Reunieron a los heridos y los cargaron sobre sus hombros. Sus rostros pálidos y bañados por el sudor reflejaban el mismo terror que se había adueñado de ella, que contenían como podían. Huyeron. No había otra palabra para describir lo que hicieron. No se trataba de una retirada ordenada, sincronizada y marcial, sino de un sálvese quien pueda. Sylvanas corrió junto a los demás portando algún herido lo mejor que pudo, a la vez que un montón de pensamientos confusos se agitaban en su mente.

Escuchó tras ella un estrépito inconcebible hasta entonces: el crujido de la puerta al romperse, seguido del rugido de los no-muertos al celebrar su triunfo. En ese momento sintió cómo el corazón se le encogía, presa de una agonía infinita.

El príncipe humano lo había logrado… pero ¿cómo? ¿Cómo?

Su voz fuerte y resonante, bajo la cual discurría una indefinible corriente tenebrosa y horrenda, se alzó sobre aquel estruendo.

—¡La puerta elfa ha caído! ¡Adelante, guerreros! ¡Hacia la victoria!

En cierto modo, para Sylvanas, lo peor, lo más aterrador de ese grito jubiloso con el que Arthas se regodeaba era el… «afecto» que lo envolvía.

En ese momento agarró de la manga a un joven que corría junto a ella.

—¡Tel'kor! —vociferó Sylvanas—. Ve a la meseta de la Fuente del Sol. Cuéntales lo que hemos visto. Diles que… se preparen.

Tel'kor era lo bastante joven para permitir que la decepción se asomara fugazmente a su apuesto rostro al darse cuenta de que no iba a quedarse a combatir; no obstante, asintió con su cabeza coronada por una melena rubia en señal de comprensión. Sylvanas vaciló un instante.

—¿Mi señora?

—Diles que… hemos sido traicionados.

Si bien Tel'kor palideció al escuchar esas palabras, volvió a asentir y partió raudo y veloz cual flecha. Era un buen arquero, pero Sylvanas no se engañaba a sí misma: uno más

no marcaría ninguna diferencia en la batalla que se avecinaba. No obstante, si los magos que controlaban y dirigían la energía de la Fuente del Sol supieran a qué se enfrentaban… tal vez tuvieran una oportunidad.

Huyeron en dirección norte y, cuando sus tropas cruzaron el puente, la general se detuvo de improviso a medio camino, se dio la vuelta y miró hacia atrás.

Sylvanas se quedó boquiabierta. Aunque esperaba contemplar la llegada de Arthas y su siniestro ejército, que conformaba un conjunto bastante espantoso de por sí, compuesto de centenares de no-muertos, abominaciones, engendros voladores parecidos a murciélagos y grotescos seres arácnidos que avanzaban con una determinación implacable, no esperaba ver lo que iban dejando a su paso.

Como si fuera el rastro dejado por una babosa, o un surco abierto por un arado, la tierra que hollaban los pies de los no-muertos se tornaba oscura y estéril. Aún peor; Sylvanas se acordó de que cuando los orcos quemaron los bosques, siempre supo que, pasado un tiempo, acabarían recuperándose. Pero eso… se asemejaba a una horrible cicatriz que traía consigo la muerte; era como si las energías antinaturales que se empleaban para empujar a esos cadáveres estuvieran matando la tierra por la que se arrastraban torpemente. Aquellos engendros eran veneno para la tierra. Ahí se estaba empleando una magia tenebrosa de la peor calaña que cabía imaginar.

Una magia que debía ser neutralizada.

Se detuvo solo un instante, aunque le dio la impresión de que llevaba paralizada una etemidad.

—¡Paren! —gritó con fuerza, claridad y una gran determinación—. Combatiremos aquí mismo.

Sus tropas se quedaron desconcertadas, pero al cabo de unos segundos comprendieron qué tramaba su líder. Con suma rapidez, la general dio las instrucciones pertinentes, que fueron obedecidas de inmediato. Si bien muchos de ellos permanecieron quietos, conmocionados al contemplar por primera vez la espantosa herida que se abría en la tierra y que tanto había horrorizado a su general, enseguida recobraron la compostura. Ya habría tiempo de pensar en cómo purificar la tierra mancillada. Por ahora tenían que impedir que esa espantosa cicatriz se extendiera aún más. Aunque aquel hedor anunciaba la llegada del ejército enemigo, Sylvanas y sus guardias ya se habían familiarizado con él, muy a su pesar. Ya no los turbaba como antes. La general siguió apostada en el puente, con la cabeza erguida y la capucha negra levemente retirada hacia atrás de tal modo que mostraba parte de su pelo dorado. Las huestes de no-muertos ralentizaron su marcha hasta detenerse, perplejas ante la nueva situación. Los horrendos carros y las espantosas catapultas también se pararon con estrépito. El caballo esquelético de Arthas se encabritó, lo que obligó al príncipe a agacharse para acariciar su huesudo cuello como si se tratara de

un animal vivo, con el fin de calmarlo. Sylvanas sintió que las náuseas la invadían cuando aquel engendro respondió al gesto de su amo; un acto de ternura que violaba todas las leyes de la naturaleza.

—Por el cielo —exclamó Arthas de un modo gracioso, pronunciando esa palabra de manera casi afectuosa—. Este puente no puede ser una de esas imponentes puertas de los elfos de las que tanto he oído hablar.

Sylvanas se obligó a esbozar una sonrisa y replicó:

—No, no lo es. Aun así, te aseguro que atravesarlo será todo un reto para ti.

—Así que es un mero puente, mi señora… Bueno, uno siempre ha de tener en cuenta que los elfos son capaces de colocar una melena de papel a un gato y afirmar luego que es un león.

La general observó aquel ejército impío por un instante, al tiempo que la ira se abría paso entre el gesto de complacencia forzada que dominaba su semblante.

—Has logrado atravesar la primera puerta, maldito carnicero, pero no conseguirás atravezar la segunda. ¡La puerta interior de Lunargenta solo puede abrirse con una llave especial! ¡Y no la obtendrás jamás!

Entonces Sylvanas hizo un gesto con la cabeza a sus acompañantes, quienes cruzaron el puente corriendo para unirse a sus compañeros al otro lado.

El buen humor abandonó a Arthas y sus pálidos ojos centellearon. Una mano enguantada se tensó sobre la hojarruna, cuyas inscripciones parecieron estremecerse.

—Estás perdiendo el tiempo, mujer. No puedes evitar lo inevitable. Aunque he de admitir que me divierte observarte ir de acá para allá desquiciada.

Sylvanas soltó una carcajada iracunda y satisfecha que le salió del alma.

—¿Crees que estoy escapando de ti? Por lo visto nunca has combatido contra elfos.

En la vida hay algunas cosas deliciosamente simples, se dijo la general. En ese momento, Sylvanas alzó una mano y lanzó un artefacto incendiario que si bien no era de naturaleza mágica, sí era muy práctico; acto seguido se dio la vuelta, echó a correr y el puente explotó. Los árboles les dieron la bienvenida y se arquearon sobre ellos, con sus tonos dorados y plateados, para ocultarlos del enemigo. Antes de alejarse demasiado, escuchó algo que le hizo sonreír de oreja a oreja.

—Esa mujer está empezando a irritarme… y mucho.

Sí. Voy a irritarte. Voy a hostigarte como un gorrión a un halcón. Elrendar divide en dos el Bosque Canción Eterna; te costará hallar la forma de cruzarlo con esas máquinas de guerra, pensó Sylvanas. Sabía que así solo lograrían retrasarlo, nada más. Pero si lograban demorarlo el tiempo suficiente, quizá podrían enviar un mensaje.

La preocupación revoloteó cual pájaro por su mente. Arthas había dado la sensación de estar absolutamente convencido de que sería capaz de neutralizar la magia

que protegía las puertas de los elfos. Ya había demostrado ciertos conocimientos al respecto al haber destruido la primera puerta. Claro que la primera no estaba blindada con la misma magia que la segunda. Por lo que había visto, la arrogancia era algo innato en él, pero… ¿cabía la posibilidad de que destrozara las puertas? Aquella duda que la reconcomía y la había impulsado a añadir una advertencia final al mensaje que Tel'kor iba a entregar a los magos se volvió a agitar en su fuero interno.

¿Acaso Arthas lo sabía todo sobre la llave?



CAPÍTULO DIECINUEVE

El traidor, un mago llamado Dar'Khan Drathir, debería haberles facilitado mucho las cosas. Y hasta cierto punto así fue, no cabe duda. Si no, Arthas no habría conocido jamás la existencia de la Llave de las Tres Lunas: un objeto mágico que había sido separado en tres cristales lunares escondidos en ciertos lugares ocultos fuertemente custodiados por todo Quel'Thalas. Según le había contado aquel elfo traidor (que se sentía feliz de haber traicionado de esa manera a su pueblo), cada templo se había construido sobre una intersección de líneas ley, de un modo similar a la Fuente del Sol. Las líneas ley eran como los vasos sanguíneos de la tierra, que transportaban magia en vez de un fluido escarlata. Al estar interconectados de esta forma, los cristales creaban un campo de energía llamado Ban'dinoriel: el Guardián de la Puerta. Lo único que debía hacer era localizar esos emplazamientos en An'telas, An'daroth y An'owyn, matar a los guardias y encontrar los cristales lunares. Pero aquellos elfos habían resultado ser más duros de lo esperado y suponían todo un desafío.

En ese momento, Arthas estaba montado a horcajadas sobre Invencible, acariciando con indolencia la Agonía de Escarcha, mientras reflexionaba sobre cómo esa raza aparentemente tan frágil era capaz de resistir las embestidas de su ejército. Porque las fuerzas del príncipe eran ya un auténtico ejército compuesto de muchos centenares de soldados, todos ellos muertos y, por tanto, más difíciles de despachar de forma sistemática.

La inteligente estratagema de la general de la Guardia Forestal, consistente en hacer volar por los aires el puente, había hecho perder a Arthas un tiempo precioso, ya que el río discurría por Quel'Thalas hasta que se encontraba al este con una serie de faldas de montañas, que suponían el mismo problema para desplazar sus máquinas de guerra que el río.

Aunque les llevó bastante tiempo, al fin lograron cruzarlo. Mientras cavilaba para dar con una solución, algo se revolvía en un lugar recóndito de su mente; se trataba de una sensación de hormigueo cuya naturaleza era incapaz de precisar. Enfadado, hizo caso omiso de aquella extraña sensación y ordenó a varios de sus devotos y leales soldados que

levantaran un puente; un puente compuesto de carne putrefacta. Decenas de ellos se adentraron en el río y simplemente se tumbaron ahí, conformando una capa de cadáveres que se superponía a la anterior, hasta que hubo bastantes como para que los carros de despojos y las catapultas pudieran atravesarlo dando tumbos. Algunos de los no-muertos ya no servían para nada después de aquello, puesto que sus cuerpos habían acabado demasiado destrozados o despedazados para mantener la cohesión de sus distintas partes. A estos Arthas los liberó de su control de una manera casi misericorde, concediéndoles así una muerte de verdad. Además, sus cuerpos corromperían la pureza del río. Otra forma más de ir haciendo mella en el enemigo.

El príncipe pudo cruzar el río con suma facilidad, claro está. Invencible se lanzó al agua sin titubeos, lo que le recordó a Arthas el salto fatal que ese caballo dio en su día en pleno invierno, cuando resbaló en las heladas rocas al impulsarse, al obedecer ciegamente la voluntad de su amo, tal y como hacía ahora. Aquel recuerdo le vino a la memoria de forma inesperada, de tal modo que por un instante fue incapaz de respirar al verse dominado por el dolor y la culpa.

El recuerdo desapareció con la misma facilidad con que había surgido. Ahora todo era mejor. Ya no era un niño con problemas emocionales, desgarrado por la culpa y la vergüenza, sollozando sobre la nieve mientras alzaba la espada para atravesar el corazón de su leal amigo. Tampoco Invencible era ya un ser vivo normal, de manera que una espada ya no lo lastimaría. Ahora ambos eran más poderosos, más fuertes. Invencible viviría eternamente, al servicio de su amo, como siempre había hecho. No volvería a sufrir sed, ni dolor, ni hambre, ni agotamiento. Y él, Arthas, obtendría todo cuanto deseara en cuanto lo deseara. Ya no tenía que aguantar los silencios cargados de desaprobación de su padre, ni más regañinas del santurrón de Uther. Ni tenía que soportar las miradas teñidas de dudas de Jaina, con el ceño fruncido en ese gesto tan propio de…

Jaina…

Arthas sacudió la cabeza de lado a lado con fuerza. Jaina había tenido la oportunidad de unirse a él, pero había rechazado su oferta. Había renegado de él, a pesar de haber jurado que nunca haría algo así. No le debía nada a esa mujer. Ahora solo respondía ante el Rey Exánime. Esos pensamientos tranquilizaron al príncipe, que sonrió y dio unas palmaditas en las protuberantes vértebras a aquella bestia no-muerta, que sacudió su huesuda cabeza a modo de respuesta. No cabía duda de que la hermosa y tenaz general de la Guardia Forestal era la causa de la perturbación, que le había llevado a cuestionarse, aunque solo fuera por un momento, si era prudente seguir ese sendero. Ella también había tenido su oportunidad. Arthas había ido allí con un objetivo, que no consistía en acabar con Quel'Thalas y sus moradores. Si no hubieran mostrado resistencia, los habría dejado en

paz. Pero había sido la lengua afilada y la actitud desafiante de aquella general la que había traído la perdición a su gente, no él.

El agua se filtraba por las juntas de la armadura, de tal forma que los pantalones, la camisa y el gambesón que llevaba bajo la protección metálica se empaparon. Sin embargo, Arthas no sintió nada. Un momento más tarde, Invencible apareció en la ribera opuesta.u Finalmente, el último de los carros de despojos traqueteó por la margen del río, y los cadáveres que aún se hallaban en buen estado caminaron a trompicones hasta la orilla. El resto yacía en el lugar donde habían caído, con aquellas aguas hasta entonces cristalinas fluyendo por encima y a su alrededor.

—Adelante —indicó el caballero de la muerte.

* * *

Los guardias se habían retirado a la aldea Brisa Pura. En cuanto se recuperaron de la conmoción, los lugareños hicieron todo cuanto estaba en su mano por ayudarlos, desde atender a los heridos hasta ofrecerles las armas de las que disponían así como su colaboración en la batalla. Sylvanas ordenó a aquellos que no podían luchar dirigirse a Lunargenta lo más rápido posible.

—No se lleven nada —les aconsejó, al tiempo que una mujer asentía y se apresuraba a ascender la escalerilla que llevaba a la planta de arriba.

—Pero si en las habitaciones de arriba tenemos…

Sylvanas se volvió y le lanzó una mirada furibunda.

—¿Es que no lo entiendes? ¡Los muertos se acercan! ¡No se cansan, no aflojan el paso y nuestros caídos pasan a engrosar sus filas! Los hemos retrasado solo un poco. ¡Reúne a tu familia y márchate!

Si bien la respuesta de la general de la Guardia Forestal pareció sorprender a la mujer, obedeció y apenas perdió unos segundos en reunir a toda la familia antes de emprender el camino a la capital, presurosa.

No podrían frenar a Arthas por mucho tiempo. Sylvanas evaluó el estado de los heridos con un vistazo fugaz. No se podían quedar ahí. Había que evacuarlos a Lunargenta. Los que todavía se encontraban fuertes como un roble, a pesar de ser pocos, tendrían que seguir arrimando el hombro. Quizá deberían sacrificarlo todo, ya que habían jurado defender a su pueblo, al igual que ella. Había llegado la hora de la verdad.

Entre Elrendar y Lunargenta había una torre. Como estaba segura de que Arthas daría con la forma de cruzar el río y continuar avanzando y mancillando aquella tierra con esa cicatriz de color morado y negro, pensó que la torre sería un buen lugar para pertrecharse. Las vías de acceso eran muy estrechas, lo cual impedía que los no-muertos se

les echaran encima en gran número (una estrategia que había provocado el desastre entre los elfos); además, el edificio constaba de varias plantas con vistas al exterior, desde donde la general y sus arqueros podrían infligirles mucho daño antes de que…

Sylvanas Brisaveloz, general de la Guardia Forestal de Lunargenta, tomó aire y se calmó, se refrescó la cara con agua, pues se sentía acalorada, bebió un buen trago de aquel líquido reconfortante y se puso en pie para preparar a los hombres que aún quedaban ilesos y a los heridos que podían caminar, para lo que, sin duda alguna, sería la batalla final.

* * *

Llegaron con el tiempo muy justo.

A medida que los guardias marchaban hacia la torre que iba a ser su bastión, el aire, que poco antes era dulce y fresco, se vio contaminado por el olor nauseabundo de la putrefacción. Allá arriba, arqueros montados sobre sus dracohalcones surcaban el firmamento. Aquellas criaturas enormes, doradas y escarlatas sacudieron sus cabezas serpentinas y tiraron de las riendas, descontentas. Ellas también olfateaban la muerte y eso les perturbaba. Jamás esas hermosas bestias se habían visto obligadas a prestar un servicio tan aterrador. Uno de los jinetes hizo una seña a Sylvanas y esta respondió con otra.

—Acaban de divisar a los no-muertos —informó con calma a las tropas, que asintieron—. Ocupen sus posiciones. Deprisa.

Obedecieron como una máquina gnoma bien engrasada. Los jinetes de los dracohalcones partieron hacia el sur, en dirección al enemigo que se aproximaba. Una unidad de arqueros y guerreros expertos en el combate cuerpo a cuerpo avanzaba también presurosa en busca del ejército rival, conformando así la primera línea defensiva. El resto se desperdigó por la base de aquella estructura.

No tuvieron que esperar mucho.

Si albergaba alguna débil esperanza de que las filas del enemigo hubieran menguado por culpa de la demora, esta se hizo añicos como un cristal delicado que cae sobre un suelo de piedra. Pudo divisar la espantosa vanguardia de aquel ejército: no-muertos en descomposición, seguidos por esqueletos y unas abominaciones gigantescas que portaban unas armas enormes en cada uno de sus tres brazos. Por encima de ellos volaban unas criaturas que parecían hechas de piedra, trazando círculos como buitres.

Están atravesando nuestras líneas…

Qué cosas tiene la mente, pensó Sylvanas con un leve toque de humor macabro. Ahora que, sin ningún género de dudas, se acercaba la hora de su muerte, una antigua canción no paraba de dar vueltas en su cabeza; una que a ella y a sus hermanos les encantaba cantar, cuando la perfección reinaba en el mundo y estaban todos juntos: Alleria,

Vereesa y su hermano menor, Lirath, en el crepúsculo, cuando unas tenues sombras de espliego extendían sus discretas capas y el dulce aroma del océano y las flores inundaba aquellas tierras.

Anar'alah, anar'alah belore, shindu fallah na… Por la luz, por la luz del sol, altos elfos, nuestros enemigos están atravesando nuestras líneas…

Al principio lo hizo de manera inconsciente: su mano se fue sola para coger el collar que adornaba su esbelto cuello. Era un regalo de su hermana mayor, Alleria; no obstante, no se lo había entregado Alleria sino uno de sus tenientes en su nombre, llamado Verana. Alleria había desaparecido a través del Portal Oscuro cuando intentaban evitar que la Horda pudiera volver a cometer atrocidades en Azeroth, así como en otros mundos.

Nunca regresó. Alleria había fundido un collar que sus padres le habían dado, y con cada piedra preciosa hizo un collar para cada una de las hermanas Brisaveloz. La de Sylvanas era un zafiro. Se sabía la inscripción de memoria: *Para Sylvanas. Siempre te querré, Alleria*.

La general aguardó, asiendo el collar, sintiendo el vínculo que siempre le había proporcionado con su hermana muerta; poco después, poco a poco, apartó la mano. A continuación, tomó aire con fuerza y gritó:

—¡Ataquen! ¡Por Quel'Thalas!

No había manera de detenerlos. En verdad, no esperaba hacerlo. Por las expresiones que vio en las caras ensangrentadas y sombrías que la rodeaban, se dio cuenta de que los guardias lo sabían tan bien como ella. El sudor le empapó el rostro. Sus músculos acusaron la fatiga, pero, aun así, Sylvanas Brisaveloz luchó. Disparó sus flechas, tensando y liberando la cuerda de su arco una y otra vez, a tal velocidad que sus manos eran un borrón para la vista. Cuando aquel enjambre de cadáveres se acercó tanto que las flechas resultaban inútiles, se deshizo del arco y empuñó la espada corta y la daga. Se volvió y atacó, profiriendo gritos incoherentes mientras batallaba.

Cayó otro más y su cabeza abandonó su posición sobre los hombros para abrirse como un melón tras ser pisoteada por uno de los suyos. Dos monstruosidades más se abalanzaron sobre ella para ocupar su lugar. Pero Sylvanas seguía luchando como uno de esos linces salvajes que moraban en el Bosque Canción Eterna, canalizando su dolor y su furia a través de la violencia. Se llevaría por delante a todos los que pudiera antes de caer.

Están atravesando nuestras líneas…

El enemigo, lejos de aflojar la presión, se acercó y la pestilencia de la descomposición casi la abrumó. Eran demasiados. Aun así, Sylvanas no cejó en su empeño. Lucharía hasta que le abandonaran las fuerzas, hasta que…

Los cadáveres dejaron de repente de presionar. Se hicieron a un lado y permanecieron inmóviles. Sylvanas, jadeante, bajó la vista para contemplar la colina.

Ahí estaba, aguardando a lomos de su corcel no-muerto. El viento jugueteaba con su pelo blanco mientras no apartaba la mirada de ella. Aquel hombre había sido un paladín. Su hermana se había enamorado de uno de ellos. Sylvanas se alegró muchísimo de que Alleria estuviera muerta para no poder ver esto, para no poder ver lo que un antiguo campeón de la Luz le estaba haciendo a todo cuanto los Brisaveloz amaban y querían.

Arthas alzó la hojarruna brillante a modo de gesto formal.

—Admiro tu valor, elfa, pero se acabó la caza.

Por extraño que pareciera, eso sonó como un cumplido.

Sylvanas tragó saliva, aunque tenía la boca más seca que la arena del desierto. Aferró con más vigor aún sus armas y le espetó:

—En ese caso resistiré aquí, carnicero. *Anar'alah belore*.

Los grises labios del príncipe se crisparon.

—Como quieras, general de la Guardia Forestal.

Ni siquiera se molestó en desmontar. El corcel esquelético relinchó y galopó directo hacia ella. Arthas sostenía las riendas con la mano izquierda, y con la derecha empuñaba su colosal arma. Sylvanas sollozó una sola vez. Ni un solo grito de miedo o arrepentimiento brotó de sus labios. Únicamente un sollozo corto y discordante plagado de ira e impotencia, de odio, de justa furia por ser incapaz de detener a aquel ejército, a pesar de que lo había dado todo, incluso la vida.

Alleria, hermana, allá voy.

Se encontró de frente con aquella hoja letal, que apartó con sus armas, las cuales se hicieron añicos al impactar contra la espada del príncipe. Entonces la hojarrruna la atravesó. Estaba tan, tan fría, que la horadó como si estuviera hecha de hielo.

Arthas se inclinó hacia ella, sin apartar en ningún momento la mirada de la general. Sylvanas tosió y unas gotitas de sangre salpicaron la cara, pálida como el hueso, del príncipe. ¿Era cosa de su imaginación, o percibió un destello de arrepentimiento en las todavía apuestas facciones de él?

Arthas tiró de su arma hacia atrás y Sylvanas cayó, desangrándose. La general se estremeció sobre el gélido suelo de piedra; ese movimiento le causó un dolor agónico que la recorrió de arriba abajo. Una de sus manos se dirigió estúpidamente hacia la herida abierta en su abdomen, como si con ella pudiera cerrarla y detener aquella sangría.

—Acaba ya —susurró Sylvanas—. Merezco… una muerte limpia.

La voz del príncipe flotó hasta ella desde algún lugar lejano mientras se le cerraban los ojos.

—Con todo lo que me has hecho pasar, mujer, la última cosa que te daré será la paz de la muerte.

El miedo se apoderó de ella por un instante, pero enseguida se desvaneció al igual que todo lo demás. ¿Acaso Arthas la iba a hacer regresar de entre los muertos como uno de sus torpes engendros?

—No —murmuró la general, con una voz que parecía provenir de muy, muy lejos—. No osarás hacerlo…

Entonces el mundo desapareció. Todo desapareció. El frío, el hedor y el dolor insoportable. Se encontraba en un lugar cálido y acogedor, oscuro y reconfortante. Sylvanas se dejó hundir en aquellas tinieblas que eran bienvenidas. Por fin podía descansar; por fin podía desembarazarse de esas armas que había portado tanto tiempo para proteger a su pueblo.

Y entonces…

Sintió una terrible agonía, como nunca antes había experimentado, y, de inmediato, Sylvanas supo que cualquier dolor físico que hubiera sufrido jamás podía compararse a aquel tormento. Se trataba de una agonía del espíritu, provocada porque su alma abandonaba su cuerpo sin vida para ser atrapada en una prisión. Porque… la arrancaban, la seccionaban, la separaban de aquel acogedor santuario donde reinaban el silencio y la quietud. La violencia del acto se sumó al exquisito tormento. Sylvanas notó cómo un grito se iba formando, abriéndose camino desde lo más recóndito de su fuero interno hasta llegar a unos labios que sabía de algún modo que carecían de sustancia corpórea; se trataba de un gemido de sufrimiento profundo y penetrante que no era solo suyo, que helaba la sangre y detenía los corazones.

La negrura desapareció de su vista, pero los colores no volvieron. Aunque no necesitaba rojos, ni azules, ni amarillos para ver a su torturador, pues era de color gris, blanco y negro en un mundo de color. La hojarruna que le había arrebatado la vida y consumido su alma brillaba y relucía; la mano libre de Arthas se izaba haciendo un gesto para arrancarla del cálido abrazo de la muerte.

—Ahora eres un alma en pena —le dijo el príncipe—, porque así lo he decidido. Ahora puedes expresar tu dolor con tu voz, Sylvanas. Te concedo ese don. Es mucho más de lo que he dado a otros. Al hacerlo, causarás dolor a los demás. De este modo, de la forestal que has sido hasta hace poco, un incordio, pasas a ser mi sierva.

Aterrorizada más allá de lo imaginable, Sylvanas flotó por encima de su cuerpo destrozado y cubierto de sangre, contemplando sus propios ojos inmóviles; acto seguido volvió a posar la mirada sobre Arthas.

—No —replicó, con una voz apagada y espeluznante, aunque reconocible como la suya—. Jamás seré tu sierva, asesino.

Entonces el príncipe hizo un gesto insignificante, contrajo de forma casi imperceptible un dedo enguantado y, acto seguido, Sylvanas arqueó la espalda, presa de

una terrible agonía, y otro grito nació arrancado de su interior; en ese instante se percató, con una profunda y atroz sensación de pena, de que estaba totalmente indefensa ante él. Se había convertido en una herramienta para él, al igual que los cadáveres descompuestos y las abominaciones lívidas y hediondas.

—Tus forestales servirán también —afirmó Arthas—. Son mi ejército ahora.

El caballero de la muerte titubeó, y un cierto tono de arrepentimiento pareció teñir su voz cuando dijo:

—Esto no tenía por qué haber ocurrido. Quiero que sepas que tu destino, el de tus hombres y el de tu pueblo han sido marcados por las decisiones que has tomado. Bueno, he de llegar a la Fuente del Sol, y tú me ayudarás a lograrlo.

* * *

El odio crecía dentro de la forma incorpórea de Sylvanas como un ser vivo. Flotaba junto a Arthas, era su nuevo juguete. Se llevaron su cuerpo y lo arrojaron a uno de los carros de carne para algún fin enfermizo que el príncipe concibiera. Como si existiera una cadena que la atara a él, nunca se alejaba más de unos pocos metros del caballero de la muerte.

Entonces comenzó a escuchar los susurros.

Sylvanas se preguntó si había perdido la cordura en esa nueva y aborrecible encarnación. Aunque enseguida quedó claro que incluso el refugio de la demencia le era negado. La voz que habitaba en su mente le resultó ininteligible al principio; además, su estado de desesperación era tal que no quería escuchar a nadie. Pronto supo a quién pertenecía.

Arthas la miraba de soslayo mientras seguía su inexorable marcha hacia Lunargenta y lo que se encontraba más allá, observándola con suma atención. En cierto momento, a medida que el ejército del que formaba parte por obligación avanzaba, destruyendo las tierras a su paso, la escuchó con claridad meridiana.

Me servirás para que yo alcance la gloria, Sylvanas. Trabajarás duro por el bien de los muertos. Ansiarás obedecer. Arthas es el primero y el más querido de mis caballeros de la muerte; él será tu amo por toda la eternidad, y tu sumisión a él te reportará un gran gozo.

Arthas percibió cómo Sylvanas se estremecía, y sonrió.

Si había pensado que lo despreciaba cuando lo vio por primera vez frente a las puertas de Quel’Thalas, cuando la tierra maravillosa que se hallaba tras ellas era inmaculada y pura y aún no había experimentado su contacto mortífero; si había pensado que lo odiaba mientras sus esbirros asesinaban a su gente y los hacían regresar de la muerte

para convertirlos en unos títeres sin mente, y cuando la empaló con un solo mandoble brutal con aquella monstruosa hojarruna… eso no era nada comparado con el odio que sentía ahora. Era como comparar una vela con el sol, un susurro con el grito de un alma en pena.

Jamás, replicó a la voz que anidaba en su mente. *Arthas podrá dirigir mis actos, pero jamás someterá mi voluntad*.

Obtuvo una carcajada gélida y hueca por respuesta.

El ejército continuó su avance, dejó atrás la aldea Brisa Pura y el Sagrario del Este. Se detuvieron ante las puertas de Lunargenta. La voz de Arthas no debería haberse escuchado en todos los rincones de la ciudad, pero Sylvanas sabía que así había sucedido, ya que se encontraba frente a las puertas de la ciudad.

—¡Ciudadanos de Lunargenta! Les he dado muchas oportunidades de rendirse, pero las han rechazado tercamente. ¡Sepan que hoy presenciarán el fin de toda su raza y de su antigua herencia! ¡La Muerte en persona ha venido a reclamar el hogar de los altos elfos!

Exhibieron ante su gente a la general de la Guardia Forestal Sylvanas Brisaveloz, como ejemplo de lo que les sucedería si no se rendían. No lo hicieron, y los amó más que nunca por eso, a pesar de que se veía obligada a servir a su tenebroso amo.

De este modo cayó la rutilante y hermosa ciudad de la magia; su gloria quedó hecha añicos y reducida a escombros a medida que el ejército de no-muertos (la Plaga, así le había oído llamarlos a Arthas, con un cierto afecto retorcido en su voz) avanzaba. Tal y como había hecho en otras ocasiones, el príncipe hizo levantarse a los caídos para que le sirvieran. Si Sylvanas aún hubiera poseído un corazón, se le habría roto al ver a tantos amigos y seres queridos caminar torpemente junto a ella, obedientes y desprovistos de mente. Atravesaron la ciudad, la partieron en dos con esa vil cicatriz de color negruzco y morado, mientras sus ciudadanos morían y volvían a ponerse en pie de una sacudida con los cráneos destrozados, o dejando un rastro de vísceras tras ellos a medida que avanzaban a trompicones.

Había albergado la esperanza de que el canal que separaba Lunargenta y Quel'Danas fuera una barrera infranqueable y, por un instante, esa esperanza pareció hacerse realidad. Arthas tiró de las riendas y detuvo a su caballo, se quedó mirando fijamente las aguas azules que centelleaban bajo el sol y frunció el ceño. Por un momento, permaneció sentado sobre su corcel preternatural, con sus blancas cejas unidas para conformar una sola.

—No puedes llenar este canal de cadáveres, Arthas —se regodeó Sylvanas—. Ni aunque utilices para ello a todos los habitantes de la ciudad. No puedes avanzar más, cuánto me alegro de tu fracaso.

Entonces aquel ser que una vez había sido humano, que una vez había sido a todas luces un hombre, se volvió y sonrió antes esas palabras desafiantes y devastadoras, provocándole a Sylvanas un ataque de agonía que la obligó a proferir con sus labios incorpóreos otro grito capaz de desgarrar el alma.

Había encontrado la solución.

Lanzó la Agonía de Escarcha a la orilla y observó casi embelesado cómo daba vueltas en el aire hasta aterrizar con la punta clavada en la arena.

—La Agonía de Escarcha habla…

Sylvanas también escuchó la voz del Rey Exánime emanar de aquella arma impía, al tiempo que, ante su mirada desconcertada, el agua que besaba la hoja plagada de runas se transformaba en hielo. Un hielo que sus armas y sus guerreros podrían cruzar.

Le había arrebatado la vida, sus amadas Quel'Thalas y Lunargenta y después a su rey antes de la blasfemia final.

Los elfos resistieron en Quel'Danas con todo lo que tenían. Cuando Anasterian apareció ante Arthas, su magia feroz causó el caos en el puente helado del caballero de la muerte, pero el príncipe se recuperó. Frunció el ceño, sus ojos centellearon, desenvainó la Agonía de Escarcha y asestó un mandoble al rey elfo.

Aunque Sylvanas deseaba desesperadamente que Anasterian derrotara a Arthas, sabía que eso era imposible. El peso de tres milenios recaía sobre sus hombros; el color blanco de la melena que le llegaba casi hasta los pies se debía a la edad, no a la magia. En su época, había sido un gran guerrero, y seguía siendo un mago poderoso; sin embargo, ante la nueva vista espectral de Sylvanas, lo envolvía una fragilidad que nunca había percibido en él cuando aún se hallaba entre los vivos. Aun así, el rey resistió con su vetusta arma, Felo'melorn, «Furia de las Llamas», en una mano y una vara con un cristal brillante en la otra.

Arthas atacó, pero Anasterian ya no se encontraba frente al corcel que cargaba contra él. De alguna manera, más rápido que el ojo de Sylvanas, estaba arrodillado, y Felo'melorn dibujó un arco en paralelo al suelo, seccionando limpiamente las patas delanteras del caballo. El corcel chilló y cayó, y su jinete con él.

—¡Invencible! —exclamó Arthas, quien parecía desolado al ver rodar a aquel caballo no-muerto y cómo intentaba levantarse a pesar de que le faltaban dos patas.

A Sylvanas le pareció un grito de batalla un tanto extraño teniendo en cuenta que Anasterian acababa de cobrar ventaja. El príncipe volvió la cabeza y clavó en el rey elfo una mirada cargada de ira y dolor. El caballero de la muerte ahora casi parecía humano; un varón de la especie humana que acababa de ver cómo sufría un gran tormento alguien a quien amaba. Arthas se puso en pie torpemente y volvió a mirar al caballo, y por un instante de euforia Sylvanas creyó que quizá, solo quizá…

La vetusta arma del anciano elfo no era rival para aquella hojarruna, tal y como Sylvanas sospechaba. Cuando ambas hojas se cruzaron, la más débil se rompió y giró en el aire descontrolada al caer Anasterian, al serle arrancada y consumida el alma por la reluciente Agonía de Escarcha, como les había sucedido a muchos otros.

El rey yacía sobre el hielo, inerte, con la sangre acumulándose bajo su cuerpo y la melena extendiéndose cual mortaja; mientras tanto, Arthas corría hacia el caballo no-muerto para curarle las patas mutiladas. Tras curarlo, le dio unas palmaditas en los huesos y el corcel le respondió brincando y acariciando a su amo con el hocico. Aunque Sylvanas sabía que podía hacer daño a aquellos a quienes aún amaba, no pudo soportar tanto dolor y tanta angustia, tanto odio infinito por Arthas y por todo lo que había hecho. Echó la cabeza hacia atrás, estiró los brazos al tiempo que abría la boca, y un grito, hermoso y aterrador a la vez, fue arrancado de su garganta incorpórea.

Había gritado antes, mientras Arthas la torturaba. Pero entonces se trataba solo de su dolor, de su desesperación. Ahora se trataba de mucho más. Sufría un tormento, una agonía, sí, pero era más que eso: se trataba de un odio tan profundo que casi era puro. Escuchó otros gritos de dolor que se sumaban al suyo; vio cómo varios elfos caían de rodillas tapándose unos oídos que sangraban. Sus voces callaron y sus hechizos se paralizaron, dejaron de pronunciar palabras mágicas y pasaron a proferir gritos incoherentes teñidos de una profunda pena y un dolor espantoso. Algunos de ellos cayeron, las armaduras se les hicieron añicos y los huesos se les quebraron bajo la piel.

Arthas se detuvo a contemplarla un momento y sus cejas blancas se habían unido, conformando un gesto de concentración: la estaba evaluando. Sylvanas quería parar. Quería callarse, ahogar ese grito destructivo que solo servía para cumplir los fines de aquel a quien odiaba con tanta fiereza. Al final, Sylvanas, alma en pena, extenuada de tanto sufrir, calló.

—Qué arma tan increíble ha demostrado ser —murmuró Arthas—. Podría convertirse en un arma de doble filo. Tendré que vigilarla.

El espantoso ejército siguió avanzando. Arthas alcanzó la meseta. Una vez allí, asesinó a los que custodiaban la Fuente del Sol y obligó a Sylvanas a participar en la matanza. Entonces visitó la atrocidad definitiva contra su pueblo y se acercó hasta el glorioso estanque radiante que había sido la base del poder de los quel'dorei durante milenios. Junto a la Fuente del Sol le esperaba alguien a quien Sylvanas reconoció: Dar'Khan Drathir.

Así que había sido él quien había traicionado a Quel'Thalas. Quien, incluso más que Arthas, tenía sus manos tan bien cuidadas manchadas con la sangre de millares de elfos. La furia se apoderó de ella. Observó cómo un resplandor dorado se reflejaba en las facciones de Arthas, dulcificándolas y proporcionándoles una falsa calidez. Entonces, el

príncipe vertió en el agua el contenido de una urna exquisitamente trabajada, y la luz cambió. Se agitó y tembló, y en el centro del remolino conformado por un fulgor mágico corrompido…

… una sombra…

A pesar de todo lo que había visto aquel siniestro día, a pesar de su transformación, Sylvanas se quedó estupefacta al ver lo que emergía de la contaminada Fuente del Sol, alzándose y levantando los brazos al cielo. Se trataba de un esqueleto sonriente, provisto de cuernos, en cuyas cuencas ardían unas llamas. Unas cadenas serpenteaban a su alrededor, y unos ropajes morados salieron volando cuando se movió.

—¡He renacido, tal y como me fue prometido! ¡El Rey Exánime me ha concedido la vida eterna!

¿Se había desatado tanta muerte y destrucción solo para eso? ¿Para resucitar a una sola entidad? Tanta masacre, tanto tormento, tanto terror… La indescriptiblemente valiosa Fuente del Sol había sido corrompida; una cultura que había perdurado miles de años se había extinguido… ¿para eso?

Contempló espantada a aquel exánime que no cesaba de reír, y lo único que le proporcionó una gota de alivio entre tanto dolor fue ver morir a Dar’Khan, que había intentado traicionar a su amo al igual que había traicionado a su pueblo, bajo el filo de la Agonía de Escarcha, tal y como ella había muerto.



CAPÍTULO VEINTE

Arthas sonrió cuando el frío viento lo despeinó y le acarició el rostro. Se alegraba de volver a estar en la parte más fría de aquel mundo. No se había sentido a gusto en la tierra de los elfos, donde siempre era verano y la atmósfera estaba saturada de los aromas de las flores y plantas. Le recordaba demasiado a los jardines de Dalaran, donde había compartido tantos momentos con Jaina; a las bocas de dragón de la hacienda Balnir. Prefería que el viento lo purificara y el frío silenciara los recuerdos. Ya no le servían de nada, salvo para debilitarlo, y de todos modos no quedaba espacio para la debilidad en el corazón de Arthas Menethil.

Iba a lomos de Invencible, su leal caballo, como siempre. Lo había pasado mal en Quel'Thalas, cuando ese bastardo del rey Anasterian había atacado con cobardía a su inocente corcel en vez de al jinete, cortándole las patas, lo que recordaba poderosamente a la forma en que había muerto Invencible en su día, con las patas destrozadas. Ese incidente había catapultado a Arthas a aquellos terribles momentos, lo había estremecido hasta lo más hondo de su ser, desatando una gélida ira que, al final, le había servido para combatir con Anasterian. Ante él y a sus espaldas, su infatigable ejército marchaba por el paso nevado sin que el frío hiciera mella en él. En algún punto entre sus espantosas filas flotaba un alma en pena. Arthas había decidido dejar en paz a Sylvanas de momento. Estaba más interesado en Kel'Thuzad, que se deslizaba a su lado de un modo sereno, si es que tal palabra se podía aplicar para describir a un exánime. Era el responsable de haber dirigido a la Plaga a ese lugar tan remoto y helado, y Arthas no había cuestionado su decisión hasta entonces. Pero el viaje se estaba tornando muy tedioso y sentía curiosidad. El príncipe notó cómo una sonrisa cobraba forma en sus labios.

—¿Así que no estás enfadado porque te maté aquella vez? —le espetó socarronamente.

—No seas tonto —replicó el nigromante no-muerto—. El Rey Exánime me dijo cómo iba a acabar nuestro encuentro.

Esa afirmación sorprendió a Arthas.

—¿El Rey Exánime sabía que yo te mataría? —inquirió.

Frunció el ceño y bajó la vista para contemplar la espada que descansaba en su regazo. Ahora estaba callada, aletargada. Ningún susurro provenía de ella, ni tampoco sus runas vibraban con su poder.

—Claro —respondió Kel'Thuzad con cierto tono de superioridad en su voz sepulcral—. Él te eligió como su defensor mucho antes de que la Plaga empezara siquiera.

Arthas se sentía cada vez más intranquilo. Nadie le había preguntado si quería ese destino, ni siquiera le habían advertido de cuál sería su destino. Pero ¿lo habría aceptado si lo hubiera conocido de antemano? No. No le gustaba que le manipulasen, aunque sabía que, si quería ser formidable, debía ser templado como cualquier otra arma. Tenía que acercarse paso a paso a su destino; de no ser así, lo habría rechazado. De no ser así, aún estaría con Jaina y Uther, y su padre le…

—Si sabe tantas cosas, ¿cómo es posible que los señores del terror lo controlen como lo hacen?

—Son agentes de aquellos que crearon a nuestro señor: los fieros señores de la Legión Ardiente.

Esas palabras provocaron que un escalofrío recorriera a Arthas. La Legión Ardiente. Solo eran dos palabras, pero transmitían una sensación de poder en cierto modo embriagadora. En su regazo, la Agonía de Escarcha centelleó fugazmente.

—Es un enorme ejército demoníaco que ha consumido innumerables mundos más allá del tuyo —le explicó Kel'Thuzad con una voz casi hipnótica, y Arthas cerró los ojos un instante.

Tras los párpados cerrados vio proyectada una secuencia de escenas en su mente mientras el exánime hablaba. Vio un cielo rojo sobre un mundo rojo. Una oleada de criaturas surgió de una cadena de colinas. Corrían como perros de caza, pero no eran unas bestias normales; poseían unas espantosas mandíbulas atestadas de dientes, y unos extraños tentáculos que sobresalían de sus hombros. Unas piedras impactaron contra el suelo, dejando a su paso un rastro de fuego verde, las cuales cobraron vida como una roca animada que marchó sobre sus enemigos.

—Ahora viene a convertir este mundo en llamas. Nuestro señor fue creado para allanar el camino para su llegada. Los señores del terror fueron enviados para asegurarse de que él tenía éxito.

Entonces, la escena que Arthas veía en su mente cambió. Se hallaba ante un portal con muchos ornamentos tallados. Sabía que se trataba del Portal Oscuro, a pesar de que nunca lo había visto. Irradiaba un fuego verde y una hueste de demonios se apiñaba a su alrededor. Arthas sacudió la cabeza y la visión se desvaneció.

—Así pues la plaga de Lordaeron, las ciudadelas de Rasganorte, el asesinato de los elfos… ¿todo era para preparar una enorme invasión demoníaca?

—Sí. Con el tiempo, te darás cuenta de que toda nuestra historia ha sido formada por el conflicto que llega.

Arthas meditó al respecto. La Agonía de Escarcha se estaba despertando, sin duda, así que se quitó el guantelete que le cubría la mano derecha para acariciarla. Era fría como un hueso, tan gélida que incluso la mano del caballero de la muerte, que había sido templada para tal menester, sufría dolor al tocarla. Arthas volvió a percibir sus susurros y esbozó una sonrisa.

—Pero hay mucho más que contar, ¿verdad, exánime? —le preguntó a Kel'Thuzad, al tiempo que se giraba para observarlo—. En cierta ocasión me comentaste que los señores del terror eran los carceleros de nuestro amo. Explícamelo.

Como Kel'Thuzad ya no poseía ni piel ni carne, carecía de un semblante que pudiera revelar sus pensamientos. Sin embargo, Arthas dedujo, por el ligero encorvamiento que había adoptado el cuerpo del no-muerto, que se sentía incómodo. No obstante, habló.

—La primera fase del plan del Rey Exánime era fraguar la Plaga, que erradicaría todos los grupos que podrían resistirse a la llegada de la Legión.

—Como las fuerzas de Lordaeron… y los altos elfos —señaló Arthas mientras asentía.

Si bien entonces sintió un ligero nudo en el estómago, sofocó esa sensación.

—Exactamente. La segunda fase es invocar al señor demoníaco que iniciará la invasión —aseguró el exánime, apuntando con un dedo huesudo en la dirección que seguían—. Cerca de aquí hay un campamento de orcos. Mantienen en funcionamiento un portal demoníaco. Tengo que utilizar ese portal para comunicarme con el señor demoníaco y recibir sus instrucciones.

Arthas permaneció callado a lomos de Invencible un instante. Su mente regresó a la época en que había combatido a los orcos junto a Uther *el Iluminado* en Strahnbrad. Se acordó de los orcos que realizaban sacrificios humanos para satisfacer a sus señores demoníacos. Ese hecho había repugnado y espantado tanto a él como a Uther. Arthas se había enfurecido tanto que Uther tuvo que sermonearle acerca de que no debía combatir mientras albergase ira en su corazón. «Si dejamos que nuestras pasiones nos conviertan en seres sedientos de sangre, seremos tan viles como los orcos», le había reprendido el paladín.

Bueno, Uther estaba muerto y Arthas seguía matando orcos, aunque ahora trabajaba para los demonios. En ese momento sufrió un espasmo involuntario cerca del ojo.

—¿A qué esperamos? —les espetó, a la vez que obligaba a Invencible a trotar al galope.

* * *

Los orcos lucharon con bravura, pero, al final, fue en vano, al igual que todos los intentos de detener a la Plaga habían sido en vano. Arthas siguió galopando hacia el frente e Invencible saltó con destreza por encima de los cuerpos de los orcos caídos. El caballero de la muerte observó el portal durante un largo rato. Consistía en tres losas de piedra, elegantes a su manera para haber sido talladas por una raza tan basta. No obstante, cerca de ahí se alzaban unos huesos enormes de animales que brillaban con un color rojo apagado. En los límites marcados por las losas de piedra, una energía verde se arremolinaba perezosamente. Se trataba de una puerta a otro mundo. A Jaina le habría intrigado… aunque también la habría horrorizado tanto que nunca habría satisfecho su curiosidad. Esa era su mayor debilidad.

Eso era… lo que la hacía ser quien era…

—Ya me he ocupado de esas bestias —indicó Arthas, sacudiéndose las manos—. El portal demoníaco es tuyo, exánime.

Aquel esqueleto se estremeció de satisfacción, se acercó flotando al portal y alzó los brazos implorante. Unas escaleras llevaban a la entrada; sin embargo, Arthas se fijó en que aquel ser exánime no ascendió por ellas, sino que permaneció ante ellas en señal de respeto, o quizá por un motivo mucho más pragmático: para no sufrir daños. Arthas no se atrevió a dar un paso adelante y siguió observándolo todo atentamente a lomos de Invencible.

—¡Yo te invoco, Archimonde! ¡Tu humilde siervo solicita una audiencia!

La neblina verde siguió girando. Entonces, Arthas distinguió una silueta, unas facciones que se asemejaban a pesar de ser distintas a las de los señores del terror que conocía.

Aquel ser poseía lo que Arthas supuso que era una piel de color gris azulado, aunque no lo podía asegurar por culpa de la luz verde que lo iluminaba. De lo que no había ninguna duda era de que el cuerpo de ese demonio irradiaba poder; poseía un torso musculoso, unos brazos enormes y fuertes y unas extremidades inferiores semejantes a las de un cabrito; las piernas de Archimonde se curvaban hacia atrás y acababan en un par de pezuñas en vez de pies. Su cola se agitó, revelando así que tal vez la sensación de calma y de control de la situación que transmitía Archimonde no era real. Sus brazos, hombros y piernas estaban cubiertos por una armadura dorada y brillante, ornamentada con calaveras y púas. De la barbilla le salían dos tentáculos gemelos, largos y delgados. Pero el rasgo

más impactante de su cara alargada eran sus ojos, de un atroz color verde que resplandecía mucho más y era mucho más irresistible que la niebla verde que se arremolinaba en torno a él. A pesar de que Archimonde no se hallaba ahí, no se hallaba físicamente en este mundo, Arthas se sintió sobrecogido por la impactante presencia del demonio.

—Me has llamado, insignificante exánime, y yo he venido —habló el demonio, con una voz atronadora que parecía vibrar en los huesos de Arthas—. Eres Kel'Thuzad, ¿no es así?

Kel'Thuzad inclinó su cabeza coronada por un cuerno. A Arthas no se le escapó hasta qué punto se humillaba.

—Sí, Magnífico. Yo te he convocado. Te ruego que me expliques cómo despejar el camino para que puedas entrar en este mundo, pues solo existo para servirte, mi señor.

—Tienes que encontrar un libro muy especial —contestó el señor demoníaco. Entonces, su mirada se posó sobre Arthas, lo examinó un instante y, acto seguido, decidió ignorarlo. La furia se iba apoderando cada vez más del caballero de la muerte.

—Se trata del único libro de conjuros de Medivh, el último Guardián. Solo sus encantamientos son lo suficientemente poderosos para llevarme a tu mundo. Busca en la ciudad mortal de Dalaran, es ahí donde se guarda el libro. Dentro de tres días, a la hora del crepúsculo, empezarás la ceremonia.

La imagen del demonio se desvaneció y Arthas siguió contemplando largo rato el lugar donde había estado.

Dalaran. El lugar donde más magia se concentraba de todo Azeroth, con excepción de Quel'Thalas.

Dalaran. Donde Jaina Proudmoore había sido adiestrada. Donde probablemente aún estaría. Al pensar en ella, sintió una fugaz punzada de dolor.

—Dalaran está defendida por los magos más poderosos de Azeroth —le indicó a Kel'Thuzad con parsimonia—. No podremos sorprenderlos. Estarán preparados para nuestra llegada.

—¿Como lo estuvo Quel'Thalas? —inquirió Kel'Thuzad, y, acto seguido, estalló en carcajadas. Unas carcajadas que sonaron huecas—. Piensa en lo fácilmente que este ejército los aplastó. Volverá a suceder lo mismo. Además, recuerda que fui miembro de los Kirin Tor, y amigo cercano del archimago Antonidas. Dalaran fue mi hogar cuando solo era un mortal. Conozco sus secretos, sus hechizos de protección, las entradas que nunca se les ha ocurrido proteger. Me alegro de poder esparcir el terror entre aquellos que intentaron que abandonara mi sendero y mi destino. No temas, caballero de la muerte. No podemos fracasar. Nada ni nadie podrá detener a la Plaga.

Arthas detectó cierto movimiento por el rabillo del ojo. Se giró y contempló ante sí al espíritu que una vez fue Sylvanas Brisaveloz flotando en el aire. Era obvio que había

escuchado toda la conversación y había sido testigo de cómo había reaccionado a las nuevas órdenes.

—Hablar sobre Dalaran te afecta, príncipe Arthas —le espetó maliciosamente.

—Calla, espectro —masculló entre dientes.

Arthas recordó, muy a su pesar, la primera vez que cruzó las puertas de Dalaran escoltando a Jaina. Ahora le resultaba imposible concebir la inocencia con la que había vivido en otro tiempo.

—¿Acaso hay alguien ahí por quién profesas una gran estima? ¿Conservas algún recuerdo agradable de esa persona?

Esa condenada alma en pena no cejaba en su empeño. Arthas cedió ante el empuje de la ira que sentía y alzó una mano; al instante, Sylvanas se retorció de dolor por unos segundos hasta que la liberó.

—No vuelvas a mencionar este tema —le advirtió—. Centrémonos en la tarea que tenemos entre manos.

Sylvanas permaneció callada. Sin embargo, en su lívido y espectral semblante se dibujaba una gran sonrisa de satisfacción.

* * *

—Puedo ayudar —aseguró Jaina, con un tono de voz tan tranquilo que le sorprendió a ella misma.

Le hablaba a Antonidas, su maestro en su familiar, encantador y maravillosamente desorganizado estudio, del que no apartaba una intensa mirada.

—He aprendido mucho —añadió la maga.

El archimago seguía mirando por la ventana, con las manos a la espalda, como si estuviera haciendo algo tan banal como observar a los estudiantes practicar.

—No —replicó el maestro con suma tranquilidad—. Tienes otras obligaciones que atender.

En ese instante se volvió hacia ella, y el corazón de Jaina se encogió al ver el semblante de su maestro.

—Deberes que tanto yo… como Terenas, que la Luz tenga en su gloria… eludimos. Por negarse a escuchar a aquel extraño profeta, acabó asesinado por su propio hijo, y su reino ahora no es más que un montón de ruinas poblado por muertos.

A esas alturas, Jaina se seguía estremeciendo al oír hablar de aquellos funestos hechos. Arthas…

Resultaba tan difícil de creer. Lo había querido tanto… y aún lo amaba. Rezaba en silencio constantemente, sin que nadie lo supiera, porque su amado se hallara bajo una

influencia maligna a la que no se podía resistir. De no ser así, si hubiera cometido esas atrocidades por voluntad propia…

—Ese profeta también acudió a mí, y yo fui tan arrogante como para dar por sentado que sabía más que él. Bueno, querida, esto es lo que hay. Todos debemos vivir, o morir, aceptando las consecuencias de nuestras decisiones —aseveró Antonidas con una sonrisa triste.

Las lágrimas se asomaron a los ojos de la maga, pero las contuvo como pudo.

—Permíteme quedarme. Puedo…

—Protege a aquellos a los que has prometido defender, Jaina Proudmoore —le aconsejó Antonidas con cierta severidad en su voz y su semblante—. Un mago más o menos… no supondrá ninguna diferencia. Sin embargo, otros dependen de ti en estos momentos.

—Antonidas… —La voz se le quebró al pronunciar aquella palabra.

No pudo refrenarse más y se abalanzó sobre él para abrazarlo. Nunca antes se había atrevido a darle un abrazo, puesto que siempre la había intimidado muchísimo. Pero en ese momento le pareció tan… viejo. Viejo y frágil, y lo que es aún peor, resignado.

—Niña —le dijo su maestro afectuosamente, dándole unas palmaditas en la espalda y esbozando una sonrisa franca—. No, ya no eres una niña. Eres una mujer, una líder. Aun así… será mejor que te marches.

Una voz familiar, que provenía del exterior, sonó clara y fuerte. Jaina se sintió como si hubiera recibido un golpe. Profirió un grito ahogado al reconocer con espanto a quién pertenecía, y se apartó al instante de su mentor.

—¡Magos de Kirin Tor! ¡Soy Arthas, primer caballero de la muerte del Rey Exánime! ¡Exijo que abran las puertas y se rindan a la cólera de la Plaga!

¿Caballero de la muerte?, se preguntó Jaina, al tiempo que se giraba estupefacta para mirar a Antonidas, quien le respondió con una sonrisa lúgubre.

—Habría preferido que no lo supieras… al menos por ahora —afirmó su maestro.

El mundo se le vino abajo a la maga. Arthas… estaba… ahí.

El archimago se aproximó al balcón. Hizo unos leves gestos con sus manos arrugadas por el paso del tiempo, y su voz vio su volumen aumentado hasta el nivel de la de Arthas.

—Saludos, príncipe Arthas —le saludó Antonidas con cierto tono de reproche—. ¿Cómo está tu noble padre?

¿Dónde está? ¿En la calle? ¿Lo veré si salgo al balcón donde se encuentra Antonidas?, pensó Jaina.

—Lord Antonidas —replicó Arthas—, no hay necesidad de ser sarcástico.

Jaina volvió la cabeza y se secó las lágrimas. Intentó hablar, pero las palabras parecían negarse a salir de su boca.

—Nos hemos preparado para tu llegada, Arthas —dijo Antonidas, manteniendo la calma—. Mis hermanos y yo hemos erigido auras que destruirán a cualquier no-muerto que intente atravesarlas.

—Tu insignificante magia no me detendrá, Antonidas. No sé si te has enterado de lo que sucedió en Quel'Thalas. Esos elfos también se creían invulnerables.

Quel'Thalas. Solo con pensarlo, Jaina creyó que iba a vomitar. Estaba en Dalaran cuando corrió la voz sobre lo acaecido en ese lugar gracias a un puñado de supervivientes que lograron escapar. También se encontraba allí, por aquel entonces, Kael'thas, el príncipe quel'dorei. La maga nunca lo había visto tan… enfadado, tan destrozado, tan fuera de sí. Había intentado consolarlo con sus palabras, pero se había vuelto a mirarla con tal furia que Jaina dio un paso atrás de manera instintiva.

«No digas nada más», le había replicado de malas maneras Kael. Para su consternación, la maga se dio cuenta de que el elfo cerraba los puños con fuerza y apenas era capaz de refrenar el ansia que le invadía, que le impulsaba a agredirla físicamente. «Qué necia eres, muchacha. ¿Ese es el monstruo con el que yacías?».

Jaina parpadeó estupefacta, asombrada por las duras palabras que le dirigía aquel hombre tan cultivado.

«Mira, yo…», alcanzó a articular la maga.

Pero a Kael'thas no le importaba lo que Jaina tuviera que decirle.

«¡Arthas es un asesino! ¡Ha masacrado a millares de inocentes! Tiene las manos manchadas con tanta sangre que ni un océano podría limpiárselas. ¿Y tú le amabas? ¿Cómo pudiste escogerle a él y no a mí?», le espetó el príncipe elfo.

Su voz, normalmente meliflua y calmada, se quebró al pronunciar la última palabra. Jaina sintió que las lágrimas anegaban sus ojos al entender por fin lo que sucedía. El elfo la atacaba a ella porque no podía hostigar a su verdadero enemigo. Kael'thas se sentía impotente, por eso se ensañaba con el objetivo que tenía más cerca: ella, Jaina Proudmoore, cuyo amor tanto había deseado y no había logrado.

«Oh… Kael'thas», le dijo la maga con voz queda, «Arthas ha hecho cosas terribles. Tu pueblo ha sufrido…».

«¿Qué sabrás tú sobre el sufrimiento?», le soltó. «Eres una niña con mentalidad pueril y un corazón inocente. Un corazón que entregaste a ese… ese… Los ha asesinado, Jaina. ¡Y, además, luego ha insuflado vida a los cadáveres!».

La maga lo observó en silencio; sus palabras ya no le afectaban ahora que conocía la razón que le movía a actuar así.

«Asesinó a mi padre, Jaina, como hizo con el suyo. De-debería haber estado ahí».

«¿Y haber muerto con él? ¿Junto al resto de tu pueblo? ¿De qué habría servido sacrificar tu vida?».

En cuanto aquellas palabras abandonaron sus labios, se dio cuenta de que no eran las más idóneas. Kael'thas se puso más tenso que antes y le replicó con brusquedad.

«Quizá habría podido detenerlo. Debería haberlo hecho».

Tras pronunciar esas sentencias, se enderezó, y una extremada frialdad repentina apagó las llamas que lo habían soliviantado hasta entonces. Hizo una reverencia exagerada y manifestó:

«Abandonaré Dalaran lo antes posible. Ya nada me retiene aquí».

Jaina se sintió contrariada ante la vacuidad y resignación que transmitía su voz.

«Fui un necio de tomo y lomo al creer que los humanos podrían ayudarme. Abandonaré este lugar repleto de magos viejos y seniles y jóvenes cegados por la ambición. Ninguno de ustedes puede ayudarme. Mi pueblo me necesita ahora que mi padre…».

Entonces se quedó callado y tragó saliva con dificultad.

«He de estar con ellos. Con los pocos que aún quedan. Con aquellos que han sobrevivido, que han renacido bajo la sangre de esos que ahora sirven a tu amado».

El elfo se marchó indignado, presa de una furia que dominaba hasta el más recóndito rincón de su elegante y esbelto cuerpo. Jaina se compadeció de él con todo su corazón.

Y, ahora, Arthas estaba ahí, encabezando el ejército de no-muertos, transformado en un caballero de la muerte. La voz de Antonidas la sacó de su ensimismamiento. Parpadeó en un intento de regresar al presente.

—¡Haz retroceder a tus tropas o nos veremos obligados a utilizar todos nuestros poderes contra ustedes! Tú eliges, caballero de la muerte. —Antonidas se retiró del balcón y se volvió hacia la maga, a quien habló con voz normal—. Jaina, vamos a erigir unas barreras que impedirán la teletransportación momentáneamente. Debes irte de aquí de inmediato, o quedarás atrapada.

—Tal vez pueda razonar con él… Quizá yo pueda… —Tras decir estas palabras enmudeció, al percatarse de que estaba siendo una ingenua.

Había sido incapaz de evitar que asesinara a todos esos inocentes en Stratholme, o de que viajara a Rasganorte, donde estaba segura de que le aguardaba una trampa. Por aquel entonces, Arthas ya había dejado de escucharla. Además, si el príncipe se hallaba bajo la influencia de algún poder oscuro, ¿cómo iba a disuadirlo?

Inspiró aire con fuerza y dio un paso hacia atrás; Antonidas asintió pausadamente ante ese gesto. Tenía tantas cosas que decirle a aquel hombre, a su mentor, su guía. Pero lo

único que pudo ofrecerle fue una sonrisa vacilante ahora que iba a librar la que con toda probabilidad sería su última batalla. Ni siquiera fue capaz de despedirse de él.

—Cuidaré de nuestra gente —prometió.

Eso fue lo único que se atrevió a decir. A continuación, lanzó un hechizo de teletransportación y desapareció.

* * *

La primera parte de su plan había concluido, y Arthas había logrado su objetivo: hacerse con el libro de hechizos de Medivh. Era muy voluminoso y pesado para su tamaño, y estaba encuadernado en cuero rojo con el filo dorado. En la cubierta había un cuervo negro con las alas desplegadas, exquisitamente repujado. Todavía se apreciaban en el libro manchas de la sangre de Antonidas. El príncipe se preguntó si eso le confería más poder del que ya tenía.

Invencible se agitó a sus espaldas, golpeando el suelo con una pezuña y sacudiendo el cuello como si aún tuviera una piel que pudiera sufrir la picadura de los mosquitos. Se hallaban en la cima de una colina desde la que se podía divisar todo Dalaran, cuyas torres reflejaban la luz y refulgían con destellos dorados, blancos y morados mientras sus calles se inundaban de sangre. Muchos de los magos que habían combatido contra él horas antes estaban ahora a su lado, en su mayoría tan destrozados que solo podían ser empleados como carne de cañón que lanzar a los atacantes; no obstante, algunos… algunos todavía podrían resultar útiles: las habilidades de las que habían hecho gala en vida podrían ser utilizadas en beneficio del Rey Exánime en la muerte.

Kel'Thuzad se sentía como un niño en la mañana del Festival de Invierno. Examinaba con detenimiento las páginas del libro de hechizos de Medivh, completamente absorto con su nuevo juguete. Esa actitud irritó a Arthas.

—El círculo de poder se ha preparado siguiendo tus instrucciones, exánime. ¿Estás listo para empezar la invocación?

—Casi —replicó aquel engendro no-muerto mientras con unos dedos esqueléticos pasaba la página—. Aquí hay mucho que digerir. Los conocimientos de Medivh sobre los demonios son asombrosos. Sospecho que era mucho más poderoso de lo que jamás sospechó nadie.

Un remolino de color negro y verdusco había empezado a formarse a medida que Kel'Thuzad hablaba. Tichondrius se materializó antes de que hubiera terminado de hablar. La furia de Arthas creció al escuchar las palabras que el Señor del Terror pronunció con su arrogancia habitual.

—No lo suficiente para escapar de la muerte, eso seguro. Diremos solo que nosotros acabaremos hoy el trabajo que él empezó… ¡Qué empiece la invocación!

En un abrir y cerrar de ojos, desapareció. Kel'Thuzad flotaba dentro del círculo. La zona de la invocación estaba delimitada por cuatro diminutos obeliscos. El centro lo ocupaba un círculo resplandeciente, en el cual se habían grabado unas inscripciones arcanas. Kel'Thuzad llevaba el libro consigo y en cuanto estuvo en posición, las líneas que conformaban el perímetro del círculo parecieron cobrar vida al iluminarse con una luz púrpura. En ese preciso instante se escuchó un chasquido y varios chisporroteos; al punto, ocho columnas de fuego se alzaron a su alrededor. Kel'Thuzad se volvió para mirar a Arthas con brillo en los ojos.

—Los vivos que todavía quedan entre los muros de Dalaran serán capaces de percibir el poder de este conjuro —advirtió Kel'Thuzad—. No debo ser interrumpido bajo ninguna circunstancia; de lo contrario, fracasaremos.

—Tus huesos están a salvo conmigo, exánime —le aseguró Arthas.

Tal y como Kel'Thuzad había prometido, fue relativamente fácil entrar en Dalaran, asesinar a los que habían preparado encantamientos específicos para combatirlos y llevarse lo que habían ido a buscar. Arthas se las había ingeniado para matar al archimago Antonidas, el hombre que antaño había creído tan poderoso.

Si Jaina hubiera estado allí, estaba seguro de que se habría enfrentado a él. Habría intentado remover los rescoldos de su amor, como ya había hecho antes. Pero habría vuelto a fracasar, aunque…

Se alegraba de no haber tenido que pelear con ella.

Arthas volvió a centrarse en el presente de forma brusca: las puertas se estaban abriendo. El caballero de la muerte curvó sus labios grisáceos para esbozar una sonrisa. Previamente, la Plaga había contado con el elemento sorpresa. Si bien era cierto que en Dalaran vivían muchos magos poderosos, también lo era que no disponían de una milicia entrenada. Además, no todos los magos de los Kirin Tor se hallaban en Dalaran. No obstante, como habían pasado varias horas desde el ataque inicial y no habían permanecido ociosos, habían logrado teletransportar todo un ejército.

Eso era justo lo que necesitaba para no pensar más en Jaina Proudmoore ni en el joven que fue una vez. Una buena pelea.

Alzó la Agonía de Escarcha, sintió cómo se estremecía en su mano y escuchó la suave voz del Rey Exánime acariciando sus pensamientos.

—La Agonía de Escarcha está hambrienta —les dijo a sus tropas, señalando con la espada a los defensores, cubiertos con armaduras, de la gran ciudad de los magos—. Saciemos su apetito.

El ejército de la Plaga rugió y el aullido angustioso de Sylvanas se elevó por encima de aquella cacofonía, lo que provocó que sonriera una vez más. A pesar de que obedecía sus órdenes, el alma en pena lo desafiaba y el caballero de la muerte se deleitaba con su sufrimiento al obligarla a atacar a aquellos a quienes hubiera preferido proteger. Invencible reunió fuerzas y se lanzó al galope relinchando.

Si bien algunas de sus horripilantes tropas se quedaron atrás para defender a Kel'Thuzad, la mayoría acompañó a su líder. Arthas reconoció el uniforme que vestían muchos de los hombres que los Kirin Tor habían teletransportado para defender la ciudad. Antaño habían sido amigos; pero eso formaba parte del pasado, el cual era tan irrelevante para él como el tiempo que había hecho la víspera. Cada vez le resultaba más fácil sentir nada más que la satisfacción que le proporcionaba la Agonía de Escarcha al alzarse y caer reluciente, mientras recitaba su canción de muerte, devoraba aquellas almas y atravesaba las armaduras con la misma facilidad que si se tratara de huesos y carne.

Después de que cayera la primera oleada de soldados y los hubiese traído de la muerte para servir a la Plaga o abandonado donde habían caído por no ser de utilidad, llegó una segunda. Esta vez contaban con el apoyo de magos ataviados con las túnicas púrpuras de Dalaran, que llevaban bordado el símbolo del gran Ojo. Pero Arthas también contaba con ayuda especial.

Por lo visto, los demonios querían proteger a los suyos.

Unas piedras enormes cayeron del cielo con gran estruendo, dejando con sus colas una estela de un fuego verde bilioso. La tierra se estremeció allí donde impactaron y de los cráteres surgieron lo que parecían ser unos gólems de piedra, que aquella espantosa energía verde dirigía e impulsaba.

Arthas echó un vistazo a lo que sucedía a sus espaldas. Kel'Thuzad flotaba en el aire con los brazos extendidos y la cabeza coronada de cuernos echada hacia atrás. La energía crepitó y brotó de él; al instante comenzó a formarse un orbe verde. Entonces, abruptamente, el exánime bajó los brazos y abandonó el círculo.

—¡Ven a nosotros, Lord Archimonde! —exhortó Kel'Thuzad—. ¡Ven a este mundo y deja que disfrutemos de tu poder!

El orbe verde centelleó, se expandió, aumentó de tamaño y brilló con más intensidad aún. De improviso, una columna de fuego se elevó hacia el cielo y varios relámpagos cayeron fuera del círculo. Entonces, donde hasta hacía un momento no había habido nada, surgió una figura alta, poderosa, elegante a su siniestra y peligrosa manera. Arthas volvió a prestar atención al campo de batalla. El enemigo se batía en retirada. Al menos los magos sí se habían percatado de cuál era el devenir de los acontecimientos. Sus tropas obligaron a sus monturas a dar la vuelta y galoparon en busca del refugio seguro que les proporcionaba Dalaran (un refugio que Arthas sospechaba que sería seguro solo

temporalmente). En el momento en que huían, una voz grave y potente se abrió paso entre el fragor de la batalla.

—¡Tiemblen, mortales, y desesperen! ¡Este mundo ha llegado a su fin!

Arthas alzó una mano y, con ese sencillo gesto, el enjambre que conformaba la Plaga se detuvo y se retiró también. Mientras galopaba para reunirse con Kel'Thuzad, sin dejar de mirar al gigantesco Señor demoníaco, Tichondrius se teletransportó allí. Como siempre, aparecía cuando el peligro ya había pasado.

El Señor del Terror hizo una profunda reverencia. Arthas detuvo a su corcel a cierta distancia: prefería observar de lejos.

—Lord Archimonde, ya se han hecho todos los preparativos.

—Muy bien, Tichondrius —replicó Archimonde, y dirigió un gesto de asentimiento un tanto desdeñoso al demonio menor—. Dado que el Rey Exánime no me sirve ya, a partir de ahora los señores del terror del señor estarán al mando de la Plaga.

Arthas se sintió repentinamente agradecido por todas las horas que había pasado meditando. Eso fue lo único que impidió que la furia y el desconcierto se reflejaran en su rostro. Aun así, Invencible percibió el cambio que se había operado en él y brincó nervioso. El caballero de la muerte tiró de las riendas y la bestia no-muerta se tranquilizó. ¿Cómo que el Rey Exánime ya no era útil? ¿Por qué? ¿Quién era en realidad y qué le había ocurrido? ¿Qué sería de Arthas?

—En breve ordenaré que dé comienzo la invasión. Pero antes convertiré a esos miserables magos en un ejemplo… sumiendo su ciudad en las cenizas de la historia.

El señor demoníaco caminó erguido y orgulloso, envuelto en una aureola de autoridad; sus pezuñas se clavaban firmemente en el suelo a cada paso, su armadura refulgía bajo los colores rosas, dorados y lavandas de los últimos instantes del crepúsculo. Junto a él, siempre con la cabeza gacha, caminaba Tichondrius. Arthas aguardó a que se hallaran a cierta distancia antes de volverse hacia Kel'Thuzad y estallar hecho una furia:

—¡No puede estar hablando en serio! ¿Qué nos ocurrirá a nosotros ahora?

—Sé paciente, joven caballero de la muerte. El Rey Exánime también predijo esto. Quizá aún tengas un papel que desempeñar en este gran plan.

¿Quizá?, pensó Arthas al encararse con el nigromante esbozando una mueca agresiva; no obstante, logró refrenar su ira. Si a alguien (ya fueran los demonios o el mismísimo Rey Exánime) se le había ocurrido pensar por un momento que Arthas era una mera herramienta de usar y tirar, pronto le enseñaría que había cometido un grave error. Había hecho mucho por la causa, había perdido demasiado y había dado demasiado para que ahora le dejasen a un lado.

Su sacrificio no podía quedar sin recompensa.

No se quedaría sin su justa recompensa.

La tierra se estremeció. Invencible se agitó inquieto, levantando las pezuñas como para minimizar así el contacto con el suelo. Arthas alzó la vista para contemplar la ciudad de los magos. A esa hora del día, las torres se mostraban especialmente hermosas, orgullosas, gloriosas, y refulgían ante los colores cada vez más oscuros del crepúsculo. Mientras observaba, escuchó un crujido. La cúspide de la torre más alta y bella de la ciudad cayó de repente, lenta e inexorablemente, como si una gigantesca mano invisible hubiera estrujado la torre hasta reventarla.

El resto de la ciudad se derrumbó con celeridad, los edificios se hicieron añicos y se desmoronaron. El estruendo de la destrucción invadió los oídos de Arthas. A pesar de que el estrépito era ensordecedor, no apartó la mirada del espeluznante espectáculo.

Había instigado la caída de Lunargenta. Había dirigido a la Plaga en el ataque contra aquella ciudad. Pero esto… la naturalidad, la facilidad con la que esta acababa de ser destruida… Si bien había costado mucho doblegar a Lunargenta, Archimonde había demostrado que podía reducir a escombros las mayores ciudades humanas sin siquiera hacer acto de presencia.

Arthas meditó acerca de Archimonde y Tichondrius. Se rascó la barbilla pensativo.

En su regazo brilló la Agonía de Escarcha.



CAPÍTULO VEINTIUNO

R*esulta muy útil poder contar con un exánime como Kel'Thuzad,* reflexionó Arthas mientras esperaba en la cima de aquella verde colina a alguien que le había asegurado que iría. Era completamente leal al Rey Exánime, hasta el punto de que había interpretado el papel de perrito faldero de Archimonde y Tichondrius de forma muy convincente siempre que se hallaba en su presencia, si eso era lo que se requería de él. Arthas había optado por callar, pues no se creía capaz de mentir tan bien como Kel'Thuzad. Esos dos demonios habían considerado que ambos eran prescindibles. Pronto les demostraría lo equivocados que estaban. En un descuido, se habían dejado el libro de Medivh en las huesudas manos del exánime. Además, aquella mente no-muerta también conocía unos hechizos tan potentes y una magia tan poderosa que Arthas sabía que nunca llegaría a comprender del todo su alcance.

—La tercera parte del plan —le comentó de una manera casual Kel'Thuzad en cuanto los demonios se hubieron ido, como si estuvieran conversando sobre el tiempo—, era la auténtica clave de la trama de la Legión.

Arthas recordó entonces lo que Kel'Thuzad le había contado antes. En primer lugar, habían creado la Plaga, y, a continuación, habían invocado a Archimonde. El caballero de la muerte se dispuso a escuchar con gran interés el resto de las explicaciones de Kel'Thuzad.

—La Legión pretende, nada más y nada menos, hacerse con toda la magia de este mundo y acabar con toda la vida que alberga. Para lograr tal fin, necesitan consumir las poderosas energías contenidas en el interior del Pozo de la Eternidad de los elfos. Pero para ello deben destruir el lugar que guarda en su interior la esencia de vida más auténtica y pura de Azeroth. El Pozo de la Eternidad se encuentra al otro lado del océano, en el continente de Kalimdor. Esa cosa que podría frustrar los planes de la Legión se llama Nordrassil, el Árbol del Mundo, que concede la inmortalidad a los kaldorei, los cuales están ligados a él.

—¿Los kaldorei? —inquirió Arthas, confuso—. Conozco una raza de elfos llamada quel'dorei. ¿Acaso se trata de otra rama de la familia elfa?

—Son la raza primigenia —corrigió Kel'Thuzad mientras hacía un gesto desdeñoso con la mano—. Aunque esos detalles carecen de importancia. Lo que importa es que debemos impedir que la Legión alcance su objetivo. Conozco a un kaldorei que nos ayudará.

De este modo, Kel'Thuzad, valiéndose de su magia, teletransportó a Arthas a aquel continente lejano, a esa colina que le ofrecía unas vistas asombrosas. Los bosques autóctonos eran exuberantes, frondosos y sanos. No obstante, Arthas divisó a lo lejos que la Legión ya había dejado ahí su huella. En los lugares donde no habían arrebatado la esencia vital a la tierra, los árboles y las bestias, habían dejado todo corrompido. Habían, en efecto, devorado toda la vida. En ese momento, Arthas vislumbró una silueta en la cima de una colina situada más abajo y sonrió. Era el elfo a quien había estado esperando.

Ciertamente, los elfos de la noche eran muy diferentes a sus parientes. La piel de este en concreto era de un color lavanda pálido, y lucía tatuajes con motivos en espiral y escarificaciones que seguían patrones rituales. Llevaba un paño negro sobre los ojos, lo cual no parecía impedir que se manejara con soltura por esos parajes. Además, portaba un arma que Arthas nunca había visto. En vez de ser como una espada normal, que se agarra por la empuñadura de la que surge la hoja, esta arma poseía dos hojas dentadas que brillaban con el espantoso color verde característico de todo aquello que las energías demoníacas corrompían.

Por eso dio por sentado que ese elfo había tratado con demonios.

El caballero de la muerte lo observó un buen rato mientras esperaba. El elfo de la noche (que afirmaba llamarse Illidan Stormrage) masculló entre dientes. Según le había revelado Kel'Thuzad a Arthas, al parecer, el elfo había sido condenado por una cantidad innumerable de fechorías, razón por la cual clamaba venganza y anhelaba obtener un gran poder.

Arthas sonrió.

—¡Me liberan después de diez mil años y mi hermano sigue pensando que soy un villano! —se quejó Illidan amargamente—. Yo le enseñaré mi verdadero poder. ¡Le demostraré que los demonios no tienen poder sobre mí!

—¿Estás seguro de eso, cazador de demonios? —le preguntó Arthas con voz insidiosa.

El elfo de la noche se volvió, blandiendo su arma, y le espetó:

—¿Estás seguro de que tu voluntad te pertenece?

Si bien aquel elfo podía ser ciego en el sentido literal del término, Arthas se sentía observado. Illidan gruñó al olfatearlo.

—Apestas a muerte, humano. Te arrepentirás de haberte acercado a mí.

Arthas sonrió. Deseaba librar una buena lucha.

—Vamos allá —le exhortó para provocarle el caballero de la muerte—. Verás que estamos muy igualados.

Invencible se encabritó y bajó la colina al galope, tan ansioso por entrar en acción como su amo. Illidan gruñó y corrió a su encuentro.

Esto recuerda poderosamente a una danza, pensó Arthas mientras ambos guerreros se encaraban. Illidan era fuerte y ágil; además, sus habilidades naturales habían sido incrementadas por los demonios. Arthas tampoco era un soldado corriente, ni la Agonía de Escarcha una espada ordinaria. La lucha fue feroz y rápida. Arthas estaba en lo cierto: el combate era muy igualado. Muy pronto, ambos combatientes se tomaron un respiro, jadeando con dificultad.

—Podríamos seguir peleando para siempre —afirmó Illidan—. ¿Qué quieres realmente?

En ese instante, Arthas dejó de apuntarle con la Agonía de Escarcha.

—Por lo que has farfullado antes, deduzco que tú y tus aliados han sido atacados por los no-muertos. El Señor del Terror que dirige este ejército de no-muertos se llama Tichondrius. Controla un poderoso artefacto mágico llamado la Calavera de Gul'dan. Es la responsable de la corrupción de estos bosques.

—Y tú quieres que yo la robe. ¿Por qué? —inquirió Illidan, ladeando la cabeza.

Arthas arqueó sus blancas cejas al escuchar aquella pregunta. Ese elfo no era un iluso. Por tanto, se merecía una respuesta que contuviera una verdad a medias.

—Digamos que Tichondrius no me gusta mucho, y el señor al que sirvo podría… beneficiarse de la caída de la Legión.

—¿Por qué debería creer algo de lo que dices, pequeño humano?

Arthas se encogió de hombros y le dijo:

—Esa es una buena pregunta. Permíteme contestarla. Mi amo lo ve todo, cazador de demonios. Sabe que has deseado el poder toda tu vida. ¡Ahora lo tienes al alcance de tu mano!

Entonces esgrimió un puño cerrado enguantado frente a los ojos vendados de Illidan y, tal y como esperaba, el elfo de la noche giró la cabeza en respuesta a ese gesto.

—Tómalo y tus enemigos estarán acabados —añadió el caballero de la muerte.

Illidan levantó la cabeza despacio y volvió su rostro hacia Arthas. Aquel ciego que podía ver tan claramente resultaba muy inquietante. El elfo dio un paso hacia atrás, asintiendo con la cabeza pensativo. Sin mediar palabra, Arthas obligó a Invencible a voltear la cabeza y se alejó al galope.

Kel'Thuzad lo llevaría de vuelta al punto de partida muy pronto. Todo había discurrido tal y como el Rey Exánime había planeado. Solo esperaba que Illidan fuera tan obediente como creía. De lo contrario, podían complicarse mucho las cosas.

* * *

Ya no pertenecía al mundo de los vivos. Tampoco podía desobedecer las órdenes de aquel que la había hecho renacer gritando de agonía.

Sylvanas Brisaveloz poseía una voluntad férrea. En cierto modo, Arthas no había conseguido doblegar del todo su voluntad. Lo había logrado con otros. ¿Por qué ella era la única que, al parecer, no se había derrumbado por completo ante su poder? ¿Se debía a su fuerza de voluntad, o solo conservaba parte de su libre albedrío porque, de manera inconsciente, le gustaba atormentarla? El alma en pena que era ahora probablemente nunca conocería la respuesta a esa pregunta. Pero si seguía conservando parte de su voluntad solo porque a Arthas le parecía divertido, tenía muy claro que ella sería la última en reír.

Se había prometido a sí misma que eso sería así y Sylvanas siempre mantenía sus promesas.

Había pasado cierto tiempo en el mundo de los vivos desde que Arthas Menethil y la Plaga habían asolado su amada patria. Y habían ocurrido muchas cosas desde entonces.

Su amo se negaba a que lo utilizasen como un mero peón. Se había aliado con ese arrogante saco de huesos flotantes que respondía al nombre de Kel'Thuzad (el culpable de que la gloriosa Fuente del Sol hubiera sido corrompida) para conspirar contra el Señor del Terror Tichondrius y el señor demoníaco Archimonde, a quien Kel'Thuzad había ayudado a llegar a Azeroth. Sylvanas había observado con gran atención a Arthas; todo aquello que le revelara cómo pensaba y cómo luchaba despertaba su interés.

No había tratado de matar a Tichondrius con sus propias manos, como había hecho con Mal'Ganis. Claro que no. El taimado príncipe que una vez fue humano había manipulado a otro para que hiciera el trabajo sucio por él. Illidan era el nombre del desafortunado. Arthas se las había ingeniado para manipular a Illidan gracias a su tremenda ansia de poder, de tal modo que lo había incitado a robar la Calavera de Gul'dan, un legendario brujo orco. Pero para poder hacerlo, Illidan tendría que matar antes a Tichondrius. Arthas se libraría así del señor demoníaco y el elfo de la noche se vería recompensado con un artefacto que saciaría su sed de poder. Presumiblemente, todo había salido según lo previsto, puesto que ni Arthas ni, por tanto, tampoco Sylvanas, habían sabido nada de Illidan desde entonces.

En cuanto a Archimonde… Si bien era tan poderoso que había sido capaz de devastar Dalaran, la gran ciudad de los magos, invocando un solo encantamiento, había

sucumbido ante el poder de la vida que pretendía aniquilar. Sylvanas, ahora, odiaba a los vivos con la misma pasión que la Legión, por eso recibió la noticia de su fatal destino con sentimientos encontrados. Los elfos de la noche habían sacrificado su inmortalidad para vencerlo. El poder puro y concentrado de la naturaleza destruyó el demonio desde dentro y, acto seguido, el Árbol del Mundo desató todo su poder en un cataclismo cuya inconmensurable onda expansiva se sintió por doquier. Al ser derrotado Archimonde, de quien solo quedó el esqueleto, los planes de la Legión de entrar y establecerse en este mundo no pudieron llevarse a cabo.

Sylvanas se despertó de su ensimismamiento y regresó al presente al escuchar el nombre de aquel señor demoníaco que tan mal había acabado y al que no añoraba demasiado.

—Hace meses que no sabemos nada de Lord Archimonde —afirmó Detheroc, su líder, golpeando con una pezuña en el suelo en señal de impaciencia—. ¡Me estoy cansando de cuidar de estos putrefactos no-muertos! ¿Qué estamos haciendo aquí?

Se encontraban en lo que antes habían sido los jardines del palacio, donde Arthas, tiempo atrás, había asesinado a su propio padre no hacía tanto tiempo, aunque parecía una eternidad, y había azotado con el flagelo de la peste no-muerta a su propio pueblo. Los jardines también estaban en pleno proceso de putrefacción, al igual que los moradores de aquella región.

—Nos ha sido encomendada la misión de supervisar esta tierra, Detheroc —le reprendió un tal Balnazzar—. Nuestro deber es permanecer aquí y asegurarnos de que la Plaga está lista para entrar en acción.

—Cierto —corroboró estruendosamente un tercero llamado Varimathras—. Aunque deberíamos haber recibido algún tipo de órdenes a estas alturas.

Sylvanas no podía creer lo que acababa de oír. Se volvió hacia Kel'Thuzad, a quien despreciaba tanto como al caballero de la muerte, al que parecía servir de buena gana; no obstante, disimuló como pudo su animadversión.

—La Legión fue derrotada hace meses —comentó en voz baja—. ¿Cómo es posible que no lo sepan?

—Imposible saberlo —respondió el exánime—. Pero cuanto más tiempo permanezcan al mando, más provocarán la extenuación de la Plaga. Si algo no…

Dejó de hablar al verse interrumpido por un sonido que Sylvanas nunca habría esperado oír en ese lugar: el sonido peculiar de una puerta al ser destrozada y rota. Los dos no-muertos se volvieron al escuchar aquel ruido y los demonios rugieron con rabia, instantáneamente alertas, desplegando sus negras alas.

Los ojos brillantes y espectrales de Sylvanas se abrieron por la sorpresa al comprobar que Arthas era quien atravesaba la puerta. Su caballo no-muerto lo acompañaba

haciendo cabriolas. Al no llevar yelmo, su pelo blanco caía suelto sobre su rostro pálido, que mostraba una sonrisa de satisfacción.

Sylvanas lo despreciaba tanto. Intentó apretar unos puños incorpóreos, pero era tal su control sobre ella que apenas pudo doblar los dedos.

La voz de Arthas sonó con fuerza y júbilo.

—Saludos, señores del terror.

Se miraron, visiblemente molestos por su insolencia.

—Debería darles las gracias por cuidar de mi reino en mi ausencia. Sin embargo, a partir de ahora no necesitaré sus servicios.

Se quedaron boquiabiertos un segundo. Al final, Balnazzar se recuperó de la sorpresa y replicó:

—Esta tierra es nuestra. ¡La Plaga pertenece a la Legión!

Ha llegado el momento, pensó Sylvanas.

La sonrisa de Arthas se ensanchó y contestó alegremente:

—Ya no, demonio. Sus señores han sido derrotados. La Legión se ha disuelto. Sus muertes completarán el círculo.

Sin dejar de sonreír, levantó a la Agonía de Escarcha. Las runas bailaron y brillaron a lo largo de la hoja. Tiró de las riendas y el caballo esquelético se abalanzó sobre aquel grupo de tres demonios.

—¡Esto no acaba aquí, humano! —gritó desafiante Detheroc.

Los señores del terror fueron más rápidos que el corcel de Arthas. La Agonía de Escarcha gemía presa de la frustración al hendir solo aire. Los demonios se habían creado un portal por el cual desaparecieron. Arthas frunció el ceño, pero gracias a su buen humor lo olvidó enseguida. Sylvanas se dio cuenta de que, a pesar de que habían huido, su muerte probablemente solo sería cuestión de tiempo.

Arthas alzó la vista para indicar a Sylvanas que se acercara. Se vio obligada a obedecer. Kel'Thuzad no necesitaba ninguna coacción, flotaba feliz al lado de su maestro como un perrillo faldero.

—¡Sabíamos que volverías a nosotros, príncipe Arthas! —exclamó entusiasmado el exánime.

Arthas apenas se dignó mirar a su fiel siervo. No apartaba la vista de Sylvanas.

—Me siento conmovido —dijo con sarcasmo—. ¿Tú también sabías que volvería, mi pequeña alma en pena?

—Sí —respondió Sylvanas con frialdad.

Era cierto, tenía que volver, porque si no, nunca tendría la oportunidad de vengarse. Arthas movió levemente un dedo, exigiendo una respuesta más larga, y dejándola sin aliento cuando el dolor la sacudió.

—Príncipe Arthas… —agregó el alma en pena.

—No; habrás de dirigirte a mí como a un rey. Después de todo, esta es mi tierra. Nací para gobernar y lo haré en cuanto…

Se detuvo, e inhaló aire profundamente. Abrió los ojos, con la cara desfigurada por el dolor. Se inclinó sobre el cuello óseo de su caballo, apretando con fuerza las riendas con una mano enguantada. Profirió un terrible grito de agonía.

Mientras Sylvanas observaba la escena, experimentó el mayor placer que había conocido desde aquel fatídico día en que cayó Quel'Thalas. Bebió su dolor como si fuera néctar. No tenía idea de por qué él estaba sufriendo así, pero la banshee saboreó cada segundo de su agonía.

Arthas gruñó y levantó la cabeza. Sus ojos miraban algo que Sylvanas no podía ver, y extendió una mano implorante hacia ella.

—El dolor… es insoportable —masculló Arthas con los dientes apretados—. ¿Qué me está ocurriendo?

Al instante dio la impresión de que estaba escuchando algo, como si una voz desconocida le respondiera.

—¡Rey Arthas! —exclamó Kel'Thuzad—. ¿Necesitas ayuda?

Arthas no contestó de inmediato. Estaba sin aliento. Se incorporó despacio, intentando recobrar la compostura.

—No… no; el dolor ha pasado, pero… mis poderes… han disminuido —afirmó perplejo.

Si Sylvanas aún hubiera poseído un corazón, este habría latido desbocado al oír las siguientes palabras:

—Aquí hay algo que va muy mal.

El dolor se apoderó de él de nuevo. Sufrió un espasmo, echó la cabeza hacia atrás, profiriendo con la boca abierta un grito mudo de dolor; las venas del cuello se le habían hinchado de un modo grotesco. Kel'Thuzad revoloteaba alrededor de su adorado maestro como una quisquillosa niñera. Sylvanas se limitó a observar a Arthas con frialdad hasta que el espasmo remitió. Poco a poco, con cuidado, bajó de Invencible. Sus botas hollaron las losas, se resbaló y cayó sobre el suelo con fuerza.

El exánime extendió una mano esquelética para ayudar al príncipe (no; al rey), que se hallaba a sus pies.

—Llevadme a mis antiguos aposentos —pidió Arthas entre jadeos—. Necesito descansar. Me espera un largo viaje.

Sylvanas observó cómo se alejaba tambaleándose en dirección a las habitaciones en que había crecido. Una sonrisa se dibujó en los espectrales labios del alma en pena…

… pudo mover levemente los dedos de las manos un momento y, a continuación, los dobló del todo para cerrarlos en un puño.

* * *

El Bosque de Argénteos estaba extrañamente tranquilo. Unas tenues neblinas se arremolinaban cerca de la tierra húmeda cubierta de pinos. Sylvanas sabía que, si hubiera tenido unos pies corpóreos, habría sentido la tierra suave y mullida, habría inhalado el intenso aroma del aire húmedo. Pero no sentía nada, ni olía nada. Flotaba, sin cuerpo, hacia el lugar de reunión. Y era tal su impaciencia por llegar, que en ese momento no se arrepintió de carecer de sentidos.

Arthas disfrutaba transformando a las hermosas y orgullosas mujeres quel'dorei, de carácter fuerte, en almas en pena, en vista del éxito que había tenido con Sylvanas. Le había otorgado a ella, que había sido su general en la vida, el mando de las almas en pena, como si se tratara de un perro fiel y le estuviera dando un hueso. En breve iba a comprobar lo fiel que era aquella mascota. Después de oír la conversación que habían mantenido los señores del terror, había enviado a una de sus almas en pena a hablar con ellos con objeto de recabar información.

Los demonios habían recibido a su emisaria con sumo gusto y habían pedido a su señora que se reuniera con ellos esa noche para discutir un asunto «que les beneficiaría tanto a ellos como a la Reina alma en pena».

En las profundidades del bosque, Sylvanas vislumbró un tenue resplandor verde y fue flotando hacia él. Tal y como le habían prometido, tres grandes demonios la esperaban batiendo sus alas, un gesto que revelaba su nerviosismo.

Balnazzar habló primero.

—Lady Sylvanas, nos alegramos de que hayas venido.

—Tenía que hacerlo —respondió el alma en pena—. Por algún motivo, he dejado de oir la voz del Rey Exánime en mi cabeza. He recuperado mi propia voluntad.

Esa voluntad mantenía a raya su euforia. No quería mostrar sus sentimientos ante ellos.

—Ustedes, señores del terror, parecen saber por qué.

Intercambiaron miradas y esbozaron unas sonrisas.

—Hemos descubierto que el Rey Exánime está perdiendo poder —repuso Varimathras con un tono de alegría infernal—. A medida que este mengua, lo hace también su habilidad para controlar a no-muertos como tú.

Era una buena noticia, si efectivamente era cierta. Pero aquella información le resultó poco precisa a Sylvanas.

—¿Y el rey Arthas? —insistió con cierto desdén en su voz al mencionar el título real del caballero de la muerte—. ¿Qué ocurre con sus poderes?

Balnazzar agitó una mano de negras garras con sumo desprecio.

—Dejará de incordiarnos, como un mosquito al que le ha llegado la hora. Aunque su espada rúnica, la Agonía de Escarcha, posee poderosos encantamientos, los poderes del propio Arthas desaparecerán con el tiempo. Es inevitable.

Sylvanas no estaba tan segura. Ella también había subestimado a Arthas; en su corazón no solo albergaba el frío odio que sentía por él sino también la culpa por el papel que había desempeñado en aquella sangrienta victoria.

—Tienen intención de derrocarlo y quieren mi ayuda para hacerlo —dijo el alma en pena sin rodeos.

Detheroc, que era quien parecía estar al cargo, había permanecido en silencio mientras sus hermanos hablaban con Sylvanas. Se había enfadado y acalorado, pero su expresión se había mantenido neutral. Cuando por fin se pronunció, lo hizo con un tono frío henchido de odio.

—La Legión puede ser derrotada, pero nosotros somos los nathrezim. No permitiremos que un humano advenedizo se lleve el botín.

Hizo una pausa, mirando al resto uno a uno.

—Arthas debe morir —declaró.

El verde brillante de su mirada se posó sobre Sylvanas.

—Nos has estudiado, pequeño fantasma, pero nosotros también los hemos estado observando a ustedes. Es evidente que esa sanguijuela de Kel'Thuzad es demasiado leal para traicionar a su señor. Parece que se profesan… mutuo afecto —afirmó, conformando una sonrisa maliciosa con sus labios grises—. Pero tú, por tu parte…

—Lo odio —le interrumpió el alma en pena, incapaz ya de ocultar ese sentimiento por mucho que quisiera, puesto que la aversión ardía ferozmente en su interior—. Muchas cosas nos unen, Señor del Terror. Tengo mis propios motivos para buscar venganza. Arthas asesinó a mi gente y a mí me convirtió en esta… monstruosidad.

Se detuvo un momento. El rencor que le profesaba a Arthas por lo que este le había hecho era tan intenso que se quedó sin habla. Los señores del terror esperaron pacientes, con aire de suficiencia, a que se recuperara.

Si pensaban que podían utilizarla, se equivocaban.

—Quizá tome parte en su sangriento golpe de Estado, pero lo haré a mi manera —anunció el alma en pena.

Antes de aliarse con ellos, debían saber que no podrían jugar con ella.

—No voy a cambiar un amo por otro. Si quieren mi ayuda, esas son mis condiciones.

Detheroc sonrió.

—Entonces, todos los aquí presentes destruiremos juntos al caballero de la muerte.

Sylvanas asintió con la cabeza y una lenta sonrisa se deslizó por su cara espectral.

Tiene los días contados, rey Arthas Menethil. Y yo… yo soy su reloj de arena, pensó el alma en pena.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

Arthas se acarició la sien, repasando una y otra vez las visiones que había tenido. Antes, siempre se había comunicado con el Rey Exánime a través de la Agonía de Escarcha. Pero en el mismo instante en que aquel dolor paralizante le golpeó, Arthas había visto por primera vez al ser al que servía.

El Rey Exánime estaba solo, en medio de una vasta caverna, tal y como la Agonía de Escarcha había estado aprisionada en el hielo antinatural. Pero este no cubría como debiera la forma del rey. El hielo que lo encerraba se había fracturado, como si alguien lo hubiera hecho añicos y hubiera dejado los restos mellados allí. El Rey Exánime se hallaba oculto bajo las sombras del hielo, que no dejaban vislumbrarlo bien, pero su voz perforó la mente del caballero de la muerte mientras gritaba, presa de un agónico tormento:

«¡El peligro se acerca al Trono Helado! La energía está decayendo. Nos quedamos sin tiempo… ¡Tienes que volver a Rasganorte de inmediato!». Entonces, Arthas sintió como si una lanza le atravesara los intestinos: «¡Obedece!».

Cada vez que esto sucedía, Arthas se notaba mareado y enfermo. El poder que había bombeado a través de él como la adrenalina cuando era un mero humano lo abandonaba, llevándose consigo más de lo que le había dado originalmente. Se sentía débil y vulnerable, algo que nunca hubiera imaginado que ocurriría la primera vez que aferró la Agonía de Escarcha en sus manos y dio la espalda a todo aquello en lo que había creído hasta entonces. Su rostro estaba grasiento por culpa del sudor. Cabalgaba montado como podía sobre Invencible para reunirse con Kel'Thuzad.

El exánime lo estaba esperando, flotando en el aire, con sus ropas ondeando y un aspecto general que reflejaba preocupación.

—¿Así que los ataques están empeorando? —preguntó Kel'Thuzad.

Arthas vaciló. ¿Podía confiar en el exánime? ¿Intentaría arrebatarle el poder? *No*, se dijo. El antiguo nigromante nunca le había fallado. Siempre había sido leal al Rey Exánime y a Arthas.

El rey movió afirmativamente la cabeza. Y se sintió como si la cabeza se le fuera a salir de los hombros por culpa de aquel gesto.

—Sí. Con mis poderes agotados, a duras penas puedo comandar a mis propios guerreros. El Rey Exánime me advirtió que si no llegaba pronto a Rasganorte podría perderse todo. Tenemos que partir hacia allá de inmediato.

Parecía imposible que unas cuencas vacías en llamas pudieran transmitir sensación de preocupación, pero Kel'Thuzad lo logró.

—Por supuesto, majestad. Nunca te he abandonado, ni te abandonaré. Saldremos tan pronto como estimes que…

—Ha habido un cambio de planes, rey Arthas. No vas a ninguna parte —se oyó decir a alguien desconocido.

Aquello era la prueba fehaciente de que sus poderes se debilitaban tanto que ni siquiera había percibido la presencia de sus enemigos. Arthas contempló, sumamente sorprendido, cómo los tres señores del terror le rodeaban.

—¡Asesinos! —gritó Kel'Thuzad—. ¡Es una trampa! Defiendan a su rey de…

Pero el ruido que hizo una puerta al cerrarse de un golpe ahogó la llamada de auxilio del exánime. Arthas señaló a la Agonía de Escarcha. Desde la primera vez que la había tocado, se había unido a aquella espada, que ahora parecía muy pesada y casi sin vida en sus manos. Las runas de su hoja apenas brillaban, y parecía más un trozo de metal inerte que el arma equilibrada y hermosa que había sido siempre.

Los no-muertos se abalanzaron sobre él y, por un momento, Arthas se vio catapultado en el tiempo hasta su primer encuentro con los no-muertos. Se encontraba de nuevo de pie ante aquella pequeña granja; el hedor de la podredumbre le resultaba insoportable y estaba paralizado por el horror al ver que esas cosas que debían estar muertas lo atacaban. Hacía tiempo que había superado el horror y la repugnancia que en su momento podía haberle provocado la existencia de aquellos engendros; es más, casi había llegado a pensar en ellos con afecto. Eran sus súbditos; les había purgado la vida para que pudieran servir a mayor gloria del Rey Exánime. Lo que más le irritaba no era que se movieran y lucharan ajenos a su voluntad, sino que lucharan contra él. Se hallaban bajo el control absoluto de los señores del terror. Muy a su pesar, se resistió con las fuerzas que aún poseía, y lo invadió una extraña y desagradable sensación.

Nunca había esperado que él se volviera en su contra.

En el fragor de la refriega, Arthas escuchó la voz de Balnazzar, que se burlaba de él con regocijo.

—No deberías haber regresado, humano. Debilitado como estás, nos hemos hecho con el control de la mayoría de tus guerreros. Parece que tu reinado ha sido bastante efímero, rey Arthas.

El caballero de la muerte apretó los dientes y sacó fuerzas de flaqueza, aunando así más ganas de luchar. No estaba dispuesto a morir ahí.

Pero eran tantos… Antaño los había dirigido y controlado casi sin esfuerzo, pero ahora se abalanzaban implacables contra él. Sabía que carecían de mente, que solo obedecían al más fuerte. Sin embargo, de alguna manera… aquello le dolía, porque él era su *creador*…

Se sentía cada vez más débil y llegó un momento en que ni siquiera fue capaz de bloquear un golpe que iba dirigido a su cintura. El sordo impacto de la espada hizo estremecerse a su armadura y, si bien no sufrió ninguna herida grave, le alarmó el hecho de que el necrófago hubiera logrado superar sus defensas.

—¡Son demasiados, mi rey! —exclamó Kel'Thuzad con su sepulcral voz, que desprendía tal lealtad que provocó que unas lágrimas se asomaran a los ojos de Arthas de forma inesperada—. ¡Huye! ¡Escapa de la ciudad! Yo encontraré la forma de salir y reunirme contigo en el bosque. ¡No te queda más remedio, mi señor!

Sabía que aquel exánime tenía razón. Con un grito, Arthas desmontó torpemente de su corcel. Un gesto de su mano bastó para convertir a Invencible en un ser incorpóreo, un caballo espectral en lugar de una montura esquelética y, al instante, desapareció. Arthas volvería a invocarlo cuando estuviera a salvo. Acto seguido cargó contra el enemigo aferrándose a la debilitada Agonía de Escarcha con ambas manos y hacía a la hojarruna volar de acá para allá, ya que no intentaba matar ni herir a sus rivales (que eran innumerables), sino simplemente despejar el camino. Las puertas estaban cerradas, pero era el palacio donde él había crecido hasta hacerse un hombre y lo conocía como la palma de su mano. Conocía cada puerta, cada pared, cada pasadizo oculto. En vez de dirigirse a las puertas, que no podría franquear él solo, se encaminó a las entrañas del palacio. Los no-muertos lo siguieron. Arthas corría por unos pasillos que habían sido las habitaciones privadas de la familia real, y que una vez había atravesado con Jaina agarrada de la mano. Entonces se tambaleó y su mente hizo lo mismo.

¿Cómo había llegado a esta situación? ¿A tener que huir por un palacio vacío de sus propias creaciones, sus súbditos, a quienes había prometido proteger?

Pero no… los había matado. Traicionó a sus súbditos a cambio de obtener el poder que le ofrecía el Rey Exánime. Un poder que se le escapaba como si se tratase de la sangre que manaba de una herida que no pudiera cerrarse.

Padre… Jaina…

Desterró de su mente aquellos recuerdos. No eran más que distracciones inútiles. Solo la velocidad y la astucia podrían sacarle del apuro.

Los estrechos pasillos limitaban el número de no-muertos que podían seguirlo; además, cada vez que cruzaba una puerta, la trancaba con cerrojo para retrasarlos más.

Finalmente, llegó a su habitación y al pasadizo secreto oculto en la pared. Él, sus padres y Calia… cada uno tenía el suyo, que solo ellos, Uther y el obispo conocían. Todos estaban muertos salvo él. Arthas apartó un tapiz que ocultaba una pequeña puerta, que cerró a cal y canto tras cruzarla.

Corrió y bajó a trompicones, debido a que se encontraba extremadamente débil, por la estrecha escalera que le conducía a la libertad. La puerta se había camuflado tanto por medios físicos como mágicos, de modo que era igual que los muros exteriores principales del palacio. Arthas, jadeando, forcejeó con el cerrojo y, medio cayéndose, salió al exterior al abrigo de la tenue luz de los Claros de Tirisfal. El fragor de la batalla llegó a sus oídos y alzó la vista, mientras recuperaba el aliento. Entonces parpadeó, desconcertado.

Los no-muertos… se estaban peleando entre sí.

Por supuesto, algunos de ellos todavía estaban bajo su mando. Seguían siendo sus súbditos…

No. Eran sus herramientas, sus armas, no sus súbditos.

Los observó un momento, apoyado contra la fría piedra. Una abominación controlada por sus enemigos decapitó a un no-muerto de grandes orejas y lanzó la cabeza lejos. Se estremeció asqueado al contemplar a ambos bandos de no-muertos. Unos seres putrefactos, infestados de gusanos, que caminaban con torpeza. Con independencia de quién los controlaba, eran horrendos. Captó un destello: se trataba de un fantasma un poco triste, que flotaba en el aire azorado, y que antaño había sido una adolescente. Antaño había estado viva. Arthas la había matado, directa o indirectamente. Había sido su *súbdita*. La muchacha aún parecía ligada al mundo de los vivos. Parecía recordar lo que significaba ser un humano. Él también podía utilizar ese recurso, también podía utilizarla. Le tendió la mano a ese engendro espectral que su ansia de poder había creado.

—He de recurrir a tus habilidades, fantasmita —le dijo, tratando de ser amable—. ¿Me ayudarás?

El rostro de la cría se iluminó y se acercó flotando a su lado.

—Solo vivo para servirte, rey Arthas —le contestó con una voz dulce a pesar de sonar hueca.

Arthas le devolvió una sonrisa forzada. Era más fácil cuando no eran más que un montón de carne podrida. Pero esto tenía sus ventajas, no cabe duda. Sirviéndose de toda su voluntad, convocó a más y más no-muertos; el esfuerzo le hacía respirar entrecortadamente. Vinieron dispuestos a servir al más fuerte. Con un rugido, Arthas descendió sobre aquellos que se atrevían a interponerse en el destino que tanto le había costado labrarse. Pero a pesar de que cada vez más no-muertos se sumaban a su bando, muchos más se pasaban al enemigo. Se sentía sumamente débil, y solo disponía de esos trozos de carne para protegerle. Temblaba y jadeaba mientras sostenía a la Agonía de

Escarcha con unos brazos cada vez más cansados. Entonces la tierra tembló y Arthas contempló cómo no menos de tres abominaciones colosales se dirigían hacia él.

Alzó a la Agonía de Escarcha con gesto lúgubre. Él, Arthas Menethil, rey de Lordaeron, no podía caer sin pelear.

De repente, algo se movió a gran velocidad, acompañado de unos gritos angustiosos. Al igual que los fantasmas de las aves, esos borrones difusos ascendían y descendían hostigando a las monstruosidades, que ya no se dirigían hacia Arthas sino que rugían y atacaban a las figuras espectrales, que de pronto parecían adentrarse en el interior de aquellas criaturas.

Esas cosas viscosas, blancas y agusanadas se detuvieron bruscamente, y, acto seguido, centraron su atención en los necrófagos vacilantes que estaban atacando a Arthas. En el rostro pálido del caballero de la muerte se dibujó una sonrisa. Eran las almas en pena. Pensaba que Sylvanas lo odiaba demasiado para acudir en su ayuda, o que, aún peor, como muchos de sus guerreros, se había convertido en un peón de sus enemigos. Pero, por lo visto, la antigua general ya no estaba enojada con él.

El sino de la batalla cambió gracias a la ayuda de las abominaciones poseídas por las almas en pena. Unos momentos después, Arthas trastabillaba, por culpa de una debilidad repentina, sobre un montón de cadáveres que estaban realmente muertos. Las abominaciones se enfrentaron entre sí y se despedazaron de manera macabra entre ellas. Arthas se preguntó si sus creadores serían capaces ahora de coser de nuevo lo que quedaba de ellas. A medida que iban cayendo, los espíritus que habían poseído huían libres.

—Les doy las gracias, señoras. Me alegro de ver que ustedes y su señora sigan siendo mis aliados.

Flotando en el aire, respondieron con unas voces suaves y evocadoras.

—De hecho, gran rey, nuestra señora nos envió a buscarte. Hemos venido para escoltarte a través del río. Una vez lo crucemos, nos refugiaremos en el bosque.

«El bosque». Kel'Thuzad había utilizado esas mismas palabras. Arthas se sintió aún más relajado. Evidentemente, su mano derecha sabía lo que hacía la izquierda. Levantó una mano y llamó, muy concentrado:

—¡Ven a mí, Invencible, a mí!

Al punto surgió un pequeño banco de niebla que giró hasta adquirir la forma de un caballo esquelético. Justo después, Invencible se materializó. Arthas observó complacido que aquello no le costó mucho esfuerzo; Invencible le quería. Era su única creación perfecta. El único muerto que nunca, jamás se volvería en su contra, o no más de lo que el gran animal había hecho en vida. Se montó sobre él con cuidado, haciendo todo lo posible para ocultar su debilidad a las almas en pena y los no-muertos.

—Llévenme con su señora y Kel'Thuzad. Los seguiré —les ordenó.

Eso hicieron. Se alejaron flotando de palacio para adentrarse en el corazón de los Claros de Tirisfal. Arthas se dio cuenta de pronto de que la ruta que estaban tomando pasaba cerca de la hacienda Balnir. Afortunadamente, las almas en pena torcieron hacia una zona de colinas y de allí fueron a campo abierto.

—Este es el lugar, hermanas. Descansaremos aquí, gran rey.

No había ninguna señal de Sylvanas ni de Kel'Thuzad. Arthas tiró de las riendas de Invencible, mirando a su alrededor. Y sintió una repentina sensación de temor.

—¿Por qué aquí? —exigió saber Arthas—. ¿Dónde está su señora?

El dolor apareció de nuevo y gimió, agarrándose el pecho.

Invencible se encabritó inquieto, y Arthas se aferró a él como pudo para salvar el pellejo. El claro de color gris y verde pálido se desvaneció para ser sustituido por el azul y blanco del Trono Helado, extrañamente roto. La voz del Rey Exánime perforaba su mente: Arthas soltó otro gemido.

—¡Has sido engañado! ¡Ven a mi lado ahora mismo! *¡Obedece!*

—¿Qué está… ocurriendo aquí? —masculló Arthas.

Parpadeó, para ver con claridad, y levantó la cabeza, gruñendo por el esfuerzo.

Alguien, armado con un arco, salió de detrás de los árboles. Por un instante pensó que había vuelto a Quel'Thalas y se enfrentaba de nuevo a los elfos.

Pero su cabello ya no era de color dorado sino negro como la medianoche, salpicado de vetas blancas. Tenía la piel pálida, con un cierto tinte azulado, y sus ojos plateados brillaban. Era Sylvanas y sin embargo no lo era. Esta Sylvanas no era un ser vivo ni era inmaterial. De alguna manera había conseguido liberar su cuerpo de donde él había ordenado guardarlo a buen recaudo: un ataúd de hierro que sería utilizado como tormento adicional en su contra. Pero se habían vuelto las tornas.

Mientras, acuciado por el dolor, se esforzaba por dar sentido a lo que estaba pasando, Sylvanas levantó su arco negro, colocó la flecha y apuntó. Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Te has metido hasta el cuello tú solito, Arthas.

Lanzó la flecha.

Le alcanzó en el hombro izquierdo, atravesando la armadura como si fuera tan frágil como el pergamino, añadiendo un nuevo tipo de agonía a su dolor. No lo entendía; creía que Sylvanas era una maestra del arco. No podía fallar un tiro mortal a esa distancia. ¿Por qué el hombro? Su mano derecha se alzó de forma automática, pero se encontró con que ni siquiera podía cerrar los dedos en torno a la empuñadura. Se le estaban entumeciendo; al igual que las piernas…

Se derrumbó sobre el cuello de Invencible, haciendo todo lo posible por aferrarse a su montura con unas extremidades que se volvían inútiles por momentos. Apenas podía girar la cabeza para mirarla y acusarla:

—¡Traidora! ¿Qué me has hecho?

Sylvanas sonreía. Estaba feliz. Se acercó a él poco a poco, con parsimonia. Llevaba la misma ropa que cuando la mató, que revelaba gran parte de su pálida piel de color azul. Curiosamente, su cuerpo no presentaba cicatrices fruto de las innumerables heridas que recibió ese día.

—Es una flecha especial envenenada especialmente para ti —aseveró mientras se le aproximaba. Se colocó el arco a la espalda y sacó una daga—. La parálisis que experimentas ahora es solo una parte de la agonía que me has causado a mí.

Arthas tragó saliva. Tenía la boca seca como la arena del desierto.

—Acaba conmigo entonces.

Sylvanas echó la cabeza hacia atrás y se rió de una manera hueca y fantasmal.

—Una muerte rápida… ¿como la que tú me diste a mí?

La alegría se desvaneció de su rostro tan rápidamente como había llegado y sus ojos brillaban de furia. Continuó acercándose hasta hallarse a solo un brazo de distancia. Invencible brincó presa de la incertidumbre y el corazón de Arthas casi se le sale del pecho del susto que se llevó porque estuvo a punto de caerse.

—Oh, no. Me has enseñado bien, Arthas Menethil. Tú me enseñaste que era una locura mostrar misericordia hacia los enemigos y un placer atormentarlos. Así que, maestro, voy a demostrarte lo bien que he aprendido la lección. Vas a sufrir como lo hice yo. Gracias a mi flecha, ni siquiera puedes correr.

Como parecía que los ojos eran lo único que Arthas podía mover observó impotente cómo levantaba el puñal.

—Recuerdos de mi parte al infierno, hijo de puta.

No, así no, paralizado e indefenso… Jaina…

De repente, Sylvanas se tambaleó hacia atrás, y la mano pálida que agarraba el puñal empezó a temblar y soltó el arma. La expresión de asombro en su cara era elocuente.

Un instante después, la fantasmita que había ayudado a Arthas se materializó, sonriendo feliz al pensar que había salvado a su rey. A quien era un placer servir.

—¡Atrás, insensatas! ¡No caerás hoy, mi rey!

¡Kel’Thuzad! Había venido tal y como había prometido; había dado con el lugar al que aquella alma en pena traidora había llevado a Arthas. Y no estaba solo. Más de una docena de no-muertos vivientes que lo acompañaban se abalanzaron sobre Sylvanas y sus almas en pena. La esperanza creció dentro de él, pero seguía paralizado, sin poder

moverse. Observó cómo la lucha estalló a su alrededor; en unos momentos fue obvio que Sylvanas tendría que retirarse.

Ella le lanzó una mirada iracunda.

—¡Esto no acaba aquí, Arthas! ¡Jamás dejaré de darte caza!

Arthas la miraba fijamente mientras se fundía con las sombras. Las últimas partes de su cuerpo que desaparecieron fueron sus ojos color carmesí. Al volatilizarse su señora, las almas en pena bajo el mando de Sylvanas se fueron. Kel'Thuzad se acercó presuroso a Arthas.

—¿Te ha lastimado, mi señor?

Arthas solo podía mirarlo; la parálisis se había extendido tanto que no podía ni mover los labios. Unas manos huesudas rodearon con una delicadeza sorprendente la flecha y tiraron de ella. Arthas reprimió un grito de dolor cuando esta salió. Su sangre roja estaba mezclada con una sustancia pegajosa de color negro, que Kel'Thuzad examinó cuidadosamente.

—Los efectos nocivos de su flecha desaparecerán con el tiempo. Parece que el veneno solo estaba destinado a inmovilizarte.

Por supuesto, pensó Arthas, *de lo contrario, no habría necesitado la daga*. Se sintió aliviado, y entonces el cansancio se apoderó de él.

Había estado muy cerca (demasiado) de morir. Si no fuera por la lealtad del exánime, la elfa se habría cobrado venganza. Intentó hablar de nuevo, y esta vez consiguió decir:

—Me… me has salvado.

Kel'Thuzad inclinó su cabeza coronada con cuernos.

—Me alegro de haber sido de ayuda, mi rey. Pero has de partir con suma celeridad a Rasganorte. Se han hecho todos los preparativos para tu viaje. ¿Qué quieres que haga en tu nombre?

Kel'Thuzad tenía razón. Arthas estaba empezando ahora a sentir cómo algo parecido a la vida regresaba a sus miembros, aunque aún no le permitiera moverse por sus propios medios.

—He de encontrar al Rey Exánime lo antes posible. Si me demoro más… no sé qué nos deparará el futuro, ni si regresaré siquiera, pero quiero que vigiles esta tierra. Asegúrate de que mi legado perdura.

Confió en el exánime no por afecto o lealtad, sino simplemente porque la cruda realidad le había demostrado que podía confiar en Kel'Thuzad, un engendro no-muerto, fiel al amo al que ambos servían. Los ojos de Arthas buscaron al pequeño fantasma, que seguía flotando, sonriente, a pocos metros, y luego se posaron en las caras estúpidas de los cuerpos en descomposición, que se tirarían por un precipicio si él se lo ordenara.

No eran más que carne muerta y espíritus desgarrados. No eran súbditos. Y nunca lo habían sido. No importaba lo que la sonrisa de aquella fantasmita dijera.

—Será un honor, mi señor. Haré lo que me pides, rey Arthas. Lo haré.

* * *

Ahora poseía un cuerpo, como el que tuvo en su día aunque modificado, como ella, que también había cambiado. Sylvanas caminaba con el paso ligero que había llevado en vida, y portaba la misma armadura. Pero no era lo mismo. Su existencia había sido alterada irrevocablemente para siempre.

—Pareces preocupada, señora.

Sylvanas despertó de su ensimismamiento y se volvió hacia aquella alma en pena, una de las muchas que flotaban a su lado. Ya no podía flotar en el aire con ellas, pero lo cierto es que prefería la pesadez, la solidez de la forma corporal que había recuperado para sí.

—¿Y tú no lo estás, hermana? —contestó con sequedad—. Hace apenas unos días éramos esclavas del Rey Exánime. Solo existíamos para matar en su nombre. Y ahora somos… libres.

—No lo entiendo, señora. —La voz de la alma en pena era hueca y confusa—. Nuestra voluntad dicta ahora nuestros actos. ¿No luchaste por eso? Pensaba que rebosarías alegría.

Sylvanas se echó a reír, consciente de que se acercaba peligrosamente a la histeria.

—¿Qué alegría cabe en esta maldición? Seguimos siendo no-muertos, hermana, somos monstruosidades.

Extendió una mano, examinó la piel gris azulada y se dio cuenta de que el frío se aferraba a ella como una segunda piel.

—¿Qué somos sino esclavas de este tormento?

Arthas le había arrebatado tanto que, aunque, llegado el caso, prolongase su muerte por un período de días… semanas… nunca podría hacerle sufrir lo bastante. Su muerte no resucitaría a los muertos, ni purgaría la Fuente del Sol, ni le devolvería la vida, ni su piel de melocotón, ni su pelo dorado. Pero sería… maravilloso.

Hacía varios días que Arthas se le había escapado. Su lacayo, el exánime, había llegado precisamente en el momento más inoportuno. Arthas se había ido a un lugar lejos de su alcance, con objeto de curarse. Y ella había sabido que había dejado a Kel'Thuzad al mando de estas tierras asoladas. Pero eso era bueno. Estaba muerta. Tenía todo el tiempo del mundo para planear una venganza exquisita.

Un movimiento captó su atención y se puso en pie, tensó el arco y apuntó, todo a un tiempo. El portal que giraba en el aire se abrió y Varimathras apareció, sonriendo con condescendencia ante ella.

—Saludos, Lady Sylvanas —dijo el demonio mientras hacía una reverencia. Sylvanas arqueó una ceja. No creía ni por asomo que fuera en serio.

—Mis hermanos y yo hemos apreciado tu papel en el derrocamiento de Arthas.

¿El papel que había desempeñado? Hablaba como si se tratara de una representación teatral.

—¿Derrocamiento? Supongo que se podría llamar así. Más bien se escabulló, eso seguro.

Aquel poderoso ser se encogió de hombros, con las alas ligeramente desplegadas.

—De cualquier manera, eso ya no nos preocupa. He venido a ofrecerte una invitación formal para unirte a nuestra nueva orden.

Una «nueva orden». *No sé qué tiene eso de nuevo,* pensó. *La misma esclavitud, pero con un amo distinto*. No le interesaba lo más mínimo.

—Varimathras —repuso con frialdad, sin hacer ninguna reverencia—, mi único interés era el de ver a Arthas muerto. Ya que fracasé en mi primer intento de cumplir ese cometido, quiero concentrar mis esfuerzos en que los próximos tengan éxito. No tengo tiempo para su insignificante política y su ansia de poder.

El demonio se agitó.

—Atenta, señora. Sería poco inteligente provocar nuestra cólera. Somos el futuro de estas… Tierras de la Peste. Puedes unirte a nosotros y gobernar o ser echada a un lado.

—¿Ustedes, el futuro? Kel'Thuzad no acompañó a su querido Arthas por una buena razón. Pero quizás un exánime renacido de la esencia misma de la Fuente del Sol no sea rival para seres tan poderosos como ustedes.

Su voz destilaba desprecio y el Señor del Terror frunció el ceño de un modo espantoso.

—He vivido suficiente tiempo como esclava.

Tiene gracia cómo se utiliza la palabra «vivir», a pesar de que uno esté muerto. Los viejos hábitos nunca mueren, o eso parece.

—He luchado con uñas y dientes para dejar de ser el engendro en que me convirtió esa rata. Soy dueña de mis actos y yo elijo mi destino. La Legión ha sido derrotada. Ustedes son sus últimos restos patéticos. Son una especie en extinción. No renunciaré a mi libertad encadenándome a ustedes, estúpidos.

—Así sea —siseó Varimathras. Estaba furioso—. Nuestra respuesta no tardará en llegar.

El demonio se teletransportó, con el rostro contraído en una mueca.

El sarcasmo de Sylvanas había hecho mella en él, que temblaba de indignación.

Sylvanas ni se inmutó. Sabía que se enfurecía con facilidad; además, fue él quien acudió a ella, pensando que no supondría una gran amenaza.

Iba a necesitar bastante más que un puñado de almas en pena para luchar contra Arthas.

Precisaría un ejército, una ciudad de los muertos… necesitaría Lordaeron.

Llamaría Renegados a las almas perdidas que, como ella, no respiraban, aunque aún poseían voluntad propia. Pero antes de eso precisaría más ayuda que la que pudieran aportar sus hermanas espectrales para luchar contra los tres hermanos demoníacos. También podía ser que solo fuese necesario enfrentarse a dos.

Sylvanas Brisaveloz volvió a pensar en Varimathras, en lo fácil que había resultado manipularlo.

Tal vez ese demonio podría serle útil…

Sí. Los Renegados encontrarían su sendero en este mundo… y ay de aquel que se interpusiera en su camino.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

Rasganorte. Arthas tenía la extraña sensación de estar volviendo a casa. A medida que la costa se hizo visible, Arthas recordó la primera vez que llegó a aquel lugar, con el corazón henchido de dolor por la traición de Jaina y Uther, y por lo que se había visto obligado a hacer en Stratholme. Habían pasado tantas cosas que parecía haber transcurrido una eternidad desde que, sediento de venganza, vino a este páramo de hielo con la intención de matar al señor demoníaco responsable de convertir a su pueblo en muertos vivientes. Ahora, Arthas controlaba a esos muertos y se había aliado con Kel'Thuzad.

Qué extraños giros e ironías tiene el destino.

La primera vez sintió el frío que reinaba en aquel lugar; esta vez, no. Tampoco lo notaban los hombres que le habían seguido lealmente hasta allí, pues el hecho de haber muerto les impedía percibir tales sensaciones. Solo los nigromantes humanos se abrigaban para protegerse del viento gélido que suspiraba y gemía, y de la nieve que comenzó a caer con suavidad mientras echaban anclas y desembarcaban.

Arthas se desplazó con rigidez del bote a la orilla. Si bien no sentía el frío que dominaba aquel reino helado, sus poderes y su cuerpo estaban muy debilitados. En cuanto puso pie en tierra, sintió la presencia del Rey Exánime. Ya no escuchaba su voz en su mente, ya no le hablaba a través de la Agonía de Escarcha, aunque el tenue resplandor de la hojarruna pareció intensificarse un poco. No; Arthas percibía la presencia de su amo ahí mismo, como nunca antes la había sentido. Eso no era lo único que sentía, ya que una desconcertante sensación de amenaza reinaba por doquier.

Se volvió para observar a aquellos seres que lo habían seguido hasta la orilla: necrófagos, espectros, fantasmas, abominaciones y nigromantes.

—¡Hemos de apresurarnos! —gritó—. Hay algo que amenaza al Rey Exánime. Tenemos que llegar a Corona de Hielo cuanto antes.

—¡Mi señor! —gritó uno de los nigromantes, señalando hacia un punto.

Arthas se giró y desenvainó a la Agonía de Escarcha.

A través del velo que conformaba la nieve, pudo ver unas siluetas de un color dorado y rojizo flotando en el aire. A medida que se acercaban, el caballero de la muerte fue entornando los ojos, presa de una mezcla de sorpresa e ira, al reconocer a aquellas criaturas y darse cuenta de quiénes debían de ser sus amos.

Se trataba de dracohalcones. Se quedó anonadado. Había exterminado a todos los altos elfos. ¿Acaso algunos de ellos habían sobrevivido y se habían reagrupado? En tal caso, ¿cómo era posible que supieran adónde se dirigía y estuvieran esperándole ahí para combatirle? Una sonrisa fue dibujándose lentamente en sus apuestas facciones y no pudo evitar sentir cierta admiración por ellos.

Los dracohalcones se aproximaron. Arthas alzó a la Agonía de escarcha a modo de saludo.

—He de admitir —dijo a voz en grito— que estoy sorprendido de encontrarme aquí con los quel'dorei. Creía que este frío le resultaba demasiado desagradable a una gente tan delicada.

—¡Príncipe Arthas! —Aquella llamada provenía de uno de los jinetes, cuya montura volaba por encima del caballero de la muerte. Con una voz clara, vibrante y potente, el jinete añadió—: Ante ti no tienes a los quel'dorei, sino a los sin'dorei, ¡los elfos de sangre! Hemos jurado vengar a los fantasmas de Quel'Thalas. ¡Limpiaremos esta tierra muerta! Esos engendros repugnantes que has creado descansarán en paz como es debido. Y tú, asesino, al fin recibirás tu justo castigo.

Al principio, le resultó divertido. Su enemigo era bastante numeroso y Arthas supuso que tal vez se hallaba ante los últimos miembros de una raza prácticamente extinta. ¿Habían venido hasta aquel páramo solo para cobrarse venganza? Pero su suficiencia enseguida se transformó en irritación. A pesar de encontrarse muy débil y fatigado, bramó, dejándose llevar por la ira:

—¡Rasganorte pertenece a la Plaga, a la que pronto te unirás, elfo! ¡Han cometido un terrible error viniendo aquí!

Más dracohalcones hicieron acto de presencia, acompañados de guardias forestales que avanzaban a pie. Las flechas surcaron el cielo, tantas como copos de nieve caían del cielo, acribillando a los no-muertos mientras estos cargaban contra el enemigo. Sin embargo, la mayoría no cayó; las flechas, siempre que no atravesaran alguna parte vital, no suponían ningún problema para ellos.

Arthas ni siquiera se molestó en montar a lomos de Invencible para abalanzarse sobre el enemigo. La Agonía de Escarcha estaba hambrienta; pareció recuperar fuerzas y energía, al igual que el propio caballero de la muerte, con cada una de las flamantes almas que consumía. En el fragor de la batalla, Arthas escuchó una voz profunda y gélida como la misma Rasganorte, que provenía de una colina que se alzaba sobre ellos.

—¡Adelante! ¡Por la Plaga! ¡Mátenlos en nombre de Ner'zhul! —vociferó el caballero de la muerte.

A pesar de todo cuanto había visto y hecho, Arthas sintió un gélido escalofrío al escuchar aquella voz fría como un hueso. Se arriesgó a alzar la vista fugazmente y abrió los ojos como platos, estupefacto ante lo que vio.

¡Eran nerubianos! Por supuesto, esta era su tierra natal. El corazón le dio un vuelco al verlos avanzar. Podía distinguir sus siluetas a través del velo que conformaba la nieve, así como la perturbadora y familiar velocidad con la que esos seres arácnidos se lanzaron sobre su presa. Arthas reconocía su mérito a los sin'dorei, que luchaban con valentía; sin embargo, la Plaga los superaba en número, y el caballero de la muerte pronto se vio rodeado de un mar de cadáveres vestidos de rojo y oro. Alzó una mano, y, uno por uno, los elfos muertos se estremecieron y se pusieron en pie tambaleándose, con la mirada vidriosa.

—He aquí más soldados al servicio de aquel a quien servimos —aseveró Arthas, cuya mirada se posó sobre el líder de los nerubianos.

El caballero de la muerte era mucho más grande que sus esbirros, entre los cuales destacaba mientras se desplazaban con una facilidad inaudita por aquel paisaje cubierto de nieve. Se movía entre ellos como el rey que era, con resolución y precisión.

Trató de encontrar algún rasgo familiar en ese ser tan increíblemente extraño; a los ojos de un humano, Anub'arak parecía un cruce entre un escarabajo y los otros nerubianos de aspecto más arácnido que comandaba. Arthas se percató de que había dado un paso hacia atrás sin darse cuenta, así que se obligó a no moverse ni un ápice de donde estaba mientras aquella criatura se aproximaba.

En cuanto ese engendro absolutamente terrorífico se plantó ante él, se alzó amenazante y lo miró con sus múltiples ojos. Entonces Arthas se dispuso a… saludar a su aliado y habló, procurando mantener la calma.

—Gracias por la ayuda, poderoso señor.

Aquella criatura ladeó la cabeza, y sus mandíbulas chasquearon levemente al hablar en ese tono grave y sepulcral que tanto inquietaba a Arthas.

—El Rey Exánime me ha enviado a ayudarte, caballero de la muerte. Soy Anub'arak, antiguo rey de Azjol-Nerub. ¿Dónde está el otro?

Acto seguido se irguió sobre sus patas traseras y miró a su alrededor buscando a alguien.

—¿Otro?

—Me refiero a Kel'Thuzad —aclaró Anub'arak con esa voz reverberante, una mezcla entre un silbido y un suspiro, que volvió a retumbar estruendosamente.

Se agachó y observó a Arthas con sus múltiples ojos.

—Lo conozco. Conocí y me presenté a Kel'Thuzad cuando vino a servir al Rey Exánime, como te saludo y me presento ante ti ahora.

Arthas se preguntó si Kel'Thuzad se habría sentido tan inquieto como él cuando conoció a este no-muerto, este rey arácnido de una antigua raza. *Seguro que sí*, se dijo. Cualquiera se sentiría así.

—Tu pueblo formó parte de nuestras filas la primera vez que atacamos a estos elfos y su aporte nos vino francamente bien —señaló el caballero de la muerte mientras contemplaba de nuevo a los sin'dorei caídos. Arthas se alegraba de que el «pueblo» de Anub'arak apoyara a su bando—. Y vuelvo a recibir su ayuda con sumo gusto. No obstante, no tenemos tiempo para andarnos con cortesías. Como el Rey Exánime te ha enviado, supongo que serás consciente de que se encuentra en peligro. Debemos llegar a Corona de Hielo cuanto antes.

—Efectivamente —replicó Anub'arak con su atronadora voz, tras lo cual meneó aquella cabeza temible y cambió de postura al tiempo que extendía dos de sus patas delanteras—. Reuniré al resto de mi gente y marcharemos juntos a proteger a nuestro señor.

La enorme criatura se alejó rodeada de su gran aura de autoridad, con objeto de convocar a sus obedientes súbditos, que corrieron hacia él ansiosos. Arthas reprimió un escalofrío y le propinó un ligero puntapié al cadáver de un elfo caído. Como lo habían descuartizado, estaba demasiado destrozado para ser útil.

—Estos elfos son patéticos. No me sorprende que destruyéramos su país con tal facilidad.

—Una pena que yo no estuviera ahí para detenerte. Ha pasado mucho tiempo, Arthas.

Aquella voz era melodiosa, suave y culta… y estaba cargada de odio. El caballero de la muerte se volvió en cuanto la reconoció; le sorprendía y a la vez le regocijaba encontrarse con su dueño en ese lugar. Qué giros inesperados e ironías nos depara el destino.

—Príncipe Kael'thas —repuso Arthas sonriendo.

El elfo permaneció a unos metros de distancia, mientras el fulgor del hechizo de teletransportación se desvanecía. Parecía no haber envejecido ni un ápice: tenía exactamente el mismo aspecto que Arthas recordaba. No, exactamente no. Sus ojos azules brillaban con el fuego de la ira contenida. No se trataba de la misma rabia que había visto dibujada en su semblante en su último encuentro, sino de una furia gélida cuyas raíces eran muy profundas. Y ya no vestía de púrpura y azul como los Kirin Tor, sino con los tonos carmesí tradicionales de su pueblo.

—Arthas Menethil —dijo el elfo, omitiendo su título de forma consciente. Era evidente que pretendía desairarlo, aunque Arthas no se sintió ofendido. Sabía muy bien qué título se merecía y, muy pronto, ese principito también lo sabría—. Siento ganas de escupir cada vez que pronuncio tu nombre, pero no merece la pena.

—¡Ah, Kael! —replicó Arthas sin dejar de sonreír—. Hasta tus insultos son innecesariamente enrevesados. Me alegra ver que no has cambiado, que sigues siendo tan inútil como siempre. Lo cual me lleva a preguntarme… ¿Por qué no estabas en Quel'Thalas cuando atacamos? ¿Te sientes satisfecho por haber permitido que otras personas murieran en tu nombre mientras disfrutabas de las comodidades y la seguridad de la Ciudadela Violeta? Por cierto, creo que no podrás volver a disfrutar del confort de la ciudad de los magos.

Kael'thas apretó los dientes con fuerza y entrecerró los ojos.

—Lo reconozco. Debería haber estado allí. Sin embargo, me hallaba en otro lugar tratando de ayudar a los seres humanos a luchar contra la Plaga; la Plaga con la que destruiste a tu propio pueblo. Tal vez a ti no te preocupen tus súbditos, pero a mí sí me importan los míos. He perdido tanto… demasiado, por culpa de los seres humanos. Ya solo lucho en nombre de los elfos, de los sin'dorei, los hijos de la sangre. Pagarás por lo que hiciste, Arthas. ¡Lo pagarás con creces!

—Casi estoy disfrutando de esta charla, ¿sabes? Ha pasado tiempo, ¿verdad? No te veo desde… —El caballero de la muerte dejó la frase inconclusa y se percató de que el príncipe elfo sufría un leve espasmo cerca del ojo.

Sí; Kael'thas lo recordaba. Recordaba haberse tropezado con Jaina y Arthas enzarzados en un apasionado beso. Aquel recuerdo también perturbó al caballero de la muerte fugazmente, de modo que el placer que sentía al infligir ese tormento a Kael'thas se vio atenuado.

—Sin embargo, he de decir que estoy bastante decepcionado con estos elfos que lideras. Esperaba que fueran un reto mayor. Tal vez maté a todos los que merecían la pena en Quel'Thalas — añadió Arthas.

Pero Kael no mordió el anzuelo.

—Lo que has afrontado no era más que un grupo de exploradores. No te preocupes, Arthas, pronto te verás ante un auténtico reto. Derrotar al ejército de Lord Illidan será mucho más difícil —afirmó el príncipe, esbozando una sonrisa con sus labios carnosos mientras el caballero de la muerte se sobresaltaba al escuchar aquel nombre.

—¿Illidan? ¿Él está tras esta invasión?

Maldita sea. Más me hubiera valido haber matado a Tichondrius yo mismo, en lugar de involucrar a los kaldorei en el plan. Sabía que Illidan era un ser ávido de poder,

pero nunca me imaginé que el elfo de la noche pudiera llegar a convertirse en una amenaza tan grande, pensó el caballero de la muerte.

—Exacto. Nuestras fuerzas son enormes, Arthas —le respondió. Esta vez, su voz sedosa estaba teñida de deleite. Aquella rata estaba saboreando el momento—. Ahora mismo están marchando hacia el glaciar de Corona de Hielo. No llegarás a tiempo para salvar a tu precioso Rey Exánime. Considéralo un pago por Quel'Thalas… y otras afrentas.

—¿Otras afrentas? —replicó Arthas con una sonrisa—. Tal vez debería darte detalles de esos otros insultos. ¿Quieres que te cuente qué sentía al estrecharla entre mis brazos, al paladear su sabor, al escucharla gritar mi…?

Entonces el dolor regresó con más intensidad que nunca.

Arthas cayó de rodillas. Y lo vio todo rojo. De nuevo contempló al Rey Exánime (o Ner'zhul, como recordaba que lo había llamado Anub'arak) atrapado en esa prisión de hielo.

—¡Apresúrate! —urgió el Rey Exánime—. ¡Mis enemigos se acercan! ¡Se nos está agotando el tiempo!

—¿Estás bien, caballero de la muerte?

Arthas parpadeó y, acto seguido, se encontró mirando a la cara (si se la podía llamar así) de Anub'arak. Una de las largas patas del arácnido estaba extendida hacia él; era su forma de ofrecerle ayuda para incorporarse. Dudó, pero se encontraba demasiado débil para ponerse en pie por sí solo. Armándose de valor, se agarró a aquella pata y se levantó. Era como un palo al tacto, estaba seca y parecía… momificada. Se soltó en cuanto pudo permanecer en pie por sí solo.

—Mis poderes se debilitan, pero estoy bien —contestó, al tiempo que tomaba aliento y miraba a su alrededor—. ¿Dónde está Kael'thas?

—Ha huido —respondió el arácnido con una voz fría como una piedra henchida de desagrado—. Empleó su magia para teletransportarse antes de que pudiéramos despedazarlo.

Una vez más, había recurrido a ese cobarde truco de mago de la teletransportación. Si los nigromantes de Arthas fueran capaces de hacer tal cosa, el Rey Exánime no correría ningún peligro. El caballero de la muerte recordó los otros cadáveres, y sabía que, sin duda alguna, ese habría sido el destino de Kael'thas si no hubiera recurrido a ese truco barato.

—Odio tener que reconocerlo, pero ese maldito elfo tenía razón —aseguró, mientras se volvía hacia su intimidante aliado—. Anub'arak… he tenido otra visión sobre el Rey Exánime: se enfrenta a un peligro inmediato. Illidan y Kael'thas se aproximan. ¡No llegarremos a tiempo al glaciar!

He fracasado…

Anub'arak no parecía en absoluto preocupado.

—Por tierra, tal vez no —reflexionó aquella criatura colosal—. Si bien es un viaje largo y arduo… no nos queda otra alternativa, caballero de la muerte. El antiguo reino de Azjol-Nerub, ahora en ruinas, se encuentra bajo nuestros pies. Durante muchos años goberné ese reino. Conozco sus caminos y pasadizos secretos. Aunque ha caído en tiempos oscuros, podría proporcionarnos un atajo directo hacia el glaciar.

Arthas alzó la vista. Si pudieran volar como un cuervo, no sería un viaje largo. Pero si tenían que atravesar el hielo y las montañas que se erguían ante ellos…

—¿Seguro que podemos llegar al glaciar a través de esos túneles? —inquirió.

—Nada es seguro, caballero de la muerte —contestó el nerubiano, y, por un momento, le dio la impresión de que estaba sonriendo—. Las ruinas serán peligrosas, pero merece la pena correr el riesgo.

Ha caído en tiempos oscuros. Una frase curiosa en labios de un antiguo señor arácnido muerto. Arthas se preguntó qué significaría eso.

Estaba a punto de averiguarlo.

Anub'arak y sus súbditos partieron hacia el norte, avanzando a buen ritmo. Arthas y sus seguidores de la Plaga los siguieron en cuanto dejaron el océano atrás. El sol se desplazó veloz en el cielo oscuro, hasta rozar el horizonte. Una larga noche se aproximaba. Sin detener la marcha, Arthas envió a algunos de sus guerreros a recoger todas las ramas de árboles y palos que pudieran; tendrían que quemar muchas antorchas para atravesar aquel peligroso reino subterráneo.

Después de varias horas de progresar muy lentamente (los no-muertos no podían sentir el frío, pero el viento y la nieve ralentizaban su paso), Arthas se dio cuenta de que, a pesar de las palabras irónicas de Anub'arak, una cosa era segura. Nunca habría llegado a tiempo de salvar al Rey Exánime (y, por tanto, salvarse a sí mismo) si hubiera realizado aquel viaje por la superficie. Al final, era el instinto de supervivencia lo que le impulsaba con tanta fuerza a seguir adelante. El Rey Exánime lo había encontrado en su día, lo había transformado en quien era. Le había concedido un gran poder. Arthas lo sabía y se sentía agradecido, pero aquello no tenía nada que ver con la lealtad, ni con que estuviera en deuda con el Rey Exánime. Si ese ser de poder excepcional era asesinado, sin duda alguna, Arthas sería el próximo en caer, y, como le había dicho a Uther en su momento, tenía intención de vivir eternamente.

Por fin, llegaron a las puertas que buscaban. Estaban tan cubiertas de hielo y nieve que Arthas no las reconoció de inmediato. Anub'arak se detuvo, se irguió y estiró dos de sus ocho patas para señalar lo que se encontraba delante de ellos.

Unas piedras curvas que recordaban a unas hoces (*o a las patas de un insecto*, se dijo Arthas) sobresalían y sus puntas se entrelazaban hasta formar una especie de túnel simbólico. Más adelante se podían distinguir las puertas. Había una araña gigante tallada

sobre ellas. Arthas esbozó un rictus de disgusto, pero entonces evocó las estatuas que poblaban Ventormenta. ¿Acaso aquella era distinta? Tras cruzar la entrada del «túnel» y las puertas, llegaron al corazón de lo que parecía ser un iceberg. Por un momento, solo por un momento, Arthas contempló la silenciosa y enorme figura de Anub'arak, pensó en cómo atrapan las arañas a las moscas, y se preguntó si estaría haciendo lo correcto.

—He aquí la entrada a un otrora poderoso y antiguo lugar —indicó Anub'arak—. Yo era su señor, y mis órdenes eran obedecidas sin ser jamás cuestionadas. Era fuerte y poderoso, y no me inclinaba ante nadie. Pero las cosas cambian. Ahora sirvo al Rey Exánime, y es mi deber defenderlo.

Arthas recordó brevemente lo indignado que se había sentido cuando surgió la peste, su ardiente necesidad de venganza… la mirada de su padre cuando la Agonía de Escarcha consumió su alma.

—Cierto. Las cosas cambian —musitó el caballero de la muerte—. Pero no hay tiempo para la nostalgia.

Se volvió a su nuevo y extraño aliado, sonrió fríamente y añadió:

—Descendamos.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

Arthas no sabía cuánto tiempo habían permanecido bajo la superficie congelada de Rasganorte, en el antiguo y letal reino nerubiano. Solo tenía dos cosas claras mientras caminaba hacia el exterior, hacia la luz, parpadeando como un murciélago al que obligaran a salir al sol. Una de ellas era que esperaba llegar a tiempo de proteger al Rey Exánime. La otra era que se sentía profundamente aliviado, hasta lo indecible, por poder salir de ese lugar.

No albergaba ninguna duda de que el reino nerubiano había sido antaño muy hermoso. Arthas no estaba muy seguro de qué se iba a encontrar en aquel reino, pero lo que no había esperado de ninguna manera era hallarse ante esos cautivadores e intensos colores azules y morados, ni con las intrincadas formas geométricas que distinguían en las diferentes salas y pasillos. Si bien estos aún conservaban su belleza, eran como una rosa disecada; algo que, si bien todavía era bello, estaba muerto. Mientras caminaba, percibió un olor extraño que lo impregnaba todo. No sabía de qué se trataba, ni siquiera era capaz de categorizarlo. Era acre y rancio a la vez, pero no desagradable, no para alguien acostumbrado a la compañía de muertos en descomposición.

Probablemente, esa fuera una ruta más corta, tal y como Anub'arak había prometido; no obstante, habían pagado un alto precio por cada paso que habían dado. Poco después de haber entrado, los habían atacado.

Una decena o más de seres arácnidos surgieron de la oscuridad, chillando de rabia mientras se abalanzaban sobre ellos. Anub'arak y sus soldados se enfrentaron a sus atacantes sin vacilar. Arthas titubeó una fracción de segundo; a continuación, se sumó a la batalla y ordenó a sus tropas hacer lo mismo. Las vastas cavernas se llenaron de los chillidos de los nerubianos, del lamento gutural de los no-muertos y de los gritos de agonía de los nigromantes que aún estaban vivos, mientras los nerubianos atacaban con gotitas de veneno. Unas telarañas espesas y pegajosas atraparon varios de los cadáveres más feroces, que quedaron indefensos a merced de unas poderosas mandíbulas que los decapitaron o de unas patas afiladas que los empalaron y les arrancaron las entrañas.

Anub'arak era una auténtica pesadilla hecha carne. Profirió un espantoso y cavernoso aullido en su gutural idioma nativo y se lanzó sobre sus antiguos súbditos con consecuencias devastadoras. Con las patas, que se movían independientemente unas de otras, agarró y empaló a sus desventuradas víctimas. Unas pinzas despiadadas las desmembraron. Y en todo momento, el aire viciado se vio rasgado por unos gritos que hicieron temblar y tragar saliva a alguien tan curtido en estas lides como Arthas.

La escaramuza fue muy violenta y tuvieron que pagar un alto precio por ella en forma de bajas, pero, al final, los nerubianos se perdieron entre las sombras de las que habían surgido. Dejaron atrás a varios heridos; las ocho patas de los desdichados arácnidos se estremecían de forma violenta y, acto seguido, se enroscaban sobre sí mismos y morían.

—¿Qué demonios era eso? —preguntó Arthas, jadeando a la vez que se giraba hacia Anub'arak—. Estos nerubianos pertenecen a tu estirpe. ¿Por qué se muestran hostiles?

—Muchos de los que cayeron durante la guerra de la Araña fueron traídos de vuelta de la muerte para servir al Rey Exánime —respondió Anub'arak mientras señalaba a uno de los cuerpos con una pata delantera—. Sin embargo, estos guerreros no murieron. Son unos necios que todavía luchan para liberar a Nerub de la Plaga.

Arthas observó a los nerubianos muertos.

—Unos necios, sí —murmuró, y, al instante, se llevó una mano al corazón—. Al morir, solo servirán a aquel contra quien luchaban en vida.

Cuando finalmente salieron de esos túneles bajo la tenue luz del mundo exterior, Arthas dio varias bocanadas a aquel aire frío y limpio; nuevos reclutas recién muertos habían engrosado las filas de su ejército.

Arthas tiró de las riendas para que Invencible se parara. El caballero de la muerte temblaba de un modo exagerado; solo quería permanecer inmóvil y respirar aire fresco un rato. El aire enseguida se corrompió por culpa del hedor de su putrefacto ejército. Anub'arak pasó junto a él y se detuvo un instante para observarlo de manera implacable.

—No hay tiempo para descansar, caballero de la muerte. El Rey Exánime nos necesita. Debemos cumplir con nuestro deber como siervos.

Arthas miró fugazmente al Señor de la cripta. Había algo en el tono de voz de aquel ser… ¿Resentimiento, quizá? ¿Acaso Anub'arak servía a su señor porque no le quedaba más remedio? ¿Traicionaría al Rey Exánime si se le presentara la oportunidad? Y, en concreto, ¿traicionaría a Arthas?

Los poderes del Rey Exánime se debilitaban cada vez más. Al igual que los de Arthas. Si menguaban demasiado…

El caballero de la muerte contempló la figura del Señor de la cripta mientras se alejaba, respiró hondo y lo siguió.

* * *

¿Cuánto tiempo caminaron entre la espesa nieve y los purificadores vientos? Arthas era incapaz de precisarlo. En un momento dado, casi perdió el conocimiento mientras cabalgaba, de lo débil que se encontraba.

Recuperó la consciencia con un sobresalto, aterrado por el vahído que había sufrido, y sacó fuerzas de flaqueza para aguantar como fuera. No podía fallar, ahora no.

Llegaron a la cima de una colina y Arthas divisó al fin el glaciar que ocupaba el centro del valle y el ejército que los aguardaba. Se animó al ver a tantos allí reunidos para luchar por él y el Rey Exánime. Anub'arak había dejado a muchos de sus guerreros en la retaguardia, y ahora ahí estaban, estoicos y listos. Sin embargo, más cerca del glaciar vio otras siluetas pululando. Estaba demasiado lejos para distinguirlos con claridad, pero intuía de quién debía de tratarse. Alzó la vista y se quedó boquiabierto.

El Rey Exánime se encontraba ahí, en las entrañas del glaciar. Atrapado en su prisión, tal y como aparecía en las visiones de Arthas. Cuando un nerubiano se acercó presuroso a Anub'arak y Arthas para informarles de la situación, el caballero de la muerte le escuchó sin prestarle demasiada atención.

—Han llegado justo a tiempo. Las fuerzas de Illidan han tomado posiciones en la base del glaciar y…

Arthas gritó; un dolor, mucho peor que el que había sentido hasta entonces, se apoderó de él. Una vez más, su mundo se volvió del color de la sangre al tiempo que la agonía lo arrasaba por dentro. Al hallarse ahora tan cerca del Rey Exánime, el tormento que compartía con esa poderosa entidad se veía centuplicado.

—Arthas, mi campeón. Por fin has llegado.

—Amo —susurró Arthas con los ojos cerrados, a la vez que se presionaba ambas sienes con los dedos—. Sí, ya he llegado. Aquí estoy.

—Hay una fractura en mi prisión, el Trono Helado, y mis energías están derramándose por ella —siguió hablando el Rey Exánime—. Por eso tus poderes han disminuido.

—Pero ¿cómo…? —preguntó el caballero de la muerte.

¿Acaso alguien lo había atacado? No aparecía ningún enemigo en la visión de Arthas, y estaba seguro de que había llegado a tiempo…

—La hojarruna Agonía de Escarcha antes estaba encerrada dentro del Trono. La extraje del hielo para que encontrara su camino hacia ti… y te condujera a mí.

—Y así lo ha hecho —musitó Arthas.

Como el Rey Exánime se encontraba atrapado en el hielo y no podía moverse, tuvo que hacer acopio de una gran voluntad para hacer que la gran espada atravesara el hielo y,

así, enviársela a Arthas. En ese momento recordó el hielo donde había hallado encerrada la Agonía de Escarcha; recordó que tenía los bordes mellados, como si se hubiera desprendido de un trozo más grande de hielo. Aquel poder tan vasto… había buscado en todo momento atraer a Arthas a ese lugar. Paso a paso, había conducido a Arthas hasta ahí. Lo había dirigido. Controlado…

—Debes darte prisa, mi adalid. Mi creador, el Señor demoníaco Kil'jaeden, ha enviado a sus agentes para destruirme. Si alcanzan el Trono Helado antes que tú, estaremos perdidos. La Plaga se deshará. ¡Date prisa! Te concederé todo el poder que pueda reunir.

Una frialdad repentina comenzó a adueñarse de Arthas, aplacando aquel dolor tremendo y rabioso, calmando sus pensamientos. Esa energía era tan vasta, tan embriagadora. Arthas nunca había experimentado semejante poder. Así que esa era la razón por la cual había sido guiado hasta ahí. Para apurar ese cáliz de gélido líquido, para hacerse con las glaciales fuerzas del Rey Exánime. Abrió los ojos y comprobó que volvía a ver con claridad. Las runas de la Agonía de Escarcha brillaron de nuevo con gran intensidad, y una neblina helada surgía de ella y ascendía hacia el cielo. Arthas sonrió con fiereza, aferró la espada y la levantó en alto. Cuando habló, su voz clara y sonora viajaba con suma facilidad por el aire seco y frío.

—He tenido otra visión del Rey Exánime. ¡Ha restaurado mis poderes! Ahora sé lo que tengo que hacer —afirmó, mientras señalaba con Agonía de escarcha a aquellas figuras diminutas que se divisaban en lontananza—. Illidan ya se ha burlado bastante de la Plaga. Intenta acceder a la cámara del trono del Rey Exánime. Fracasará. Ha llegado la hora de infundirle de nuevo el miedo a la muerte. Ha llegado la hora de poner fin al juego… de una vez.

Lanzó un grito desafiante y feroz, al tiempo que agitaba por encima de la cabeza la hojarruna, que se estremeció ansiosa por devorar más almas.

—¡Por el Rey Exánime! —rugió Arthas, y, a continuación, corrió al encuentro de sus enemigos.

Se sentía como un dios al blandir a la Agonía de Escarcha como si nada. Cada alma que engullía lo fortalecía. Por mucho que las flechas de los elfos de sangre llovieran sobre ellos, estos caían como el trigo ante la guadaña. En un momento dado, Arthas recorrió con la mirada el campo de batalla. ¿Dónde estaba aquel al que tenía que matar? Aún no había detectado ni rastro de Illidan. ¿Acaso había logrado entrar en…?

—¡Arthas! ¡Date la vuelta y lucha contra mí, maldito seas!

Aquella voz era clara, pura y rebosaba odio. El caballero de la muerte se volvió.

El príncipe elfo se encontraba a pocos metros; su atuendo de color rojo y oro destacaba como la sangre entre la implacable blancura de la nieve sobre la que lucharon.

Era alto y orgulloso, había clavado su vara en la nieve, y no apartaba la mirada de Arthas. La magia crepitaba a su alrededor.

—No avanzarás más, asesino.

En ese instante, Arthas sufrió un espasmo en un músculo cerca del ojo. Eso mismo le había llamado Sylvanas. Hizo un gesto de desprecio y sonrió al elfo que antaño le había parecido tan poderoso y cultivado a un joven príncipe humano. Regresó mentalmente al momento en que Kael le había sorprendido besándose con Jaina. Arthas, que entonces era un muchacho sabía que no era rival para aquel mago mucho más poderoso que le superaba en edad.

Sin embargo, Arthas ya no era ningún muchacho.

—Después de que desaparecieras de una manera tan cobarde en nuestro último enfrentamiento, admito que estoy sorprendido de volver a verte, Kael. ¿Todavía estás enfadado porque te robé a Jaina? Deberías superarlo y seguir adelante. Después de todo, aún puedes disfrutar de muchas cosas en este mundo. Oh, espera… No, ya no.

—¡Ojalá te pudras en el infierno, Arthas Menethil! —le maldijo rezongando Kael'thas, que temblaba de indignación—. Tú te has llevado todo lo que era importante para mí. La venganza es todo lo que me queda.

No perdió más tiempo aireando su rabia y levantó su vara. El cristal fijado en la punta brillaba intensamente, y una bola de fuego crepitaba en la otra mano. Un instante después salió disparada hacia Arthas. Entonces, unos fragmentos de hielo cayeron sobre el caballero de la muerte. Kael'thas era un maestro de la magia mucho más rápido que cualquiera con el que Arthas se hubiera enfrentado hasta ese momento. Logró alzar la Agonía de Escarcha justo a tiempo para desviar aquel globo de fuego que se iba hinchando cada vez más. De los fragmentos de hielo pudo ocuparse con suma facilidad. Blandió la gran hojarruna por encima de su cabeza y los atrajo hacia su hoja como virutas de hierro a un imán. Sonriendo, Arthas giró la espada y devolvió los trozos de hielo al mago que los había lanzado. La velocidad de Kael'thas lo había sorprendido una vez, pero no iba a cometer ese error de nuevo.

—Quizá deberías pensártelo dos veces antes de volver a atacarme con hielo, Kael —comentó el caballero de la muerte en tono jocoso.

Debía provocar al mago para que actuara precipitadamente. Como el dominio de uno mismo es clave para poder hacer magia, si Kael perdía los estribos, sin duda alguna perdería la pelea.

—Gracias por el consejo —replicó Kael con un gruñido, a la vez que entornaba los ojos.

Arthas asió con fuerza las riendas de su montura, preparado para arrollar a su adversario; pero, de pronto, la nieve bajo sus pies brilló con un fulgor anaranjado y se

convirtió en agua de inmediato. Invencible se hundió medio metro y sus pezuñas resbalaron sobre el terreno escurridizo. Arthas desmontó de un salto y ordenó a la bestia que se alejara a medio galope; entonces aferró a la Agonía de Escarcha con más determinación que nunca en su mano derecha. A continuación, extendió el brazo izquierdo y una oscura bola de energía verde que giraba sobre sí misma se formó en la palma de su mano y corrió hacia Kael como una flecha disparada por un arco. El mago maniobró como pudo para defenderse, pero aquel ataque fue demasiado rápido para él. Su cara adoptó un tono más pálido y se tambaleó hacia atrás y con una mano se tocó el corazón. Arthas sonrió cuando parte de la energía vital del mago lo inundó.

—Te arrebaté a la mujer a la que amabas —le espetó en un intento de inflamar la ira del mago, a pesar de que sabía (y, probablemente, Kael también lo sabía) que Jaina nunca había amado al elfo—. Por las noches, la estrechaba entre mis brazos. Sus besos eran tan dulces, Kael. Me…

—Ahora te detesta —replicó Kael'thas—. Le repugnas y le asqueas, Arthas. Todo lo que sentía por ti en el pasado se ha convertido en odio.

El caballero de la muerte sintió algo extraño en su pecho. Se dio cuenta de que no se había planteado nunca qué opinaría Jaina de él ahora. Siempre había hecho todo lo posible por dejar de pensar en ella cuando su mente divagaba. ¿Sería cierto lo que el elfo acababa de decir? ¿De verdad Jaina…?

Una enorme y crepitante bola de fuego se estrelló contra su pecho, y Arthas profirió un grito mientras caía hacia atrás por la fuerza del impacto. Las llamas lo envolvieron durante unos preciosos segundos antes de recuperarse y poder contrarrestar el hechizo. La armadura le había protegido en gran parte del fuego, aunque sufría una agonía por el calor que había absorbido esta, cuyo metal estaba en contacto directo con su piel. Pero lo que más le aterraba es que hubiera podido sorprenderlo. Si bien una segunda bola de fuego voló en su dirección, esta vez estaba listo, y la ferocidad de aquel fuego fue a encontrarse con la letalidad de su hielo.

—Devasté tu patria… Contaminé tu queridísima Fuente del Sol. Y maté a tu padre. La Agonía de Escarcha devoró su alma, Kael. Se ha ido para siempre.

—Se te da bien matar a nobles de edad avanzada —dijo Kael'thas a modo de burla. La réplica le resultó inesperadamente dolorosa al caballero de la muerte—. Por lo menos te enfrentaste a mi padre en el campo de batalla. Pero ¿qué me dices del tuyo, Arthas Menethil? Se necesita mucho valor para atravesar con una espada a un padre indefenso que abre los brazos para estrechar a su…

Arthas cargó, cubriendo la distancia que los separaba con unos pocos pasos; entonces, la Agonía de Escarcha trazó un arco hacia abajo.

Kael'thas se defendió con su vara. Por un segundo, el báculo resistió, pero enseguida se resquebrajó por efecto del violento impacto de la espada.

Pero gracias a esa maniobra, Kael había tenido tiempo suficiente para desenvainar una centelleante y reluciente arma, una hojarruna que parecía estar al rojo vivo, en contraste con la Agonía de Escarcha, que emitía un gélido resplandor azul. Las hojas de las espadas chocaron. Ambos intentaron empujar hacia abajo la espada del contrario, tensos por el esfuerzo; cada uno empleaba su espada para impedir el avance de la hojarruna del otro. Pasaron los segundos lentamente y Kael'thas sonrió cuando sus miradas se encontraron.

—Reconoces esta hoja, ¿verdad?

Así era. Arthas conocía el nombre de la espada y el linaje al que pertenecía Furia de las Llamas, Felo'melorn, la hojarruna que perteneció a Dath'Remar Sunstrider, el ancestro de Kael'thas, el fundador de la dinastía. La espada era indescriptiblemente antigua. Había participado en la Guerra de los Ancestros y en el alumbramiento de los altonatos. Arthas le devolvió la sonrisa. Furia de las Llamas iba a ser testigo de otro importante hecho histórico: el final del último Sunstrider.

—Oh, sí. Vi cómo se partía en dos al chocar con la Agonía de Escarcha, un instante antes de que matara a tu padre.

Arthas era más fuerte físicamente, y la energía del Rey Exánime bullía en él. Con un gruñido de cansancio, el caballero de la muerte empujó a Kael'thas hacia atrás, con la intención de hacerle perder el equilibrio. Sin embargo, el mago se recuperó al punto y adoptó con elegancia otra posición de ataque, blandiendo Felo'melorn, sin apartar la mirada de Arthas en ningún momento.

—La hallé como dices, partida, pero hice que me la reforjaran.

—Las espadas rotas, por mucho que se enmienden, siguen siendo débiles allí donde se quebraron, elfo —le advirtió Arthas mientras trazaba un círculo a su alrededor, aguardando el instante en que Kael fuera vulnerable.

Kael'thas se rió al escuchar ese comentario.

—Las espadas humanas, tal vez. Las élficas, no. No cuando se reforjan combinando magia, odio y una ardiente necesidad de venganza. No, Arthas. Felo'melorn es más fuerte que nunca, como yo lo soy. Y también los sin'dorei. Somos más fuertes porque si bien nos han destrozado… nuestra voluntad y determinación es aún mayor ahora. ¡Y la meta que perseguimos con tanto ahínco es verte caer!

El ataque fue extremadamente repentino. Kael estaba de pie, despotricando y, de pronto, Arthas estaba luchando por salvar su pellejo. La Agonía de Escarcha chocó contra Furia de las Llamas; el maldito elfo tenía razón… la hoja resistió. Arthas se echó hacia atrás con suma celeridad, hizo una finta y con un poderoso impulso trazó un arco letal con

la Agonía de Escarcha. Kael se apartó de su trayectoria y se revolvió para contraatacar con una violencia y una agresividad que sorprendieron a Arthas, quien se vio obligado a retroceder; primero, un paso; luego, dos; hasta que se resbaló y cayó. Kael se abalanzó sobre él lanzando un gruñido, dispuesto a dispensar el golpe mortal definitivo. Entonces Arthas se acordó de las lecciones que Muradin le había impartido hacía mucho tiempo, y le vino a la mente el truco favorito del enano. Dobló las piernas contra el pecho y le propinó a Kael'thas una patada con todas sus fuerzas. El mago soltó un bramido y cayó de espaldas sobre la nieve. El caballero de la muerte se puso en pie jadeando, sostuvo a la Agonía de Escarcha con ambas manos y lanzó una estocada dirigida al mago.

De alguna manera, Furia de las Llamas se interpuso en su camino. Las hojas de ambas espadas se fundieron en un abrazo tenso. La mirada de Kael'thas ardía de odio.

Pero Arthas era más fuerte y dominaba mejor el combate con armas, y además poseía la espada más fuerte, por mucho que Kael alardeara de Felo'melorn reforjada. Poco a poco, inexorablemente, como Arthas sabía que debía ocurrir, la Agonía de Escarcha fue descendiendo hacia el cuello desprotegido de Kael'thas.

—… ella te odia —susurró el elfo. Arthas gritó, y la furia nubló su visión por un momento, mientras empujaba la espada hacia abajo con todas sus fuerzas hasta clavarse…

… en la nieve y la tierra congelada.

Kael'thas se había ido.

—¡Cobarde! —siseó Arthas, a pesar de que sabía que el príncipe no podía oírle.

Esa rata había vuelto a teletransportarse en el último segundo.

La furia amenazaba con enturbiar su juicio, así que trató de dominarse. Había sido una locura dejar que Kael'thas lo sacara de quicio.

Maldita seas, Jaina. Incluso ahora me hostigas, pensó el caballero de la muerte.

—¡A mí, Invencible! —gritó, y entonces se dio cuenta de que le temblaba la voz.

Si bien Kael'thas no estaba muerto ya no se interpondría en su camino, y eso era lo único que importaba. Obligó a girar la cabeza a su esquelético caballo para sumarse de nuevo a la refriega y dirigirse a la cámara del trono de su amo.

Atravesó la muchedumbre de enemigos como si fueran una mera marabunta de insectos. A medida que caían, los reanimaba y los enviaba a luchar contra sus antiguos camaradas. La marea de los no-muertos era imparable e implacable. La nieve que se acumulaba en la base de la torre de hielo estaba revuelta y empapada de sangre. Arthas miró a su alrededor, a los últimos focos de lucha que aún seguían activos. Vio muchos elfos de sangre, pero ni rastro de su amo.

¿Dónde estaba Illidan?

Entonces, un movimiento rápido y borroso captó su atención y se volvió. Gruñó para sí. Era otro Señor del Terror. Se hallaba de espaldas a él, con sus alas negras extendidas y las pezuñas hendidas en la nieve.

Arthas alzó la Agonía de Escarcha.

—Ya he combatido y vencido a otros señores del terror —rezongó—. Vuélvete y enfréntate a mí, si te atreves, o huye al averno como el demonio cobarde que eres.

Aquel ser se giró lentamente. Unos cuernos enormes coronaban su cabeza. Sus labios conformaban una sonrisa. Una venda negra harapienta le tapaba los ojos. Dos puntos verdes brillantes aparecieron en el lugar donde deberían estar los ojos.

—Hola, Arthas.

La voz profunda y siniestra había cambiado, pero no tanto como el cuerpo del kaldorei. Seguía siendo de color lavanda pálido y lucía los mismos tatuajes y escarificaciones. Sin embargo, las piernas, las alas, los cuernos… Arthas comprendió inmediatamente lo que había pasado. Así que por eso Illidan se había vuelto tan poderoso.

—Pareces cambiado, Illidan. Supongo que la Calavera de Gul'dan no estaba de acuerdo contigo.

Illidan echó hacia atrás su cabeza coronada con una cornamenta. Una risa siniestra salió como un estruendo de su garganta.

—Al contrario, nunca me he sentido mejor. En cierto modo, supongo que debo darte las gracias por ser como soy ahora, Arthas.

—Entonces demuéstrame tu agradecimiento no interponiéndote en mi camino —le espetó el caballero de la muerte con un tono de voz repentinamente gélido, desprovisto de cualquier atisbo de ironía—. El Trono Helado es mío, demonio. Hazte a un lado. Deja este mundo y no vuelvas. Si lo haces, te estaré esperando.

—Ambos servimos a nuestros respectivos amos, muchacho. El mío exige que destruya el Trono Helado. Me parece que estamos en desacuerdo —replicó Illidan, al tiempo que levantaba el arma con la que había combatido a Arthas una vez.

Sus poderosas manos, rematadas en unas uñas afiladas y negras, aferraron la parte central del arma, y entonces se dio la vuelta con una agilidad y una naturalidad engañosas. Arthas no sabía a qué atenerse. Acababa de librar una pelea con Kael'thas de la que hubiera salido victorioso si ese elfo cobarde no se hubiera teletransportado en el último instante y el combate había hecho mella en él. Sin embargo, nada en su aspecto indicaba que Illidan estuviera cansado.

La sonrisa de Illidan se hizo más amplia al observar el desconcierto en que se hallaba sumido su enemigo. Se permitió el lujo de estar un momento más manejando magistralmente esa inusual arma demoníaca y, acto seguido, adoptó una posición de ataque y se preparó para combatir.

—¡No hay vuelta atrás! —bramó.

—Tus soldados yacen despedazados o forman parte de mi ejército —aseveró Arthas mientras desenvainaba la Agonía de Escarcha.

Sus runas brillaban con intensidad, y la niebla se acumulaba en la empuñadura. Detrás de la venda, los ojos de Illidan (que eran mucho más radiantes y de un color verde más vivo de lo que recordaba) se entornaron al divisar la hojarruna. Si el kaldorei transfigurado en demonio poseía un arma poderosa, Arthas también.

—Voy a acabar contigo de un modo u otro —sentenció el caballero de la muerte.

—Lo dudo —replicó burlonamente Illidan—. ¡Soy más fuerte de lo que crees y mi amo creó al tuyo! Vamos, peón. Voy a despachar al servidor antes de despachar al patético…

Arthas cargó contra él. La Agonía de Escarcha brilló y se estremeció en sus manos, tan ansiosa por matar a Illidan como él. El elfo no parecía en absoluto sorprendido por el presuroso ataque y con suma facilidad levantó el arma de doble filo para detener el golpe. La Agonía de Escarcha había quebrado espadas antiguas y poderosas, pero esta vez solo se estrelló contra aquel metal verde y brillante.

Illidan le obsequió con una sonrisa mientras se mantenía firme en su posición. Arthas volvió a sentir cierto malestar. El elfo de la noche había cambiado al absorber el poder de la Calavera de Gul'dan, como demostraba el hecho de que físicamente era mucho más fuerte que antes. Illidan se rió entre dientes, emitiendo un sonido grave y horrendo; y, a continuación, empujó con fuerza. Arthas se vio obligado a retroceder y a hincar una rodilla en tierra para defenderse mientras el demonio se abalanzaba sobre él.

—Cómo me alegro de que hayan cambiado las tornas —afirmó Illidan con un gruñido—. Tal vez te mate con celeridad si me proporcionas una buena pelea, caballero de la muerte.

Arthas decidió no malgastar saliva respondiendo a sus insultos. Apretó los dientes y se concentró en repeler los golpes que estaban lloviendo sobre él.

Aquella arma era un remolino verde brillante. Podía sentir el poder de la energía demoníaca que irradiaba de ella, al igual que sabía que Illidan podía percibir las siniestras tinieblas que albergaba la Agonía de Escarcha.

De pronto, Illidan ya no estaba ahí, y Arthas, que se había abalanzado sobre él, perdió el equilibrio. En ese momento escuchó un aleteo y se volvió. Illidan volaba por encima de él, y, batiendo sus grandes alas de cuero, provocó un vendaval y se puso fuera de su alcance.

Se miraron mientras Arthas intentaba recuperar el aliento. Entre tanto, pudo comprobar que la batalla también hacía mella en su oponente. Su enorme torso de tonos lavanda brillaba por el sudor. Arthas se preparó para el siguiente asalto; la Agonía de

Escarcha estaba lista para repeler el ataque de Illidan en cuanto se lanzara en picado desde el cielo.

Entonces Illidan hizo algo totalmente inesperado. Se rio, cambió el arma que sostenía en las manos y, con un movimiento fugaz y borroso, dio la sensación de que esa arma se dividía en dos. En cada una de sus poderosas manos ahora sostenía una espada.

—He aquí las hojas gemelas de Azzinoth —anunció Illidan con sumo regocijo.

Voló aún más alto, haciendo girar las hojas tanto en la mano izquierda como en la derecha; Arthas se dio cuenta de que manejaba esas armas con ambas manos con igual soltura.

—Dos magníficas gujas de guerra. Pueden ser utilizadas como una sola arma devastadora… o, como puedes ver, dos. Era el arma favorita de un guardia del Apocalipsis, un poderoso capitán demoníaco que maté hace diez mil años. ¿Cuánto tiempo hace que luchas con esa espada tan bonita, humano? ¿Hasta qué punto la conoces y la dominas?

Aquellas palabras estaban destinadas a sembrar la duda en el caballero de la muerte. Pero lograron justo el efecto contrario: encorajinarlo. Si bien Illidan podía haber poseído su poderosa arma durante más tiempo, la Agonía de Escarcha se hallaba ligada a Arthas y él a ella. No era una espada sino una extensión de sí mismo. Lo supo desde la primera vez que se le apareció en una visión, cuando acababa de llegar a Rasganorte. En cuanto puso los ojos sobre ella y se dio cuenta de que la espada lo estaba esperando, se despejaron todas sus dudas. Ahora sentía cómo se estremecía en su mano, confirmando el vínculo que los unía.

Las gujas del demonio brillaron. Illidan cayó en picado sobre Arthas, como una piedra. Arthas aulló y contraatacó, dando una estocada con más seguridad que nunca, alzando de abajo arriba a la Agonía de Escarcha para alcanzar al demonio, que descendía de cabeza, en la parte frontal de su cuerpo. Como sabía que ocurriría, notó cómo la espada desgarraba profundamente la carne. Tiró de ella, extendiendo la incisión por todo el torso del señor demoníaco y sintió una gran satisfacción cuando el antiguo kaldorei gritó de agonía.

Sin embargo, aquella rata se negaba a caer. Las alas de Illidan batieron erráticas y, sin saber muy bien cómo, lograron mantenerlo en el aire un rato. Entonces, ante la mirada de asombro de Arthas, su cuerpo pareció cambiar y oscurecerse… como si estuviera hecho de un humo negro, morado y verde que se retorcía sobre sí mismo.

—¡Esto te lo debo a ti! —bramó Illidan. Su voz original ya era grave de por sí, pero, de alguna manera, se había vuelto aún más profunda.

Arthas sintió cómo un escalofrío le recorría todos los huesos. Los ojos del demonio brillaban con fiereza en la oscuridad que giraba sin parar que era ahora su cara.

—¡Este don… este poder te destruirá!

Un aullido abandonó la garganta de Arthas, que cayó de nuevo de rodillas. Una llama de fuego verde recorrió su armadura, lo abrasó e incluso atenuó el resplandor azul de la Agonía de Escarcha por un momento. Por encima del grito descarnado y atormentado escuchó la risa de Illidan. Una vez más, aquel fuego del color de la bilis se precipitó en cascada sobre él y Arthas cayó hacia adelante, sin aliento. Pero a medida que el fuego se desvanecía y vio a Illidan precipitándose de cabeza con la intención de acabar con él, sintió cómo la antigua hojarruna, que aún conseguía sostener a duras penas, lo instaba a recuperarse.

La Agonía de Escarcha era suya, y él, suyo. Unidos eran invencibles.

Justo cuando Illidan levantó las gujas para proceder a matarlo, Arthas alzó a la Agonía de Escarcha, empujándola hacia arriba con todas sus fuerzas. Notó cómo la hoja entraba en contacto con aquel cuerpo, horadaba la carne y se abría paso muy dentro.

Illidan cayó al suelo con brusquedad. La sangre manaba a borbotones de su torso desnudo, derritiendo la nieve a su alrededor con un sonido sibilante. Su pecho subía y bajaba al ritmo de sus irregulares jadeos. Las hojas gemelas de las que antes tanto había alardeado eran ahora totalmente inútiles. Había soltado una de ellas al caer y la otra seguía en una mano que ni siquiera podía cerrarse en torno a la empuñadura. Arthas se puso en pie; aún sentía cierto hormigueo debido a los rescoldos del fuego que le había lanzado Illidan. Permaneció observándolo largo rato, grabando aquella escena con hierro candente en su mente. Pensó en cómo le iba a rematar, pero prefirió dejar que el inmisericorde frío lo hiciera por él. Como ardía en deseos de satisfacer una necesidad mucho más imperiosa, se volvió y alzó la mirada hacia la torre de hielo que se erigía imponente por encima de él.

Tragó saliva y permaneció inmóvil un instante, sabiendo, inconscientemente, que algo iba a cambiar de manera sustancial. Acto seguido respiró hondo y se adentró en la caverna.

Arthas recorrió, casi como en trance, túneles serpenteantes que le adentraban más y más en las entrañas de la tierra. Algo parecía guiar sus pasos, y aunque no se escuchaba ningún ruido, ni a nadie que osara cuestionar su presencia allí, sintió (en vez de oír) el zumbido insistente originado por algún tipo de energía. Prosiguió el descenso, notando cómo aquel poder lo atraía cada vez más hacia su destino.

Más adelante vio una fría luz azul y blanca. Arthas se acercó a ella, reprimiendo el impulso de echar a correr, y el túnel dio paso a lo que supuso que sería la cámara del trono. Justo delante se erigía una estructura que le dejó sobrecogido y sin aliento.

La prisión del Rey Exánime se hallaba en la cima de esta torre serpenteante, esta aguja de color azul verdoso, de hielo brillante que no era hielo que se alzaba como si fuera a atravesar el techo de la caverna. Un pasillo angosto y sinuoso, que rodeaba aquella aguja, llevaba hasta la cima. Arthas aún conservaba la energía que le había concedido el Rey

Exánime, por eso no se cansaba; no obstante, a medida que ascendía, un pie tras otro, una serie de recuerdos no deseados pareció lanzarse contra él como una marabunta de mosquitos. Palabras, frases e imágenes desfilaron por su mente.

Recuerda, Arthas, que somos paladines. La venganza no puede formar parte de nuestros deberes. Si dejamos que nuestras pasiones nos conviertan en seres sedientos de sangre, seremos tan viles como los orcos.

Jaina… Oh, Jaina… Nadie parece capaz de negarte nada, y mucho menos yo.

No reniegues nunca de mí, Jaina. Nunca reniegues de mí, por favor.

Nunca lo haré, Arthas. Nunca.

Siguió su ascenso, sin tomarse ni un respiro.

Sabemos tan poco sobre la peste… ¡No podemos masacrarlos como animales solo porque tengamos miedo!

Esto me da muy mala espina, muchacho. Déjalo estar. Olvida esa espada. Encontraremos otra forma de salvar a tus súbditos. Ahora marchémonos, regresemos a casa y busquemos esa alternativa.

Un pie tras otro. Hacia arriba, siempre hacia arriba. Unas alas negras aletearon por su memoria.

No me iré sin hacerte una última predicción. Recuerda que cuanto más te esfuerces en acabar con tus enemigos, más rápido pondrás a tu gente en sus manos.

A pesar de que estos recuerdos requerían su atención, en su corazón albergaba una sola imagen, una sola voz, que era más fuerte y más convincente que todas las demás, que le susurraba y animaba:

Te acercas, mi campeón. Al fin seré libre… y, entonces, llegará el momento de tu ascensión al poder, al poder de verdad.

Ascendió, con la mirada siempre fija en la cima, en el enorme bloque de hielo azul que aprisionaba a aquel que le había llevado a recorrer ese camino. Se fue acercando cada vez más, hasta que se detuvo a solo unos metros de distancia. Durante un largo instante contempló la figura atrapada en su interior, que solo podía vislumbrarse parcialmente. Una neblina surgía de la gran masa de hielo, que impedía aún más distinguir la silueta.

La Agonía de Escarcha refulgía en su mano. Desde lo más profundo de esa prisión, Arthas atisbó un tenue destello en respuesta: dos puntos brillantes de luz azul.

DEVUELVE LA ESPADA, le ordenó la voz profunda y áspera que resonaba en la mente de Arthas con un volumen insoportablemente alto. *COMPLETA EL CÍRCULO. ¡LIBÉRAME DE ESTA PRISIÓN*!

Arthas dio un paso adelante y luego otro; mientras avanzaba, alzó la Agonía de Escarcha y entonces dejó de caminar para correr. Este era el momento al que todo llevaba.

Sin darse cuenta, un rugido fue cobrando forma en su garganta hasta que se liberó justo cuando se disponía a descargar un golpe con su espada con todas sus fuerzas.

Un crujido colosal retumbó en la cámara cuando la Agonía de escarcha alcanzó su objetivo. El hielo se rompió, y unos pedazos enormes salieron volando en todas direcciones. Arthas se protegió la cara con los brazos, pero los fragmentos pasaron volando sin causarle daño. El hielo que cubría el cuerpo aprisionado fue cayendo a pedazos y el Rey Exánime profirió un grito y levantó los brazos, cubiertos por una armadura, hacia el cielo. Se escucharon más bramidos y más crujidos que procedían de la caverna y de aquel ser; el estruendo era tal, que Arthas se cubrió las orejas mientras en su semblante se dibujaba una mueca de disgusto. Era como si el mundo se estuviera desintegrando.

De repente, la figura ataviada con una armadura que era el Rey Exánime pareció hacerse añicos al igual que su prisión, desmoronándose ante la estupefacta mirada de Arthas.

Dentro no quedaba nada, ni nadie.

Solamente había una armadura, de hielo negro, cuyos trozos cayeron al suelo con estrépito. El yelmo, que no protegía la cabeza de nadie, resbaló hasta detenerse a los pies de Arthas, quien permaneció observándolo largo rato, mientras un profundo escalofrío le recorría de arriba abajo.

Durante todo este tiempo… había estado persiguiendo un fantasma. ¿El Rey Exánime había estado realmente en aquel lugar alguna vez? De no ser así, ¿qué había arrancado la Agonía de Escarcha del hielo? ¿Quién había pedido ser liberado? ¿Acaso era él, Arthas Menethil, quién había permanecido encerrado en el Trono Helado todo el tiempo?

¿Ese fantasma que había estado persiguiendo… era él mismo?

Esas preguntas probablemente nunca tendrían respuesta. Pero tenía una cosa muy clara. Si la Agonía de Escarcha estaba destinada a ser suya, la armadura, también. Unos dedos enguantados se cerraron sobre el yelmo, del que sobresalían unas púas, y lo levantó despacio, de forma reverencial, y luego, cerrando los ojos, se lo colocó en la cabeza.

De improviso, se sintió como si lo recorriera una corriente, y su cuerpo se tensó al percibir la esencia del Rey Exánime entrando en él. Le atravesó el corazón, paralizó su respiración, se estremeció por sus venas, helada, poderosa, avanzando como un maremoto. A pesar de tener los ojos cerrados, vio tantas cosas… todo lo que Ner'zhul, el chamán orco, había conocido, visto y hecho. Por un momento, Arthas temió que toda esa información lo abrumase; que, al final, el Rey Exánime lo hubiera engañado para llegar hasta allí y así poder transferir su esencia a un cuerpo nuevo. De inmediato se preparó para librar una batalla cuyo premio era el control de su cuerpo.

Pero no hubo ninguna lucha. Solo una mezcla, una fusión de esencias. A su alrededor, la gruta seguía derrumbándose. Sin embargo, Arthas apenas fue consciente de ello. Sus ojos se agitaron convulsivamente tras los párpados cerrados.

Entonces sus labios se movieron. Y habló.

Hablaron.

Ahora… somos uno solo.



EPÍLOGO
EL REY EXÁNIME

Aquel mundo azul y blanco se difuminó en la visión de Arthas. El frío y esos colores puros cambiaron, se transformaron en los tonos cálidos propios de la madera, el fuego y las antorchas. Había hecho lo que dijo que haría; había recordado su vida, todo lo que había sucedido anteriormente, y había vuelto a recorrer el camino que lo había llevado a sentarse en el Trono Helado y a ese estado de sueño tan profundo.

Pero el sueño no había terminado, por lo visto. De nuevo se sentó a la cabeza de una larga mesa bellamente tallada que ocupaba la mayor parte de aquella Gran Sala onírica.

Y esos dos que tenían tanto interés en su sueño, seguían ahí, observándolo.

El orco que estaba a su izquierda, de edad avanzada, aunque todavía poderoso, buscó su cara y, a continuación, sonrió; ese gesto provocó que se extendiera la calavera blanca que llevaba pintada en la cara. El muchacho de su derecha (demacrado y enfermizo) parecía tener peor aspecto de lo que Arthas recordaba cuando había entrado en el sueño de la memoria.

El chico se humedeció unos labios pálidos y agrietados y respiró hondo como si fuera a hablar, pero fueron las palabras del orco las que quebrantaron el silencio.

—Hay mucho más —prometió.

Los recuerdos anegaron la mente de Arthas, entrelazándose y superponiéndose unos a otros, conformando visiones donde el futuro y el pasado se mezclaban. Un ejército de seres humanos a caballo, que portaba la bandera de Ventormenta… luchaba junto a, y no en contra de, una Horda cuyas monturas eran unos lobos que gruñían. Se habían aliado para atacar a la Plaga. La escena varió, cambió. Ahora, los humanos y los orcos se atacaban unos a otros… y los no-muertos, algunos de los cuales vociferaban órdenes y luchaban sin estar dominados por nadie, por voluntad propia, guerreaban codo con codo con orcos, unos minotauros de aspecto extraño y trols.

¿Quel'Thalas… no estaba en ruinas? No, no; la cicatriz que él y su ejército habían dejado era visible… No obstante, la ciudad estaba siendo reconstruida…

Ahora, las imágenes surcaban su mente más rápido, vertiginosa, caótica y desordenadamente. Era imposible distinguir el pasado del futuro. Tuvo otra visión, en la cual unos dragones esqueléticos destruían una ciudad que Arthas nunca antes había visto: un lugar caliente y seco atestado de orcos. Y… sí, sí, la mismísima Ventormenta estaba siendo objeto de ataques de los dragones no-muertos…

Unos nerubianos… no, no eran nerubianos, no eran súbditos de Anub'arak, pero sí estaban emparentados con ellos. Se trataba de una raza que vivía en el desierto. Sus siervos eran unas criaturas colosales con cabezas de perro, gólems hechos de obsidiana, que atravesaban la arena de un amarillo brillante.

Apareció un símbolo, uno que Arthas conocía: la L de Lordaeron, empalado por una espada, pero de color rojo, no azul. El símbolo cambió, se convirtió en una llama roja sobre un fondo blanco. La llama pareció cobrar vida propia y envolvió el fondo, quemándolo para revelar las aguas plateadas de una vasta extensión de agua… un mar…

… Algo parecía enturbiar la superficie en calma de aquel océano. La superficie, perfectamente plana hasta entonces, comenzó a agitarse con violencia, a bullir, como si hubiera tormenta, aunque el cielo estaba despejado. Un sonido horrendo, que Arthas reconoció a duras penas como una risa, le destrozó los oídos; a ese sonido se unieron los gritos de un mundo arrancado de su lugar, arrastrado hacia arriba para enfrentarse a la luz del día, una luz que no había visto en innumerables siglos…

Verde… todo era verde, sombrío, de pesadilla. Unas imágenes grotescas que danzaban en un rincón recóndito de la mente de Arthas salieron disparadas antes de que pudiera aferrarlas con fuerza. Entrevió algo fugazmente que enseguida se desvaneció…

¿Eran unos cuernos? ¿Un venado? ¿Un hombre? Era difícil saberlo. Aquella figura encarnaba la esperanza, pero había ciertas fuerzas empeñadas en destruirla…

Las montañas cobraron vida, dieron pasos de gigante, y destrozaron todo cuanto tuvo el infortunio de cruzarse en su camino. Con cada una de esas colosales pisadas, el mundo parecía temblar y agitarse.

Entonces vio a la Agonía de Escarcha. Al menos sabía qué era, la conocía muy bien. La espada giró dando vueltas, como si Arthas la hubiera tirado al aire. Una segunda espada se alzó para encontrarse con ella, era larga, un poco tosca pero muy poderosa, y llevaba el símbolo de un cráneo incrustado en su temible hoja. Escuchó un nombre… «Crematoria», una espada que era mucho más que una espada, al igual que la Agonía de Escarcha. Ambas entrechocaron…

Arthas parpadeó y sacudió la cabeza. Las visiones inconexas, caóticas, alentadoras y preocupantes… se desvanecieron.

El orco se rió entre dientes, y el cráneo pintado en su rostro se extendió. Antaño lo habían llamado Ner'zhul; antaño había poseído el don de ver el futuro. Arthas no albergaba ninguna duda de que todo lo que había visto, aunque no lo había entendido del todo, iba a suceder.

—Mucho más —reiteró el orco—. Pero solo si recorres el sendero hasta el final.

El caballero de la muerte volvió despacio la cabeza, coronada por un pelo blanco, hacia el niño. El muchacho enfermo le dirigió una mirada sorprendentemente clara, y, por un momento, Arthas sintió que algo se estremecía en su interior. A pesar de todo… el muchacho no iba a morir.

Y eso significaba…

El muchacho sonrió de manera casi imperceptible, y parte de su aspecto enfermizo pareció disiparse mientras Arthas se esforzaba por dar con las palabras adecuadas.

—Tú… eres yo. Ambos… somos yo. Pero tú… —Hablaba con suavidad y su voz estaba teñida de asombro e incredulidad—, eres la débil llama que todavía arde dentro de mí, que aún resiste el hielo. Representas mis últimos vestigios de humanidad, de compasión, de mi capacidad de amar, de llorar de preocuparme por los demás. Representas mi amor por Jaina, mi amor por mi padre por todas las cosas que me hicieron ser quien fui una vez. En cierto modo, la Agonía de Escarcha no me lo ha arrebatado todo. He intentado alejarme de ti… y no he podido. No… no puedo.

Los ojos verdemar del niño se iluminaron, y le ofreció a su otro yo una sonrisa trémula. El color de su piel mejoró, y ante los ojos de Arthas, algunas pústulas desaparecieron.

—Ahora lo entiendes. A pesar de todo, Arthas, no me has abandonado.

Unas lágrimas de esperanza se asomaron a los ojos del muchacho. Su voz, que ahora era más fuerte que antes, temblaba de emoción.

—Tiene que haber una razón por la que yo sigo aquí. Arthas Menethil… has hecho mucho mal, pero la bondad aún anida en tu alma. De lo contrario… yo no existiría, ni siquiera en tus sueños —añadió el niño.

Se bajó de la silla deslizándose y caminó lentamente hacia el caballero de la muerte. Arthas se puso en pie mientras el chico se acercaba. Por un momento se contemplaron el uno al otro, el niño que fue y el hombre en que se había convertido.

El muchacho extendió los brazos, como si fuera un niño de verdad que pide ser cogido en brazos y abrazado por un padre que lo quiera.

—No tiene por qué ser demasiado tarde —afirmó el niño en voz baja.

—No —replicó Arthas con voz queda, mirando absorto al muchacho—. No tiene por qué.

Acarició la mejilla del niño, deslizó la mano por debajo del pequeño mentón y le obligó a alzar ese semblante esperanzado. Arthas vio reflejada su sonrisa en sus propios ojos.

—Pero lo es.

La Agonía de Escarcha descendió sobre él. El niño dejó escapar un grito henchido de sorpresa por la traición y la angustia (como el de la furia del viento que arreciaba más allá de esas paredes). Por un momento, Arthas se vio ahí en pie, con esa hoja casi tan grande como él enterrada en su pecho, y sintió un estremecimiento final de remordimiento cuando se encontró con su propia mirada en los ojos del chico.

A continuación, el muchacho desapareció. Todo lo que quedaba de él era el amargo lamento del viento que recorría aquella tierra atormentada.

Se sentía… de maravilla. Con la muerte del niño, Arthas se dio cuenta realmente de la terrible carga que había supuesto para él este último vestigio de humanidad. Se sentía ligero, poderoso, purgado. Inmaculado, como pronto lo estaría Azeroth. Toda su debilidad, su fragilidad, todo lo que alguna vez le hizo vacilar o dudar de sí mismo… todo eso había desaparecido.

Ya solo quedaban Arthas, la Agonía de Escarcha, que cantaba de felicidad por haberse adueñado de la última pieza del alma de Arthas y el orco, cuyo cráneo-cara se dividió al esbozar una risa triunfal.

—¡Sí! —exclamó el orco eufórico, riendo casi como un demente—. Sabía que tomarías esa decisión. Durante mucho tiempo has luchado con los últimos restos de bondad y de humanidad que había en ti. Pero eso se acabó. Ese muchacho te refrenaba. Ahora eres libre.

Se puso de pie y, a pesar de que su cuerpo seguía siendo el de un orco viejo, se movía con la facilidad y fluidez de un joven.

—Somos un solo ser, Arthas. Juntos, somos el Rey Exánime. Ya no existe Ner'zhul, ya no existe Arthas, solo este glorioso ser. Con mis conocimientos, podremos…

Los ojos casi se le salieron de las cuencas cuando la espada lo atravesó.

Arthas dio un paso adelante, enterrando la brillante y hambrienta Agonía de Escarcha cada vez más en el ser onírico que una vez había sido Ner'zhul, el Rey Exánime, y que pronto dejaría de existir, no sería nada de nada. Con otro brazo rodeó el cuerpo del orco y aproximó sus labios tanto a la oreja verde de este, que el gesto tenía un componente muy íntimo, tan íntimo como el acto de arrebatar una vida siempre ha sido, es y será.

—No —susurró Arthas—. Nada de «podremos». Nadie me dice qué he de hacer. Ya he conseguido todo cuanto necesitaba de ti… Ahora el poder es mío y solo mío. Ahora solo estoy yo. Soy el Rey Exánime. Y estoy preparado.

El orco se estremeció en sus brazos, aturdido por la traición, y desapareció.

* * *

La taza de té se hizo añicos al caer de las manos de Jaina, repentinamente sin fuerzas. Jadeó, incapaz de respirar con normalidad; el frío húmedo de aquel día gris se había adueñado de ella. Aegwynn estaba allí y su nudosa mano se cerró sobre la de Jaina.

—Aegwynn… ¿Qué-qué ha pasado? —preguntó con una voz densa y angustiada.

Las lágrimas anegaron sus ojos de pronto, como si sufriera terriblemente por la pérdida de… *algo*…

—No es cosa de tu imaginación —le explicó Aegwynn con un tono grave—. Yo también lo he sentido. Respecto a qué ha sido… bueno, estoy segura de que ya lo averiguaremos.

* * *

Sylvanas se sobresaltó, como si el colosal demonio plantado delante de ella la hubiera golpeado. Lo cual nunca se hubiera atrevido a hacer, por supuesto. Varimathras entornó sus relucientes ojos.

—Mi señora, ¿qué ha sido eso?

—Él.

Siempre era él.

Las manos enguantadas de Sylvanas se cerraron en un puño y se abrieron varias veces seguidas.

—Algo ha sucedido. Algo relacionado con el Rey Exánime. Lo he… sentido.

Si bien ya no existía un vínculo entre ellos, al menos no uno por el cual ella estuviese bajo su control, tal vez quedara algún vestigio del que compartieron en su día. Algo que le advertía de lo que sucedía.

—Tenemos que apresurar nuestros planes —le urgió a Varimathras—. Creo que el tiempo se ha convertido de repente en un bien escaso que no conviene desperdiciar.

* * *

Durante mucho tiempo no había sentido nada. Había permanecido en el trono, inmóvil, esperando, soñando. El hielo lo había llegado a cubrir mientras estaba quieto cual piedra; no era una cárcel, no, sino más bien una segunda piel.

Entonces no sabía a qué estaba esperando, pero ahora sí. Había dado los pasos finales del viaje que había iniciado hacía mucho, mucho tiempo; el día en que las tinieblas

se adentraron por primera vez en su mundo bajo la forma del llanto del joven príncipe de Ventormenta, que lloraba por su padre muerto. Ese camino le había llevado, a través de Azeroth, hasta Rasganorte, hasta este Trono Helado y este cielo abierto. A rebuscar en las simas de su fuero interno y a adoptar la decisión por asesinar a ese niño inocente que lo refrenaba así como a las partes de sí mismo que habían moldeado al muchacho.

Arthas, el Rey Exánime, solo en su gloria y su poder, abrió los ojos lentamente. El hielo que los cubría se partió al hacer ese gesto y cayó en fragmentos diminutos, como si se tratara de lágrimas congeladas. Una sonrisa se formó bajo el yelmo ornamentado que cubría sus cabellos blancos y su piel pálida. Cayó más hielo por su despertar, que poco a poco cambiaba de forma, cual partículas de una crisálida de hielo que ya no era necesaria. Estaba despierto.

—Ha comenzado.